

Cuentos inolvidables según Julio Cortázar

Ambrose Bierce

León Tolstoi

Truman Capote

*Felisberto
Hernández*

*Katherine
Mansfield*

*Jorge Luis
Borges*

*Juan Carlos
Onetti*

*Edgar
Allan Poe*

*Leonora
Carrington*



En este volumen se reunieron en una única lista los muy diversos cuentos que Cortázar calificó de «inolvidables» en épocas sucesivas. La base para la elección la forman, desde luego, sus famosos ensayos-conferencia.



AA. VV.

Cuentos inolvidables según Julio Cortázar

ePub r1.4

ElCavernas 17.04.15

«El puente sobre el río del Búho»
Título original: *An Occurrence at Owl Creek Bridge*
Ambrose Bierce, 1891
Traducción: José Bianco

«Tlön, Uqbar, Orbis Tertius»
Jorge Luis Borges, 1941

«Un recuerdo navideño»
Título original: *A Christmas Memory*
Truman Capote, 1956
Traducción: Enrique Murillo

«Conejos Blancos»
Título original: *White Rabbits*
Leonora Carrington, 1941
Traducción: Francisco Torres Oliver

«La casa inundada»
Felisberto Hernández, 1960

«Éxtasis»
Título original: *Bliss*
Katherine Mansfield, 1918
Traducción: Juana Teresa Guerra de la Torre

«Un sueño realizado»
Juan Carlos Onetti, 1941

«William Wilson»
Edgar Allan Poe, 1839
Traducción: Julio Cortázar

«La muerte de Iván Ilich»
Título original: *Смерть Ивана Ильича*
Lev Nikoláievich Tolstói, 1886
Traducción: Irene y Laura Andresco

Editor digital: ElCavernas
Corrección de erratas: Un_Tal_Lucas, stjx30, origen
ePub base r1.2



Carlés Álvarez Garriga

*El gusto y el juicio —las dos armas de la crítica—
cambian con los años y aun con las horas:
aborrecemos en la noche
lo que amamos por la mañana.*
OCTAVIO PAZ
La casa de la presencia

Es plausible suponer que si Julio Cortázar decidió no cerrar la lista de cuentos inolvidables que enunció en su conferencia «Algunos aspectos del cuento» («y así podría seguir y seguir...»), fue porque sabía que las listas entrañan provisionalidad, y un lector abierto a las novedades en casi todos los géneros no iba a atarse al compromiso de una nómina excluyente.

En torno a finales de la década de 1960, Cortázar dejó de ser el autor secreto que se había ido de Buenos Aires tras publicar un volumen de relatos que apenas leyeron cuatro afines al Surrealismo, ese desconocido del gran público que pudo encerrarse a escribir su más célebre novela en el primer piso de una casa de París que había sido una caballeriza, al fondo de un patio arbolado que aún visita un pájaro migratorio, un día al año y todos los años. Desde que la fama lo alcanzó —está por ver si, como ha indicado Piglia, ése no fue su gran drama—, su parecer era requerido en todos los debates y uno de sus ensayos podía impulsar un libro tan difícil como *Paradiso*. También, y he ahí el aspecto negativo, lo interrogaban día y noche sobre una u otra quisicosa ideológica, a tal punto que él mismo llegó a bromear diciendo que, de ir al cielo cuando muriera, estaba seguro de encontrar a San Pedro esperándolo en la puerta con esas mismas preguntas.

Tanta popularidad tuvo como consecuencia inmediata que títulos de sus obras fueran usados en rótulos comerciales (galerías de arte llamadas *Rayuela*; clubes de jazz, *El perseguidor*), mientras nombres de sus personajes servían para bautizar mascotas o incluso personas. El éxito propició asimismo la cantidad de entrevistas concedidas, sea por responsabilidad política sea por voluntad docente, gracias a las cuales sabemos su opinión sobre casi cualquier asunto; material que, sumado a la correspondencia editada (y a la todavía inédita que pronto ha de publicarse), ofrece un perfil intelectual bastante preciso.

Así las cosas, si no se pretende un volumen que llene por sí solo todo el estante, hay que tratar de conciliar en una única lista los muy diversos cuentos que calificó de «inolvidables» en épocas sucesivas. La base para la elección la forman, desde luego, los famosos ensayos-conferencia *Algunos aspectos del cuento*, *Del cuento breve y sus alrededores*, *Notas sobre lo gótico en el Río de la Plata* y *El estado actual de la narrativa en Hispanoamérica*.

Para empezar, de entre los cuentos citados en los textos anteriores es razonable excluir «Los caballos de Abdera», de Lugones, y «La pata de mono», de W. W. Jacobs, porque ya estaban en la antología de la literatura fantástica de Borges, Bioy y Silvina Ocampo. También puede excluirse «La casa de azúcar», de esta última, puesto que en una carta a Jean Andreu (uno de sus críticos más sagaces) Cortázar confesaba haberlo olvidado.

En cuanto a Borges, cualquier lector —como cualquier hijo de vecino..., como cualquier hijo de vecino que haya leído a Borges, se entiende— da por hecho que Cortázar tenía varios cuentos borgeanos memorables. En «Algunos aspectos del cuento» menciona «Tlön, Uqbar, Orbis Tertius»; en «Del cuento breve y sus alrededores», «Las ruinas circulares»; en «El estado actual de la narrativa en Hispanoamérica», «La biblioteca de Babel» y «El milagro secreto»; hablando con González Bermejo se acuerda de «El jardín de senderos que se bifurcan»; en otra entrevista habla de «La muerte y la brújula»; en otra más, de «La casa de Asterión». Por la fecha en que lo leyó y por su significación indudable, elegimos «Tlön, Uqbar, Orbis Tertius», representativo de esa temprana lección de rigor y concisión estilística que Cortázar decía deberle.

De Edgar Allan Poe, cuyo descubrimiento en la infancia fue «la gran sacudida», ¿qué relato elegir? En «Algunos aspectos del cuento» menciona «William Wilson» y «El corazón delator»; en «Del cuento breve y sus alrededores», «El barril de amontillado»; en «Notas sobre lo gótico en el Río de la Plata», «La caída de la casa Usher», «Ligeia» y «El gato negro»; en otras partes se refiere a «El pozo y el péndulo» o a «Berenice». Por su tema, puesto que como ha escrito Jaime Alazraki (otro de sus mejores críticos) casi toda la narrativa de Cortázar toca directa o indirectamente el tema del doble, elegimos «William Wilson».

Surge entonces un primer problema: ¿cómo mostrar que era un lector de gustos tan diversos que, aun inmune a las historias de ciencia-ficción, admitía como «relato admirable», «El color que cayó del cielo», de H. P. Lovecraft?, ¿cómo mostrar la variedad cronológica y geográfica de sus preferencias? Es cierto que sentía predilección por los cuentistas de habla inglesa. («Voy a tener que resignarme a convenir en que los cuentos breves son patrimonio de los sajones. Después de Faulkner, Hemingway, Bates, Chesterton y la joven escuela yanki, no queda nada que hacer», escribía en una carta de 1939). Dado que tenemos ya a Poe, para atenuar el predominio estadounidense habrá que renunciar a Hemingway, de quien prefería «Cincuenta de los grandes» y «Los asesinos», puesto que hemos sido incapaces de suprimir «Un recuerdo de Navidad», de Truman Capote —un cuento de infancia como muchos de los mejores de Cortázar—, y dado que tampoco hemos podido descartar la fantástica sorpresa final de «El puente sobre el río del Búho», de Ambrose Bierce.

Para equilibrar, conviene incluir también un relato clásico, uno de esos largos textos del siglo XIX que los puristas no llaman cuento sino *nouvelle* y a los que Cortázar dedicaba relecturas y estudio. Se acordaba siempre de Guy de Maupassant. Hablaba de «Bola de sebo» y en una de sus primerísimas narraciones («Distante espejo») ya había jugado con el argumento de «El Horla». Ambos textos son muy conocidos así que recogeremos otro de una estética similar citado en «Algunos aspectos del cuento»: «La muerte de Iván Ilich», de León Tolstoi, cuya trama recuerda —entre líneas, y he aquí un bonito tema de análisis— a la de otro de los elegidos: «Un sueño realizado», de Juan Carlos Onetti.

Felisberto Hernández fue asimismo una de sus mayores reivindicaciones: «“La casa inundada” o “Las hortensias” o “Nadie encendía las lámparas” son textos que “ya quisiera haber escrito yo”», dijo en una entrevista. Escogemos «La casa inundada» porque en el prólogo a un libro de cuentos de Cristina Peri Rossi anotó que el día en que se logre la recopilación definitiva del cuento fantástico «se verá que muchos de los que pueblan para siempre la memoria medrosa de la especie se cumplen en torno a una casa».

Para terminar, y para no olvidar que fue un lector muy atento de escritoras, elegimos «Conejos blancos», de Leonora Carrington («Me acuerdo de un cuento estupendo, “Lapins Blancs”, *et vous savez que je suis quelque peu l’amateur de lapins*», escribía de joven a un amigo), y «Éxtasis», de

Katherine Mansfield, de quien dijo en una de sus últimas entrevistas: «Escribió relatos admirables. No responden a mi noción de cuento pero me gustan mucho; simplemente yo no los hubiera escrito así».

Imaginar cómo los hubiera escrito es un ejercicio de nostalgia; nostalgia por el gran escritor y nostalgia por el gran lector. También lo es pensar en un hecho que ha contado Aurora Bernárdez, su viuda y heredera: tocado ya de muerte, decidió que el último sitio que quería volver a visitar era un edificio donde había sido muy feliz más de treinta años atrás. Un amigo los llevó en coche. Cortázar no pudo subir las escaleras. Ella sí. «Julio —le dijo después—, todo está igual». El lugar, que aún conserva aquellas sillas en las que el joven escritor pasó algunos de los momentos más dichosos de su vida, leyendo acaso los inolvidables cuentos que siguen, es la vieja Biblioteca del Arsenal, de París.

Ambrose Bierce

I

Desde un puente de ferrocarril, en el norte de Alabama, un hombre miraba correr rápidamente el agua veinte pies más abajo. El hombre tenía las manos detrás de la espalda, las muñecas atadas con una cuerda; otra cuerda, anudada al cuello y amarrada a un grueso tirante por encima de su cabeza, pendía hasta la altura de sus rodillas. Algunas tablas flojas colocadas sobre los durmientes que soportaban los rieles le prestaban un punto de apoyo a él y a sus ejecutores —dos soldados rasos del ejército federal bajo órdenes de un sargento que, en la vida civil, debió de haber sido subcomisario. No lejos de ellos, en la misma plataforma improvisada, estaba un oficial del ejército llevando las insignias de su grado. Era un capitán. En cada extremo había un centinela presentando armas, o sea con el caño del fusil por delante del hombro izquierdo y la culata apoyada en el antebrazo cruzado transversalmente sobre el pecho, posición poco natural que obliga al cuerpo a mantenerse erguido. A estos dos hombres no parecía preocuparles lo que ocurría en medio del puente. Se limitaban a bloquear los extremos de la plataforma de madera.

Delante de uno de los centinelas no había nada a la vista; la vía férrea se internaba en un bosque a un centenar de yardas; después, trazando una curva, desaparecía. Un poco más lejos, sin duda, estaba un puesto de avanzada. En la orilla, un campo abierto subía en suave pendiente hasta una empalizada de troncos verticales con troneras para los fusiles y una sola abertura por la cual salía la boca de un cañón de bronce que dominaba el puente. A media distancia de la colina entre el puente y el fortín estaban los espectadores: una compañía de soldados de infantería, en posición de descanso, es decir con la culata de los fusiles en el suelo, el caño ligeramente inclinado hacia atrás contra el hombro derecho, las manos cruzadas sobre la caja. A la derecha de la línea de soldados estaba un teniente, con la punta del sable tocando tierra, la mano derecha encima de la izquierda. Excepto los tres ejecutores y el condenado en el medio del puente, nadie se movía. La compañía de soldados, frente al puente, miraba fijamente, hierática. Los centinelas, frente a las márgenes del río, podían haber sido estatuas que adornaban el puente. El capitán, con los brazos cruzados, silencioso, observaba el trabajo de sus subordinados sin hacer el menor gesto. Cuando la muerte anuncia su llegada, debe ser recibida con ceremoniosas muestras de respeto, hasta por los más familiarizados con ella. Para este dignatario, según el código de la etiqueta militar, el silencio y la inmovilidad son formas de la cortesía.

El hombre que se preparaban a ahorcar podría tener treinta y cinco años. Era un civil, a juzgar por su ropa de plantador. Tenía hermosos rasgos: nariz recta, boca firme, frente amplia, melena

negra y ondulada peinada hacia atrás, cayéndole desde las orejas hasta el cuello de su bien cortada levita. Usaba bigote y barba en punta, pero no patillas; sus grandes ojos de color gris oscuro tenían una expresión bondadosa que no hubiéramos esperado encontrar en un hombre con la soga al cuello. Evidentemente, no era un vulgar asesino. El liberal código del ejército prevé la pena de la horca para toda clase de personas, sin excluir a las personas decentes.

Terminados sus preparativos, los dos soldados dieron un paso hacia los lados, y cada uno retiró la tabla de madera sobre la cual había estado de pie. El sargento se volvió hacia el oficial, saludó, y se colocó inmediatamente detrás del oficial. El oficial, a su vez, se corrió un paso. Estos movimientos dejaron al condenado y al sargento en los dos extremos de la misma tabla que cubría tres durmientes del puente. El extremo donde se hallaba el civil alcanzaba casi, pero no del todo, un cuarto durmiente. La tabla había sido mantenida en su sitio por el peso del capitán; ahora lo estaba por el peso del sargento. A una señal de su jefe, el sargento daría un paso al costado, se balancearía la tabla, y el condenado habría de caer entre dos durmientes. Consideró que la combinación se recomendaba por su simplicidad y eficacia. No le habían cubierto el rostro ni vendado los ojos. Examinó por un momento su vacilante punto de apoyo y dejó vagar la mirada por el agua que iba y venía bajo sus pies en furiosos remolinos. Un pedazo de madera que bailaba en la superficie retuvo su atención y lo siguió con los ojos. Apenas parecía avanzar. ¡Qué corriente perezosa!

Cerró los ojos para concentrar sus últimos pensamientos en su mujer y en sus hijos. El agua dorada por el sol naciente, la niebla que pesaba sobre el río contra las orillas escarpadas no lejos del puente, el fortín, los soldados, el pedazo de madera que flotaba, todo eso lo había distraído. Y ahora tenía conciencia de una nueva causa de distracción. Borrando el pensamiento de los seres queridos, escuchaba un ruido que no podía ignorar ni comprender, un golpe seco, metálico, que sonaba claramente como los martillazos de un herrero sobre el yunque. El hombre se preguntó qué podía ser aquel ruido, si venía de muy cerca o de una distancia incalculable —ambas hipótesis eran posibles—. Se reproducía a intervalos regulares pero tan lentamente como las campanas que doblan a muerte. Aguardaba cada llamado con impaciencia y, sin saber por qué, con aprensión. Los silencios se hacían progresivamente más largos; los retardos, enloquecedores. Menos frecuentes eran los sonidos, más aumentaba su fuerza y nitidez, hiriendo sus oídos como si le asestaran cuchilladas. Tuvo miedo de gritar... Lo que oía era el tic-tac de su reloj.

Abrió los ojos y de nuevo oyó correr el agua bajo sus pies. «Si lograra libertar mis manos —pensó— llegaría a desprenderme del nudo corredizo y saltar al río; zambulléndome, podría eludir las balas; nadando vigorosamente, alcanzar la orilla; después internarme en el bosque, huir hasta mi casa. A Dios gracias, todavía está fuera de sus líneas; mi mujer y mis hijos todavía están fuera del alcance del puesto más avanzado de los invasores».

Mientras se sucedían estos pensamientos, aquí anotados en frases, que más que provenir del condenado parecían proyectarse como relámpagos en su cerebro, el capitán inclinó la cabeza y miró al sargento. El sargento dio un paso al costado.

II

Peyton Farquhar, plantador de fortuna, pertenecía a una vieja y respetable familia de Alabama. Propietario de esclavos, se ocupaba de política, como todos los de su casta; fue, desde luego, uno de los primeros secesionistas y se consagró con ardor a la causa de los Estados del Sud. Imperiosas circunstancias, que no es el caso relatar aquí, impidieron que se uniera al valiente ejército cuyas desastrosas campañas terminaron por la caída de Corinth, y se irritaba de esta sujeción sin gloria, anhelando dar rienda libre a sus energías, conocer la vida más intensa del soldado, encontrar la ocasión de distinguirse. Estaba seguro de que esa ocasión llegaría para él, como llega para todo el mundo en tiempos de guerra. Entre tanto, hacía lo que podía. Ningún servicio le parecía demasiado humilde para la causa del Sud, ninguna aventura demasiado peligrosa si era compatible con el carácter de un civil que tiene alma de soldado y que con toda buena fe y sin demasiados escrúpulos admite en buena parte este refrán francamente innoble: en el amor y en la guerra, todos los medios son buenos.

Una tarde, cuando Farquhar y su mujer estaban sentados en un banco rústico, cerca de la entrada de su parque, un soldado de uniforme gris detuvo su caballo en la verja y pidió de beber. La señora Farquhar no deseaba otra cosa que servirlo con sus blancas manos. Mientras fue a buscar un vaso de agua, su marido se acercó al jinete cubierto de polvo y le pidió con avidez noticias del frente.

—Los yanquis están reparando las vías férreas —dijo el hombre— porque se preparan para una nueva avanzada. Han alcanzado el puente del Búho, lo han arreglado y han construido una empalizada en la orilla norte. Por una orden que se ha fijado en carteles en todas partes, el comandante ha dispuesto que cualquier civil a quien se sorprenda dañando las vías férreas, los túneles o los trenes, deberá ser ahorcado sin juicio previo. Yo he visto la orden.

—¿A qué distancia queda de aquí el puente del Búho? —preguntó Farquhar.

—A unas treinta millas.

—¿No hay ninguna tropa de este lado del río?

—Un solo piquete de avanzada a media milla, sobre la vía férrea, y un solo centinela de este lado del puente.

—Suponiendo que un hombre —un civil, aficionado a la horca— esquite el piquete de avanzada y logre engañar al centinela —dijo el plantador sonriendo—, ¿qué podría hacer?

El soldado reflexionó.

—Estuve allí hace un mes. La creciente del último invierno ha acumulado gran cantidad de troncos contra el muelle, de este lado del puente. Ahora esos troncos están secos y arderían como estopa.

En ese momento la dueña de casa trajo el vaso de agua. Bebió el soldado, le dio las gracias ceremoniosamente, saludó al marido, y se alejó con su caballo. Una hora después, caída la noche, volvió a pasar frente a la plantación en dirección al Norte, de donde había venido. Aquella tarde había salido a reconocer el terreno. Era un soldado explorador del ejército federal.

III

Cuando cayó al agua desde el puente, Peyton Farquhar perdió conciencia como si estuviera muerto. De aquel estado le pareció salir siglos después por el sufrimiento de una presión violenta en la garganta, seguido de una sensación de ahogo. Dolores atroces, fulgurantes, atravesaban todas las fibras de su cuerpo de la cabeza a los pies. Se hubiera dicho que recorrían las líneas bien determinadas de su sistema nervioso y latían a un ritmo increíblemente rápido. Tenía la impresión de que un torrente de fuego atravesaba su cuerpo. Su cabeza congestionada estaba a punto de estallar. Estas sensaciones excluían todo pensamiento, borraban lo que había de intelectual en él: sólo le quedaba la facultad de sentir, y sentir era una tortura. Pero se daba cuenta de que se movía; rodeado de un halo luminoso del cual no era más que el corazón ardiente, se balanceaba como un vasto péndulo según arcos de oscilaciones inimaginables. Después, de un solo golpe, terriblemente brusco, la luz que lo rodeaba subió hasta el cielo. Hubo un chapoteo en el agua, un rugido atroz en sus oídos, y todo fue tinieblas y frío. Habiendo recuperado la facultad de pensar, supo que la cuerda se había roto y que acababa de caer al río. Ya no aumentaba la sensación de estrangulamiento: el nudo corredizo alrededor de su cuello, a la par que lo sofocaba, impedía que el agua entrara en sus pulmones. ¡Morir ahorcado en el fondo de un río! Esta idea le pareció absurda. Abrió los ojos en las tinieblas y vio una luz encima de él, ¡pero de tal modo lejana, de tal modo inaccesible! Se hundía siempre, porque la luz disminuía cada vez más hasta convertirse en un pálido resplandor. Después aumentó de intensidad y comprendió de mala gana que remontaba a la superficie, porque ahora estaba muy cómodo. «Ser ahorcado y ahogado —pensó—, ya no está tan mal. Pero no quiero que me fusilen. No, no habrán de fusilarme. Eso no sería justo».

Aunque inconsciente del esfuerzo, un agudo dolor en las muñecas le indicó que trataba de zafarse de la cuerda. Concentró su atención en esta lucha como un espectador ocioso podría mirar la hazaña de un malabarista sin interesarse en el resultado. Qué magnífico esfuerzo. Qué espléndida, sobrehumana energía. Ah, era una tentativa admirable. ¡Bravo! Cayó la cuerda: sus brazos se apartaron y flotaron hasta la superficie. Pudo distinguir vagamente sus manos de cada lado, en la luz creciente. Con nuevo interés las vio aferrarse al nudo corredizo. Quitaron salvajemente la cuerda, la arrojaron lejos, con furor, y sus ondulaciones parecieron las de una culebra de agua. «¡Ponedla de nuevo, ponédla de nuevo!» Le pareció gritar estas palabras a sus manos porque después de haber deshecho el nudo tuvo el dolor más atroz que había sentido hasta entonces. El cuello lo hacía sufrir terriblemente; su cerebro ardía; su corazón, que palpitaba apenas, estalló de pronto como si fuera a salirse por la boca. Una angustia intolerable torturó y retorció su cuerpo entero. Pero sus manos desobedientes no hicieron caso de la orden. Golpeaban el agua con vigor, en rápidas brazadas, de arriba abajo, y lo sacaron a flote. Sintió emerger su cabeza. La claridad del sol lo encegueció; su pecho se dilató convulsivamente. Después, dolor supremo y culminante, sus pulmones tragaron una gran bocanada de aire que inmediatamente exhaló en un grito.

Ahora estaba en plena posesión de sus sentidos; eran, en verdad, sobrenaturalmente vivos y sutiles. La perturbación atroz de su organismo los había de tal modo exaltado y refinado que registraban cosas nunca percibidas hasta entonces. Sentía los cabrilleos del agua sobre su rostro, escuchaba el ruido que hacía cada olita al golpearlo. Miraba el bosque en una de las orillas y distinguía cada árbol, cada hoja con todas sus nervaduras, y hasta los insectos que alojaba: langostas, moscas de cuerpo luminoso, arañas grises que tendían su tela de ramita en ramita. Observó los

colores del prisma en todas las gotas de rocío sobre un millón de briznas de hierba. El bordoneo de los moscardones que bailaban sobre los remolinos, el batir de alas de las libélulas, las zancadas de las arañas acuáticas como remos que levantan un bote, todo eso era para él una música perfectamente audible. Un pez resbaló bajo sus ojos y escuchó el deslizamiento de su propio cuerpo que hendía la corriente.

Había emergido boca abajo en el agua. En un instante, el mundo pareció girar con lentitud a su alrededor. Vio el puente, el fortín, vio a los centinelas, al capitán, a los dos soldados rasos, sus ejecutores, cuyas siluetas se destacaban contra el cielo azul. Gritaban y gesticulaban, señalándolo con el dedo; el oficial blandía su revólver pero no disparaba; los otros estaban sin armas. Sus movimientos parecían grotescos; sus formas, gigantescas.

De pronto oyó una detonación breve y un objeto golpeó vivamente el agua a pocas pulgadas de su cabeza, salpicándole el rostro. Oyó una segunda detonación y vio que uno de los centinelas aún tenía el fusil al hombro: de la boca del caño subía una ligera nube de humo azul. El hombre en el río vio los ojos del hombre en el puente que se detenían en los suyos a través de la mira del fusil. Al observar que los ojos del centinela eran grises, recordó haber leído que los ojos grises eran muy penetrantes, que todos los tiradores famosos tenían ojos de ese color. Sin embargo, aquél no había dado en el blanco.

Un remolino lo hizo girar en sentido contrario; de nuevo tenía a la vista el bosque que cubría la orilla opuesta al fortín. Una voz clara resonó tras él, en una cadencia monótona, y llegó a través del agua con tanta nitidez que dominó y apagó todo otro ruido, hasta el chapoteo de las olitas en sus orejas. Sin ser soldado, había frecuentado bastante los campamentos para conocer la terrible significación de aquella lenta, arrastrada, aspirada salmodia: en la orilla, el oficial cumplía su labor matinal. Con qué frialdad implacable, con qué tranquila entonación, que presagiaba la calma de los soldados y les imponía la suya, con qué precisión en la medida de los intervalos, cayeron estas palabras crueles:

—¡Atención, compañía!... ¡Armas al hombro!... ¡Listos!... ¡Apuntar!... ¡Fuego!

Farquhar se hundió, se hundió tan profundamente como pudo. El agua gruñó en sus oídos como la voz del Niágara. Escuchó sin embargo el trueno ensordecido de la salva y, mientras subía a la superficie, encontró pedacitos de metal brillante, extrañamente chatos, oscilando hacia abajo con lentitud. Algunos le tocaron el rostro y las manos, después continuaron descendiendo. Uno de ellos se alojó entre su pescuezo y el cuello de la camisa: era de un calor desagradable, y Farquhar lo arrancó vivamente.

Cuando llegó a la superficie, sin aliento, comprobó que había permanecido mucho tiempo bajo el agua. La corriente lo había arrastrado muy lejos —cerca de la salvación. Los soldados casi habían terminado de cargar nuevamente sus armas; las baquetas de metal centellearon al sol, mientras los hombres las sacaban del caño de sus fusiles y las hacían girar en el aire antes de ponerlas en su lugar. Otra vez tiraron los centinelas, y otra vez erraron el blanco.

El perseguido vio todo esto por arriba del hombro. Ahora nadaba con energía a favor de la corriente. Su cerebro no era menos activo que sus brazos y sus piernas; pensaba con la rapidez del relámpago.

«El teniente —razonaba— no cometerá este error por segunda vez. Es el error propio de un oficial demasiado apegado a la disciplina. ¿Acaso no es tan fácil esquivar una salva como un solo tiro? Ahora, sin duda, ha dado orden de tirar como quieran. ¡Dios me proteja, no puedo escaparles a

todos!».

A dos yardas hubo el atroz estruendo de una caída de agua seguido de un ruido sonoro, impetuoso, que se alejó disminuyendo y pareció propagarse en el aire en dirección al fortín donde murió en una explosión que sacudió las profundidades mismas del río. Se alzó una muralla líquida, se curvó por encima de él, se abatió sobre él, lo encegueció, lo estranguló. ¡El cañón se había unido a las demás armas! Como sacudiera la cabeza para desprenderla del tumulto del agua herida por el obús, oyó que el proyectil desviado de su trayectoria roncaba en el aire delante de él y segundos después hacía pedazos las ramas de los árboles, allí cerca, en el bosque.

«No empezarán de nuevo —pensó—. La próxima vez cargarán con metralla. Debo mantener los ojos fijos en la pieza: el humo me indicará. La detonación llega demasiado tarde; se arrastra detrás del proyectil. Es un buen cañón».

De pronto se sintió dar vueltas y vueltas en el mismo punto: giraba como un trompo. El agua, las orillas, el bosque, el puente, el fortín y los hombres ahora lejanos, todo se mezclaba y se esfumaba. Los objetos ya no estaban representados sino por sus colores; bandas horizontales de color era todo lo que veía. Atrapado por un remolino, avanzaba con un movimiento circulatorio tan rápido que se sentía enfermo de vértigo y náuseas. Momentos después se encontró arrojado contra la orilla izquierda del río —la orilla austral—, detrás de un montículo que lo ocultaba de sus enemigos. Su inmovilidad súbita, el roce de una de sus manos contra el pedregullo, le devolvieron el uso de sus sentidos y lloró de alegría. Hundió los dedos en la arena y se la echó a puñados sobre el cuerpo bendiciéndola en alta voz. Para él era diamantes, rubíes, esmeraldas; no podía pensar en nada hermoso que no se le pareciera. Los árboles de la orilla eran gigantescas plantas de jardín; advirtió un orden determinado en su disposición, respiró el perfume de sus flores. Una luz extraña, rosada, brillaba entre los troncos, y el viento producía en su follaje la música armoniosa de un arpa eolia. No deseaba terminar de evadirse; le bastaba quedarse en ese lugar encantador hasta que lo capturaran.

El silbido y el estruendo de la metralla en las ramas por encima de su cabeza lo arrancó de su ensueño. El artillero decepcionado le había enviado al azar una descarga de adiós. Se levantó de un salto, remontó precipitadamente la pendiente de la orilla, se internó en el bosque.

Caminó todo aquel día, guiándose por la marcha del sol. El bosque parecía interminable; por ninguna parte un claro, ni siquiera el sendero de un leñador. Había ignorado que viviera en una región tan salvaje, y había en esta revelación algo sobrenatural.

Continuaba avanzando al caer la noche, con los pies heridos, fatigado, hambriento. Lo sostenía el pensamiento de su mujer y de sus hijos. Terminó por encontrar un camino que lo conducía en la buena dirección. Era tan ancho y recto como una calle urbana, y sin embargo daba la impresión de que nadie hubiese pasado por él. Ningún campo lo bordeaba; por ninguna parte una vivienda. Nada, ni siquiera el aullido de un perro, sugería una habitación humana. Los cuerpos negros de los grandes árboles formaban dos murallas rectilíneas que se unían en un solo punto del horizonte, como un diagrama en una lección de perspectiva. Por encima de él, como alzara los ojos a través de aquella brecha en el bosque, vio brillar grandes estrellas de oro que no conocía, agrupadas en extrañas constelaciones. Tuvo la certeza de que estaban dispuestas de acuerdo con un orden que ocultaba un maligno significado. De cada lado del bosque le llegaban ruidos singulares entre los cuales, una vez, dos veces, otra vez aún, percibió nítidamente susurros en una lengua desconocida.

Le dolía el cuello; al tocárselo, lo encontró terriblemente hinchado. Sabía que la cuerda lo había marcado con un círculo negro. Tenía los ojos congestionados; no lograba cerrarlos. Tenía la lengua

hinchada por la sed; sacándola entre los dientes y exponiéndola al aire fresco, apaciguó su fiebre. Qué suave tapiz había extendido el césped a lo largo de aquella avenida virgen. Ya no sentía el suelo bajo los pies.

A despecho de sus sufrimientos, sin duda, se ha dormido mientras camina, porque ahora contempla otra escena —tal vez acaba de salir de una crisis delirante—. Se encuentra ante la verja de su casa. Todo está como lo ha dejado, todo resplandece de belleza bajo el sol matinal. Ha debido de caminar la noche entera. Mientras abre las puertas de la verja y asciende por la gran avenida blanca, ve flotar ligeras vestiduras: su mujer, con el rostro fresco y dulce, baja a la galería y le sale al encuentro, deteniéndose al pie de la escalinata con una sonrisa de inefable júbilo, en una actitud de gracia y dignidad inigualables. ¡Ah, cómo es de hermosa! Él se lanza en su dirección, los brazos abiertos. En el instante mismo que va a estrecharla contra su pecho, siente en la nuca un golpe que lo aturde. Una luz blanca y enceguedora flamea a su alrededor con un ruido semejante al estampido del cañón —y después todo es tinieblas y silencio.

Peyton Farquhar estaba muerto. Su cuerpo, con el cuello roto, se balanceaba suavemente de uno a otro extremo de las maderas del puente del Búho.

En Cuentos de soldados, Buenos Aires,
Centro Editor de América Latina, 1971.
Traducción de José Bianco.

Jorge Luis Borges

I

Debo a la conjunción de un espejo y de una enciclopedia el descubrimiento de Uqbar. El espejo inquietaba el fondo de un corredor en una quinta de la calle Gaona, en Ramos Mejía; la enciclopedia falazmente se llama *The Anglo-American Cyclopaedia* (New York, 1917) y es una reimpresión literal, pero también morosa, de la *Encyclopaedia Britannica* de 1902. El hecho se produjo hará unos cinco años. Bioy Casares había cenado conmigo esa noche y nos demoró una vasta polémica sobre la ejecución de una novela en primera persona, cuyo narrador omitiera o desfigurara los hechos e incurriera en diversas contradicciones, que permitieran a unos pocos lectores —a muy pocos lectores— la adivinación de una realidad atroz o banal. Desde el fondo remoto del corredor, el espejo nos acechaba. Descubrimos (en la alta noche ese descubrimiento es inevitable) que los espejos tienen algo monstruoso. Entonces Bioy Casares recordó que uno de los heresiarcas de Uqbar había declarado que los espejos y la cópula son abominables, porque multiplican el número de los hombres. Le pregunté el origen de esa memorable sentencia y me contestó que *The Anglo-American Cyclopaedia* la registraba, en su artículo sobre Uqbar. La quinta (que habíamos alquilado amueblada) poseía un ejemplar de esa obra. En las últimas páginas del volumen XLVI dimos con un artículo sobre Upsala; en las primeras del XLVII, con uno sobre *Ural-Altai Languages*, pero ni una palabra sobre Uqbar. Bioy, un poco azorado, interrogó los tomos del índice. Agotó en vano todas las lecciones imaginables: Ukbar, Uqbar, Ookbar, Oukbahr... Antes de irse, me dijo que era una región del Irak o del Asia Menor. Confieso que asentí con alguna incomodidad. Conjeturé que ese país indocumentado y ese heresiarca anónimo eran una ficción improvisada por la modestia de Bioy para justificar una frase. El examen estéril de uno de los atlas de Justus Perthes fortaleció mi duda.

Al día siguiente, Bioy me llamó desde Buenos Aires. Me dijo que tenía a la vista el artículo sobre Uqbar, en el volumen XXVI de la Enciclopedia. No constaba el nombre del heresiarca, pero sí la noticia de su doctrina, formulada en palabras casi idénticas a las repetidas por él, aunque —tal vez— literariamente inferiores. Él había recordado: *Copulation and mirrors are abominable*. El texto de la Enciclopedia decía: *Para uno de esos gnósticos, el visible universo era una ilusión o (más precisamente) un sofisma. Los espejos y la paternidad son abominables (mirrors and father-hood are hateful) porque lo multiplican y lo divulgan*. Le dije, sin faltar a la verdad, que me gustaría ver ese artículo. A los pocos días lo trajo. Lo cual me sorprendió, porque los escrupulosos índices

cartográficos de la *Erdkunde* de Ritter ignoraban con plenitud el nombre de Uqbar.

El volumen que trajo Bioy era efectivamente el XXVI de la *Anglo-American Cyclopaedia*. En la falsa carátula y en el lomo, la indicación alfabética (Tor-Ups) era la de nuestro ejemplar, pero en vez de 917 páginas constaba de 921. Esas cuatro páginas adicionales comprendían al artículo sobre Uqbar; no previsto (como habrá advertido el lector) por la indicación alfabética. Comprobamos después que no hay otra diferencia entre los volúmenes. Los dos (según creo haber indicado) son reimpressiones de la décima *Encyclopaedia Britannica*. Bioy había adquirido su ejemplar en uno de tantos remates.

Leimos con algún cuidado el artículo. El pasaje recordado por Bioy era tal vez el único sorprendente. El resto parecía muy verosímil, muy ajustado al tono general de la obra y (como es natural) un poco aburrido. Releyéndolo, descubrimos bajo su rigurosa escritura una fundamental vaguedad. De los catorce nombres que figuraban en la parte geográfica, sólo reconocimos tres — Jorasán, Armenia, Erzerum—, interpolados en el texto de un modo ambiguo. De los nombres históricos, uno solo: el impostor Esmerdis el mago, invocado más bien como una metáfora. La nota parecía precisar las fronteras de Uqbar, pero sus nebulosos puntos de referencias eran ríos y cráteres y cadenas de esa misma región. Leímos, verbigracia, que las tierras bajas de Tsai Jaldún y el delta del Axa definen la frontera del sur y que en las islas de ese delta procrean los caballos salvajes. Eso, al principio de la página 918. En la sección histórica (página 920) supimos que a raíz de las persecuciones religiosas del siglo trece, los ortodoxos buscaron amparo en las islas, donde perduran todavía sus obeliscos y donde no es raro exhumar sus espejos de piedra. La sección *idioma y literatura* era breve. Un solo rasgo memorable: anotaba que la literatura de Uqbar era de carácter fantástico y que sus epopeyas y sus leyendas no se referían jamás a la realidad, sino a las dos regiones imaginarias de Mlejnas y de Tlön... La bibliografía enumeraba cuatro volúmenes que no hemos encontrado hasta ahora, aunque el tercero —Silas Haslam: *History of the Land Called Uqbar*, 1874— figura en los catálogos de librería de Bernard Quaritch^[1]. El primero, *Lesbare und lesenswer-the Bemerkungen über das Land Ukkbar in Klein-Asien*, data de 1641 y es obra de Johannes Valentinus Andreä. El hecho es significativo; un par de años después, di con ese nombre en las inesperadas páginas de De Quincey (*Writings*, decimotercero volumen) y supe que era el de un teólogo alemán que a principios del siglo xvii describió la imaginaria comunidad de la Rosa-Cruz — que otros luego fundaron, a imitación de lo prefigurado por él.

Esa noche visitamos la Biblioteca Nacional. En vano fatigamos atlas, catálogos, anuarios de sociedades geográficas, memorias de viajeros e historiadores: nadie había estado nunca en Uqbar. El índice general de la enciclopedia de Bioy tampoco registraba ese nombre. Al día siguiente, Carlos Mastronardi (a quien yo había referido el asunto) advirtió en una librería de Corrientes y Talcahuano los negros y dorados lomos de la *Anglo-American Cyclopaedia*... Entró e interrogó el volumen XXVI. Naturalmente, no dio con el menor indicio de Uqbar.

II

Algún recuerdo limitado y menguante de Herbert Ashe, ingeniero de los ferrocarriles del Sur, persiste en el hotel de Adrogué, entre las efusivas madre selvas y en el fondo ilusorio de los espejos. En vida padeció de irrealdad, como tantos ingleses; muerto, no es siquiera el fantasma que ya era entonces. Era alto y desganoado y su cansada barba rectangular había sido roja. Entiendo que era viudo, sin hijos. Cada tantos años iba a Inglaterra: a visitar (juzgo por unas fotografías que nos mostró) un reloj de sol y unos robles. Mi padre había estrechado con él (el verbo es excesivo) una de esas amistades inglesas que empiezan por excluir la confidencia y que muy pronto omiten el diálogo. Solían ejercer un intercambio de libros y de periódicos; solían batirse al ajedrez, taciturnamente... Lo recuerdo en el corredor del hotel, con un libro de matemáticas en la mano, mirando a veces los colores irrecuperables del cielo. Una tarde, hablamos del sistema duodecimal de numeración (en el que doce se escribe 10). Ashe dijo que precisamente estaba trasladando no sé qué tablas duodecimales a sexagesimales (en las que sesenta se escribe 10). Agregó que ese trabajo le había sido encargado por un noruego: en Rio Grande do Sul. Ocho años que lo conocíamos y no había mencionado nunca su estadía en esa región... Hablamos de vida pastoril, de *capangas*, de la etimología brasilera de la palabra *gaucho* (que algunos viejos orientales todavía pronuncian gaúcho) y nada más se dijo —Dios me perdone— de funciones duodecimales. En setiembre de 1937 (no estábamos nosotros en el hotel) Herbert Ashe murió de la rotura de un aneurisma. Días antes, había recibido del Brasil un paquete sellado y certificado. Era un libro en octavo mayor. Ashe lo dejó en el bar, donde —meses después— lo encontré. Me puse a hojearlo y sentí un vértigo asombrado y ligero que no describiré, porque ésta no es la historia de mis emociones sino de Uqbar y Tlön y Orbis Tertius. En una noche del Islam que se llama la Noche de las Noches se abren de par en par las secretas puertas del cielo y es más dulce el agua en los cántaros; si esas puertas se abrieran, no sentiría lo que en esa tarde sentí. El libro estaba redactado en inglés y lo integraban 1001 páginas. En el amarillo lomo de cuero leí estas curiosas palabras que la falsa carátula repetía: *A First Encyclopaedia of Tlön*. Vol. XI. *Hlaer to Jangr*. No había indicación de fecha ni de lugar. En la primera página y en una hoja de papel de seda que cubría una de las láminas en colores había estampado un óvalo azul con esta inscripción: *Orbis Tertius*. Hacía dos años que yo había descubierto en un tomo de cierta enciclopedia pirática una somera descripción de un falso país; ahora me deparaba el azar algo más precioso y más arduo. Ahora tenía en las manos un vasto fragmento metódico de la historia total de un planeta desconocido, con sus arquitecturas y sus barajas, con el pavor de sus mitologías y el rumor de sus lenguas, con sus emperadores y sus mares, con sus minerales y sus pájaros y sus peces, con su álgebra y su fuego, con su controversia teológica y metafísica. Todo ello articulado, coherente, sin visible propósito doctrinal o tono paródico.

En el «onceno tomo» de que hablo hay alusiones a tomos ulteriores y precedentes. Néstor Ibarra, en un artículo ya clásico de la *N. R. F.*, ha negado que existen esos aláteres; Ezequiel Martínez Estrada y Drieu La Rochelle han refutado, quizá victoriosamente, esa duda. El hecho es que hasta ahora las pesquisas más diligentes han sido estériles. En vano hemos desordenado las bibliotecas de las dos Américas y de Europa. Alfonso Reyes, harto de esas fatigas subalternas de índole policial, propone que entre todos acometamos la obra de reconstruir los muchos y macizos tomos que faltan: *ex ungue leonem*. Calcula, entre veras y burlas, que una generación de *tlönistas* puede bastar. Ese arriesgado cómputo nos retrae al problema fundamental: ¿Quiénes inventaron a Tlön? El plural es inevitable, porque la hipótesis de un solo inventor —de un infinito Leibniz obrando en la tiniebla y en la

modestia— ha sido descartada unánimemente. Se conjetura que este *brave new world* es obra de una sociedad secreta de astrónomos, de biólogos, de ingenieros, de metafísicos, de poetas, de químicos, de algebristas, de moralistas, de pintores, de geómetras... dirigidos por un oscuro hombre de genio. Abundan individuos que dominan esas disciplinas diversas, pero no los capaces de invención y menos los capaces de subordinar la invención a un riguroso plan sistemático. Ese plan es tan vasto que la contribución de cada escritor es infinitesimal. Al principio se creyó que Tlön era un mero caos, una irresponsable licencia de la imaginación; ahora se sabe que es un cosmos y las íntimas leyes que lo rigen han sido formuladas, siquiera en modo provisional. Básteme recordar que las contradicciones aparentes del Onceno Tomo son la piedra fundamental de la prueba de que existen los otros: tan lúcido y tan justo es el orden que se ha observado en él. Las revistas populares han divulgado, con perdonable exceso, la zoología y la topografía de Tlön; yo pienso que sus tigres transparentes y sus torres de sangre no merecen, tal vez, la continua atención de *todos* los hombres. Yo me atrevo a pedir unos minutos para su concepto del universo.

Hume notó para siempre que los argumentos de Berkeley no admiten la menor réplica y no causan la menor convicción. Ese dictamen es del todo verídico en su aplicación a la tierra; del todo falso en Tlön. Las naciones de ese planeta son —congénitamente— idealistas. Su lenguaje y las derivaciones de su lenguaje —la religión, las letras, la metafísica— presuponen el idealismo. El mundo para ellos no es un concurso de objetos en el espacio; es una serie heterogénea de actos independientes. Es sucesivo, temporal, no espacial. No hay sustantivos en la conjetural *Ursprache* de Tlön, de la que proceden los idiomas «actuales» y los dialectos: hay verbos impersonales, calificados por sufijos (o prefijos) monosilábicos de valor adverbial. Por ejemplo: no hay palabra que corresponda a la palabra *luna*, pero hay un verbo que sería en español *lunecer* o *lunar*. *Surgió la luna sobre el río* se dice *hlör u fang axaxaxas mlö* o sea en su orden: hacia arriba (*upward*) detrás duradero-fluir luneció. (Xul Solar traduce con brevedad: *upa tras perfluyue lunó. Upward, behind the onstreaming it mooned*).

Lo anterior se refiere a los idiomas del hemisferio austral. En los del hemisferio boreal (de cuya *Ursprache* hay muy pocos datos en el Onceno Tomo) la célula primordial no es el verbo, sino el adjetivo monosilábico. El sustantivo se forma por acumulación de adjetivos. No se dice *luna*: se dice *aéreo-claro sobre oscuro-redondo* o *anaranjado-tenue-del cielo* o cualquier otra agregación. En el caso elegido la masa de adjetivos corresponde a un objeto real; el hecho es puramente fortuito. En la literatura de este hemisferio (como en el mundo subsistente de Meinong) abundan los objetos ideales, convocados y disueltos en un momento, según las necesidades poéticas. Los determina, a veces, la mera simultaneidad. Hay objetos compuestos de dos términos, uno de carácter visual y otro auditivo: el color del naciente y el remoto grito de un pájaro. Los hay de muchos: el sol y el agua contra el pecho del nadador, el vago rosa trémulo que se ve con los ojos cerrado, la sensación de quien se deja llevar por un río y también por el sueño. Esos objetos de segundo grado pueden combinarse con otros; el proceso, mediante ciertas abreviaturas, es prácticamente infinito. Hay poemas famosos compuestos de una sola enorme palabra. Esta palabra integra un *objeto poético* creado por el autor. El hecho de que nadie crea en la realidad de los sustantivos hace, paradójicamente, que sea interminable su número. Los idiomas del hemisferio boreal de Tlön poseen todos los nombres de las lenguas indoeuropeas —y otros muchos más.

No es exagerado afirmar que la cultura clásica de Tlön comprende una sola disciplina: la psicología. Las otras están subordinadas a ella. He dicho que los hombres de ese planeta conciben el

universo como una serie de procesos mentales, que no se desenvuelven en el espacio sino de modo sucesivo en el tiempo. Spinoza atribuye a su inagotable divinidad los atributos de la extensión y del pensamiento; nadie comprendería en Tlön la yuxtaposición del primero (que sólo es típico de ciertos estados) y del segundo —que es un sinónimo perfecto del cosmos—. Dicho sea con otras palabras: no conciben que lo espacial perdure en el tiempo. La percepción de una humareda en el horizonte y después del campo incendiado y después del cigarro a medio apagar que produjo la quemazón es considerada un ejemplo de asociación de ideas.

Este monismo o idealismo total invalida la ciencia. Explicar (o juzgar) un hecho es unirlo a otro; esa vinculación, en Tlön, es un estado posterior del sujeto, que no puede afectar o iluminar el estado anterior. Todo estado mental es irreductible: el mero hecho de nombrarlo —*id est*, de clasificarlo— importa un falseo. De ello cabría deducir que no hay ciencias en Tlön —ni siquiera razonamientos. La paradójica verdad es que existen, en casi innumerable número. Con las filosofías acontece lo que acontece con los sustantivos en el hemisferio boreal. El hecho de que toda filosofía sea de antemano un juego dialéctico, una *Philosophie des Als Ob*, ha contribuido a multiplicarlas. Abundan los sistemas increíbles, pero de arquitectura agradable o de tipo sensacional. Los metafísicos de Tlön no buscan la verdad ni siquiera la verosimilitud: buscan el asombro. Juzgan que la metafísica es una rama de la literatura fantástica. Saben que un sistema no es otra cosa que la subordinación de todos los aspectos del universo a uno cualquiera de ellos. Hasta la frase «todos los aspectos» es rechazable, porque supone la imposible adición del instante presente y de los pretéritos. Tampoco es lícito el plural «los pretéritos», porque supone otra operación imposible... Una de las escuelas de Tlön llega a negar el tiempo: razona que el presente es indefinido, que el futuro no tiene realidad sino como esperanza presente, que el pasado no tiene realidad sino como recuerdo presente^[2]. Otra escuela declara que ha transcurrido ya *todo el tiempo* y que nuestra vida es apenas el recuerdo o reflejo crepuscular, y sin duda falseado y mutilado, de un proceso irrecuperable. Otra, que la historia del universo —y en ellas nuestras vidas y el más tenue detalle de nuestras vidas— es la escritura que produce un dios subalterno para entenderse con un demonio. Otra, que el universo es comparable a esas criptografías en las que no valen todos los símbolos y que sólo es verdad lo que sucede cada trescientas noches. Otra, que mientras dormimos aquí, estamos despiertos en otro lado y que así cada hombre es dos hombres.

Entre las doctrinas de Tlön, ninguna ha merecido tanto escándalo como el materialismo. Algunos pensadores lo han formulado, con menos claridad que fervor, como quien adelanta una paradoja. Para facilitar el entendimiento de esa tesis inconcebible, un heresiarca del undécimo siglo^[3] ideó el sofisma de las nueve monedas de cobre, cuyo renombre escandaloso equivale en Tlön al de las aporías eleáticas. De ese «razonamiento especioso» hay muchas versiones, que varían el número de monedas y el número de hallazgos; he aquí la más común:

El martes, X atraviesa un camino desierto y pierde nueve monedas de cobre. El jueves, Y encuentra en el camino cuatro monedas, algo herrumbradas por la lluvia del miércoles. El viernes, Z descubre tres monedas en el camino. El viernes de mañana, X encuentra dos monedas en el corredor de su casa. El heresiarca quería deducir de esa historia la realidad —id est la continuidad— de las nueve monedas recuperadas. Es absurdo (afirmaba) imaginar que cuatro de las monedas no han existido entre el martes y el jueves, tres entre el martes y la tarde del viernes, dos entre el martes y la madrugada del viernes. Es lógico pensar que han existido —siquiera de algún modo secreto, de comprensión vedada a los hombres— en todos los momentos de esos tres plazos.

El lenguaje de Tlön se resistía a formular esa paradoja; los más no la entendieron. Los defensores del sentido común se limitaron, al principio, a negar la veracidad de la anécdota. Repitieron que era una falacia verbal, basada en el empleo temerario de dos voces neológicas, no autorizadas por el uso y ajenas a todo pensamiento severo: los verbos *encontrar* y *perder*, que comportan una petición de principio, porque presuponen la identidad de las nueve primeras monedas y de las últimas. Recordaron que todo sustantivo (hombre, moneda, jueves, miércoles, lluvia) sólo tiene un valor metafórico. Denunciaron la pérfida circunstancia *algo harrumbradas por la lluvia del miércoles*, que presupone lo que se trata de demostrar: la persistencia de las cuatro monedas, entre el jueves y el martes. Explicaron que una cosa es *igualdad* y otra *identidad* y formularon una especie de *reductio ad absurdum*, o sea el caso hipotético de nueve hombres que en nueve sucesivas noches padecen un vivo dolor. ¿No sería ridículo —interrogaron— pretender que ese dolor, es el mismo?^[4] Dijeron que al heresiarca no lo movía sino el blasfematorio propósito de atribuir la divina categoría de ser a unas simples monedas y que a veces negaba la pluralidad y otras no. Argumentaron: si la igualdad comporta la identidad, habría que admitir asimismo que las nueve monedas son una sola.

Increíblemente, esas refutaciones no resultaron definitivas. A los cien años de enunciado el problema, un pensador no menos brillante que el heresiarca pero de tradición ortodoxa, formuló una hipótesis muy audaz. Esa conjetura feliz afirma que hay un solo sujeto, que ese sujeto indivisible es cada uno de los seres del universo y que éstos son los órganos y máscaras de la divinidad. X es Y y es Z. Z descubre tres monedas porque recuerda que se le perdieron a X; X encuentra dos en el corredor porque recuerda que han sido recuperadas las otras... El oncenno tomo deja entender que tres razones capitales determinaron la victoria total de ese panteísmo idealista. La primera, el repudio del solipsismo; la segunda, la posibilidad de conservar la base psicológica de las ciencias; la tercera, la posibilidad de conservar el culto de los dioses. Schopenhauer (el apasionado y lúcido Schopenhauer) formula una doctrina muy parecida en el primer volumen de *Parerga und Paralipomena*.

La geometría de Tlön comprende dos disciplinas algo distintas: la visual y la táctil. La última corresponde a la nuestra y la subordinan a la primera. La base de la geometría visual es la superficie, no el punto. Esta geometría desconoce las paralelas y declara que el hombre que se desplaza modifica las formas que lo circundan. La base de su aritmética es la noción de números indefinidos. Acentúan la importancia de los conceptos de mayor y menor, que nuestros matemáticos simbolizan por $>$ y por $<$. Afirman que la operación de contar modifica las cantidades y las convierte de indefinidas en definidas. El hecho de que varios individuos que cuentan una misma cantidad logran un resultado igual, es para los psicólogos un ejemplo de asociación de ideas o de buen ejercicio de la memoria. Ya sabemos que en Tlön el sujeto del conocimiento es uno y eterno.

En los hábitos literarios también es todopoderosa la idea de un sujeto único. Es raro que los libros estén firmados. No existe el concepto del plagio: se ha establecido que todas las obras son obra de un solo autor, que es intemporal y es anónimo. La crítica suele inventar autores: elige dos obras disímiles —el *Tao Te King* y las *1001 Noches*, digamos—, las atribuye a un mismo escritor y luego determina con probidad la psicología de ese interesante *homme de lettres*...

También son distintos los libros. Los de ficción abarcan un solo argumento, con todas las permutaciones imaginables. Los de naturaleza filosófica invariablemente contienen la tesis y la antítesis, el riguroso pro y el contra de una doctrina. Un libro que no encierra su contralibro es considerado incompleto.

Siglos y siglos de idealismo no han dejado de influir en la realidad. No es infrecuente, en las

regiones más antiguas de Tlön, la duplicación de objetos perdidos. Dos personas buscan un lápiz; la primera lo encuentra y no dice nada; la segunda encuentra un segundo lápiz no menos real, pero más ajustado a su expectativa. Esos objetos secundarios se llaman *hrönir* y son, aunque de forma desairada, un poco más largos. Hasta hace poco los *hrönir* fueron hijos casuales de la distracción y el olvido. Parece mentira que su metódica producción cuente apenas cien años, pero así lo declara el Onceno Tomo. Los primeros intentos fueron estériles. El *modus operandi*, sin embargo, merece recordación. El director de una de las cárceles del estado comunicó a los presos que en el antiguo lecho de un río había ciertos sepulcros y prometió la libertad a quienes trajeran un hallazgo importante. Durante los meses que precedieron a la excavación les mostraron láminas fotográficas de lo que iban a hallar. Ese primer intento probó que la esperanza y la avidez pueden inhibir; una semana de trabajo con la pala y el pico no logró exhumar otro *hrön* que una rueda herrumbrosa, de fecha posterior al experimento. Éste se mantuvo secreto y se repitió después en cuatro colegios. En tres fue casi total el fracaso; en el cuarto (cuyo director murió casualmente durante las primeras excavaciones) los discípulos exhumaron —o produjeron— una máscara de oro, una espada arcaica, dos o tres ánforas de barro y el verdinoso y mutilado torso de un rey con una inscripción en el pecho que no se ha logrado aún descifrar. Así se descubrió la improcedencia de testigos que conocieran la naturaleza experimental de la busca... Las investigaciones en masa producen objetos contradictorios; ahora se prefiere los trabajos individuales y casi improvisados. La metódica elaboración de *hrönir* (dice el Onceno Tomo) ha prestado servicios prodigiosos a los arqueólogos. Ha permitido interrogar y hasta modificar el pasado, que ahora no es menos plástico y menos dócil que el porvenir. Hecho curioso: los *hrönir* de segundo y de tercer grado —los *hrönir* derivados de otro *hrön*, los *hrönir* derivados del *hrön* de un *hrön*— exageran las aberraciones del inicial; los de quinto son casi uniformes; los de noveno se confunden con los de segundo; en los de undécimo hay una pureza de líneas que los originales no tienen. El proceso es periódico: el *hrön* de duodécimo grado ya empieza a decaer. Más extraño y más puro que todo *hrön* es a veces el *ur*: la cosa producida por sugestión, el objeto educido por la esperanza. La gran máscara de oro que he mencionado es un ilustre ejemplo.

Las cosas se duplican en Tlön; propenden asimismo a borrarse y a perder los detalles cuando los olvida la gente. Es clásico el ejemplo de un umbral que perduró mientras lo visitaba un mendigo y que se perdió de vista a su muerte. A veces unos pájaros, un caballo, han salvado las ruinas de un anfiteatro.

Posdata de 1947. Reproduzco el artículo anterior tal como apareció en la *Antología de la literatura fantástica*, 1940, sin otra escisión que algunas metáforas y que una especie de resumen burlón que ahora resulta frívolo. Han ocurrido tantas cosas desde esa fecha... Me limitaré a recordarlas.

En marzo de 1941 se descubrió una carta manuscrita de Gunnar Erfjord en un libro de Hinton que había sido de Herbert Ashe. El sobre tenía el sello postal de Ouro Preto; la carta elucidaba enteramente el misterio de Tlön. Su texto corrobora las hipótesis de Martínez Estrada. A principios del siglo XVII, en una noche de Lucerna o de Londres, empezó la espléndida historia. Una sociedad secreta y benévola (que entre sus afiliados tuvo a Dalgarno y después a George Berkeley) surgió para inventar un país. En el vago programa inicial figuraban los «estudios herméticos», la filantropía y la cábala. De esa primera época data el curioso libro de Andreä. Al cabo de unos años de conciliábulos y de síntesis prematuras comprendieron que una generación no bastaba para articular un país. Resolvieron que cada uno de los maestros que la integraban eligiera un discípulo para la continuación de la obra. Esa disposición hereditaria prevaleció; después de un hiato de dos siglos la perseguida fraternidad resurge en América. Hacia 1824, en Memphis (Tennessee) uno de los afiliados conversa con el ascético millonario Ezra Buckley. Éste lo deja hablar con algún desdén —y se ríe de la modestia del proyecto. Le dice que en América es absurdo inventar un país y le propone la invención de un planeta. A esa gigantesca idea añade otra, hija de su nihilismo^[5]: la de guardar en el silencio la empresa enorme. Circulaban entonces los veinte tomos de la *Encyclopaedia Britannica*; Buckley sugiere una enciclopedia metódica del planeta ilusorio. Les dejará sus cordilleras auríferas, sus ríos navegables, sus praderas holladas por el toro y por el bisonte, sus negros, sus prostíbulos y sus dólares, bajo una condición: «La obra no pactará con el impostor Jesucristo». Buckley descrea de Dios, pero quiere demostrar al Dios no existente que los hombres mortales son capaces de concebir un mundo. Buckley es envenenado en Baton Rouge en 1828; en 1914 la sociedad remite a sus colaboradores, que son trescientos, el volumen final de la *Primera Enciclopedia* de Tlön. La edición es secreta: los cuarenta volúmenes que comprende (la obra más vasta que han acometido los hombres) serían la base de otra más minuciosa, redactada no ya en inglés, sino en alguna de las lenguas de Tlön. Esa revisión de un mundo ilusorio se llama provisoriamente *Orbis Tertius* y uno de sus modestos demiurgos fue Herbert Ashe, no sé si como agente de Gunnar Erfjord o como afiliado. Su recepción de un ejemplar del Onceno Tomo parece favorecer lo segundo. Pero ¿y los otros? Hacia 1942 arreciaron los hechos. Recuerdo con singular nitidez uno de los primeros y me parece que algo sentí de su carácter premonitorio. Ocurrió en un departamento de la calle Laprida, frente a un claro y alto balcón que miraba el ocaso. La princesa de Faucigny Lucinge había recibido de Poitiers su vajilla de plata. Del vasto fondo de un cajón rubricado de sellos internacionales iban saliendo finas cosas inmóviles: platería de Utrecht y de París con dura fauna heráldica, un samovar. Entre ellas —con un perceptible y tenue temblor de pájaro dormido— latía misteriosamente una brújula. La princesa no la reconoció. La aguja azul anhelaba el norte magnético; la caja de metal era cóncava; las letras de la esfera correspondían a uno de los alfabetos de Tlön. Tal fue la primera intrusión del mundo fantástico en el mundo real. Un azar que me inquieta hizo que yo también fuera testigo de la segunda. Ocurrió unos meses después, en la pulpería de un brasilero, en la Cuchilla Negra. Amorim y yo regresábamos de Sant'Anna. Una creciente del río Tacuarembó nos obligó a probar (y a sobrellevar) esa rudimentaria hospitalidad. El pulpero nos acomodó unos catres crujientes en una pieza grande, entorpecida de barriles y cueros. Nos acostamos, pero no nos dejó dormir hasta el alba la borrachera de un vecino invisible, que alternaba denuestos inextricables con

rachas de milongas —más bien con rachas de una sola milonga. Como es de suponer, atribuimos a la fogosa caña del patrón ese griterío insistente... A la madrugada, el hombre estaba muerto en el corredor. La aspereza de la voz nos había engañado: era un muchacho joven. En el delirio se le habían caído del tirador unas cuantas monedas y un cono de metal reluciente, del diámetro de un dado. En vano un chico trató de recoger ese cono. Un hombre apenas acertó a levantarlo. Yo lo tuve en la palma de la mano algunos minutos: recuerdo que su peso era intolerable y que después de retirado el cono, la opresión perduró. También recuerdo el círculo preciso que me grabó en la carne. Esa evidencia de un objeto muy chico y a la vez pesadísimo dejaba una impresión desagradable de asco y de miedo. Un paisano propuso que lo tiraran al río correntoso. Amorim lo adquirió mediante unos pesos. Nadie sabía nada del muerto, salvo «que venía de la frontera». Esos conos pequeños y muy pesados (hechos de un metal que no es de este mundo) son imagen de la divinidad, en ciertas religiones de Tlön.

Aquí doy término a la parte personal de mi narración. Lo demás está en la memoria (cuando no en la esperanza o en el temor) de todos mis lectores. Básteme recordar o mencionar los hechos subsiguientes, con una mera brevedad de palabras que el cóncavo recuerdo general enriquecerá o ampliará. Hacia 1944 un investigador del diario *The American* (de Nashville, Tennessee) exhumó en una biblioteca de Memphis los cuarenta volúmenes de la Primera Enciclopedia de Tlön. Hasta el día de hoy se discute si ese descubrimiento fue casual o si lo consintieron los directores del todavía nebuloso *Orbis Tertius*. Es verosímil lo segundo. Algunos rasgos increíbles del Onceno Tomo (verbigracia, la multiplicación de los *hrönir*) han sido eliminados o atenuados en el ejemplar de Memphis; es razonable imaginar que esas tachaduras obedecen al plan de exhibir un mundo que no sea demasiado incompatible con el mundo real. La diseminación de objetos de Tlön en diversos países complementaría ese plan...^[6] El hecho es que la prensa internacional voceó infinitamente el «hallazgo». Manuales, antologías, resúmenes, versiones literales, reimpressiones autorizadas y reimpressiones piráticas de la Obra Mayor de los Hombres abarrotaron y siguen abarrotando la tierra. Casi inmediatamente, la realidad cedió en más de un punto. Lo cierto es que anhelaba ceder. Hace diez años bastaba cualquier simetría con apariencia de orden —el materialismo dialéctico, el antisemitismo, el nazismo— para embelesar a los hombres. ¿Cómo no someterse a Tlön, a la minuciosa y vasta evidencia de un planeta ordenado? Inútil responder que la realidad también está ordenada. Quizá lo esté, pero de acuerdo a leyes divinas —traduzco: a leyes inhumanas— que no acabamos nunca de percibir. Tlön será un laberinto, pero es un laberinto urdido por hombres, un laberinto destinado a que lo descifren los hombres.

El contacto y el hábito de Tlön han desintegrado este mundo. Encantada por su rigor, la humanidad olvida y torna a olvidar que es un rigor de ajedrecistas, no de ángeles. Ya ha penetrado en las escuelas el (conjetural), «idioma primitivo» de Tlön; ya la enseñanza de su historia armoniosa (y llena de episodios conmovedores) ha obliterado a la que presidió mi niñez; ya en las memorias un pasado ficticio ocupa el sitio de otro, del que nada sabemos con certidumbre —ni siquiera que es falso. Han sido reformadas la numismática, la farmacología y la arqueología. Entiendo que la biología y las matemáticas aguardan también su avatar... Una dispersa dinastía de solitarios ha cambiado la faz del mundo. Su tarea prosigue. Si nuestras previsiones no erran, de aquí cien años alguien descubrirá los cien tomos de la *Segunda Enciclopedia* de Tlön.

Entonces desaparecerán del planeta el inglés y el francés y el mero español. El mundo será Tlön. Yo no hago caso, yo sigo revisando en los quietos días del hotel de Adrogué una indecisa traducción

quevediana (que no pienso dar a la imprenta) del *Urn Burial* de Browne.

En *Ficciones, Obras completas*, Tomo I, Barcelona, Emecé, 1989.

Truman Capote

Imaginen una mañana de finales de noviembre. Una mañana de comienzos de invierno, hace más de veinte años. Piensen en la cocina de un viejo caserón de pueblo. Su principal característica es una enorme estufa negra; pero también contiene una gran mesa redonda y una chimenea con un par de mecedoras delante. Precisamente hoy comienza la estufa su temporada de rugidos.

Una mujer de trasquilado pelo blanco se encuentra de pie junto a la ventana de la cocina. Lleva zapatillas de tenis y un amorfo pulóver gris sobre un vestido veraniego de calicó. Es pequeña y vivaz, como una gallina bantam; pero, debido a una prolongada enfermedad juvenil, tiene los hombros horriblemente encorvados. Su rostro es notable, algo parecido al de Lincoln, igual de escarpado, y teñido por el sol y el viento; pero también es delicado, de huesos finos, y con unos ojos de color jerez y expresión tímida.

—¡Vaya por Dios! —exclama, y su aliento empaña el cristal—. ¡Ha llegado la temporada de las tartas de frutas!

La persona con la que habla soy yo. Tengo siete años; ella, sesenta y tantos. Somos primos, muy lejanos, y hemos vivido juntos, bueno, desde que tengo memoria. También viven otras personas en la casa, parientes; y aunque tienen poder sobre nosotros, y nos hacen llorar frecuentemente, en general, apenas tenemos en cuenta su existencia. Cada uno de nosotros es el mejor amigo del otro. Ella me llama Buddy, en recuerdo de un chico que antiguamente había sido su mejor amigo. El otro Buddy murió en los años ochenta del siglo pasado, de pequeño. Ella sigue siendo pequeña.

—Lo he sabido antes de levantarme de la cama —dice, volviéndole la espalda a la ventana y con una mirada de determinada excitación—. La campana del patio sonaba fría y clarísima. Y no cantaba ningún pájaro; se han ido a tierras más cálidas, ya lo creo que sí. Mira, Buddy, deja de comer galletas y ve a traer nuestro coche. Ayúdame a buscar el sombrero. Tenemos que preparar treinta tartas.

Siempre ocurre lo mismo; llega cierta mañana de noviembre, y mi amiga, como si inaugurase oficialmente esa temporada navideña anual que le dispara la imaginación y aviva el fuego de su corazón, anuncia:

—¡Ha llegado la temporada de las tartas! Ve a traer nuestro coche. Ayúdame a buscar el sombrero.

Y aparece el sombrero, que es de paja, bajo de copa y muy ancho de ala, y con un corsé de rosas de terciopelo marchitadas por la intemperie: antiguamente era de una parienta que vestía muy a la

moda. Guiamos juntos el coche, un desvencijado cochecillo de niño, por el jardín, camino de la arboleda de pacanas. El cochecito es mío; es decir que lo compraron para mí cuando nací. Es de mimbre, y está bastante destrenzado, y sus ruedas se bambolean como las piernas de un borracho. Pero es un objeto fiel; en primavera lo llevamos al bosque para llenarlo de flores, hierbas y helechos para las macetas de la entrada; en verano, amontonamos en él toda la parafernalia de las meriendas campestres, junto con las cañas de pescar, y bajamos hasta la orilla de algún riachuelo; en invierno también tiene algunas funciones: es la camioneta en la que trasladamos la leña desde el patio hasta la chimenea, y le sirve de cálida cama a Queenie, nuestra pequeña terrier anaranjada y blanca, un animal resistente que ha sobrevivido a mucho malhumor y a dos mordeduras de serpiente de cascabel. En este momento Queenie anda trotando en pos del coche.

Al cabo de tres horas nos encontramos de nuevo en la cocina, descascarillando una carretada de pacanas que el viento ha hecho caer de los árboles. Nos duele la espalda de tanto agacharnos a recogerlas: ¡qué difíciles han sido de encontrar (pues la parte principal de la cosecha se la han llevado, después de sacudir los árboles, los dueños de la arboleda, que no somos nosotros) bajo las hojas que las ocultaban, entre las hierbas engañosas y heladas! ¡Caaracrac! Un alegre crujido, fragmentos de truenos en miniatura que resuenan al partir las cáscaras mientras en la jarra de leche sigue creciendo el dorado montón de dulce y aceitosa fruta marfileña. Queenie comienza a relamerse, y de vez en cuando mi amiga le da furtivamente un pedacito, pese a que insiste en que nosotros ni siquiera las probemos.

—No debemos hacerlo, Buddy. Como empecemos, no habrá quien nos pare. Y ni siquiera con las que hay tenemos suficiente. Son treinta tartas.

La cocina va oscureciéndose. El crepúsculo transforma la ventana en un espejo: nuestros reflejos se entremezclan con la luna ascendente mientras seguimos trabajando junto a la chimenea a la luz del hogar. Por fin, cuando la luna ya está muy alta, echamos las últimas cáscaras al fuego y, suspirando al unísono, observamos cómo van prendiendo. El coche está vacío; la jarra, llena hasta el borde.

Tomamos la cena (galletas frías, panceta, mermelada de zarzamora) y hablamos de lo del día siguiente. Al día siguiente empieza el trabajo que más me gusta: ir de compras. Cerezas y cidras, jengibre y vainilla y ananá hawaiana en lata, pacanas y pasas y nueces y *whisky* y, oh, montones de harina, manteca, muchísimos huevos, especias, esencias: pero ¡si nos hará falta un *pony* para tirar del coche hasta casa!

Pero, antes de comprar, queda la cuestión del dinero. Ninguno de los dos tiene ni cinco. Solamente las cicateras cantidades que los otros habitantes de la casa nos proporcionan muy de vez en cuando (ellos creen que una moneda de diez centavos es una fortuna) y lo que nos ganamos por medio de actividades diversas: organizar tómbolas de cosas viejas, vender baldes de zarzamoras que nosotros mismos recogemos, tarros de mermelada casera y de jalea de manzana y de durazno en conserva, o recoger flores para funerales y bodas. Una vez ganamos el septuagésimo noveno premio, cinco dólares, en un concurso nacional de rugby. Y no porque sepamos ni jota de rugby. Sólo porque participamos en todos los concursos de los que tenemos noticia: en este momento nuestras esperanzas se centran en el Gran Premio de cincuenta mil dólares que ofrecen por inventar el nombre de una nueva marca de cafés (nosotros hemos propuesto «A. M.»^[1]; y después de dudarlo un poco, porque a mi amiga le parecía sacrilego, como eslogan «¡A. M.! ¡Amén!»). Para ser sincero, nuestra única actividad provechosa *de verdad* fue lo del Museo de Monstruos y Feria de Atracciones que organizamos hace un par de veranos en una leñera. Las atracciones consistían en proyecciones de

linterna mágica con vistas de Washington y Nueva York prestadas por un familiar que había estado en esos lugares (y que se puso furioso cuando se enteró del motivo por el que se las habíamos pedido); el Monstruo era un polluelo de tres patas, recién incubado por una de nuestras gallinas. Toda la gente de por aquí quería ver al polluelo: les cobrábamos cinco centavos a los adultos y dos a los niños. Y llegamos a ganar nuestros buenos veinte dólares antes de que el museo cerrara sus puertas debido a la defunción de su principal estrella.

Pero entre unas cosas y otras vamos acumulando cada año nuestros ahorros navideños, el Fondo para Tartas de Frutas. Guardamos escondido este dinero en un viejo monedero de cuentas, debajo de una tabla suelta que está debajo del piso que está debajo del orinal que está debajo de la cama de mi amiga. Sólo sacamos el monedero de su seguro escondrijo para hacer un nuevo depósito, o, como suele ocurrir los sábados, para algún reintegro; porque los sábados me corresponden diez centavos para el cine. Mi amiga no ha ido jamás al cine, ni tiene intención de hacerlo:

—Prefiero que tú me cuentes la historia, Buddy. Así puedo imaginármela mejor. Además, las personas de mi edad no deben malgastar la vista. Cuando se presente el Señor, quiero verlo bien.

Aparte de no haber visto ninguna película, tampoco ha comido en ningún restaurante, viajado a más de cinco kilómetros de casa, recibido o enviado telegramas, leído nada que no sean historietas y la Biblia, usado cosméticos, pronunciado palabrotas, deseado mal alguno a nadie, mentido a conciencia, ni dejado que ningún perro pasara hambre. Y éstas son algunas de las cosas que ha hecho, y que suele hacer: matar con una azada la mayor serpiente de cascabel jamás vista en este condado (dieciséis cascabeles), tomar rapé (en secreto), domesticar colibríes (desafío a cualquiera a que lo intente) hasta conseguir que se mantengan en equilibrio sobre uno de sus dedos, contar historias de fantasmas (tanto ella como yo creemos en los fantasmas) tan estremecedoras que te dejan helado hasta en julio, hablar consigo misma, pasear bajo la lluvia, cultivar las camelias más bonitas de todo el pueblo, aprenderse la receta de todas las antiguas pócimas curativas de los indios, entre otras, una fórmula mágica para quitar las verrugas.

Ahora, terminada la cena, nos retiramos a la habitación que hay en una parte remota de la casa, y que es el lugar donde mi amiga duerme, en una cama de hierro pintada de rosa chillón, su color preferido, cubierta con una colcha de retazos. En silencio, saboreando los placeres de los conspiradores, sacamos de su secreto escondrijo el monedero de cuentas y derramamos su contenido sobre la colcha. Billetes de un dólar, enrollados como un canuto y verdes como brotes de mayo. Sombrías monedas de cincuenta centavos, tan pesadas que sirven para cerrarle los ojos a un difunto. Preciosas monedas de diez centavos, las más alegres, las que tintinean de verdad. Monedas de cinco y veinticinco centavos, tan pulidas por el uso como piedras de río. Pero, sobre todo, un detestable montón de hediondas monedas de un centavo. El pasado verano, otros habitantes de la casa nos contrataron para matar moscas, a un centavo por cada veinticinco moscas muertas. Ah, aquella carnicería de agosto: ¡cuántas moscas volaron al cielo! Pero no fue un trabajo que nos enorgulleciera. Y, mientras vamos contando los centavos, es como si volviésemos a tabular moscas muertas. Ninguno de los dos tiene facilidad para los números; contamos despacio, nos descontamos, volvemos a empezar. Según sus cálculos, tenemos 12.73 dólares. Según los míos, trece dólares exactamente.

—Espero que te hayas equivocado tú, Buddy. Más nos vale andar con cuidado si son trece. Se nos deshincharán las tartas. O enterrarán a alguien. Por Dios, en la vida se me ocurriría levantarme de la cama un día trece.

Lo cual es cierto: se pasa todos los días trece en la cama. De modo que, para asegurarnos, sustraemos un centavo y lo tiramos por la ventana.

De todos los ingredientes que utilizamos para hacer nuestras tartas de frutas no hay ninguno tan caro como el *whisky*, que, además, es el más difícil de adquirir: su venta está prohibida por el Estado. Pero todo el mundo sabe que se le puede comprar una botella a Mr. Jajá Jones. Y al día siguiente, después de haber terminado nuestras compras más prosaicas, nos encaminamos al negocio de Mr. Jajá, un «pecaminoso» (por citar la opinión pública) bar de pescado frito y baile que está a la orilla del río. No es la primera vez que vamos allí, y con el mismo propósito; pero los años anteriores hemos hecho tratos con la mujer de Jajá, una india de piel negra como la tintura de yodo, reluciente cabello oxigenado, y aspecto de muerta de cansancio. De hecho, jamás hemos puesto la vista encima de su marido, aunque hemos oído decir que también es indio. Un gigante con cicatrices de navajazos en las mejillas. Le llaman Jajá por lo tristón, nunca ríe. Cuando nos acercamos al bar (una amplia cabaña de troncos, festoneada por dentro y por fuera con guirnaldas de bombitas desnudas pintadas de colores vivos, y situada en la embarrada orilla del río, a la sombra de unos árboles por entre cuyas ramas crece el musgo como niebla gris) frenamos nuestro paso. Incluso Queenie deja de brincar y permanece cerca de nosotros. Ha habido asesinatos en el bar de Jajá. Gente descuartizada. Descalabrada. El mes próximo iré al juzgado uno de los casos. Naturalmente, esta clase de cosas ocurren por la noche, cuando gimotea el fonógrafo y las bombitas pintadas proyectan demenciales sombras. De día, el local de Jajá es destartado y está desierto. Llamo a la puerta, ladra Queenie, grita mi amiga:

—¡Mrs. Jajá! ¡Eh, señora! ¿Hay alguien en casa?

Pasos. Se abre la puerta. Nuestros corazones dan un vuelco. ¡Es Mr. Jajá Jones en persona! Y es un gigante; y *tiene* cicatrices; y *no* sonrío. Qué va, nos lanza miradas llameantes con sus satánicos ojos rasgados, y quiere saber:

—¿Qué quieren de Jajá?

Durante un instante nos quedamos tan paralizados que no podemos decírselo. Al rato, mi amiga medio encuentra su voz, apenas una vocecilla susurrante:

—Si no le importa, Mr. Jajá, querríamos un litro del mejor *whisky* que tenga.

Los ojos se le rasgan todavía más. ¿No es increíble? ¡Mr. Jajá está sonriendo! Hasta riendo.

—¿Cuál de los dos es el bebedor?

—Es para hacer tartas de frutas, Mr. Jajá. Para cocinar.

Esto le templó el ánimo. Frunce el ceño.

—¿Qué manera de tirar un buen *whisky*.

No obstante, se retira hacia las sombras del bar y reaparece unos cuantos segundos después con una botella de contenido amarillo margarita, sin etiqueta. Exhibe su centelleo a la luz del sol y dice:

—Dos dólares.

Le pagamos con monedas de diez, cinco y un centavo. De repente, al tiempo que hace sonar las monedas en la mano cerrada, como si fueran dados, se le suaviza la expresión.

—¿Saben lo que les digo? —nos propone, devolviendo el dinero a nuestro monedero de cuentas—. Páguenmelo con unas cuantas tartas de frutas.

De vuelta a casa, mi amiga comenta:

—Pues a mí me ha parecido un hombre encantador. Pondremos una tacita más de pasas en su tarta. La estufa negra, cargada de carbón y leña, brilla como una calabaza iluminada. Giran velozmente

los batidores de huevos, dan vueltas como locas las cucharas en cuencos cargados de mantequilla y azúcar, endulza el ambiente la vainilla, lo hace picante el jengibre; unos olores combinados que hacen que te hormiguee la nariz saturan la cocina, empapan la casa, salen volando al mundo arrastrados por el humo de la chimenea. Al cabo de cuatro días hemos terminado nuestra tarea. Treinta y una tartas, ebrias de *whisky*, se tuestan al sol en los estantes y los alféizares de las ventanas.

¿Para quién son?

Para nuestros amigos. No necesariamente amigos de la vecindad: de hecho, la mayor parte las hemos hecho para personas con las que quizá sólo hemos hablado una vez, o ninguna. Gente de la que nos hemos encaprichado. Como el presidente Roosevelt. Como el reverendo J. C. Lucey y señora, misioneros baptistas en Borneo, que el pasado invierno dieron unas conferencias en el pueblo. O el pequeño afilador que pasa por aquí dos veces al año. O Abner Packer, el conductor del autobús de las seis que, cuando llega de Mobile, nos saluda con la mano cada día al pasar delante de casa envuelto en un torbellino de polvo. O los Wiston, una joven pareja californiana cuyo automóvil se averió una tarde ante nuestro portal, y que pasó una agradable hora charlando con nosotros (el joven Wiston nos sacó una foto, la única que nos han sacado en nuestra vida). ¿Es debido a que mi amiga siente timidez ante todo el mundo, excepto los desconocidos, que esos desconocidos, y otras personas a quienes apenas hemos tratado, son para nosotros nuestros más auténticos amigos? Creo que sí. Además, los cuadernos donde conservamos las notas de agradecimiento con membrete de la Casa Blanca, las ocasionales comunicaciones que nos llegan de California y Borneo, las postales de un centavo firmadas por el afilador, hacen que nos sintamos relacionados con unos mundos rebosantes de acontecimientos, situados muy lejos de la cocina y de su precaria vista de un cielo recortado.

Una desnuda rama de higuera decembrina araña la ventana. La cocina está vacía, han desaparecido las tartas; ayer llevamos las últimas al correo, cargadas en el coche, y una vez allí tuvimos que vaciar el monedero para pagar las estampillas. Estamos en la ruina. Es una situación que me deprime notablemente, pero mi amiga está empeñada en que lo celebremos: con los dos centímetros de *whisky* que nos quedan en la botella de Jajá. A Queenie le echamos una cucharada en su café (le gusta el café aromatizado con achicoria, y bien cargado). Dividimos el resto en un par de vasos de gelatina. Los dos estamos bastante atemorizados ante la perspectiva de tomar *whisky* solo; su sabor provoca en los dos expresiones beodas y amargos estremecimientos. Pero al poco rato comenzamos a cantar simultáneamente una canción distinta cada uno. Yo no me sé la letra de la mía, sólo: *Ven, ven, ven a bailar cimbrando esta noche*. Pero puedo bailar: eso es lo que quiero ser, bailarín de zapateo americano en películas musicales. La sombra de mis pasos de baile anda de jarana por las paredes; nuestras voces hacen tintinear la porcelana; reímos como tontos: se diría que unas manos invisibles están haciéndonos cosquillas. Queenie se pone a rodar, patalea en el aire, y algo parecido a una sonrisa tensa sus labios negros. Me siento ardiente y chisporroteante por dentro, como los troncos que se desmenuzan en el hogar, despreocupado como el viento en la chimenea. Mi amiga baila un vals alrededor de la estufa, sujeto el dobladillo de su pobre falda de calicó con la punta de los dedos, igual que si fuera un vestido de noche: *Muéstrame el camino de vuelta a casa*, está cantando, mientras rechinan en el piso sus zapatillas de tenis. *Muéstrame el camino de vuelta a casa*.

Entran dos parientes. Muy enfadados. Potentes, con miradas censoras, lenguas severas. Escuchen lo que dicen, sus palabras amontonándose unas sobre otras hasta formar una canción iracunda:

—¡Un niño de siete años oliendo a *whisky*! ¡Te has vuelto loca! ¡Dárselo a un niño de siete años! ¡Estás chiflada! ¡Vas por mal camino! ¿Te acuerdas de la prima Kate? ¿Del tío Charlie? ¿Del cuñado

del tío Charlie? ¡Qué escándalo! ¡Qué vergüenza! ¡Qué humillación! ¡Arrodíllate, reza, pídele perdón al Señor!

Queenie se esconde debajo de la estufa. Mi amiga se queda mirando vagamente sus zapatillas, le tiembla el mentón, se levanta la falda, se suena y se va corriendo a su cuarto. Mucho después de que el pueblo haya ido a acostarse y la casa esté en silencio, con la sola excepción de los carillones de los relojes y el chisporroteo de los fuegos casi apagados, mi amiga llora contra una almohada que ya está tan húmeda como el pañuelo de una viuda.

—No llores —le digo, sentado a los pies de la cama y temblando a pesar del camisón de franela, que aún huele al jarabe de la tos que tomé el invierno pasado—, no llores —le suplico, jugando con los dedos de sus pies, haciéndole cosquillas—, eres demasiado vieja para llorar.

—Por eso lloro —dice ella, hipando—. Porque soy demasiado vieja. Vieja y ridícula.

—Ridícula no. Divertida. Más divertida que nadie. Oye, como sigas llorando, mañana estarás tan cansada que no podremos ir a cortar el árbol.

Se endereza. Queenie salta encima de la cama (lo cual le está prohibido) para lamerle las mejillas.

—Conozco un sitio donde encontraremos árboles de verdad, preciosos, Buddy. Y también hay acebo. Con bayas tan grandes como tus ojos. Está en el bosque, muy adentro. Más lejos de lo que nunca hemos ido. Papá nos traía de allí los árboles de Navidad: se los cargaba al hombro. Eso era hace cincuenta años. Bueno, no sabes lo impaciente que estoy porque amanezca.

De mañana. La escarcha helada da brillo a la hierba; el sol, redondo como una naranja y anaranjado como una luna de verano, cuelga en el horizonte y bruñe los plateados bosques invernales. Chilla un pavo silvestre. Un cerdo renegado gruñe entre la maleza. Pronto, junto a la orilla del poco profundo riachuelo de aguas veloces, tenemos que abandonar el coche. Queenie es la primera en vadear la corriente, chapotea hasta el otro lado, ladrando en son de queja porque la corriente es muy fuerte, tan fría que seguro que se agarra una pulmonía. Nosotros la seguimos, con el calzado y los utensilios (un hacha pequeña, un saco de arpillera) sostenidos encima de la cabeza. Dos kilómetros más: de espinas, erizos y zarzas que se nos enganchan en la ropa; de herrumbrosas agujas de pino, y con el brillo de los coloridos hongos y las plumas caídas. Aquí, allá, un destello, un temblor, un éxtasis de trinos nos recuerdan que no todos los pájaros han volado hacia el sur. El camino serpentea siempre por entre charcos alimonados de sol y sombríos túneles de enredaderas. Hay que cruzar otro arroyo: una fastidiada flota de moteadas truchas hace espumear el agua a nuestro alrededor, mientras unas ranas del tamaño de platos se entrenan a darse panzadas; unos obreros castores construyen un dique. En la otra orilla, Queenie se sacude y tiembla. También tiembla mi amiga: no de frío, sino de entusiasmo. Una de las maltrechas rosas de su sombrero deja caer un pétalo cuando levanta la cabeza para inhalar el aire cargado del aroma de los pinos.

—Casi hemos llegado. ¿No lo hueles, Buddy? —dice, como si estuviéramos aproximándonos al océano.

Y, en efecto, es como una especie de océano. Aromáticas extensiones ilimitadas de árboles navideños, de acebos de hojas punzantes. Bayas rojas tan brillantes como campanillas sobre las que se ciernen, gritando, negros cuervos. Tras haber llenado nuestros sacos de arpillera con la cantidad suficiente de verde y rojo como para adornar una docena de ventanas, nos disponemos a elegir el árbol.

—Tendría que ser —dice mi amiga— el doble de alto que un chico. Para que ningún chico pueda robarle la estrella.

El que elegimos es el doble de alto que yo. Un valiente y bello bruto que aguanta treinta hachazos antes de caer con un grito crujiente y estremecedor. Cargándolo como si fuese una pieza de caza, comenzamos la larga expedición de regreso. Cada pocos metros abandonamos la lucha, nos sentamos, jadeamos. Pero poseemos la fuerza del cazador victorioso que, sumada al perfume viril y helado del árbol, nos hace revivir, nos incita a continuar. Muchas felicitaciones acompañan nuestro crepuscular regreso por el camino de roja arcilla que conduce al pueblo; pero mi amiga se muestra esquiva y vaga cuando la gente elogia el tesoro que llevamos en el coche: qué árbol tan precioso, ¿de dónde lo han sacado?

—De allá lejos —murmura ella con imprecisión.

Una vez se detiene un coche, y la perezosa mujer del rico dueño de la fábrica se asoma y gimotea:

—Les doy veinticinco centavos por ese árbol.

En general, a mi amiga le da miedo decir que no; pero en esta ocasión rechaza prontamente el ofrecimiento con la cabeza:

—Ni por un dólar.

La mujer del empresario insiste.

—¿Un dólar? De ningún modo. Cincuenta centavos. Es mi última oferta. Pero, mujer, puedes ir por otro. En respuesta, mi amiga reflexiona amablemente: —Lo dudo. Nunca hay dos de nada.

En casa: Queenie se desploma junto al fuego y duerme hasta el día siguiente, roncando como un ser humano.

Un baúl que hay en la buhardilla contiene: una caja de zapatos llena de colas de armiño (procedentes de la capa que usaba para ir a la ópera cierta extraña dama que en tiempos alquiló una habitación de la casa), varios rollos de gastadas cenefas de oropel que el tiempo ha acabado dorando, una estrella de plata, una breve tira de bombitas en forma de vela, fundidas y seguramente peligrosas. Adornos magníficos, hasta cierto punto, pero no son suficientes: mi amiga quiere que el árbol arda «como la vidriera de una iglesia baptista», que se le doblen las ramas bajo el peso de una copiosa nevada de adornos. Pero no podemos permitirnos el lujo de comprar los esplendores *made in Japan* que venden en la tienda de baratijas. De modo que hacemos lo mismo que hemos hecho siempre: pasamos días y días sentados a la mesa de la cocina, armados de tijeras, lápices y montones de papeles de colores. Yo trazo los perfiles y mi amiga los recorta: gatos y más gatos, y también peces (porque es fácil dibujarlos), unas cuantas manzanas, otras tantas sandías, algunos ángeles alados hechos de las hojas de papel de estaño que guardamos cuando comemos chocolate. Utilizamos imperdibles para sujetar todas estas creaciones al árbol; a modo de toque final, espolvoreamos por las ramas bolitas de algodón (recogido para este fin el pasado agosto). Mi amiga, estudiando el efecto, entrelaza las manos.

—Dime la verdad, Buddy. ¿No está para comérselo?

Queenie intenta comerse un ángel.

Después de trenzar y adornar con cintas las coronas de acebo que ponemos en cada una de las ventanas de la fachada, nuestro siguiente proyecto consiste en inventar regalos para la familia. Pañuelos teñidos a mano para las señoras y, para los hombres, jarabe casero de limón y regaliz y aspirina, que debe ser tomado «en cuanto aparezcan Síntomas de Resfriado y Después de Salir de Caza». Pero cuando llega la hora de preparar el regalo que nos haremos el uno al otro, mi amiga y yo nos separamos para trabajar en secreto. A mí me gustaría comprarle una navaja con

incrustaciones de perlas en el mango, una radio, medio kilo entero de cerezas recubiertas de chocolate (las probamos una vez, y desde entonces está siempre jurando que podría alimentarse sólo de ellas: «Te lo juro, Buddy, bien sabe Dios que podría... y no tomo su nombre en vano»). En lugar de eso, le estoy haciendo un barrilete. A ella le gustaría comprarme una bicicleta (lo ha dicho millones de veces: «Si pudiera, Buddy. La vida ya es bastante mala cuando tienes que prescindir de las cosas que te gustan *a ti*; pero, diablos, lo que más me enfurece es no poder regalar aquello que les gusta a los *otros*. Pero cualquier día te la consigo, Buddy. Te localizo una bici. Y no me preguntes cómo. Quizá la robe»). En lugar de eso, estoy casi seguro de que me está haciendo un barrilete: igual que el año pasado, y que el anterior. El anterior a éste nos regalamos sendas hondas. Todo lo cual me está bien: porque somos los reyes a la hora de hacer volar los barriletes, y sabemos estudiar el viento como los marineros; mi amiga, que sabe más que yo, hasta es capaz de hacer que flote un barrilete cuando no hay ni la brisa suficiente para traer nubes.

La tarde anterior a la Nochebuena nos agenciamos una moneda de veinte centavos y vamos a la carnicería para comprarle a Queenie su regalo tradicional, un buen hueso masticable de buey. El hueso, envuelto en papel de fantasía, queda situado en la parte más alta del árbol, junto a la estrella. Queenie sabe que está allí. Se sienta al pie del árbol y mira hacia arriba, en un éxtasis de codicia: llega la hora de acostarse y no se quiere mover ni un centímetro. Yo me siento tan excitado como ella. Me destapo a patadas y me paso la noche dándole vueltas a la almohada, como si fuese una de esas noches tan sofocantes de verano. Canta desde algún lugar un gallo: equivocadamente, porque el sol sigue estando al otro lado del mundo.

—¿Estás despierto, Buddy?

Es mi amiga, que me llama desde su cuarto, justo al lado del mío; y al cabo de un instante ya está sentada en mi cama, con una vela encendida.

—Mira, no puedo pegar ojo —declara—. La cabeza me da más brincos que una liebre. Oye, Buddy, ¿crees que Mrs. Roosevelt servirá nuestra tarta para la cena?

Nos arrebuja en la cama, y ella me aprieta la mano diciendo te quiero.

—Me da la sensación de que antes tenías la mano mucho más pequeña. Supongo que detesto la idea de verte crecer. ¿Seguiremos siendo amigos cuando te hagas mayor?

Yo le digo que siempre.

—Pero me siento horriblemente mal, Buddy. No sabes la de ganas que tenía de regalarte una bici. He intentado vender el camafeo que me regaló papá. Buddy —vacila un poco, como si estuviese muy avergonzada—, te he hecho otro barrilete.

Luego le confieso que también yo le he hecho un barrilete, y nos reímos. La vela ha ardidido tanto rato que ya no hay quien la sostenga. Se apaga, delata la luz de las estrellas que dan vueltas en la ventana como unos villancicos visuales que lenta, muy lentamente, va acallando el amanecer. Seguramente dormitamos; pero la aurora nos salpica como si fuese agua fría; nos levantamos, con los ojos como platos y errando de un lado para otro mientras aguardamos a que los demás se despierten. Con toda la mala intención, mi amiga deja caer un cacharro metálico en el suelo de la cocina. Yo zapateo ante las puertas cerradas. Uno a uno, los parientes emergen, con cara de sentir deseos de asesinarnos a ella y a mí; pero es Navidad, y no pueden hacerlo. Primero, un desayuno lujoso: todo lo que se pueda imaginar, desde panqueques y ardilla frita hasta maíz tostado y miel en panal. Lo cual pone a todo el mundo de buen humor, con la sola excepción de mi amiga y yo. La verdad, estamostan impacientes por llegar a lo de los regalos que no conseguimos tragar ni un

bocado.

Pues bien, me llevo una decepción. ¿Y quién no? Unos calcetines, una camisa para ir a la escuela dominical, unos cuantos pañuelos, un pulóver usado, una suscripción por un año a una revista religiosa para niños: *El pastorcillo*. Me sacan de quicio. De verdad.

El botín de mi amiga es mejor. Su principal regalo es una bolsa de mandarinas. Pero está mucho más orgullosa de un chal de lana blanca que le ha tejido su hermana, la que está casada. Pero *dice* que su regalo favorito es el barrilete que le he hecho yo. Y, en efecto, es muy bonito; aunque no tanto como el que me ha hecho ella a mí, azul y salpicado de estrellitas verdes y doradas de Buena Conducta; es más, lleva mi nombre, «Buddy», pintado.

—Hay viento, Buddy.

Hay viento, y nada importará hasta el momento en que bajemos corriendo al prado que queda cerca de casa, el mismo adonde Queenie ha ido a esconder su hueso (y el mismo en donde, dentro de un año, será enterrada Queenie). Una vez allí, nadando por la sana hierba que nos llega hasta la cintura, soltamos nuestras cometas, sentimos sus tirones de peces celestiales que flotan en el viento. Satisfechos, reconfortados por el sol, nos despatarramos en la hierba y pelamos mandarinas y observamos las cabriolas de nuestros barriletes. Me olvido enseguida de los calcetines y del pulóver usado. Soy tan feliz como si ya hubiésemos ganado el Gran Premio de cincuenta mil dólares de ese concurso de marcas de café.

—¡Ahí va, pero qué tonta soy! —exclama mi amiga, repentinamente alerta, como la mujer que se ha acordado demasiado tarde de los pasteles que había dejado en el horno—. ¿Sabes qué había creído siempre? —me pregunta en tono de haber hecho un gran descubrimiento, sin mirarme a mí, pues los ojos se le pierden en algún lugar situado a mi espalda—. Siempre había creído que para ver al Señor hacía falta que el cuerpo estuviese muy enfermo, agonizante. Y me imaginaba que cuando Él llegase sería como contemplar una vidriera baptista: tan bonito como cuando el sol se cuele a chorros por los cristales de colores, tan luminoso que ni te enteras de que está oscureciendo. Y ha sido una vidriera de colores en la que el sol se colaba a chorros, así de espectral. Pero apuesto a que no es eso lo que suele ocurrir. Apuesto a que, cuando llega a su final, la carne comprende que el Señor ya se ha mostrado. Que las cosas, tal como son —su mano traza un círculo, en un ademán que abarca nubes y barriletes y hierba, y hasta a Queenie, que está escarbando la tierra en la que ha enterrado su hueso—, tal como siempre las ha visto, eran verlo a Él. En cuanto a mí, podría dejar este mundo con un día como hoy en la mirada.

Ésta es la última Navidad que pasamos juntos.

La vida nos separa. Los Enterados deciden que mi lugar está en un colegio militar. Y a partir de ahí se sucede una desdichada serie de cárceles a toque de cometa, de sombríos campamentos de verano a toque de diana. Tengo además otra casa. Pero no cuenta. Mi casa está allí donde se encuentra mi amiga, y jamás la visito.

Y ella sigue allí, rondando por la cocina. Con Queenie como única compañía. Luego sola. («Querido Buddy», me escribe con su letra salvaje, difícil de leer, «el caballo de Jim Macy le dio ayer una horrible coza a Queenie. Demos gracias de que ella no llegó a enterarse del dolor. La envolví en una sábana de hilo, y la llevé en el coche al prado de Simpson, para que esté rodeada de sus Huesos...»). Durante algunos noviembrees sigue preparando sus tartas de frutas sin nadie que la

ayude; no tantas como antes, pero unas cuantas: y, por supuesto, siempre me envía «la mejor de todas». Además, me pone en cada carta una moneda de diez centavos acolchada con papel higiénico: «Vete a ver una película y cuéntame la historia». Poco a poco, sin embargo, en sus cartas tiende a confundirme con su otro amigo, el Buddy que murió en los años ochenta del siglo pasado; poco a poco, los días trece van dejando de ser los únicos días en que no se levanta de la cama: llega una mañana de noviembre, una mañana sin hojas ni pájaros que anuncia el invierno, y esa mañana ya no tiene fuerzas para darse ánimos exclamando: «¡Vaya por Dios, ha llegado la temporada de las tartas de frutas!».

Y cuando eso ocurre, yo lo sé. El mensaje que lo cuenta no hace más que confirmar una noticia que cierta vena secreta ya había recibido, amputándome una insustituible parte de mí mismo, dejándola suelta como un barrilete cuyo cordel se ha roto. Por eso, cuando cruzo el césped del colegio en esta mañana de diciembre, no dejo de escrutar el cielo. Como si esperase ver, a manera de un par de corazones, dos barriletes perdidos que suben corriendo hacia el cielo.

En *Cuentos completos*, Madrid, Anagrama, 2004.
Traducción de Enrique Murillo.

Leonora Carrington

Ha llegado el momento de contar los sucesos que comenzaron en el número 40 de Pest Street. Parecía como si las casas, de color negro rojizo, hubiesen surgido misteriosamente del incendio de Londres. El edificio que había frente a mi ventana, con unas cuantas volutas de enredadera, tenía el aspecto negro y vacío de una morada azotada por la peste y lamida por las llamas y el humo. No era así como yo me había imaginado Nueva York.

Hacía tanto calor que me dieron palpitaciones cuando me atreví a dar una vuelta por las calles; así que me estuve sentada contemplando la casa de enfrente, mojándome de cuando en cuando la cara empapada de sudor.

La luz nunca era muy fuerte en Pest Street. Había siempre una reminiscencia de humo que volvía turbia y neblinosa la visibilidad; sin embargo, era posible examinar la casa de enfrente con detalle, incluso con precisión. Además, yo siempre he tenido una vista excelente.

Me pasé varios días intentando descubrir enfrente alguna clase de movimiento; pero no percibí ninguno, y finalmente adopté la costumbre de desvestirme con total despreocupación delante de mi ventana abierta y hacer optimistas ejercicios respiratorios en el aire denso de Pest Street. Esto debió de dejarme los pulmones tan negros como las casas.

Una tarde me lavé el pelo y me senté afuera, en el diminuto arco de piedra que hacía de balcón, para que se me secara. Apoyé la cabeza entre las rodillas, y me puse a observar una moscarda que chupaba el cadáver de una araña, a mis pies. Alcé los ojos, miré a través de mis cabellos largos, y vi algo negro en el cielo, inquietantemente silencioso para que fuera un aeroplano. Me separé el pelo a tiempo de ver bajar un gran cuervo al balcón de la casa de enfrente. Se posó en la balastrada y miró por la ventana vacía. Luego metió la cabeza debajo de un ala, buscándose piojos al parecer. Unos minutos después, no me sorprendió demasiado ver abrirse las dobles puertas y asomarse al balcón una mujer. Llevaba un gran plato de huesos que vació en el suelo. Con un breve graznido de agradecimiento, el cuervo saltó abajo y se puso a hurgar en su comida repugnante.

La mujer, que tenía un pelo negro larguísimo, lo utilizó para limpiar el plato. Luego me miró directamente y sonrió de manera amistosa. Yo le sonreí a mi vez y agité una toalla. Esto la animó, porque echó la cabeza para atrás con coquetería y me dedicó un elegante saludo a la manera de una reina.

—¿Tiene un poco de carne pasada que no necesite? —me gritó.

—¿Un poco de qué? —grité yo, preguntándome si me habría engañado el oído.

—De carne en mal estado. Carne en descomposición.

—En este momento, no —contesté, preguntándome si no estaría bromeando.

—¿Y tendrá para el fin de semana? Si fuera así, le agradecería inmensamente que me la trajera.

A continuación volvió a meterse en el balcón vacío, y desapareció. El cuervo alzó el vuelo.

Mi curiosidad por la casa y su ocupante me impulsó a comprar un gran trozo de carne a la mañana siguiente. Lo puse en mi balcón sobre un periódico y esperé. En un tiempo relativamente corto, el olor se volvió tan fuerte que me vi obligada a realizar mis tareas diarias con una pinza fuertemente apretada en la punta de la nariz. De cuando en cuando bajaba a la calle a respirar.

Hacia la noche del jueves, noté que la carne estaba cambiando de color; así que, apartando una nube de rencorosas moscardas, la eché en mi bolsa de malla y me dirigí a la casa de enfrente.

Cuando bajaba la escalera, observé que la casera parecía evitarme.

Tardé un rato en encontrar el portal de la casa. Resultó que estaba oculto bajo una cascada de algo, y daba la impresión de que nadie había salido ni entrado por él desde hacía años. La campanilla era de ésas antiguas de las que hay que tirar; y al hacerlo, algo más fuerte de lo que era mi intención, me quedé con el tirador en la mano. Di unos golpes irritados en la puerta y se hundió, dejando salir un olor espantoso a carne podrida. El recibimiento, que estaba casi a oscuras, parecía de madera tallada.

La mujer misma bajó, susurrante, con una antorcha en la mano.

—¿Cómo está usted? ¿Cómo está usted? —murmuró ceremoniosamente; y me sorprendió observar que llevaba un precioso y antiguo vestido de seda verde. Pero al acercarse, vi que tenía la tez completamente blanca y que brillaba como si la tuviese salpicada de mil estrellitas diminutas.

—Es usted muy amable —prosiguió, tomándome del brazo con su mano reluciente—. No sabe lo que se van a alegrar mis pobres conejitos.

Subimos; mi compañera andaba con gran cuidado, como si tuviese miedo.

El último tramo de escalones daba a un «boudoir» decorado con oscuros muebles barrocos tapizados de rojo. El suelo estaba sembrado de huesos roídos y cráneos de animales.

—Tenemos visita muy pocas veces —sonrió la mujer—. Así que han corrido todos a esconderse en sus pequeños rincones.

Dio un silbido bajo, suave y, paralizada, vi salir cautamente un centenar de conejos blancos de todos los agujeros, con sus grandes ojos rosas fijamente clavados en ella.

—¡Vengan, bonitos! ¡Vengan, bonitos! —canturreó, metiendo la mano en mi bolsa de malla y sacando un trozo de carne podrida.

Con profunda repugnancia, me aparté a un rincón; y la vi arrojar la carroña a los conejos, que se pelearon como lobos por la carne.

—Una acaba encariñándose con ellos —prosiguió la mujer—. ¡Cada uno tiene sus pequeñas costumbres! Le sorprendería lo individualistas que son los conejos.

Los susodichos conejos despedazaban la carne con sus afilados dientes de macho cabrío.

—Por supuesto, nosotros nos comemos alguno de cuando en cuando. Mi marido hace con ellos un estofado sabrosísimo, los sábados por la noche.

Seguidamente, un movimiento en uno de los rincones atrajo mi atención; entonces me di cuenta de que había una tercera persona en la habitación. Al llegarle a la cara la luz de la antorcha, vi que

tenía la tez igual de brillante que ella; como oropel en un árbol de Navidad. Era un hombre y estaba vestido con una bata roja, sentado muy tieso, y de perfil a nosotros. No parecía haberse enterado de nuestra presencia, ni del gran conejo macho cabrío que tenía sentado sobre su rodilla, donde masticaba un trozo de carne.

La mujer siguió mi mirada y rió entre dientes.

—Ése es mi marido. Los chicos solían llamarlo Lázaro...

Al sonido de este nombre, familiar, el hombre volvió la cara hacia nosotras; y vi que tenía una venda en los ojos.

—¿Ethel? —preguntó con voz bastante débil—. No quiero que entren visitas aquí. Sabes de sobra que lo tengo rigurosamente prohibido.

—Vamos, Laz; no empecemos —su voz era quejumbrosa—. No me puedes escatimar un poquitín de compañía. Hace veinte años y pico que no veía una cara nueva. Además ha traído carne para los conejos.

La mujer se volvió y me hizo seña de que fuera a su lado.

—Quiere quedarse entre nosotros; ¿a que sí? —de repente me entró miedo y sentí ganas de salir, de huir de estas personas terribles y plateadas y de sus conejos blancos carnívoros.

—Creo que me voy a marchar; es hora de cenar.

El hombre de la silla profirió una carcajada estridente, aterrando al conejo que tenía sobre la rodilla, el cual saltó al suelo y desapareció.

La mujer acercó tanto su cara a la mía que creí que su aliento nauseabundo iba a anestesiarme.

—¿No quiere quedarse, y ser como nosotros? En siete años su piel se volverá como las estrellas; siete años tan sólo, y tendrá la enfermedad sagrada de la Biblia: ¡la lepra!

Eché a correr a trompicones, ahogada de horror; una curiosidad malsana me hizo mirar por encima del hombro al llegar a la puerta de la casa, y vi que la mujer, en la balaustrada, alzaba una mano a modo de saludo. Y al agitarla, se le desprendieron los dedos y cayeron al suelo como estrellas fugaces.

En *El séptimo caballo y otros cuentos*,
México, Siglo XXI, 1992.
Traducción de Francisco Torres Oliver.

Felisberto Hernández

De esos días siempre recuerdo primero las vueltas en un bote alrededor de una pequeña isla de plantas. Cada poco tiempo las cambiaban; pero allí las plantas no se llevaban bien. Yo remaba colocado detrás del cuerpo inmenso de la señora Margarita. Si ella miraba la isla un rato largo, era posible que me dijera algo; pero no lo que me había prometido; sólo hablaba de las plantas y parecía que quisiera esconder entre ellas otros pensamientos. Yo me cansaba de tener esperanzas y levantaba los remos como si fueran manos aburridas de contar siempre las mismas gotas. Pero ya sabía que, en otras vueltas del bote, volvería a descubrir, una vez más, que ese cansancio era una pequeña mentira confundida entre un poco de felicidad. Entonces me resignaba a esperar las palabras que me vendrían de aquel mundo, casi mudo, de espaldas a mí y deslizándose con el esfuerzo de mis manos doloridas.

Una tarde, poco antes del anochecer, tuve la sospecha de que el marido de la señora Margarita estaría enterrado en la isla. Por eso ella me hacía dar vueltas por allí y me llamaba en la noche —si había luna— para dar vueltas de nuevo. Sin embargo el marido no podía estar en aquella isla; Alcides —el novio de la sobrina de la señora Margarita— me dijo que ella había perdido al marido en un precipicio de Suiza. Y también recordé lo que me contó el botero la noche que llegué a la casa inundada. Él remaba despacio mientras recorríamos «la avenida de agua», del ancho de una calle y bordeada de plátanos con borlitas. Entre otras cosas supe que él y un peón habían llenado de tierra la fuente del patio para que después fuera una isla. Además yo pensaba que los movimientos de la cabeza de la señora Margarita —en las tardes que su mirada iba del libro a la isla y de la isla al libro— no tenían relación con un muerto escondido debajo de las plantas. También es cierto que una vez que la vi de frente tuve la impresión de que los vidrios gruesos de sus lentes les enseñaban a los ojos a disimular y que la gran vidriera terminada en cúpula que cubría el patio y la pequeña isla, era como para encerrar el silencio en que se conserva a los muertos.

Después recordé que ella no había mandado hacer la vidriera. Y me gustaba saber que aquella casa, como un ser humano, había tenido que desempeñar diferentes cometidos: primero fue casa de campo; después instituto astronómico; pero como el telescopio que habían pedido a Norteamérica lo tiraron al fondo del mar los alemanes, decidieron hacer, en aquel patio, un invernáculo; y por último la señora Margarita la compró para inundarla.

Ahora, mientras dábamos vuelta a la isla, yo envolvía a esta señora con sospechas que nunca le

quedaban bien. Pero su cuerpo inmenso, rodeado de una simplicidad desnuda, me tentaba a imaginar sobre él un pasado tenebroso. Por la noche parecía más grande, el silencio lo cubría como un elefante dormido y a veces ella hacía una carraspera rara, como un suspiro ronco.

Yo la había empezado a querer, porque después del cambio brusco que me había hecho pasar de la miseria a esta opulencia, vivía en una tranquilidad generosa y ella se prestaba —como prestaría el lomo una elefanta blanca a un viajero— para imaginar disparates entretenidos. Además, aunque ella no me preguntaba nada sobre mi vida, en el instante de encontrarnos, levantaba las cejas como si se le fueran a volar, y sus ojos, detrás de los vidrios, parecían decir: «¿Qué pasa, hijo mío?».

Por eso yo fui sintiendo por ella una amistad equivocada; y si ahora dejo libre mi memoria se me va con esta primera señora Margarita; porque la segunda, la verdadera, la que conocí cuando ella me contó su historia, al fin de la temporada, tuvo una manera extraña de ser inaccesible.

Pero ahora yo debo esforzarme en empezar esta historia por su verdadero principio, y no detenerme demasiado en las preferencias de los recuerdos.

Alcides me encontró en Buenos Aires en un día que yo estaba muy débil, me invitó a un casamiento y me hizo comer de todo. En el momento de la ceremonia, pensó en conseguirme un empleo y, ahogado de risa, me habló de una «atolondrada generosa» que podía ayudarme. Y al final me dijo que ella había mandado inundar una casa según el sistema de un arquitecto sevillano que también inundó otra para un árabe que quería desquitarse de la sequía del desierto. Después Alcides fue con la novia a la casa de la señora Margarita, le habló mucho de mis libros y por último le dijo que yo era un «sonámbulo de confianza». Ella decidió contribuir, enseguida, con dinero; y en el verano próximo, si yo sabía remar, me invitaría a la casa inundada. No sé por qué causa, Alcides no me llevaba nunca; y después ella se enfermó. Ese verano fueron a la casa inundada antes que la señora Margarita se repusiera y pasaron los primeros días en seco. Pero al darle entrada al agua me mandaron llamar. Yo tomé un ferrocarril que me llevó hasta una pequeña ciudad de la provincia, y de allí a la casa fui en auto. Aquella región me pareció árida, pero al llegar la noche pensé que podía haber árboles escondidos en la oscuridad. El chofer me dejó con las valijas en un pequeño atracadero donde empezaba el canal, «la avenida de agua», y tocó la campana, colgada de un plátano; pero ya se había desprendido de la casa la luz pálida que traía el bote. Se veía una cúpula iluminada y al lado un monstruo oscuro tan alto como la cúpula. (Era el tanque del agua). Debajo de la luz venía un bote verdoso y un hombre de blanco que me empezó a hablar antes de llegar. Me conversó durante todo el trayecto (fue él quien me dijo lo de la fuente llena de tierra). De pronto vi apagarse la luz de la cúpula. En ese momento el botero me decía: «Ella no quiere que tiren papeles ni ensucien el piso de agua. Del comedor al dormitorio de la señora Margarita no hay puerta, y una mañana en que se despertó temprano vio venir nadando desde el comedor un pan que se le había caído a mi mujer. A la dueña le dio mucha rabia y le dijo que se fuera inmediatamente y que no había cosa más fea en la vida que ver nadar un pan».

El frente de la casa estaba cubierto de enredaderas. Llegamos a un zaguán ancho de luz amarillenta y desde allí se veía un poco del gran patio de agua y la isla. El agua entraba en la habitación de la izquierda por debajo de una puerta cerrada. El botero ató la sogá del bote a un gran sapo de bronce afirmado en la vereda de la derecha y por allí fuimos con las valijas hasta una escalera de cemento armado. En el primer piso había un corredor con vidrieras que se perdían entre el humo de una gran cocina, de donde salió una mujer gruesa con flores en el moño. Parecía española. Me dijo que la señora, su ama, me recibiría al día siguiente; pero que esa noche me hablaría

por teléfono.

Los muebles de mi habitación, grandes y oscuros, parecían sentirse incómodos entre paredes blancas atacadas por la luz de una lámpara eléctrica sin esmerilar y colgada desnuda, en el centro de la habitación. La española levantó mi valija y le sorprendió el peso. Le dije que eran libros. Entonces empezó a contarme el mal que le había hecho a su ama «tanto libro»; y «hasta la habían dejado sorda, y no le gustaba que le gritaran». Yo debo haber hecho algún gesto por la molestia de la luz.

—¿A usted también le incomoda la luz? Igual que a ella.

Fui a encender una portátil; tenía pantalla verde y daría una sombra agradable. En el instante de encenderla sonó el teléfono colocado detrás de la portátil, y lo atendió la española. Decía muchos «sí» y las pequeñas flores blancas acompañaban conmovidas los movimientos del moño. Después ella sujetaba las palabras que se asomaban a la boca con una sílaba o un chistido. Y cuando colgó el tubo suspiró y salió de la habitación en silencio.

Comí y bebí buen vino. La española me hablaba pero yo, preocupado de cómo me iría en aquella casa, apenas le contestaba moviendo la cabeza como un mueble en un piso flojo. En el instante de retirar el pocillo de café de entre la luz llena de humo de mi cigarrillo, me volvió a decir que la señora me llamaría por teléfono. Yo miraba el aparato esperando continuamente el timbre, pero sonó en un instante en que no lo esperaba. La señora Margarita me preguntó por mi viaje y mi cansancio con voz agradable y tenue. Yo le respondí con fuerza separando las palabras.

—Hable naturalmente —me dijo—, ya le explicaré por qué le he dicho a María (la española) que estoy sorda. Quisiera que usted estuviera tranquilo en esta casa; es mi invitado; sólo le pediré que reme en mi bote y que soporte algo que tengo que decirle. Por mi parte haré una contribución mensual a sus ahorros y trataré de serle útil. He leído sus cuentos a medida que se publicaban. No he querido hablar de ellos con Alcides por temor a disentir; soy susceptible; pero ya hablaremos...

Yo estaba absolutamente conquistado. Hasta le dije que al día siguiente me llamara a las seis. Esa primera noche, en la casa inundada, estaba intrigado con lo que la señora Margarita tendría que decirme, me vino una tensión extraña y no podía hundirme en el sueño. No sé cuándo me dormí. A las seis de la mañana, un pequeño golpe de timbre, como la picadura de un insecto, me hizo saltar en la cama. Esperé, inmóvil, que aquello se repitiera. Así fue. Levanté el tubo del teléfono.

—¿Está despierto?

—Es verdad.

Después de combinar la hora de vernos me dijo que podía bajar en pijama y que ella me esperaría al pie de la escalera. En aquel instante me sentí como el empleado al que le dieran un momento libre.

En la noche anterior, la oscuridad me había parecido casi toda hecha de árboles; y ahora, al abrir la ventana, pensé que ellos se habrían ido al amanecer. Sólo había una llanura inmensa con un aire claro; y los únicos árboles eran los plátanos del canal. Un poco de viento les hacía mover el brillo de las hojas; al mismo tiempo se asomaban a la «avenida de agua» tocándose disimuladamente las copas. Tal vez allí podría empezar a vivir de nuevo con una alegría perezosa. Cerré la ventana con cuidado, como si guardara el paisaje nuevo para mirarlo más tarde.

Vi, al fondo del corredor, la puerta abierta de la cocina y fui a pedir agua caliente para afeitarme en el momento que María le servía café a un hombre joven que dio los «buenos días» con humildad; era el hombre del agua y hablaba de los motores. La española, con una sonrisa, me tomó de un brazo y me dijo que me llevaría todo a mi pieza. Al volver, por el corredor, vi al pie de la escalera —alta y

empinada— a la señora Margarita. Era muy gruesa y su cuerpo sobresalía de un pequeño bote como un pie gordo de un zapato escotado. Tenía la cabeza baja porque leía unos papeles, y su trenza, alrededor de la cabeza, daba la idea de una corona dorada. Esto lo iba recordando después de una rápida mirada, pues temí que me descubriera observándola. Desde ese instante hasta el momento de encontrarla estuve nervioso. Apenas puse los pies en la escalera empezó a mirar sin disimulo y yo descendía con la dificultad de un líquido espeso por un embudo estrecho. Me alcanzó una mano mucho antes que yo llegara abajo. Y me dijo:

—Usted no es como yo me lo imaginaba... siempre me pasa eso. Me costará mucho acomodar sus cuentos a su cara.

Yo, sin poder sonreír, hacía movimientos afirmativos como un caballo al que le molestara el freno. Y le contesté:

—Tengo mucha curiosidad de conocerla y de saber qué pasará.

Por fin encontré su mano. Ella no me soltó hasta que pasé al asiento de los remos, de espaldas a la proa. La señora Margarita se removía con la respiración entrecortada, mientras se sentaba en el sillón que tenía el respaldo hacia mí. Me decía que estudiaba un presupuesto para un asilo de madres y no podría hablarme por un rato. Yo remaba, ella manejaba el timón, y los dos mirábamos la estela que íbamos dejando. Por un instante tuve la idea de un gran error; yo no era botero y aquel peso era monstruoso. Ella seguía pensando en el asilo de madres sin tener en cuenta el volumen de su cuerpo y la pequeñez de mis manos. En la angustia del esfuerzo me encontré con los ojos casi pegados al respaldo de su sillón; y el barniz oscuro y la esterilla llena de agujeritos, como los de un panal, me hicieron acordar de una peluquería a la que me llevaba mi abuelo cuando yo tenía seis años. Pero estos agujeros estaban llenos de bata blanca y de la gordura de la señora Margarita. Ella me dijo:

—No se apure; se va a cansar enseguida.

Yo aflojé los remos de golpe, caí como en un vacío dichoso y me sentí por primera vez deslizándome con ella en el silencio del agua. Después tuve cierta conciencia de haber empezado a remar de nuevo. Pero debe haber pasado largo tiempo. Tal vez me haya despertado el cansancio. Al rato ella me hizo señas con una mano, como cuando se dice adiós, pero era para que me detuviera en el sapo más próximo. En toda la vereda que rodeaba al lago había esparcido sapos de bronce para atar el bote. Con gran trabajo y palabras que no entendí, ella sacó el cuerpo del sillón y lo puso de pie en la vereda. De pronto nos quedamos inmóviles, y fue entonces cuando hizo por primera vez la carraspera rara, como si arrastrara algo, en la garganta, que no quisiera tragar y que al final era un suspiro ronco. Yo miraba el sapo al que habíamos amarrado el bote pero veía también los pies de ella, tan fijos como los otros dos sapos. Todo hacía pensar que la señora Margarita hablaría. Pero también podía ocurrir que volviera a hacer la carraspera rara. Si la hacía o empezaba a conversar yo soltaría el aire que retenía en los pulmones para no perder las primeras palabras. Después la espera se fue haciendo larga y yo dejaba escapar la respiración como si fuera abriendo la puerta de un cuarto donde alguien duerme. No sabía si esa espera quería decir que yo debía mirarla; pero decidí quedarme inmóvil todo el tiempo que fuera necesario. Me encontré de nuevo con el sapo y los pies, y puse mi atención en ellos sin mirar directamente. La parte aprisionada en los zapatos era pequeña; pero después se desbordaba la gran garganta blanca y la pierna rolliza y blanda con ternura de bebé que ignora sus formas; y la idea de inmensidad que había encima de aquellos pies era como el sueño fantástico de un niño. Pasé demasiado tiempo esperando la carraspera; y no sé en qué pensamientos andaría cuando oí sus primeras palabras. Entonces tuve la idea de que un inmenso jarrón se había ido

llenando silenciosamente y ahora dejaba caer el agua con pequeños ruidos intermitentes.

—Yo le prometí hablar... pero hoy no puedo... tengo un mundo de cosas en que pensar...

Cuando dijo «mundo», yo, sin mirarla, me imaginé las curvas de su cuerpo. Ella siguió:

—Además usted no tiene culpa, pero me molesta que sea tan diferente.

Sus ojos se achicaron y en su cara se abrió una sonrisa inesperada; el labio superior se recogió hacia los lados como algunas cortinas de los teatros y se adelantaron, bien alineados, grandes dientes brillantes.

—Yo, sin embargo, me alegro que usted sea como es.

Esto lo debo haber dicho con una sonrisa provocativa, porque pensé en mí mismo como en un sinvergüenza de otra época con una pluma en el gorro. Entonces empecé a buscar sus ojos verdes detrás de los lentes. Pero en el fondo de aquellos lagos de vidrio, tan pequeños y de ondas tan fijas, los párpados se habían cerrado y se abultaban avergonzados. Los labios empezaron a cubrir los dientes de nuevo y toda la cara se fue llenando de un color rojizo que ya había visto antes en faroles chinos. Hubo un silencio como de mal entendido y uno de sus pies tropezó con un sapo al tratar de subir al bote. Yo hubiera querido volver unos instantes hacia atrás y que todo hubiera sido distinto. Las palabras que yo había dicho mostraban un fondo de insinuación grosera que me llenaba de amargura. La distancia que había de la isla a las vidrieras se volvía un espacio ofendido y las cosas se miraban entre ellas como para rechazarme. Eso era una pena, porque yo las había empezado a querer. Pero de pronto la señora Margarita dijo:

—Deténgase en la escalera y vaya a su cuarto. Creo que luego tendré muchas ganas de conversar con usted.

Entonces yo miré unos reflejos que había en el lago y sin ver las plantas me di cuenta de que me eran favorables; y subí contento aquella escalera casi blanca, de cemento armado, como un chiquilín que trepara por las vértebras de un animal prehistórico.

Me puse a arreglar seriamente mis libros entre el olor a madera nueva del ropero y sonó el teléfono:

—Por favor, baje un rato más; daremos unas vueltas en silencio y cuando yo le haga una seña usted se detendrá al pie de la escalera, volverá a su habitación y yo no lo molestaré más hasta que pasen dos días.

Todo ocurrió como ella lo había previsto, aunque en un instante en que rodeamos la isla de cerca y ella miró las plantas parecía que iba a hablar.

Entonces, empezaron a repetirse unos días imprecisos de espera y de pereza, de aburrimiento a la luz de la luna y de variedad de sospechas con el marido de ella bajo las plantas. Yo sabía que tenía gran dificultad en comprender a los demás y trataba de pensar en la señora Margarita un poco como Alcides y otro poco como María; pero también sabía que iba a tener pereza de seguir desconfiando. Entonces me entregué a la manera de mi egoísmo; cuando estaba con ella esperaba, con buena voluntad y hasta con pereza cariñosa, que ella me dijera lo que se le antojara y entrara cómodamente en mi comprensión. O si no, podría ocurrir, que mientras yo vivía cerca de ella, con un descuido encantado, esa comprensión se formara despacio, en mí, y rodeara toda su persona. Y cuando estuviera en mi pieza entregado a mis lecturas, miraría también la llanura, sin acordarme de la señora Margarita. Y desde allí, sin ninguna malicia, robaría para mí la visión del lugar y me la llevaría conmigo al terminar el verano.

Pero ocurrieron otras cosas.

Una mañana el hombre del agua tenía un plano azul sobre la mesa. Sus ojos y sus dedos seguían las curvas que representaban los caños del agua incrustados sobre las paredes y debajo de los pisos como gusanos que las hubieran carcomido. Él no me había visto, a pesar de que sus pelos revueltos parecían desconfiados y apuntaban en todas direcciones. Por fin levantó los ojos. Tardó en cambiar la idea de que me miraba a mí en vez de lo que había en los planos y después empezó a explicarme cómo las máquinas, por medio de los caños, absorbían y vomitaban el agua de la casa para producir una tormenta artificial. Yo no había presenciado ninguna de las tormentas; sólo había visto las sombras de algunas planchas de hierro que resultaron ser bocas que se abrían y cerraban alternativamente, unas tragando y otras echando agua. Me costaba comprender la combinación de algunas válvulas; y el hombre quiso explicarme todo de nuevo. Pero entró María:

—Ya sabes tú que no debes tener a la vista esos caños retorcidos. A ella le parecen intestinos... y puede llegarse hasta aquí, como el año pasado... —y dirigiéndose a mí—: Por favor, usted oiga, señor, y cierre el pico. Sabrá que esta noche tendremos «velorio»... Sí, ella pone velas en unas budineras que deja flotando alrededor de la cama y se hace la ilusión de que es su propio «velorio». Y después hace andar el agua para que la corriente se lleve las budineras.

Al anoecer oí los pasos de María, el gong para hacer marchar el agua y el ruido de los motores. Pero ya estaba aburrido y no quería asombrarme de nada.

Otra noche en que yo había comido y bebido demasiado, el estar remando siempre detrás de ella me parecía un sueño disparatado; tenía que estar escondido detrás de la montaña, que al mismo tiempo se deslizaba con el silencio que suponía en los cuerpos celestes; y con todo me gustaba pensar que «la montaña» se movía porque yo la llevaba en el bote. Después ella quiso que nos quedáramos quietos y pegados a la isla. Ese día habían puesto unas plantas que se asomaban como sombrillas inclinadas y ahora no nos dejaban llegar la luz que la luna hacía pasar por entre los vidrios. Yo transpiraba por el calor, y las plantas se nos echaban encima. Quise meterme en el agua, pero como la señora Margarita se daría cuenta de que el bote perdía peso, dejé esa idea. La cabeza se me entretenía en pensar cosas por su cuenta: «El nombre de ella es como su cuerpo; las dos primeras sílabas se parecen a toda esa carga de gordura y las dos últimas a su cabeza y sus facciones pequeñas...». Parece mentira, la noche es tan inmensa, en el campo, y nosotros aquí, dos personas mayores, tan cerca y pensando quién sabe qué estupideces diferentes. Deben ser las dos de la madrugada... y estamos inútilmente despiertos, agobiados por estas ramas... Pero qué firme es la soledad de esta mujer...

Y de pronto, no sé en qué momento, salió de entre las ramas un rugido que me hizo temblar. Tardé en comprender que era la carraspera de ella y unas pocas palabras:

—No me haga ninguna pregunta...

Aquí se detuvo. Yo me ahogaba y me venían cerca de la boca palabras que parecían de un antiguo compañero de orquesta que tocaba el bandoneón: «¿Quién te hace ninguna pregunta?... Mejor me dejaras ir a dormir...».

Y ella terminó de decir:

—... hasta que yo le haya contado todo.

Por fin aparecían las palabras prometidas —ahora que yo no las esperaba—. El silencio nos apretaba debajo de las ramas pero no me animaba a llevar el bote más adelante. Tuve tiempo de pensar en la señora Margarita con palabras que oía dentro de mí y como ahogadas en una almohada: «Pobre, me decía a mí mismo, debe tener necesidad de comunicarse con alguien. Y estando triste le

será difícil manejar ese cuerpo...».

Después que ella empezó a hablar, me pareció que su voz también sonaba dentro de mí como si yo pronunciara sus palabras. Tal vez por eso ahora confundo lo que ella me dijo con lo que yo pensaba. Además me será difícil juntar todas sus palabras y no tendré más remedio que poner aquí muchas de las mías.

«Hace cuatro años, al salir de Suiza, el ruido del ferrocarril me era insoportable. Entonces me detuve en una pequeña ciudad de Italia...».

Parecía que iba a decir con quién, pero se detuvo. Pasó mucho rato y creí que esa noche no diría más nada. Su voz se había arrastrado con intermitencias y hacía pensar en la huella de un animal herido. En el silencio, que parecía llenarse de todas aquellas ramas enmarañadas, se me ocurrió repasar lo que acababa de oír. Después pensé que yo me había quedado, indebidamente, con la angustia de su voz en la memoria, para llevarla después a mi soledad y acariciarla. Pero enseguida, como si alguien me obligara a soltar esa idea, se deslizaron otras. Debe haber sido con él que estuvo antes en la pequeña ciudad de Italia. Y después de perderlo, en Suiza, es posible que haya salido de allí sin saber que todavía le quedaba un poco de esperanza (Alcides me había dicho que no encontraron los restos) y al alejarse de aquel lugar, el ruido del ferrocarril la debe haber enloquecido. Entonces, sin querer alejarse demasiado, decidió bajarse en la pequeña ciudad de Italia. Pero en ese otro lugar se ha encontrado, sin duda, con recuerdos que le produjeron desesperaciones nuevas. Ahora ella no podrá decirme todo esto, por pudor, o tal vez por creer que Alcides me ha contado todo. Pero él no me dijo que ella está así por la pérdida de su marido, sino simplemente: «Margarita fue trastornada toda su vida»; y María atribuía la rareza de su ama a «tanto libro». Tal vez ellos se hayan confundido porque la señora Margarita no les habló de su pena. Y yo mismo, si no hubiera sabido algo por Alcides, no habría comprendido nada de su historia, ya que la señora Margarita nunca me dijo ni una palabra de su marido.

Yo seguí con muchas ideas como éstas, y cuando las palabras de ella volvieron, la señora Margarita aparecía instalada en una habitación del primer piso de un hotel, en la pequeña ciudad de Italia, a la que había llegado por la noche. Al rato de estar acostada, se levantó porque oyó ruidos, y fue hacia una ventana de un corredor que daba al patio. Allí había reflejos de luna y de otras luces. Y de pronto, como si se hubiera encontrado con una cara que la había estado acechando, vio una fuente de agua. Al principio no podía saber si el agua era una mirada falsa en la cara oscura de la fuente de piedra; pero después el agua le pareció inocente; y al ir a la cama la llevaba en los ojos y caminaba con cuidado para no agitarla. A la noche siguiente no hubo ruidos pero igual se levantó. Esta vez el agua era poca, sucia y al ir a la cama, como en la noche anterior, le volvió a parecer que el agua la observaba; ahora era por entre hojas que no alcanzaban a nadar. La señora Margarita la siguió mirando, dentro de sus propios ojos y las miradas de las dos se habían detenido en una misma contemplación. Tal vez por eso, cuando la señora Margarita estaba por dormirse, tuvo un presentimiento que no sabía si le venía de su alma o del fondo del agua. Pero sintió que alguien quería comunicarse con ella, que había dejado un aviso en el agua y por eso el agua insistía en mirar y en que la miraran. Entonces la señora Margarita bajó de la cama y anduvo vagando, descalza y asombrada, por su pieza y el corredor; pero ahora, la luz y todo era distinto, como si alguien hubiera mandado cubrir el espacio donde ella caminaba con otro aire y otro sentido de las cosas. Esta vez ella no se animó a mirar el agua; y al volver a su cama sintió caer en su camisón, lágrimas verdaderas y esperadas desde hacía mucho tiempo.

A la mañana siguiente, al ver el agua distraída, entre mujeres que hablaban en voz alta, tuvo miedo de haber sido engañada por el silencio de la noche y pensó que el agua no le daría ningún aviso ni la comunicaría con nadie. Pero escuchó con atención lo que decían las mujeres y se dio cuenta de que ellas empleaban sus voces en palabras tontas, que el agua no tenía culpa de que se las echaran encima como si fueran papeles sucios y que no se dejarían engañar por la luz del día. Sin embargo, salió a caminar, vio un pobre viejo con una regadera en la mano y cuando él la inclinó apareció una vaporosa pollera de agua, haciendo murmullos como si fuera movida por pasos. Entonces, conmovida, pensó: «No, no debo abandonar el agua; por algo ella insiste como una niña que no puede explicarse». Esa noche no fue a la fuente porque tenía un gran dolor de cabeza y decidió tomar una pastilla para aliviarse. Y en el momento de ver el agua entre el vidrio del vaso y la poca luz de la penumbra, se imaginó que la misma agua se había ingeniado para acercarse y poner un secreto en los labios que iban a beber. Entonces la señora Margarita se dijo: «No, esto es muy serio; alguien prefiere la noche para traer el agua a mi alma».

Al amanecer fue a ver a solas el agua de la fuente para observar minuciosamente lo que había entre el agua y ella. Apenas puso sus ojos sobre el agua se dio cuenta de que por su mirada descendía un pensamiento. (Aquí la señora Margarita dijo estas mismas palabras: «un pensamiento que ahora no importa nombrar», y, después de una larga carraspera, «un pensamiento confuso y como deshecho de tanto estrujarlo». «Se empezó a hundir, lentamente y lo dejé reposar. De él nacieron reflexiones que mis miradas extrajeron del agua y me llenaron los ojos y el alma. Entonces supe, por primera vez, que hay que cultivar los recuerdos en el agua, que el agua elabora lo que en ella se refleja y que recibe el pensamiento. En caso de desesperación no hay que entregar el cuerpo al agua; hay que entregar a ella el pensamiento; ella lo penetra y él nos cambia el sentido de la vida»). Fueron éstas, aproximadamente, sus palabras.

Después se vistió, salió a caminar, vio de lejos un arroyo, y en el primer momento no se acordó de que por los arroyos corría agua —algo del mundo con quien sólo ella podía comunicarse. Al llegar a la orilla, dejó su mirada en la corriente, y enseguida tuvo la idea, sin embargo, de que esta agua no se dirigía a ella; y que además ésta podía llevarle los recuerdos para un lugar lejano, o gastárselos. Sus ojos la obligaron a atender a una hoja recién caída de un árbol; anduvo un instante en la superficie y en el momento de hundirse la señora Margarita oyó pasos sordos, como palpitaciones. Tuvo una angustia de presentimientos imprecisos y la cabeza se le oscureció. Los pasos eran de un caballo que se acercó con una confianza un poco aburrida y hundió los belfos en la corriente; sus dientes parecían agrandados a través de un vidrio que se moviera, y cuando levantó la cabeza el agua chorreaba por los pelos de sus belfos sin perder ninguna dignidad. Entonces pensó en los caballos que bebían el agua del país de ella, y en lo distinta que sería el agua allá.

Esa noche, en el comedor del hotel, la señora Margarita se fijaba a cada momento en una de las mujeres que había hablado a gritos cerca de la fuente. Mientras el marido la miraba embobado, la mujer tenía una sonrisa irónica, y cuando se llevó una copa a los labios, la señora pensó: «En qué bocas anda el agua». Enseguida se sintió mal, fue a su pieza y tuvo una crisis de lágrimas. Después se durmió pesadamente y a las dos de la madrugada se despertó agitada y con el recuerdo del arroyo llenándole el alma. Entonces tuvo ideas en favor del arroyo: «Esa agua corre como una esperanza desinteresada y nadie puede con ella. Si el agua que corre es poca, cualquier pozo puede prepararle una trampa y encerrarla: entonces ella se entristece, se llena de un silencio sucio, y ese pozo es como la cabeza de un loco. Yo debo tener esperanzas como de paso, vertiginosas, si es posible, y no pensar

demasiado en que se cumplan; ése debe ser, también, el sentido del agua, su inclinación instintiva. Yo debo estar con mis pensamientos y mis recuerdos como en un agua que corre con gran caudal...». Esta marea de pensamientos creció rápidamente y la señora Margarita se levantó de la cama, preparó las valijas y empezó a pasearse por su cuarto y el corredor sin querer mirar el agua de la fuente. Entonces pensaba: «El agua es igual en todas partes, y yo debo cultivar mis recuerdos en cualquier agua del mundo». Pasó un tiempo angustioso antes de estar instalada en el ferrocarril. Pero después el ruido de las ruedas la deprimió y sintió pena por el agua que había dejado en la fuente del hotel; recordó la noche en que estaba sucia y llena de hojas, como una niña pobre, pidiéndole una limosna y ofreciéndole algo; pero si no había cumplido la promesa de una esperanza o un aviso, era por alguna picardía natural de la inocencia. Después la señora Margarita se puso una toalla en la cara, lloró y eso le hizo bien. Pero no podía abandonar sus pensamientos del agua quieta. «Yo debo preferir —seguía pensando— el agua que esté detenida en la noche para que el silencio se eche lentamente sobre ella y todo se llene de sueño y de plantas enmarañadas. Eso es más parecido al agua que llevo en mí; si cierro los ojos siento como si las manos de una ciega tantearan la superficie de su propia agua y recordara borrosamente un agua entre plantas que vio en la niñez, cuando aún le quedaba un poco de vista».

Aquí se detuvo un rato, hasta que yo tuve conciencia de haber vuelto a la noche en que estábamos bajo las ramas, pero no sabía bien si estos últimos pensamientos la señora Margarita los había tenido en el ferrocarril, o se le habían ocurrido ahora, bajo estas ramas. Después me hizo señas para que fuera al pie de la escalera.

Esa noche no encendí la luz de mi cuarto, y al tantear los muebles tuve el recuerdo de otra noche en que me había emborrachado ligeramente con una bebida que tomaba por primera vez. Ahora tardé en desvestirme. Después me encontré con los ojos fijos en el tul del mosquitero y me vinieron de nuevo las palabras que se habían desprendido del cuerpo de la señora Margarita.

En el mismo instante del relato no sólo me di cuenta de que ella pertenecía al marido, sino que yo había pensado demasiado en ella; y a veces, de una manera culpable. Entonces, parecía que fuera yo el que escondía los pensamientos entre las plantas. Pero desde el momento en que la señora Margarita empezó a hablar sentí una angustia como si su cuerpo se hundiera en un agua que me arrastraba a mí también; mis pensamientos culpables aparecieron de una manera fugaz y con la idea de que no había tiempo ni valía la pena pensar en ellos; y a medida que el relato avanzaba el agua se iba presentando como el espíritu de una religión que nos sorprendiera en formas diferentes, y los pecados, en esa agua, tenían otro sentido y no importaba tanto su significado. El sentimiento de una religión del agua era cada vez más fuerte. Aunque la señora Margarita y yo éramos los únicos fieles de carne y hueso, los recuerdos de agua que yo recibía en mi propia vida, en las intermitencias del relato, también me parecían fieles de esa religión; llegaban con lentitud, como si hubieran emprendido el viaje desde hacía mucho tiempo y apenas cometido un gran pecado.

De pronto me di cuenta de que de mi propia alma me nacía otra nueva y que yo seguiría a la señora Margarita no sólo en el agua, sino también en la idea de su marido. Y cuando ella terminó de hablar y yo subía la escalera de cemento armado, pensé que en los días que caía agua del cielo había reuniones de fieles.

Pero, después de acostado bajo aquel tul, empecé a rodear de otra manera el relato de la señora Margarita; fui cayendo con una sorpresa lenta, en mi alma de antes, y pensando que yo también tenía mi angustia propia; que aquel tul en que yo había dejado prendidos los ojos abiertos, estaba colgado

encima de un pantano y que de allí se levantaban otros fieles, los míos propios, y me reclamaban otras cosas. Ahora recordaba mis pensamientos culpables con bastantes detalles y cargados con un sentido que yo conocía bien. Habían empezado en una de las primeras tardes, cuando sospechaba que la señora Margarita me atraería como una gran ola; no me dejaría hacer pie y mi pereza me quitaría fuerzas para defenderme. Entonces tuve una reacción y quise irme de aquella casa; pero eso fue como si al despertar hiciera un movimiento con la intención de levantarme y sin darme cuenta me acomodara para seguir durmiendo. Otra tarde quise imaginarme —ya lo había hecho con otras mujeres— cómo sería yo casado con ésta. Y por fin había decidido, cobardemente, que si su soledad me inspirara lástima y yo me casara con ella, mis amigos dirían que lo había hecho por dinero; y mis antiguas novias se reirían de mí al descubrirme caminando por veredas estrechas detrás de una mujer gruesísima que resultaba ser mi mujer. (Ya había tenido que andar detrás de ella, por la vereda angosta que rodeaba el lago, en las noches que ella quería caminar).

Ahora a mí no me importaba lo que dijeran los amigos ni las burlas de las novias de antes. Esta señora Margarita me atraía con una fuerza que parecía ejercer a gran distancia, como si yo fuera un satélite, y al mismo tiempo que se me aparecía lejana y ajena, estaba llena de una sublimidad extraña. Pero mis fieles me reclamaban a la primera señora Margarita, aquella desconocida más sencilla, sin marido, y en la que mi imaginación podía intervenir más libremente. Y debo haber pensado muchas cosas más antes que el sueño me hiciera desaparecer el tul.

A la mañana siguiente, la señora Margarita me dijo por teléfono: «Le ruego que vaya a Buenos Aires por unos días; haré limpiar la casa y no quiero que usted me vea sin el agua». Después me indicó el hotel donde debía ir. Allí recibiría el aviso para volver.

La invitación a salir de su casa hizo disparar en mí un resorte celoso y en el momento de irme me di cuenta de que a pesar de mi excitación llevaba conmigo un envoltorio pesado de tristeza y que apenas me tranquilizara tendría la necesidad estúpida de desenvolverlo y revisarlo cuidadosamente. Eso ocurrió al poco rato, y cuando tomé el ferrocarril tenía tan pocas esperanzas de que la señora Margarita me quisiera, como serían las de ella cuando tomó aquel ferrocarril sin saber si su marido aún vivía. Ahora eran otros tiempos y otros ferrocarriles; pero mi deseo de tener algo común con ella me hacía pensar: «Los dos hemos tenido angustias entre ruidos de ruedas de ferrocarriles». Pero esta coincidencia era tan pobre como la de haber acertado sólo una cifra de las que tuviera un billete premiado. Yo no tenía la virtud de la señora Margarita de encontrar un agua milagrosa, ni buscaría consuelo en ninguna religión. La noche anterior había traicionado a mis propios fieles, porque aunque ellos querían llevarme con la primera señora Margarita, yo tenía, también, en el fondo de mi pantano, otros fieles que miraban fijamente a esta señora como bichos encantados por la luna. Mi tristeza era perezosa, pero vivía en mi imaginación con orgullo de poeta incomprendido. Yo era un lugar provisorio donde se encontraban todos mis antepasados un momento antes de llegar a mis hijos; pero mis abuelos, aunque eran distintos y con grandes enemistades, no querían pelear mientras pasaban por mi vida: preferían el descanso, entregarse a la pereza y desencontrarse como sonámbulos caminando por sueños diferentes. Yo trataba de no provocarlos, pero si eso llegaba a ocurrir preferiría que la lucha fuera corta y se exterminaran de un golpe.

En Buenos Aires me costaba hallar rincones tranquilos donde Alcides no me encontrara. (A él le gustaría que le contara cosas de la señora Margarita para ampliar su mala manera de pensar en ella). Además yo ya estaba bastante confundido con mis dos señoras Margaritas y vacilaba entre ellas como si no supiera a cuál, de dos hermanas, debía preferir o traicionar; ni tampoco las podía fundir, para

amarlas al mismo tiempo. A menudo me fastidiaba que la última señora Margarita me obligara a pensar en ella de una manera tan pura, y tuve la idea de que debía seguirla en todas sus locuras para que ella me confundiera entre los recuerdos del marido, y yo, después, pudiera sustituirlo.

Recibí la orden de volver en un día de viento y me lancé a viajar con una precipitación salvaje. Pero ese día, el viento parecía traer oculta la misión de soplar contra el tiempo y nadie se daba cuenta de que los seres humanos, los ferrocarriles y todo se movía con una lentitud angustiosa. Soporté el viaje con una paciencia inmensa y al llegar a la casa inundada fue María la que vino a recibirme al embarcadero. No me dejó remar y me dijo que el mismo día que yo me fui, antes de retirarse el agua, ocurrieron dos accidentes. Primero llegó Filomena, la mujer del botero, a pedir que la señora Margarita la volviera a tomar. No la habían despedido sólo por haber dejado nadar aquel pan, sino porque la encontraron seduciendo a Alcides una vez que él estuvo allí en los primeros días. La señora Margarita, sin decir una palabra, la empujó, y Filomena cayó al agua; cuando se iba, llorando y chorreando agua, el marido la acompañó y no volvieron más. Un poco más tarde, cuando la señora Margarita acercó, tirando de un cordón, el tocador de su cama (allí los muebles flotaban sobre gomas infladas, como las que los niños llevan a las playas), volcó una botella de aguardiente sobre un calentador que usaba para unos afeites y se incendió el tocador. Ella pidió agua por teléfono, «como si allí no hubiera bastante o no fuera la misma que hay en toda la casa», decía María.

La mañana que siguió a mi vuelta era radiante y habían puesto plantas nuevas; pero sentí celos de pensar que allí había algo diferente a lo de antes; la señora Margarita y yo no encontraríamos las palabras y los pensamientos como los habíamos dejado, debajo de las ramas.

Ella volvió a su historia después de algunos días. Esa noche, como ya había ocurrido otras veces, pusieron una pasarela para cruzar el agua del zaguán. Cuando llegué al pie de la escalera la señora Margarita me hizo señas para que me detuviera; y después para que caminara detrás de ella. Dimos una vuelta por toda la vereda estrecha que rodeaba al lago y ella empezó a decirme que al salir de aquella ciudad de Italia pensó que el agua era igual en todas partes del mundo. Pero no fue así, y muchas veces tuvo que cerrar los ojos y ponerse los dedos en los oídos para encontrarse con su propia agua. Después de haberse detenido en España, donde un arquitecto le vendió los planos para una casa inundada —ella no me dio detalles— tomó un barco demasiado lleno de gente y al dejar de ver tierra se dio cuenta de que el agua del océano no le pertenecía, que en ese abismo se ocultaban demasiados seres desconocidos. Después me dijo que algunas personas, en el barco, hablaban de naufragios, y cuando miraban la inmensidad del agua, parecía que escondían miedo; pero no tenían escrúpulo en sacar un poquito de aquella agua inmensa, de echarla en una bañera, y de entregarse a ella con el cuerpo desnudo. También les gustaba ir al fondo del barco y ver las calderas, con el agua encerrada y enfurecida por la tortura del fuego. En los días que el mar estaba agitado la señora Margarita se acostaba en su camarote y hacía andar sus ojos por hileras de letras, en diarios y revistas, como si siguieran caminos de hormigas. O miraba un poco el agua que se movía entre un botellón de cuello angosto. Aquí detuvo el relato y yo me di cuenta de que ella se balanceaba como un barco. A menudo nuestros pasos no coincidían, echábamos el cuerpo para lados diferentes y a mí me costaba atrapar sus palabras, que parecían llevadas por ráfagas desencontradas. También detuvo sus pasos antes de subir a la pasarela, como si en ese momento tuviera miedo de pasar por ella; entonces me pidió que fuera a buscar el bote. Anduvimos mucho rato antes que apareciera el suspiro ronco y nuevas palabras. Por fin me dijo que en el barco había tenido un instante para su alma. Fue cuando estaba apoyada en una baranda, mirando la calma del mar, como a una inmensa piel que apenas dejara

entrever movimientos de músculos. La señora Margarita imaginaba locuras como las que vienen en los sueños: suponía que ella podía caminar por la superficie del agua; pero tenía miedo que surgiera una marsopa que la hiciera tropezar; y entonces, esta vez, se hundiría, realmente. De pronto tuvo conciencia que desde hacía algunos instantes caía, sobre el agua del mar, agua dulce del cielo, muchas gotas llegaban hasta la madera de cubierta y se precipitaban tan seguidas y amontonadas como si asaltaran el barco. Enseguida toda la cubierta era, sencillamente, un piso mojado. La señora Margarita volvió a mirar el mar, que recibía y se tragaba la lluvia con la naturalidad con que un animal se traga a otro. Ella tuvo un sentimiento confuso de lo que pasaba y de pronto su cuerpo se empezó a agitar por una risa que tardó en llegarle a la cara, como un temblor de tierra provocado por una causa desconocida. Parecía que buscara pensamientos que justificaran su risa y por fin se dijo: «Esta agua parece una niña equivocada; en vez de llover sobre la tierra llueve sobre otra agua». Después sintió ternura en lo dulce que sería para el mar recibir la lluvia; pero al irse para su camarote, moviendo su cuerpo inmenso, recordó la visión del agua tragándose la otra y tuvo la idea de que la niña iba hacia su muerte. Entonces la ternura se le llenó de una tristeza pesada, se acostó enseguida y cayó en el sueño de la siesta. Aquí la señora Margarita terminó el relato de esa noche y me ordenó que fuera a mi pieza.

Al día siguiente recibí su voz por teléfono y tuve la impresión de que me comunicaba con una conciencia de otro mundo. Me dijo que me invitaba para el atardecer a una sesión de homenaje al agua. Al atardecer yo oí el ruido de las budineras, con las corridas de María, y confirmé mis temores: tendría que acompañarla en su «velorio». Ella me esperó al pie de la escalera cuando ya era casi de noche. Al entrar, de espaldas a la primera habitación, me di cuenta de que había estado oyendo un ruido de agua y ahora era más intenso. En esa habitación vi un trinchante. (Las ondas del bote lo hicieron mover sobre sus gomas infladas, y sonaron un poco las copas y las cadenas con que estaba sujeto a la pared). Al otro lado de la habitación había una especie de balsa, redonda, con una mesa en el centro y sillas recostadas a una baranda: parecían un conciliábulo de mudos moviéndose apenas por el paso del bote. Sin querer mis remos tropezaron con los marcos de las puertas que daban entrada al dormitorio. En ese instante comprendí que allí caía agua sobre agua. Alrededor de toda la pared —menos en el lugar en que estaban los muebles, el gran ropero, la cama y el tocador— había colgadas innumerables regaderas de todas formas y colores; recibían el agua de un gran recipiente de vidrio parecido a una pipa turca, suspendido del techo como una lámpara; y de él salían, curvados como guirnaldas, los delgados tubos de goma que alimentaban las regaderas. Entre aquel ruido de gruta, atracamos junto a la cama; sus largas patas de vidrio la hacían sobresalir bastante del agua. La señora Margarita se quitó los zapatos y me dijo que yo hiciera lo mismo; subió a la cama, que era muy grande, y se dirigió a la pared de la cabecera, donde había un cuadro enorme como un chivo blanco de barba parado sobre sus patas traseras. Tomó el marco, abrió el cuadro como si fuera una puerta y apareció un cuarto de baño. Para entrar dio un paso sobre las almohadas, que le servían de escalón, y a los pocos instantes volvió trayendo dos budineras redondas con velas pegadas en el fondo. Me dijo que las fuera poniendo en el agua. Al subir, yo me caí en la cama; me levanté enseguida pero alcancé a sentir el perfume que había en las cobijas. Fui poniendo las budineras que ella me alcanzaba al costado de la cama, y de pronto ella me dijo: «Por favor, no las ponga así que parece un velorio». (Entonces me di cuenta del error de María). Eran veintiocho. La señora se hincó en la cama y tomando el tubo del teléfono, que estaba en una de las mesas de luz, dio orden de que cortaran el agua de las regaderas. Se hizo un silencio sepulcral y nosotros empezamos a encender las

velas echados de bruces a los pies de la cama y yo tenía cuidado de no molestar a la señora. Cuando estábamos por terminar, a ella se le cayó la caja de los fósforos en una budinera, entonces me dejó a mí solo y se levantó para ir a tocar el gong, que estaba en la otra mesa de luz. Allí había también una portátil y era lo único que alumbraba la habitación. Antes de tocar el gong se detuvo, dejó el palillo al lado de la portátil y fue a cerrar la puerta que era el cuadro del chivo. Después se sentó en la cabecera de la cama, empezó a arreglar las almohadas y me hizo señas para que yo tocara el gong. A mí me costó hacerlo: tuve que andar en cuatro pies por la orilla de la cama para no rozar sus piernas, que ocupaban tanto espacio. No sé por qué tenía miedo de caerme al agua —la profundidad era sólo de cuarenta centímetros—. Después de hacer sonar el gong una vez, ella me indicó que bastaba. Al retirarme —andando hacia atrás porque no había espacio para dar vuelta—, vi la cabeza de la señora recostada a los pies del chivo, y la mirada fija, esperando. Las budineras, también inmóviles, parecían pequeñas barcas recostadas en un puerto antes de la tormenta. A los pocos momentos de marchar los motores el agua empezó a agitarse; entonces la señora Margarita, con gran esfuerzo salió de la posición en que estaba y vino de nuevo a arrojar de bruces a los pies de la cama. La corriente llegó hasta nosotros, hizo chocar las budineras, unas contra otras, y después de llegar a la pared del fondo volvió con violencia a llevarse las budineras, a toda velocidad. Se volcó una y enseguida otras: las velas, al apagarse, echaban un poco de humo. Yo miré a la señora Margarita, pero ella, previendo mi curiosidad, se había puesto una mano al costado de los ojos. Rápidamente, las budineras se hundían enseguida, daban vueltas a toda velocidad por la puerta del zaguán en dirección al patio. A medida que se apagaban las velas había menos reflejos y el espectáculo se empobrecía. Cuando todo parecía haber terminado, la señora Margarita, apoyada en el brazo que tenía la mano en los ojos, soltó con la otra mano una budinera que había quedado trabada a un lado de la cama y se dispuso a mirarla; pero esa budinera también se hundió enseguida. Después de unos segundos, ella, lentamente, se afirmó en las manos para hincarse o para sentarse sobre sus talones y, con la cabeza inclinada hacia abajo y la barbilla perdida entre la gordura de la garganta, miraba el agua como una niña que hubiera perdido una muñeca. Los motores seguían andando y la señora Margarita parecía cada vez más abrumada de desilusión. Yo, sin que ella me dijera nada, atraje el bote por la cuerda que estaba atada a una pata de la cama. Apenas estuve dentro del bote y solté la cuerda, la corriente me llevó con una rapidez que yo no había previsto. Al dar vuelta en la puerta del zaguán miré hacia atrás y vi a la señora Margarita con los ojos clavados en mí como si yo hubiera sido una budinera más que le diera la esperanza de revelar algún secreto. En el patio, la corriente me hacía girar alrededor de la isla. Yo me senté en el sillón del bote y no me importaba dónde me llevara el agua. Recordaba las vueltas que había dado antes, cuando la señora Margarita me había parecido otra persona, y a pesar de la velocidad de la corriente sentía pensamientos lentos y me vino una síntesis triste de mi vida. Yo estaba destinado a encontrarme sólo con una parte de las personas, y además por poco tiempo y como si yo fuera un viajero distraído que tampoco supiera dónde iba. Esta vez ni siquiera comprendía por qué la señora Margarita me había llamado y contaba su historia sin dejarme hablar ni una palabra; por ahora yo estaba seguro de que nunca me encontraría plenamente con esta señora. Y seguí en aquellas vueltas y en aquellos pensamientos hasta que apagaron los motores y vino María a pedirme el bote para pescar las budineras, que también daban vuelta alrededor de la isla. Yo le expliqué que la señora Margarita no hacía ningún velorio y que únicamente le gustaba ver naufragar las budineras con la llama y no sabía qué más decirle.

Esa misma noche, un poco tarde, la señora Margarita me volvió a llamar. Al principio estaba

nerviosa, y sin hacer la carraspera tomó la historia en el momento en que había comprado la casa y la había preparado para inundarla. Tal vez había sido cruel con la fuente, desbordándole el agua y llenándola con esa tierra oscura. Al principio, cuando pusieron las primeras plantas, la fuente parecía soñar con el agua que había tenido antes; pero de pronto las plantas aparecían demasiado amontonadas, como presagios confusos; entonces la señora Margarita las mandaba cambiar. Ella quería que el agua se confundiera con el silencio de sueños tranquilos, o de conversaciones bajas de familias felices (por eso le había dicho a María que estaba sorda y que sólo debía hablarle por teléfono). También quería andar sobre el agua con la lentitud de una nube y llevar en las manos libros, como aves inofensivas. Pero lo que más quería, era comprender el agua. Es posible, me decía, que ella no quiera otra cosa que correr y dejar sugerencias a su paso; pero yo me moriré con la idea de que el agua lleva dentro de sí algo que ha recogido en otro lado y no sé de qué manera me entregará pensamientos que no son los míos y que son para mí. De cualquier manera yo soy feliz con ella, trato de comprenderla y nadie me podrá prohibir que conserve mis recuerdos en el agua.

Esa noche, contra su costumbre, me dio la mano al despedirse. Al día siguiente, cuando fui a la cocina, el hombre del agua me dio una carta. Por decirle algo le pregunté por sus máquinas. Entonces me dijo:

—¿Vio que pronto instalamos las regaderas?

—Sí, y... ¿andan bien? (Yo disimulaba el deseo de ir a leer la carta).

—Cómo no... Estando bien las máquinas, no hay ningún inconveniente. A la noche muevo una palanca, empieza el agua de las regaderas y la señora se duerme con el murmullo. Al otro día, a las cinco, muevo otra vez la misma palanca, las regaderas se detienen, y el silencio despierta a la señora; a los pocos minutos corro la palanca que agita el agua y la señora se levanta.

Aquí lo saludé y me fui. La carta decía:

«Querido amigo: el día que lo vi por primera vez en la escalera, usted traía los párpados bajos y aparentemente estaba muy preocupado con los escalones. Todo eso parecía timidez; pero era atrevido en sus pasos, en la manera de mostrar la suela de sus zapatos. Le tomé simpatía y por eso quise que me acompañara todo este tiempo. De lo contrario, le hubiera contado mi historia enseguida y usted tendría que haberse ido a Buenos Aires al día siguiente. Eso es lo que hará mañana.

»Gracias por su compañía; y con respecto a sus economías nos entenderemos por medio de Alcides. Adiós y que sea feliz; creo que buena falta le hace. Margarita.

»P. D. Si por casualidad a usted se le ocurriera escribir todo lo que le he contado, cuente con mi permiso. Sólo le pido que al final ponga estas palabras: “Ésta es la historia que Margarita le dedica a José. Esté vivo o esté muerto”».

Katherine Mansfield

A pesar de sus treinta años, Bertha Young disfrutaba aún de instantes como éste en que quería correr en vez de caminar, bailar dando saltitos arriba y abajo en la acera, lanzar un aro, tirar algo al aire y volver a tomarlo o quedarse quieta y reírse de... nada, sencillamente de nada.

¿Qué puede hacer una cuando se tienen treinta años y, al doblar la esquina de tu propia calle, de pronto te quedas traspuesta por una sensación de éxtasis, ¡de absoluto éxtasis!, como si de pronto te hubieras tragado un trozo de ese último sol radiante de la tarde y éste te ardiera en el pecho, proyectando una llovizna de chispas en cada partícula, en cada uno de los dedos de las manos y de los pies...?

Cielos, ¿es que no hay modo de que puedas expresarlo sin estar ebria o fuera de tus cabales? ¡Necia civilización! ¿Para qué nos darán un cuerpo si tenemos que encerrarlo en un estuche como a un Stradivarius?

«No, esto del Stradivarius no es precisamente lo que quiero decir», pensó mientras corría escaleras arriba, rebuscaba las llaves dentro del bolso (las había olvidado, como siempre) y hacía ruido en el buzón.

—No es lo que quiero decir, porque... Gracias, Mary —entró en el vestíbulo.

—¿Ha vuelto la niñera?

—Sí, señora.

—¿Y ha llegado la fruta?

—Sí, señora. Ya ha llegado todo.

—¿Quieres por favor subir la fruta al comedor? Yo la prepararé antes de subir.

Había tinieblas y hacía mucho frío en el comedor. Pero aun así, Bertha se quitó el abrigo; no podía soportar ni un segundo más aquel broche asfixiante. El aire frío le tocó los brazos.

Pero en su pecho seguía ese rincón de destello radiante..., aquella llovizna de chispas proyectadas hacia afuera. Casi resultaba insoportable. Casi no se atrevía a respirar por miedo a avivarla y en cambio respiraba hondo, cada vez más hondo. Casi no se atrevía a mirar en el frío espejo..., pero miró y eso la convirtió de nuevo en mujer, una mujer radiante, con labios sonrientes y temblorosos, con grandes ojos oscuros y un aire de estar escuchando, de estar esperando que algo..., que algo maravilloso pasara..., algo que sabía que pasaría con toda seguridad.

Mary puso la fruta en una bandeja junto con un cuenco de cristal y un plato azul, muy bonito, con un lustre muy raro por encima, como si lo hubieran metido en leche.

—¿Quiere que encienda la luz, señora?

—No, gracias. Aún puedo ver muy bien.

Había mandarinas y manzanas de color rosa fresa. Unas cuantas peras amarillas, suaves como la seda, uvas blancas cubiertas de una pátina de plata y un gran racimo de uvas negras. Estas últimas las había comprado para que hicieran juego con la alfombra nueva del comedor. Sí, sonaba algo estrafalario y absurdo, pero era la verdadera razón por la que las había comprado. En la tienda había pensado: «Tengo que comprar algunas negras para que la alfombra destaque sobre la mesa». Y en aquel momento le había parecido de mucho sentido común.

Cuando hubo terminado de colocarlas y hubo construido dos pirámides con esas formas redondas y relucientes, se apartó unos pasos de la mesa, para captar el efecto..., y la verdad es que quedaba de lo más curioso. Porque la mesa oscura parecía fundirse con la luz de las tinieblas y con el cuenco azul y quedar flotando en el aire. Era..., claro que en su actual estado de ánimo, era increíblemente maravilloso. ... Se empezó a reír.

—No, ni hablar. Me estoy poniendo histérica —y recogió el bolso, tomó el abrigo y subió corriendo escaleras arriba al cuarto del bebé.

La niñera estaba sentada en una mesita baja dándole la cena a la Pequeña B después del baño. El bebé llevaba puesto un camisoncito de franela blanco y una chaquetita de lana azul y llevaba el fino pelito negro peinado hacia arriba en una crestita muy graciosa. Levantó los ojitos cuando vio a su madre y empezó a dar saltos.

—Venga, cielito, cómetelo todo como una niña buena —dijo la niñera, con los labios apretados de una forma que Bertha conocía bien y que significaba que una vez más había entrado en la habitación en mal momento.

—¿Se ha portado bien, Nanny?

—Ha sido una delicia toda la tarde —susurró Nanny—. Fuimos al parque y yo me senté en una silla y la saqué del cochecito; se acercó un perro muy grande y me puso la cabeza en la rodilla; ella le agarró la oreja y le dio un tirón. ¡Dios santo, tenía usted que haberla visto!

Bertha deseaba preguntar si no era muy peligroso dejarla que le agarrase la oreja a un perro desconocido. Pero no se atrevió. Se quedó mirándolas con las manos caídas a los lados, como la niña pobre delante de la niña rica con muñeca.

El bebé volvió a levantar los ojos para mirarla, se quedó con la mirada fija en ella y después puso una sonrisa tan linda que Bertha no pudo evitar llorar.

—Nanny, Nanny, déjeme que termine yo de darle la cena mientras usted recoge las cosas del baño.

—Bueno, señora, no es bueno que cambie de brazos mientras come —dijo Nanny sin dejar de susurrar—. Eso la pone nerviosa; es muy probable que la haga enfadar.

Qué absurdo era todo. ¿Para qué tener una niñita si hay que guardarla, no ya en un estuche como a un Stradivarius, pero en los brazos de otra mujer?

—¡Lo siento, tengo que hacerlo! —dijo.

Muy ofendida, Nanny se la puso en los brazos.

—Ahora, no la excite después de comer. Sabe que usted lo hace, señora. ¡Y luego me hace pasar

un mal rato!

¡Santo cielo! Nanny salió del cuarto con las toallas del baño.

—Bueno, ahora eres toda mía, mi joyita —dijo Bertha, y la niña se acurrucó contra ella.

Comía que era una maravilla, abriendo mucho la boca para la cuchara y zarandeando las manos.

Unas veces no soltaba la cuchara, y otras, justo cuando Bertha la había llenado, la tiraba por los aires de un manotazo.

Cuando el puré se terminó, Bertha se volvió hacia la chimenea.

—Eres bonita... ¡eres muy bonita! —dijo besando a su bebé tan calentita—. Te tengo cariño. Me gustas.

Y de hecho de qué manera adoraría a Pequeña B (el cuello cuando lo doblaba hacia delante, sus exquisitos dedos del pie reluciendo transparentes a la luz del fuego) que le sobrevino de nuevo la sensación de éxtasis absoluto y de nuevo no supo cómo sacarla afuera, qué hacer con ella.

—Quieren que se ponga al teléfono —dijo Nanny, regresando victoriosa y tomando a su Pequeña B.

Voló escaleras abajo. Era Harry.

—Ah. ¿Eres tú, Ber? Oye. Voy a llegar tarde. Tomaré un taxi e iré para allá lo antes que pueda, pero haz que retrasen la cena diez minutos, ¿quieres?, ¿de acuerdo?

—Sí, perfecto. ¡Ah, Harry!

—¿Sí?

¿Qué tenía que decir? No tenía nada que decir. Sólo deseaba hablar con él un momento. No podía gritar de manera absurda: «¡Qué día maravilloso!».

—¿Me querías decir algo? —dijo deprisa la vocecita.

—Nada. *Entendu* —dijo Bertha, y colgó el auricular, pensando en lo rematadamente necia que era esta civilización.

Tenían invitados a cenar. El señor Norman Knight y su esposa, una pareja de gran renombre, él a punto de abrir un teatro y ella terriblemente interesada en la decoración de interiores, un hombre joven, Eddie Warren, que acababa de publicar un librito de poemas y al que todo el mundo quería invitar a cenar, y un «descubrimiento» de Bertha llamada Pearl Fulton. Lo que hacía la señorita Fulton, Bertha no lo sabía. Se habían conocido en el club y Bertha se había fascinado con ella, como se fascinaba siempre con mujeres guapas con un halo de misterio.

El morbo fue que aunque habían salido juntas y habían quedado muchas veces y en realidad habían hablado, Bertha no había logrado aún captarla. Hasta cierto punto, la señorita Fulton era misteriosamente, maravillosamente franca, pero el cierto punto había pasado y ella no había logrado ir más allá.

¿Habría algo más allá? Harry dijo: «No». Se inclinó a tacharla más bien de aburrida y «fría como todas las rubias con un toque, quizás, de anemia cerebral». Pero Bertha no estaba de acuerdo con él; aún no, de ninguna forma.

—No, ese modo que tiene de sentarse con la cabeza un poco ladeada, y sonriendo, esconde algo, Harry, y tengo que averiguar qué es ese algo.

—Lo más probable es que esconda un buen estómago —había respondido Harry.

No dejaba de adelantarse a Bertha con respuestas de este tipo... «Un hígado helado, preciosa» o «simples gases» o «puede que esté enferma del riñón»... Por alguna extraña razón, a Bertha le gustaba esto, y casi lo admiraba muchísimo en él.

Entró en el salón y encendió el fuego; después, recogiendo uno por uno los cojines que Mary había colocado con tanto cuidado, los volvió a lanzar sobre las sillas y los sofás. Aquello marcaba la diferencia: la estancia recobró la vida en un santiamén. Cuando estaba a punto de lanzar el último se sorprendió a sí misma abrazándolo de repente, apasionadamente, apasionadamente. Pero aquello no apagó la llama en su pecho. ¡Todo lo contrario!

Los ventanales abiertos del salón daban a un balcón desde el que se divisaba el jardín. Al final de todo, contra el muro, había un peral alto y esbelto en pletórica floración; se erigía con absoluta perfección, tan plácido contra el cielo de verde jade. Bertha no pudo evitar percibir, incluso desde esta distancia, que no tenía ni un solo brote ni pétalo marchito. Debajo, en los arriates del jardín, los tulipanes rojos y amarillos, colmados de flores, parecían apoyarse en el crepúsculo. Un gato gris, arrastrando la panza, cruzaba el césped deslizándose, y uno negro, su sombra, le seguía el rastro. Mirarlos, tan absortos y tan veloces, le produjo a Bertha un curioso escalofrío.

—¡Qué cosa más horripilante son los gatos! —balbuceó, se apartó de la ventana y empezó a andar de un lado a otro...

Qué fuerte olían los junquillos en la sala cargada. ¿Demasiado fuerte? Oh, no. Y así, como si hubiera sido vencida, se lanzó a un sillón y se apretó los ojos con las manos.

—¡Soy demasiado feliz, demasiado feliz! —murmuró.

Y le pareció ver en sus párpados el precioso peral con sus flores abiertas de par en par como un símbolo de su propia vida.

En realidad, en realidad, lo tenía todo. Harry y ella seguían tan enamorados como siempre, y continuaban juntos magníficamente bien y realmente eran buenos compañeros. Tenían un bebé adorable. No tenían que preocuparse por el dinero. Tenían esta casa ultracómoda con jardín. Y amigos, amigos modernos, emocionantes, escritores, pintores, poetas o personas interesadas por los problemas sociales: justo la clase de amigos que ellos deseaban. Y también había libros, y había música, y ella había descubierto un sastrecillo maravilloso y se iban al extranjero en verano y la nueva cocinera hacía las tortillas más exquisitas...

—Qué absurda soy. ¡Absurda! —se incorporó; pero se sintió algo mareada, algo ebria. Debía ser primavera.

Sí, era primavera. En ese mismo instante estaba tan cansada que no podía arrastrarse escaleras arriba para vestirse.

Un vestido blanco, un collar de cuentas de jade, zapatos y medias verdes. No era de repente. Había pensado en este conjunto horas antes de detenerse ante la ventana del salón.

Los pétalos le restallaron levemente al entrar en el vestíbulo. Besó a la señora de Norman Knight, que se estaba quitando el más divertido de los abrigos naranja con una procesión de monos negros que daba la vuelta al dobladillo y subía hasta las solapas.

—¡Por qué! ¡Por qué! ¡Por qué será tan aburrida la clase media!... ¡tan absolutamente carente de sentido del humor! Querida, estoy aquí sólo de chiripa, de chiripa, y Norman es la chiripa protectora. Porque mis queridos monitos levantaron tal revuelo en el tren que éste se convirtió en un solo hombre que no hacía más que comerme con los ojos. No se reían, no lo encontraban divertido, lo

cual me hubiera encantado. No, sólo se quedaban mirando y me traspasaban de arriba abajo con la mirada.

—Pero lo máximo —dijo Norman, ajustándose en el ojo un gran monóculo con la montura de concha de tortuga—, no te importará que te cuente esto, Cara, ¿no? —(En casa y entre amigos se llamaban entre ellos Cara y Jeta)—. El colmo fue cuando ella, que ya estaba más que harta, se volvió hacia la mujer que tenía al lado y le dijo: «¿No ha visto usted nunca un mono?».

—¡Vaya que sí! —la señora de Norman Knight se unió a la risa—. ¿No fue también aquello el colmo de los colmos?

Y una cosa más divertida todavía era que ahora que no tenía el abrigo puesto era igualita que un mono muy inteligente que hasta había confeccionado aquel vestido de seda amarilla a partir de restos de cáscara de banana. Y sus pendientes de ámbar parecían pequeños maníes colgando.

—Va a hacer un otoño triste, muy triste —dijo Jeta parándose delante del cochecito de Pequeña B—. Cuando un cochecito entra en el vestíbulo... —y dejó en el aire el resto del dicho.

Sonó el timbre. Era Eddie Warren, flaco y pálido como de costumbre y en estado de extrema ansiedad.

—¿Es ésta la casa, o no lo es? —suplicó.

—Pues creo que sí... espero que sí —dijo Bertha vivaracha.

—He tenido una experiencia tan *espantosa* con un taxista; era de lo *más* siniestro. No conseguí hacer que *parara*. Mientras *más* le tocaba y *más* le avisaba, *más rápido* iba. Y aquel *adefesio* de cabeza *achata*, *abrazado* a aquel volante *diminuto*.

Se estremeció y se quitó una larguísima bufanda de seda blanca. Bertha se percató de que sus calcetines eran blancos también, ¡qué rico!

—¡Pero qué espanto! —exclamó ella.

—Y tanto que lo fue —dijo Eddie siguiéndola hasta el comedor—. Ya me vi recorriendo la Eternidad en un taxi *intemporal*.

Conocía a los señores de Norman Knight. De hecho, estaba a punto de componer una obra de teatro para N. K. cuando lograra terminar el proyecto de teatro.

—Y bien, Warren, ¿cómo va la obra? —dijo Norman Knight dejando caer el monóculo y dándole su tiempo al ojo para subir a la superficie antes de volver a comprimirlo tras la lente.

Y la señora de Norman Knight:

—Ah, señor Warren, ¡qué calcetines tan alegres!

—Cuánto me alegro de que le gusten —dijo él mirándose los pies—. Parece que se han vuelto *mucho* más blancos desde que salió la luna —y volvió su joven rostro, flaco y afligido, hacia Bertha.

—Es que *hay* luna, ¿sabe?

Ella quiso gritar: «¡Sin duda alguna... y tan a menudo, tan a menudo!».

La verdad es que era una persona de lo más atractiva. Y también lo era Cara, acurrucada ante el fuego con sus pieles de banana; y también Jeta lo era, fumándose un cigarrillo y diciendo mientras tiraba la ceniza: «¿Por qué se demora el esposo?».

—Ahí está, ya.

La puerta de la calle se abrió y se cerró con un ¡pam! Harry gritó: «Hola, gente. Bajo en cinco minutos». Y lo oyeron subir corriendo las escaleras. Bertha no pudo evitar sonreír; sabía que a él le gustaba hacer las cosas a toda máquina. Después de todo, ¿qué importaban cinco minutos más? Pero él se convencía a sí mismo de que importaban más que nada en el mundo. Y luego haría una entrada

triumfal en el comedor con una frialdad y una seguridad en sí mismo arrolladora.

Harry tenía tantas ansias de vivir. Cielos, cuánto apreciaba ella eso en él. Y su pasión por luchar, por hallar en todo lo que se le pusiera por delante una prueba más de su poder y de su bravura..., también eso lo entendía. Incluso cuando lo hacía parecer, en alguna ocasión, algo ridículo quizás a ojos de otros que no lo conocían bien... porque había momentos en los que se precipitaba a la batalla donde no había batalla. Ella conversó y rió y se olvidó por completo, hasta que entró él tal y como ella lo había imaginado, de que Pearl Fulton aún no había aparecido.

—Me pregunto si la señorita Fulton se habrá olvidado.

—Supongo —dijo Harry—. ¿Está al teléfono?

—¡Ah! Acaba de llegar un taxi —y Bertha sonrió con ese airecillo de dueña que siempre adoptaba mientras sus descubrimientos femeninos eran nuevos y misteriosos—. Pearl vive en los taxis.

—Si es así acabará hecha una vaca —dijo Harry con frialdad, llamando a cenar con la campanilla—. Grave peligro para las rubias.

—Harry, no, por favor —le advirtió Bertha mirándolo con una risotada.

Otro momentito de nada pasó mientras esperaban, riendo y charlando, un pelín demasiado a sus anchas, un pelín demasiado inconscientes. Y entonces entró la señorita Fulton, toda de plata, con una redecilla plateada recogiendo el pelo rubio claro, sonriendo, con la cabeza un poco ladeada.

—¿Llego tarde?

—No, en absoluto —dijo Bertha—. Pasa —y la tomó del brazo y entraron en el comedor.

¿Qué había en aquel roce de aquel brazo frío que avivara y avivara, hasta empezar a encender aquella llama del éxtasis con la que Bertha no sabía qué hacer?

La señorita Fulton no la miró; aunque de todos modos raramente miraba a las personas cara a cara. Los pesados párpados le reposaban sobre los ojos y esa extraña media sonrisa iba y venía a sus labios como si viviera más de escuchar que de mirar. Pero Bertha supo enseguida, como si se hubieran cruzado la más prolongada e íntima mirada, como si se hubieran dicho una a otra «¿tú también?», que Pearl Fulton estaba sintiendo exactamente lo mismo que ella mientras removía la preciosa sopa roja en el plato gris.

¿Y los demás? Cara y Jeta, Eddie y Harry, con sus cucharas entrando y saliendo de la sopa, secándose los labios con sus servilletas, desmigando el pan, jugueteando con los tenedores y los vasos y charlando.

—La conocí en el Show de *Alpha*; qué criatura más rara. No sólo se había cortado el pelo, sino que parecía como si se hubiera seccionado más que un buen trozo de brazos y piernas con las tijeras, y del cuello y también de su pobre naricita.

—¿No está de lo más *liée* con Michael Oat?

—¿El tipo que escribió *Amor con dientes postizos*?

—Quiere escribir una obra de teatro para mí. Sólo un acto. Sólo un hombre. Decide suicidarse. Da todas las razones por las que debería hacerlo y por las que no. Y justo cuando ya se ha decidido por hacerlo o por no hacerlo..., telón. La idea no está nada mal.

—¿Cómo lo va a llamar? ¿*Dolor de estómago*?

—*Creo* haber visto alguna vez la misma idea en una revistita francesa, *totalmente* desconocida en Inglaterra.

No, no la conocían. Eran encantadores, encantadores, y ella adoraba tenerlos allí, sentados a su mesa, y adoraba ofrecerles comida y vino deliciosos. ¡De hecho, deseaba decirle lo exquisitos que

eran, y qué grupo más estético formaban, cómo se hacían destacar entre sí y cómo le recordaban una obra de Chéjov!

Harry estaba disfrutando de su cena. Formaba parte de su, bueno, no exactamente de su naturaleza, y desde luego no de su talante, de su lo que quiera que fuese, hablar de las comidas y vanagloriarse de su «mórbida pasión por la carne blanca de la langosta» y por «el verde de los helados de pistacho, verdes y fríos como los párpados de las bailarinas egipcias».

Cuando la miró y dijo: «Bertha, es un *soufflé* absolutamente admirable», ella casi se echó a llorar como una niña de la emoción.

Ah, ¿por qué se sentía tan tierna con todo el mundo esta noche? Todo era bueno, todo estaba bien. Todo lo que iba pasando parecía volver a llenar su rebosante copa de éxtasis.

Y sin embargo, en el fondo de su mente seguía el peral. Ahora estaría plateado, a la luz de la luna de mi pobrecillo Eddie, plateado como la señorita Fulton, sentada allí dándole vueltas a una mandarina con aquellos dedos delgados tan pálidos que parecían irradiar luz.

Lo que sencillamente no lograba entender, lo que era milagroso, era de qué manera había podido adivinar su estado de ánimo con tanta precisión y de forma tan instantánea. Porque ni por un momento dudó de si podía estarse equivocando, y aun así, ¿en qué se basaba?, en nada de nada.

«Creo que esto ocurre muy, muy rara vez entre mujeres. Y nunca entre hombres», pensó Bertha. «Aunque quizá me *dé alguna señal* mientras preparo el café en el salón».

Lo que quería decir con aquello no lo sabía, y lo que ocurriría después de aquello... no podía imaginárselo.

Mientras pensaba todo esto se veía a sí misma charlando y riéndose. Tenía que hablar para sofocar su deseo de reír.

«O río o me muero».

Aunque al percatarse de la insignificante costumbre tan simpática de meterse algo dentro del escote, como si también allí guardara un puñadito de maní en secreto, Bertha se tuvo que enterrar las uñas en las palmas de las manos para no extralimitarse riéndose.

Por fin se le pasó. Y:

—Ven a ver mi cafetera nueva —dijo Bertha.

—Sólo tenemos una cafetera nueva cada quince días —dijo Harry. Cara la tomó esta vez del brazo; la señorita Fulton ladeó la cabeza y las siguió.

El fuego en el salón se había reducido a un rojo y chisporroteante «nido de polluelos de ave fénix», dijo Cara.

—No enciendas la luz todavía. Es tan hermoso —y volvió a acurrucarse junto al fuego. Siempre tenía frío... «sin su chaquetita de franela roja, claro», pensó Bertha.

En ese momento, la señorita Fulton dio *la señal*.

—¿Tiene usted jardín? —dijo la voz fría y aletargada.

Aquello fue tan exquisito por su parte que todo lo que Bertha pudo hacer fue obedecer. Atravesó la habitación, separó las cortinas y abrió aquellas ventanas tan altas.

—¡Ahí está! —exhaló.

Y las dos mujeres se quedaron de pie una junto a la otra mirando el esbelto árbol florecido. A pesar de estar tan quieto, parecía, como la llama de una vela, erguirse, despuntar, temblar en el aire

luminoso, hacerse más y más alto mientras ellas observaban hasta tocar casi el borde de la redonda luna de plata.

¿Cuánto tiempo estuvieron allí? Las dos, atrapadas como quien dice en aquel círculo de luz divina, entendiéndose perfectamente entre sí, criaturas de otro mundo, y preguntándose qué hacían en éste con todo ese tesoro extasiado que les ardía en el pecho y que caía de sus cabellos y de sus manos en forma de flores de plata.

¿Para siempre... sólo un instante? Y había murmurado la señorita Fulton: «Sí. Exactamente eso». ¿O lo había soñado Bertha?

Entonces encendieron la luz y Cara hizo el café y Harry dijo:

—Mi querida señora Knight, no me pregunte por mi niña. Nunca la veo. No sentiré el más mínimo interés por ella hasta que tenga un amante —y Jeta apartó el ojo del invernadero del jardín por un instante y lo volvió a poner bajo la lente y Eddie Warren se terminó el café y soltó la taza con una cara de angustia como si en el fondo hubiera visto la araña.

—Lo que quiero es ofrecerles un espectáculo a los jóvenes. Yo creo que Londres sencillamente está atiborrado de obras noveles, aun sin escribir. Lo que quiero decirles es: «Aquí tienen el teatro. Abran fuego».

—No sé si sabrás, querida, que voy a decorar una habitación para los Jacob Nathans. Ah, cuánto me tienta hacer un diseño de pescado frito, como los respaldos de los sillones en forma de sartenes y las cortinas de preciosas papas fritas bordadas.

—El problema con nuestros jóvenes escritores es que son todavía demasiado románticos. Uno no puede hacerse a la mar sin marearse y pedir una palangana. En fin, ¿por qué no tendrán la valentía de usar palanganas?

—Un poema *espantoso* sobre una *muchacha* que fue *violada* por un pordiosero *sin* nariz en un bosquecillo...

La señorita Fulton se hundió en el sillón más bajo y más hondo y Harry repartió cigarrillos.

Por el modo en que se quedó parado delante de ella agitando la caja plateada y diciendo con brusquedad: «¿Egipto? ¿Turco? ¿De Virginia? Están todos mezclados», Bertha se dio cuenta de que Pearl no sólo lo aburría; realmente le desagradaba. Y decidió, por el modo en que la señorita Fulton dijo: «No gracias, no fumaré», que también ella sentía lo mismo hacia él, y se sintió herida.

«Cielos, Harry, que no te desagrade. Estás completamente equivocado con ella. Es maravillosa, maravillosa. Y además, cómo puedes sentir algo tan distinto por alguien que significa tantísimo para mí. Intentaré contarte esta noche cuando estemos en la cama lo que ha ocurrido. Lo que ella y yo hemos compartido».

Al oírse esas palabras algo extraño y casi aterrador hizo diana en la mente de Bertha. Y este algo ciego y sonriente le dijo muy bajito: «Pronto se irá toda esta gente. La casa quedará tranquila, muy tranquila. Se apagarán las luces. Y tú y él estarán juntos, solos en la habitación oscura, en la cálida cama...».

Se levantó de un salto de la silla y corrió al piano.

—¡Qué pena que no toque nadie! —exclamó—. ¡Qué pena que no toque nadie!

Por primera vez en su vida, Bertha Young deseaba a su marido.

Sí, lo había amado, había estado enamorada de él, claro, de otra manera, la que fuera, pero

exactamente de esta manera, no. Y lo mismo, había visto con claridad que él era diferente. Lo habían hablado tan a menudo. Le había preocupado tantísimo al principio descubrir que era tan frígida, pero pasado un tiempo aquello parecía no importar. Eran tan sinceros el uno con el otro, tan buenos compañeros. Eso era lo mejor de ser modernos.

Aunque ahora... ¡Ardorosamente! ¡Ardorosamente! ¡La palabra dolía en su ardoroso cuerpo! ¿Era a esto a lo que aquel sentimiento de éxtasis la había estado conduciendo? Pero de pronto, de pronto...

—Querida —dijo la señora de Norman Knight—, ya conoces nuestra lacra. Somos víctimas de los horarios y de los trenes. Vivimos en Hampstead. Ha sido maravilloso.

—Los acompañaré al vestíbulo —dijo Bertha—. Me ha encantado tenerlos aquí. Pero no deben perder el último tren. ¿No sería horrible?

—¿Tomas un *whisky*, Knight, antes de irte? —preguntó Harry.

—No, gracias, amigo mío.

Bertha le dio la mano con un buen apretón por aquello.

—Buenas noches, adiós —gritó desde el último escalón de arriba, sintiendo que aquel yo secreto se libraba de ellos para siempre.

Cuando volvió a entrar en el salón, los demás se estaban marchando.

—... Entonces puedes venir parte del recorrido en mi taxi.

—Le agradezco *tanto no* tener que enfrentarme a *otro* recorrido *yo solo* después de mi *espantosa* experiencia.

—Pueden conseguir un taxi en la parada que está justo al final de la calle. No tendrán que caminar más de algunas yardas.

—Eso me tranquiliza. Iré a ponerme mi abrigo.

La señorita Fulton se fue hacia el vestíbulo y Bertha la estaba siguiendo cuando Harry casi la tiró al adelantarla.

—Permítame que la ayude.

Bertha vio que se sentía arrepentido de su rudeza; lo dejó pasar. Qué maravilla de hombre era en algunas cosas: ¡tan impulsivo!, ¡tan sencillo!

Y los dejaron a Eddie y a ella junto al fuego de la chimenea.

—Me *pregunto* si has visto el *nuevo* poema de Bilks titulado «Table d'Hôte» —dijo Eddie con voz suave—. Es *tan* maravilloso. En la última antología. ¿Tienes un ejemplar? Me gustaría *tanto* enseñártelo. Empieza con un verso *increíblemente* hermoso: «¿Por qué debe ser siempre sopa de tomate?».

—Sí —dijo Bertha. Y se fue sigilosamente a una mesa frente a la puerta del salón y Eddie se deslizó sigilosamente tras ella. Ella tomó el librito y se lo dio; no habían hecho el menor ruido.

Mientras él buscaba el poema, ella volvió la cabeza hacia el vestíbulo. Y vio... Harry estaba con el abrigo de la señorita Fulton en sus brazos y la señorita Fulton dándole la espalda y cabizbaja. Tiró el abrigo, le puso las manos en los hombros y la giró hacia él violentamente. Sus labios dijeron: «Te adoro», y la señorita Fulton le puso sus dedos de claro de luna en las mejillas y le sonrió con su sonrisa aletargada. Las aletas de la nariz de Harry temblaban; los labios se le encogieron en una horrible sonrisa al musitarle: «Mañana», y la señorita Fulton dijo con los párpados: «Sí».

—Aquí está —dijo Eddie—. «¿Por qué debe ser siempre sopa de tomate?». Es tan *profundamente* verdadero, ¿no te parece? La sopa de tomate es tan *espantosamente* eterna.

—Si lo prefieres —dijo la voz de Harry, muy alto, desde el vestíbulo—, puedo pedir que venga un taxi hasta la puerta.

—No, no. No es necesario —dijo la señorita Fulton y fue hasta donde estaba Bertha y le tendió sus delgados dedos.

—Adiós. Muchísimas gracias.

—Adiós —dijo Bertha.

La señorita Fulton le sostuvo la mano un momento más.

—¡Su precioso peral! —murmuró.

Y después se había ido, con Eddie detrás, como el gato negro que sigue al gato gris.

—Yo cerraré todo —dijo Harry, con una frialdad y una seguridad en sí mismo arrolladora.

«¡Su precioso peral, peral, peral!», Bertha sencillamente corrió a las ventanas altas.

—Ah, ¿qué va a pasar ahora? —exclamó.

Pero el peral estaba tan hermoso como siempre y tan repleto de flores e igual de quieto.

En *Relatos breves*,
Madrid, Cátedra, 1991.
Traducción de Juana Teresa Guerra de la Torre

Juan Carlos Onetti

La broma la había inventado Blanes; venía a mi despacho —en los tiempos en que yo tenía despacho y al café cuando las cosas iban mal y había dejado de tenerlo— y parado sobre la alfombra, con un puño apoyado sobre el escritorio, la corbata de lindos colores sujeta a la camisa con un broche de oro y aquella cabeza —cuadrada, afeitada, con ojos oscuros que no podían sostener la atención más de un minuto y se aflojaban enseguida como si Blanes estuviera a punto de dormirse o recordara algún momento limpio y sentimental de su vida que, desde luego, nunca había podido tener—, aquella cabeza sin una sola partícula superflua alzada contra la pared cubierta de retratos y carteles, me dejaba hablar y comentaba redondeando la boca:

—Porque usted, naturalmente, se arruinó dando el *Hamlet*.

O también:

—Sí, ya sabemos. Se ha sacrificado siempre por el arte y si no fuera por su enloquecido amor por el *Hamlet*...

Y yo me pasé todo ese montón de años aguantando tanta miserable gente, autores y actores y actrices y dueños de teatro y críticos de los diarios y la familia, los amigos y los amantes de todos ellos, todo ese tiempo perdiendo y ganando un dinero que Dios y yo sabíamos que era necesario que volviera a perder en la próxima temporada, con aquella gota de agua en la cabeza pelada, aquel puño en las costillas, aquel trago agridulce, aquella burla no comprendida del todo de Blanes:

—Sí, claro. Las locuras a que lo ha llevado su desmedido amor por *Hamlet*...

Si la primera vez le hubiera preguntado por el sentido de aquello, si le hubiera confesado que sabía tanto de *Hamlet* como de conocer el dinero que puede dar una comedia desde su primera lectura, se habría acabado el chiste. Pero tuve miedo a la multitud de bromas no nacidas que haría saltar mi pregunta y sólo hice una mueca y lo mandé a paseo. Y así fue que pude vivir los veinte años sin saber qué era el *Hamlet*, sin haberlo leído, pero sabiendo, por la intención que veía en la cara y el balanceo de la cabeza de Blanes, que el *Hamlet* era arte, el arte puro, el gran arte, y sabiendo también, porque me fui empapando de eso sin darme cuenta, que era además un actor o una actriz, en este caso siempre una actriz con caderas ridículas, vestida de negro con ropas ajustadas, una calavera, un cementerio, un duelo, una venganza, una muchachita que se ahoga. Y también William Shakespeare.

Por eso, cuando ahora, sólo ahora, con una peluca rubia peinada al medio que prefiero no

sacarme para dormir, una dentadura que nunca logré venirme bien del todo y que me hace silbar y hablar con mimo, que encontré en la biblioteca de este asilo para gente de teatro arruinada al que dan un nombre más presentable, aquel libro tan pequeño encuadernado en azul oscuro donde había unas hundidas letras doradas que decían *Hamlet*, me senté en un sillón sin abrir el libro, resuelto a no abrir nunca el libro y a no leer una sola línea, pensando en Blanes, en que así me vengaba de su broma, y en la noche en que Blanes fue a encontrarme en el hotel de alguna capital de provincia y, después de dejarme hablar, fumando y mirando el techo y la gente que entraba en el salón, hizo sobresalir los labios para decirme, delante de la pobre loca:

—Y pensar... Un tipo como usted que se arruinó por el *Hamlet*.

Lo había citado en el hotel para que se hiciera cargo de un personaje en un rápido disparate que se llamaba, me parece, *Sueño realizado*. En el reparto de la locura aquella había un galán sin nombre y este galán sólo podía hacerlo Blanes porque, cuando la mujer vino a verme, no quedábamos allí más que él y yo; el resto de la compañía pudo escapar a Buenos Aires.

La mujer había estado en el hotel a mediodía y, como yo estaba durmiendo, había vuelto a la hora que era, para ella y todo el mundo en aquella provincia caliente, la del fin de la siesta y en la que yo estaba en el lugar más fresco del comedor comiendo una milanesa redonda y tomando vino blanco, lo único bueno que podía tomarse allí. No voy a decir que a la primera mirada —cuando se detuvo en el halo de calor de la puerta encortinada, dilatando los ojos en la sombra del comedor y el mozo le señaló mi mesa y enseguida ella empezó a andar en línea recta hacia mí con remolinos de la pollera — yo adiviné lo que había dentro de la mujer ni aquella cosa como una cinta blanduzca y fofa de locura que había ido desenvolviendo, arrancando con suaves tirones, como si fuese una venda pegada a una herida, de sus años pasados, solitarios, para venir a fajarme con ella, como una momia, a mí y a algunos de los días pasados en aquel sitio aburrido, tan abrumado de gente gorda y mal vestida. Pero había, sí, algo en la sonrisa de la mujer que me ponía nervioso y me era imposible sostener los ojos en sus pequeños dientes irregulares exhibidos como los de un niño que duerme y respira con la boca abierta. Tenía el pelo casi gris peinado en trenzas enroscadas y su vestido correspondía a una vieja moda; pero no era el que se hubiera puesto una señora en los tiempos en que fue inventado, sino, también esto, el que hubiera usado entonces una adolescente. Tenía una pollera hasta los zapatos, de aquellos que llaman botas o botinas, larga, oscura, que se iba abriendo cuando ella caminaba y se encogía y volvía a temblar al paso inmediato. La blusa tenía encajes y era ajustada, con un gran camafeo entre los senos agudos de muchacha, y la blusa y la pollera se unían y estaban divididas por una rosa en la cintura, tal vez artificial ahora que pienso, una flor de corola grande y cabeza baja, con el tallo erizado amenazando el estómago.

La mujer tendría alrededor de cincuenta años y lo que no podía olvidarse en ella, lo que siento ahora cuando la recuerdo caminar hacia mí en el comedor del hotel, era aquel aire de jovencita de otro siglo que hubiera quedado dormida y despertara ahora un poco despeinada, apenas envejecida, pero a punto de alcanzar su edad en cualquier momento, de golpe, y quebrarse allí en silencio, desmoronarse roída por el trabajo sigiloso de los días. Y la sonrisa era mala de mirar porque uno pensaba que frente a la ignorancia que mostraba la mujer del peligro de envejecimiento y muerte repentina en cuyos bordes estaba, aquella sonrisa sabía, o, por lo menos, los descubiertos dientecillos presentían el repugnante fracaso que los amenazaba.

Todo aquello estaba ahora de pie en la penumbra del comedor y torpemente puse los cubiertos al lado del plato y me levanté. «¿Usted es el señor Langman, el empresario del teatro?». Incliné la

cabeza sonriendo y la invité a sentarse. No quiso tomar nada; separados por la mesa le miré con disimulo la boca con su forma intacta y su poca pintura, allí justamente en el centro donde la voz, un poco española, había canturreado al deslizarse entre los filos desparejos de la dentadura. De los ojos, pequeños y quietos, esforzados en agrandarse, no pude sacar nada. Había que esperar que hablara y, pensé, cualquier forma de mujer y de existencia que evocaran sus palabras iban a quedar bien con su curioso aspecto y el curioso aspecto iba a desvanecerse.

—Quería verlo por una presentación. Quiero decir que tengo una obra de teatro...

Todo indicaba que iba a seguir, pero se detuvo y esperó mi respuesta; me entregó la palabra con un silencio irresistible, sonriendo. Estaba tranquila, las manos enlazadas en la falda. Aparté el plato con la milanesa a medio comer y pedí café. Le ofrecí cigarrillos y ella movió la cabeza, alargó un poco la sonrisa, lo que quería decir que no fumaba. Encendí el mío y empecé a hablarle, buscando sacármela de encima sin violencias, pero pronto y para siempre, aunque con un estilo cauteloso que me era impuesto no sé por qué.

—Señora, es una verdadera lástima... Usted nunca ha estrenado, ¿verdad? Naturalmente. ¿Y cómo se llama su obra?

—No, no tiene nombre —contestó—. Es tan difícil de explicar... No es lo que usted piensa. Claro, se le puede poner un título. Se le puede llamar *El sueño, El sueño realizado, Un sueño realizado*.

Comprendí, ya sin dudas, que estaba loca y me sentí más cómodo.

Bien; *Un sueño realizado*, no está mal el nombre. Siempre he tenido interés, digamos personal, desinteresado en otro sentido, en ayudar a los que empiezan. Dar nuevos valores al teatro nacional. Aunque es innecesario decirle que no son agradecimientos lo que se cosecha, señora. Hay muchos que me deben a mí el primer paso, señora, muchos que hoy cobran derechos increíbles en la calle Corrientes y se llevan los premios anuales. Ya no se acuerdan de cuando venían casi a suplicarme...

Hasta el mozo del comedor podía comprender, desde el rincón junto a la heladera donde se espantaban las moscas y el calor con la servilleta, que a aquel bicho raro no le importaba ni una sílaba de lo que yo decía. Le eché una última mirada con un solo ojo, desde el calor del pocillo de café y le dije:

—En fin, señora. Usted debe saber que la temporada aquí ha sido un fracaso. Hemos tenido que interrumpirla y me he quedado sólo por algunos asuntos personales. Pero ya la semana que viene me iré yo también a Buenos Aires. Me he equivocado una vez más, qué vamos a hacer. Este ambiente no está preparado, y a pesar de que me resigné a hacer una temporada con sainetes y cosas así..., ya ve cómo me ha ido. De manera que... Ahora, que podemos hacer una cosa, señora. Si usted puede facilitarme una copia de su obra yo veré si en Buenos Aires... ¿Son tres actos?

Tuvo que contestar, pero sólo porque yo, devolviéndole el juego, me callé y había quedado inclinado hacia ella, rascando con la punta del cigarrillo en el cenicero. Parpadeó:

—¿Qué?

—Su obra, señora. *Un sueño realizado*. ¿Tres actos?

—No, no son actos.

—O cuadros. Se extiende ahora la costumbre de...

—No tengo ninguna copia. No es una cosa que yo haya escrito —seguía diciéndome ella. Era el momento de escapar.

—Le dejaré mi dirección de Buenos Aires y cuando usted la tenga escrita...

Vi que se iba encogiendo, encorvando el cuerpo; pero la cabeza se levantó con la sonrisa fija.

Esperé, seguro de que iba a irse; pero un instante después ella hizo un movimiento con la mano frente a la cara y siguió hablando.

—No, es todo distinto a lo que piensa. Es un momento, una escena, se puede decir, y allí no pasa nada, como si nosotros representáramos esta escena en el comedor y yo me fuera y ya no pasara nada más. No —contestó—, no es cuestión de argumento, hay algunas personas en una calle y las casas y dos automóviles que pasan. Allí estoy yo y un hombre y una mujer cualquiera que sale de un negocio de enfrente y le da un vaso de cerveza. No hay más personas, nosotros tres. El hombre cruza la calle hasta donde sale la mujer de su puerta con la jarra de cerveza y después vuelve a cruzar y se sienta junto a la misma mesa, cerca mío, donde estaba al principio.

Se calló un momento y ya la sonrisa no era para mí ni para el armario con mantelería que se entreabría en la pared del comedor; después concluyó:

—¿Comprende?

Pude escaparme porque recordé el teatro intimista y le hablé de eso y de la imposibilidad de hacer arte puro en estos ambientes y que nadie iría al teatro para ver eso y que, acaso sólo, en toda la provincia, yo podría comprender la calidad de aquella obra y el sentido de los movimientos y el símbolo de los automóviles y la mujer que ofrece un *bock* de cerveza al hombre que cruza la calle y vuelve junto a ella, junto a usted, señora.

Ella me miró y tenía en la cara algo parecido a lo que había en la de Blanes cuando se veía en la necesidad de pedirme dinero y me hablaba de *Hamlet*: un poco de lástima y todo el resto de burla y antipatía.

—No es nada de eso, señor Langman —me dijo—. Es algo que yo quiero ver y que no lo vea nadie más, nada de público. Yo y los actores, nada más. Quiero verlo una vez, pero que esa vez sea tal como yo se lo voy a decir y hay que hacer lo que yo diga y nada más. ¿Sí? Entonces usted, haga el favor, me dice cuánto dinero vamos a gastar para hacerlo y yo se lo doy.

Ya no servía hablar de teatro intimista ni de ninguna de esas cosas allí, frente a frente con la mujer loca que abrió la cartera y sacó dos billetes de cincuenta pesos —«con esto contrata a los actores y atiende los primeros gastos y después me dice cuánto más necesita»—. Yo, que tenía hambre de plata, que no podía moverme de aquel maldito agujero hasta que alguno de Buenos Aires contestara a mis cartas y me hiciera llegar unos pesos. Así que le mostré la mejor de mis sonrisas y cabeceé varias veces mientras que guardaba el dinero en cuatro dobleces en el bolsillo del chaleco.

—Perfectamente, señora. Me parece que comprendo la clase de cosa que usted... —mientras hablaba no quería mirarla porque estaba pensando en Blanes y también en la cara de la mujer—. Dedicaré la tarde a este asunto y si podemos vernos... ¿Esta noche? Perfectamente, aquí mismo; ya tendremos al primer actor y usted podrá explicarnos claramente esa escena y nos pondremos de acuerdo para que *Sueño, Un sueño realizado...*

Acaso fuera simplemente porque estaba loca; pero podía ser también que ella comprendiera, como lo comprendía yo, que no me era posible robarle los cien pesos y por eso no quiso pedirme recibo, no pensó siquiera en ella y se fue luego de darme la mano, con un cuarto de vuelta de la pollera en sentido inverso a cada paso, saliendo erguida de la media luz del comedor para ir a meterse en el calor de la calle como volviendo a la temperatura de la siesta que había durado un montón de años y donde había conservado aquella juventud impura que estaba siempre a punto de deshacerse podrida.

Pude dar con Blanes en una pieza desordenada y oscura, con paredes de ladrillos mal cubiertos

detrás de plantas, esteras verdes, detrás del calor húmedo del atardecer. Los cien pesos seguían en el bolsillo de mi chaleco y hasta no encontrar a Blanes, hasta no conseguir que me ayudara a dar a la mujer loca lo que ella pedía a cambio de su dinero, no me era posible gastar un centavo. Lo hice despertar y esperé con paciencia que se bañara, se afeitara, volviera a acostarse, se levantara nuevamente para tomar un vaso de leche —lo que significaba que había estado borracho el día anterior— y otra vez en la cama encendiera un cigarrillo; porque se negó a escucharme antes y todavía entonces cuando arrimé aquellos restos de sillón de tocador en que estaba sentado y me incliné con aire grave para hacerle la propuesta, me detuvo diciendo:

—¡Pero mire un poco ese techo!

Era un techo de tejas, con dos o tres vigas verdosas y unas hojas de caña de la India que venían de no sé dónde, largas y reseca. Miré al techo un poco y no hizo más que reírse y mover la cabeza.

—Bueno. Déle —dijo después.

Le expliqué lo que era y Blanes me interrumpía a cada momento, riéndose, diciendo que todo era mentira mía, que era alguno que para burlarse me había mandado la mujer. Después me volvió a preguntar qué era aquello y no tuve más remedio que liquidar la cuestión ofreciéndole la mitad de lo que pagara la mujer una vez deducidos los gastos y le contesté que, en verdad, no sabía lo que era ni de qué se trataba ni qué demonios quería de nosotros aquella mujer. Pero ya me había dado cincuenta pesos y que eso significaba que podíamos irnos a Buenos Aires o irme yo, por lo menos, si él quería seguir durmiendo allí. Se rió y al rato se puso serio y de los cincuenta pesos que le dije haber conseguido adelantados quiso veinte enseguida. Así que tuve que darle diez, de lo que me arrepentí muy pronto porque aquella noche cuando vino al comedor del hotel ya estaba borracho y sonreía torciendo un poco la boca y con la cabeza inclinada sobre el platillo de hielo empezó a decir:

—Usted no escarmienta. El mecenas de la calle Corrientes y toda calle del mundo donde una ráfaga de arte... Un hombre que se arruinó cien veces por el *Hamlet* va a jugarse desinteresadamente por un genio ignorado y con corsé.

Pero cuando vino ella, cuando la mujer salió de mis espaldas vestida totalmente de negro, con velo, un paraguas diminuto colgando de la muñeca y un reloj con cadena del cuello y me saludó y extendió la mano a Blanes con la sonrisa aquélla un poco apaciguada en la luz artificial, él dejó de molestarme y sólo dijo:

—En fin, señora; los dioses la han guiado hasta Langman. Un hombre que ha sacrificado cientos de miles por dar correctamente el *Hamlet*.

Entonces pareció que ella se burlaba mirando un poco a uno y un poco a otro; después se puso grave y dijo que tenía prisa, que nos explicaría el asunto de manera que no quedara lugar para la más chica duda y que volvería solamente cuando todo estuviera pronto. Bajo la luz suave y limpia, la cara de la mujer y también lo que brillaba en su cuerpo, zonas del vestido, las uñas en la mano sin guante, el mango del paraguas, el reloj con su cadena, parecían volver a ser ellos mismos, liberados de la tortura del día luminoso; y yo tomé de inmediato una relativa confianza y en toda la noche no volví a pensar que ella estaba loca, olvidé que había algo con olor a estafa en todo aquello y una sensación de negocio normal y frecuente pudo dejarme enteramente tranquilo. Aunque yo no tenía que molestarme por nada, ya que estaba allí Blanes, correcto, bebiendo siempre, conversando con ella como si se hubieran encontrado ya dos o tres veces, ofreciéndole un vaso de *whisky*, que ella cambió por una taza de tilo. De modo que lo que tenía que contarme a mí se lo fue diciendo a él y yo no quise oponerme porque Blanes era el primer actor y cuanto más llegara a entender de la obra mejor

saldrían las cosas. Lo que la mujer quería que representáramos para ella era esto (a Blanes se lo dijo con otra voz y aunque no lo mirara, aunque al hablar de eso bajara los ojos, yo sentía que lo contaba ahora de un modo personal, como si confesara alguna cosa cualquiera íntima de su vida y que a mí me lo había dicho como el que cuenta esa misma cosa en una oficina, por ejemplo, para pedir un pasaporte o cosa así):

—En la escena hay casas y aceras, pero todo confuso, como si se tratara de una ciudad y hubieran amontonado todo eso para dar una impresión de una gran ciudad. Yo salgo, la mujer que voy a representar yo sale de una casa y se sienta en el cordón de la acera, junto a una mesa verde. Junto a la mesa está sentado un hombre en un banco de cocina. Ése es el personaje suyo. Tiene puesta una tricota y gorra. En la acera de enfrente hay una verdulería con cajones de tomate en la puerta. Entonces aparece un automóvil que cruza la escena y el hombre, usted, se levanta para atravesar la calle y yo me asusto pensando que el coche lo atropella. Pero usted pasa antes que el vehículo y llega a la acera de enfrente en el momento que sale una mujer vestida con traje de paseo y un vaso de cerveza en la mano. Usted lo toma de un trago y vuelve enseguida que pasa un automóvil, ahora de abajo para arriba, a toda velocidad; y usted vuelve a pasar con el tiempo justo y se sienta en el banco de cocina. Entretanto yo estoy acostada en la acera, como si fuera una chica. Y usted se inclina un poco para acariciarme la cabeza.

La cosa era fácil de hacer, pero le dije que el inconveniente estaba, ahora que lo pensaba mejor, en aquel tercer personaje que salía de su casa a paseo con el vaso de cerveza.

—Jarro —me dijo ella—. Es un jarro de barro con asa y tapa.

Entonces Blanes asintió con la cabeza y le dijo:

—Claro, con algún dibujo, además, pintado.

Ella dijo que sí y parecía que aquella cosa dicha por Blanes la había dejado muy contenta, feliz, con esa cara de felicidad que sólo una mujer puede tener y que me da ganas de cerrar los ojos para no verla cuando se me presenta, como si la buena educación ordenara hacer eso. Volvimos a hablar de la otra mujer y Blanes terminó por estirar la mano diciendo que ya tenía lo que necesitaba y que no nos preocupáramos más. Tuve que pensar que la locura de la loca era contagiosa, porque cuando le pregunté a Blanes con qué actriz contaba para aquel papel me dijo que con la Rivas y aunque yo no conocía a ninguna con ese nombre no quise decir nada porque Blanes me estaba mirando furioso. Así que todo quedó arreglado, lo arreglaron ellos dos y yo no tuve que pensar para nada en la escena; me fui enseguida a buscar al dueño del teatro y lo alquilé por dos días pagando el precio de uno, pero dándole mi palabra de que no entraría nadie más que los actores.

Al día siguiente conseguí un hombre que entendía de instalaciones eléctricas y por un jornal de seis pesos me ayudó también a mover y repintar un poco los bastidores. A la noche, después de trabajar cerca de quince horas, todo estuvo pronto y sudando y en mangas de camisa me puse a comer sándwiches con cerveza mientras oía sin hacer caso historias de pueblo que el hombre me contaba. El hombre hizo una pausa y después dijo:

—Hoy vi a su amigo bien acompañado. Esta tarde, con aquella señora que estuvo en el hotel anoche con ustedes. Aquí todo se sabe. Ella no es de aquí; dicen que viene los veranos. No me gusta meterme, pero los vi entrar en un hotel. Sí, qué gracia; es cierto que usted también vive en un hotel. Pero el hotel donde entraron esta tarde era distinto... De ésos, ¿eh?

Cuando al rato llegó Blanes le dije que lo único que faltaba era la famosa actriz Rivas y arreglar el asunto de los automóviles, porque sólo se había podido conseguir uno, que era del hombre que me

había estado ayudando y lo alquilaría por unos pesos, además de manejarlo él mismo. Pero yo tenía mi idea para solucionar aquello, porque como el coche era un cascajo con capota, bastaba hacer que pasara primero con la capota baja y después alzada o al revés. Blanes no me contestó nada porque estaba completamente borracho, sin que me fuera posible adivinar de dónde había conseguido dinero. Después se me ocurrió que acaso hubiera tenido el cinismo de recibir directamente dinero de la pobre mujer. Esa idea me envenenó y seguía comiendo los sándwiches en silencio mientras él, borracho y canturreando, recorría el escenario, se iba colocando en posiciones de fotógrafo, de espía, de boxeador, de jugador de rugby, sin dejar de canturrear, con el sombrero caído sobre la nuca y mirando a todos lados, desde todos los lados, rebuscando vaya a saber el diablo qué cosa. Como a cada momento me convencía más de que se había emborrachado con dinero robado, casi, a aquella pobre mujer enferma, no quería hablarle y cuando acabé de comer los sándwiches mandé al hombre que me trajera media docena más y una botella de cerveza.

A todo esto Blanes se había cansado de hacer piruetas; la borrachera indecente que tenía le dio por el lado sentimental y vino a sentarse cerca de donde yo estaba, en un cajón, con las manos en los bolsillos del pantalón y el sombrero en las rodillas, mirando con ojos turbios, sin moverlos, hacia la escena. Pasamos un tiempo sin hablar y pude ver que estaba envejeciendo y el cabello rubio lo tenía descolorido y escaso. No le quedaban muchos años para seguir haciendo el galán ni para llevar señoras a los hoteles, ni para nada.

—Yo tampoco perdí el tiempo —dijo de golpe.

—Sí, me lo imagino —contesté sin interés.

Sonrió, se puso serio, se encajó el sombrero y volvió a levantarse. Me siguió hablando mientras iba y venía, como me había visto hacer tantas veces en el despacho, todo lleno de fotos dedicadas, dictando una carta a la muchacha.

—Anduve averiguando de la mujer —dijo—. Parece que la familia o ella misma tuvo dinero y después ella tuvo que trabajar de maestra. Pero nadie, ¿eh?, nadie dice que esté loca. Que siempre fue un poco rara, sí. Pero no loca. No sé por qué le vengo a hablar a usted, oh padre adoptivo del triste Hamlet, con la trompa untada de manteca de sándwich... Hablarle de esto.

—Por lo menos —le dije tranquilamente—, no me meto a espiar en vidas ajenas. Ni a dárme las de conquistador con mujeres un poco raras —me limpié la boca con el pañuelo y me di vuelta para mirarlo con cara aburrida—. Y tampoco me emborracho vaya a saber con qué dinero.

Él se estuvo con las manos en los riñones, de pie, mirándome a su vez, pensativo, y seguía diciéndome cosas desagradables, pero cualquiera se daba cuenta de que estaba pensando en la mujer y que no me insultaba de corazón, sino para hacer algo mientras pensaba, algo que evitara que yo me diera cuenta de que estaba pensando en aquella mujer. Volvió hacia mí, se agachó y se alzó enseguida con la botella de cerveza y se fue tomando lo que quedaba sin apurarse, con la boca fija al gollete, hasta vaciarla. Dio otros pasos por el escenario y se sentó nuevamente, con la botella entre los pies y cubriéndola con las manos.

—Pero yo le hablé y me estuvo diciendo —dijo—. Quería saber qué era todo esto. Porque no sé si usted comprende que no se trata sólo de meterse la plata en el bolsillo. Yo le pregunté qué era esto que íbamos a representar y entonces supe que estaba loca. ¿Le interesa saber? Todo es un sueño que tuvo, ¿entiende? Pero la mayor locura está en que ella dice que ese sueño no tiene ningún significado para ella, que no conoce al hombre que estaba sentado en tricota azul, ni a la mujer de la jarra, ni vivió tampoco en una calle parecida a este ridículo mamarracho que hizo usted. ¿Y por qué,

entonces? Dice que mientras dormía y soñaba eso era feliz, pero no es feliz la palabra sino otra clase de cosa. Así que quiere verlo todo nuevamente. Y aunque es una locura tiene su cosa razonable. Y también me gusta que no haya ninguna vulgaridad de amor en todo esto.

Cuando nos fuimos a acostar, a cada momento se entreparaba en la calle —había un cielo azul y mucho calor—, para agarrarme de los hombros y las solapas y preguntarme si yo entendía, no sé qué cosa, algo que él no debía entender tampoco muy bien, porque nunca acababa de explicarlo.

La mujer llegó al teatro a las diez en punto y traía el mismo traje negro de la otra noche, con la cadena y el reloj, lo que me pareció mal para aquella calle de barrio pobre que había en escena y para tirarse en el cordón de la acera mientras Blanes le acariciaba el pelo. Pero tanto daba: el teatro estaba vacío; no estaba en la platea más que Blanes, siempre borracho, fumando, vestido con una tricota azul y una gorra gris doblada sobre una oreja. Había venido temprano acompañado de una muchacha, que era quien tenía que asomar en la puerta de al lado de la verdulería a darle su jarrita de cerveza; una muchacha que no encajaba, ella tampoco, en el tipo de personaje, el tipo que me imaginaba yo, claro, porque sepa el diablo cómo era en realidad; una triste y flaca muchacha, mal vestida y pintada que Blanes se había traído de cualquier cafetín, sacándola de andar en la calle por una noche y empleando un cuento absurdo para traerla, era indudable. Porque ella se puso a andar con aires de primera actriz y al verla estirar el brazo con la jarrita de cerveza daban ganas de llorar o de echarla a empujones. La otra, la loca, vestida de negro, en cuanto llegó se estuvo un rato mirando el escenario con las manos juntas frente al cuerpo y me pareció que era enormemente alta, mucho más alta y flaca de lo que yo había creído hasta entonces. Después, sin decir palabra a nadie, teniendo siempre, aunque más débil, aquella sonrisa de enfermo que me erizaba los nervios, cruzó la escena y se escondió detrás del bastidor por donde debía salir. La había seguido con los ojos, no sé por qué, mi mirada tomó exactamente la forma de su cuerpo alargado vestido de negro y apretada a él, ciñéndolo, lo acompañó hasta que el borde del telón separó la mirada del cuerpo.

Ahora era yo quien estaba en el centro del escenario y como todo estaba en orden y habían pasado ya las diez, levanté los codos para avisar con una palmada a los actores. Pero fue entonces que, sin que yo me diera cuenta de lo que pasaba por completo, empecé a saber cosas y qué era aquello en que estábamos metidos, aunque nunca pude decirlo, tal como se sabe el alma de una persona y no sirven las palabras para explicarlo. Preferí llamarlos por señas y cuando vi que Blanes y la muchacha que había traído se pusieron en movimiento para ocupar sus lugares, me escabullí detrás de los telones, donde ya estaba el hombre sentado al volante de su coche viejo que empezó a sacudirse con un ruido tolerable. Desde allí, trepado en un cajón, buscando esconderme porque yo nada tenía que ver en el disparate que iba a empezar, vi cómo ella salía de la puerta de la casucha, moviendo el cuerpo como una muchacha —el pelo espeso y casi gris, suelto a la espalda, anudado sobre los omóplatos con una cinta clara—, daba unos largos pasos que eran, sin duda, de la muchacha que acababa de preparar la mesa y se asoma un momento a la calle para ver caer la tarde y estarse quieta sin pensar en nada; vi cómo se sentaba cerca del banco de Blanes y sostenía la cabeza con una mano, afirmando el codo en las rodillas, dejando descansar las yemas sobre los labios entreabiertos y la cara vuelta hacia un sitio lejano que estaba más allá de mí mismo, más allá también de la pared que yo tenía a mi espalda. Vi cómo Blanes se levantaba para cruzar la calle, y lo hacía matemáticamente antes que el automóvil, que pasó echando humo con su capota alta y desapareció enseguida. Vi cómo el brazo de Blanes y el de la mujer que vivía en la casa de enfrente se unían por medio de la jarrita de cerveza y cómo el hombre bebía de un trago y dejaba el recipiente en la mano de la mujer que se hundía nuevamente,

lenta y sin ruido, en su portal. Vi, otra vez, al hombre de la tricota azul cruzar la calle un instante antes de que pasara un rápido automóvil de capota baja que terminó su carrera junto a mí, apagando enseguida su motor, y mientras se desgarraba el humo azulado de la máquina, divisé a la muchacha del cordón de la acera que bostezaba y terminaba por echarse a lo largo en las baldosas, la cabeza sobre un brazo que escondía el pelo, y una pierna encogida. El hombre de la tricota y la gorra se inclinó entonces y acarició la cabeza de la muchacha, comenzó a acariciarla y la mano iba y venía, se enredaba en el pelo, estiraba la palma por la frente, apretaba la cinta clara del peinado, volvía a repetir sus caricias.

Bajé del banco, suspirando, más tranquilo, y avancé en puntas de pie por el escenario. El hombre del automóvil me siguió, sonriendo intimidado y la muchacha flaca que se había traído Blanes volvió a salir de su zaguán para unirse a nosotros. Me hizo una pregunta, una pregunta corta, una sola palabra sobre aquello y yo contesté sin dejar de mirar a Blanes y a la mujer echada; la mano de Blanes, que seguía acariciando la frente y la cabellera desparramada de la mujer, sin cansarse, sin darse cuenta de que la escena había concluido y que aquella última cosa, la caricia en el pelo de la mujer, no podía continuar siempre. Con el cuerpo inclinado, Blanes acariciaba la cabeza de la mujer, alargaba el brazo para recorrer con los dedos la extensión de la cabellera gris desde la frente hasta los bordes que se abrían sobre el hombro y la espalda de la mujer acostada en el piso. El hombre del automóvil seguía sonriendo, tosió y escupió a un lado. La muchacha que había dado el jarro de cerveza a Blanes, empezó a caminar hacia el sitio donde estaba la mujer y el hombre inclinado, acariciándola. Entonces me di vuelta y le dije al dueño del automóvil que podía ir sacándolo, así nos íbamos temprano y caminé junto a él, metiendo la mano en el bolsillo para darle unos pesos. Algo extraño estaba sucediendo a mi derecha, donde estaban los otros, y cuando quise pensar en eso tropecé con Blanes que se había quitado la gorra y tenía un desagradable olor a bebida y me dio una trompada en las costillas gritando:

—No se da cuenta de que está muerta, pedazo de bestia.

Me quedé solo, encogido por el golpe, y mientras Blanes iba y venía por el escenario, borracho, como enloquecido, y la muchacha del jarro de cerveza y el hombre del automóvil se doblaban sobre la mujer muerta, comprendí qué era aquello, qué era lo que buscaba la mujer, lo que había estado buscando Blanes borracho la noche anterior en el escenario y parecía buscar todavía, yendo y viniendo con sus prisas de loco: lo comprendí todo claramente como si fuera una de esas cosas que se aprenden para siempre desde niño y no sirven después las palabras para explicar.

En *Cuentos completos*,
Madrid, Alfaguara, 1998.

Edgar Allan Poe

«¿Qué decir de ella? ¿Qué decir de la torva CONCIENCIA,
de ese espectro en mi camino?»
CHAMBERLAYNE, *Pharronida*

Permítanme que, por el momento, me llame a mí mismo William Wilson. Esta blanca página no debe ser manchada con mi verdadero nombre. Demasiado ha sido ya objeto del escarnio, del horror, del odio de mi estirpe. Los vientos, indignados, ¿no han esparcido en las regiones más lejanas del globo su incomparable infamia? ¡Oh proscrito, oh tú, el más abandonado de los proscritos! ¿No estás muerto para la tierra? ¿No estás muerto para sus honras, sus flores, sus doradas ambiciones? Entre tus esperanzas y el cielo, ¿no aparece suspendida para siempre una densa, lúgubre, ilimitada nube?

No quisiera, aunque me fuese posible, registrar hoy la crónica de estos últimos años de inexpresable desdicha e imperdonable crimen. Esa época —estos años recientes— ha llegado bruscamente al colmo de la depravación, pero ahora sólo me interesa señalar el origen de esta última. Por lo regular, los hombres van cayendo gradualmente en la bajeza. En mi caso, la virtud se desprendió bruscamente de mí como si fuera un manto. De una perversidad relativamente trivial, pasé con pasos de gigante a enormidades más grandes que las de un Heliogábalo. Permítanme que les relate la ocasión, el acontecimiento que hizo posible esto. La muerte se acerca, y la sombra que la precede proyecta un influjo calmante sobre mi espíritu. Mientras atravieso el oscuro valle, anhelo la simpatía —casi iba a escribir la piedad— de mis semejantes. Me gustaría que creyeran que, en cierta medida, fui esclavo de circunstancias que excedían el dominio humano. Me gustaría que buscaran a favor mío, en los detalles que voy a dar, un pequeño oasis de *fatalidad* en ese desierto del error. Me gustaría que reconocieran —como no han de dejar de hacerlo— que si alguna vez existieron tentaciones parecidas, jamás un hombre fue tentado así, y jamás cayó así. ¿Será por eso que nunca ha sufrido en esta forma? Verdaderamente, ¿no habré vivido en un sueño? ¿No muero víctima del horror y el misterio de la más extraña de las visiones sublunares?

Desciendo de una raza cuyo temperamento imaginativo y fácilmente excitable la destacó en todo tiempo; desde la más tierna infancia di pruebas de haber heredado plenamente el carácter de la familia. A medida que avanzaba en años, esa modalidad se desarrolló aún más, llegando a ser por muchas razones causa de grave ansiedad para mis amigos y de perjuicios para mí. Crecí gobernándome por mi cuenta, entregado a los caprichos más extravagantes y víctima de las pasiones más incontrolables. Débiles, asaltados por defectos constitucionales análogos a los míos, poco pudieron hacer mis padres para contener las malas tendencias que me distinguían. Algunos menguados esfuerzos de su parte, mal dirigidos, terminaron en rotundos fracasos y, naturalmente, fueron triunfos para mí. Desde entonces mi voz fue ley en nuestra casa; a una edad en la que pocos niños han abandonado los andadores, quedé dueño de mi voluntad y me convertí de hecho en el amo de todas mis acciones.

Mis primeros recuerdos de la vida escolar se remontan a una vasta casa isabelina llena de

recovecos, en un neblinoso pueblo de Inglaterra, donde se alzaban innumerables árboles gigantescos y nudosos, y donde todas las casas eran antiquísimas. Aquel venerable pueblo era como un lugar de ensueño, propio para la paz del espíritu. Ahora mismo, en mi fantasía, siento la refrescante atmósfera de sus avenidas en sombra, aspiro la fragancia de sus mil arbustos, y me estremezco nuevamente, con indefinible delicia, al oír la profunda y hueca voz de la campana de la iglesia quebrando hora tras hora con su hosco y repentino tañido el silencio de la fusca atmósfera, en la que el calado campanario gótico se sumía y reposaba.

Demorarme en los menudos recuerdos de la escuela y sus episodios me proporciona quizá el mayor placer que me es dado alcanzar en estos días. Anegado como estoy por la desgracia —¡ay, demasiado real!—, se me perdonará que busque alivio, aunque sea tan leve como efímero, en la complacencia de unos pocos detalles divagantes. Triviales y hasta ridículos, esos detalles asumen en mi imaginación una relativa importancia, pues se vinculan a un período y a un lugar en los cuales reconozco la presencia de los primeros ambiguos avisos del destino que más tarde habría de envolverme en sus sombras. Déjenme, entonces, recordar.

Como he dicho, la casa era antigua y de trazado irregular. Alzábase en un vasto terreno, y un elevado y sólido muro de ladrillos, coronado por una capa de mortero y vidrios rotos, circundaba la propiedad. Esta muralla, semejante a la de una prisión, constituía el límite de nuestro dominio; más allá de él nuestras miradas sólo pasaban tres veces por semana: la primera, los sábados por la tarde, cuando se nos permitía realizar breves paseos en grupo, acompañados por dos preceptores, a través de los campos vecinos; y las otras dos los domingos, cuando concurríamos en la misma forma a los oficios matinales y vespertinos de la única iglesia del pueblo. El director de la escuela era también el pastor. ¡Con qué asombro y perplejidad lo contemplaba yo desde nuestros alejados bancos, cuando ascendía al púlpito con lento y solemne paso! Este hombre reverente, de rostro sereno y benigno, de vestiduras satinadas que ondulaban clericalmente, de peluca cuidadosamente empolvada, tan rígida y enorme... ¿podía ser el mismo que, poco antes, agrio el rostro, manchadas de rapé las ropas, administraba férula en mano las draconianas leyes de la escuela? ¡Oh inmensa paradoja, demasiado monstruosa para tener solución!

En un ángulo de la espesa pared rechinaba una puerta aún más espesa. Estaba remachada y asegurada con pasadores de hierro, y coronada de picas de hierro. ¡Qué sensaciones de profundo temor inspiraba! Jamás se abría, salvo para las tres salidas y retornos mencionados; por eso, en cada crujido de sus fortísimos goznes, encontrábamos la plenitud del misterio... un mundo de cosas para hacer solemnes observaciones, o para meditar profundamente.

El dilatado muro tenía una forma irregular, con muchos espaciosos recesos. Tres o cuatro de los más grandes constituían el campo de juegos. Su piso estaba nivelado y cubierto de fina grava. Me acuerdo de que no tenía árboles, ni bancos, ni nada parecido. Quedaba, claro está, en la parte posterior de la casa. En el frente había un pequeño cantero, donde crecían el boj y otros arbustos; pero a través de esta sagrada división sólo pasábamos en raras ocasiones, tales como el día del ingreso a la escuela o el de la partida, o quizá cuando nuestros padres o un amigo venían a buscarnos y partíamos alegremente a casa para pasar las vacaciones de Navidad o de verano.

¡Aquella casa! ¡Qué extraño era aquel viejo edificio! ¡Y para mí, qué palacio de encantamiento! Sus vueltas y revueltas no tenían fin, ni tampoco sus incomprensibles subdivisiones. En un momento dado era difícil saber con certeza en cuál de los dos pisos se estaba. Entre un cuarto y otro había siempre tres o cuatro escalones que subían o bajaban. Las alas laterales, además, eran innumerables

—inconcebibles—, y volvían sobre sí mismas de tal manera que nuestras ideas más precisas con respecto a aquella casa no diferían mucho de las que abrigábamos sobre el infinito. Durante mis cinco años de residencia, jamás pude establecer con precisión en qué remoto lugar hallábanse situados los pequeños dormitorios que correspondían a los dieciocho o veinte colegiales que seguíamos los cursos.

El aula era la habitación más grande de la casa y —no puedo dejar de pensarlo— del mundo entero. Era muy larga, angosta y lúgubremente baja, con ventanas de arco gótico y techo de roble. En un ángulo remoto, que nos inspiraba espanto, había una división cuadrada de unos ocho o diez pies, donde se hallaba el *sanctum* destinado a las oraciones de nuestro director, el reverendo doctor Bransby. Era una sólida estructura, de maciza puerta; antes de abrirla en ausencia del «dómine» hubiéramos preferido perecer voluntariamente por *la peine forte et dure*. En otros ángulos había dos recintos similares, mucho menos reverenciados por cierto, pero que no dejaban de inspirarnos temor. Uno de ellos contenía la cátedra del preceptor «clásico», y el otro la correspondiente a «inglés y matemáticas». Dispersos en el salón, cruzándose y recruzándose en interminable irregularidad, veíanse innumerables bancos y pupitres, negros y viejos, carcomidos por el tiempo, cubiertos de libros harto hojeados, y tan llenos de cicatrices de iniciales, nombres completos, figuras grotescas y otros múltiples esfuerzos del cortaplumas, que habían llegado a perder lo poco que podía quedarles de su forma original en lejanos días. Un gran balde de agua aparecía en un extremo del salón, y en el otro había un reloj de formidables dimensiones.

Encerrado por las macizas paredes de tan venerable academia, pasé sin tedio ni disgusto los años del tercer lustro de mi vida. El fecundo cerebro de un niño no necesita de los sucesos del mundo exterior para ocuparlo o divertirlo; y la monotonía aparentemente lúgubre de la escuela estaba llena de excitaciones más intensas que las que mi juventud extrajo de la lujuria, o mi virilidad del crimen. Sin embargo debo creer que el comienzo de mi desarrollo mental salió ya de lo común y tuvo incluso mucho de exagerado. En general, los hombres de edad madura no guardan un recuerdo definido de los acontecimientos de la infancia. Todo es como una sombra gris, una remembranza débil e irregular, una evocación indistinta de pequeños placeres y fantasmagóricos dolores. Pero en mi caso no ocurre así. En la infancia debo de haber sentido con todas las energías de un hombre lo que ahora hallo estampado en mi memoria con imágenes tan vividas, tan profundas y tan duraderas como los exergos de las medallas cartaginesas.

Y sin embargo, desde un punto de vista mundano, ¡qué poco había allí para recordar! Despertarse por la mañana, volver a la cama por la noche; los estudios, las recitaciones, las vacaciones periódicas, los paseos; el campo de juegos, con sus querellas, sus pasatiempos, sus intrigas... Todo eso, por obra de un hechizo mental totalmente olvidado más tarde, llegaba a contener un mundo de sensaciones, de apasionantes incidentes, un universo de variada emoción, lleno de las más apasionadas e incitantes excitaciones. *Oh, le bon temps, que ce siècle de fer!*

El ardor, el entusiasmo y lo imperioso de mi naturaleza no tardaron en destacarme entre mis condiscípulos, y por una suave pero natural gradación fui ganando ascendencia sobre todos los que no me superaban demasiado en edad; sobre todos..., con una sola excepción. Se trataba de un alumno que, sin ser pariente mío, tenía mi mismo nombre y apellido; circunstancia poco notable; ya que, a pesar de mi ascendencia noble, mi apellido era uno de esos que, desde tiempos inmemoriales, parecen ser propiedad común de la multitud. En este relato me he designado a mí mismo como William Wilson —nombre ficticio, pero no muy distinto del verdadero—. Sólo mi tocayo, entre los

que formaban, según la fraseología escolar, «nuestro grupo», osaba competir conmigo en los estudios, en los deportes y querellas del recreo, rehusando creer ciegamente mis afirmaciones y someterse a mi voluntad; en una palabra, pretendía oponerse a mi arbitrario dominio en todos los sentidos. Y si existe en la tierra un supremo e ilimitado despotismo, ése es el que ejerce un muchacho extraordinario sobre los espíritus de sus compañeros menos dotados.

La rebelión de Wilson constituía para mí una fuente de continuo embarazo; máxime cuando, a pesar de las bravatas que lanzaba en público acerca de él y de sus pretensiones, sentía que en el fondo le tenía miedo, y no podía dejar de pensar en la igualdad que tan fácilmente mantenía con respecto a mí, y que era prueba de su verdadera superioridad, ya que no ser superado me costaba una lucha perpetua. Empero, esta superioridad —incluso esta igualdad— sólo yo la reconocía; nuestros camaradas, por una inexplicable ceguera, no parecían sospecharla siquiera. La verdad es que su competencia, su oposición y, sobre todo, su impertinente y obstinada interferencia en mis propósitos eran tan hirientes como poco visibles. Wilson parecía tan exento de la ambición que espolea como de la apasionada energía que me permitía brillar. Se hubiera dicho que en su rivalidad había sólo el caprichoso deseo de contradecirme, asombrarme y mortificarme; aunque a veces yo no dejaba de observar —con una mezcla de asombro, humillación y resentimiento— que mi rival mezclaba en sus ofensas, sus insultos o sus oposiciones cierta inapropiada e intempestiva *afectuosidad*. Sólo alcanzaba a explicarme semejante conducta como el producto de una consumada suficiencia, que adoptaba el tono vulgar del patronazgo y la protección.

Quizá fuera este último rasgo en la conducta de Wilson, conjuntamente con la identidad de nuestros nombres y la mera coincidencia de haber ingresado en la escuela el mismo día, lo que dio origen a la convicción de que éramos hermanos, cosa que creían todos los alumnos de las clases superiores. Estos últimos no suelen informarse en detalle de las cuestiones concernientes a los alumnos menores. Ya he dicho, o debí decir, que Wilson no estaba emparentado ni en el grado más remoto con mi familia. Pero la verdad es que, *de haber sido* hermanos, hubiésemos sido gemelos, ya que después de salir de la academia del doctor Bransby supe por casualidad que mi tocayo había nacido el 19 de enero de 1813, y la coincidencia es bien notable, pues se trata precisamente del día de mi nacimiento.

Podrá parecer extraño que, a pesar de la continua inquietud que me ocasionaba la rivalidad de Wilson, y su intolerable espíritu de contradicción, me resultara imposible odiarlo. Es cierto que casi diariamente teníamos una querella, al fin de la cual, mientras me cedía públicamente la palma de la victoria, Wilson se las arreglaba de alguna manera para darme a entender que era él quien la había merecido; pero, no obstante eso, mi orgullo y una gran dignidad de su parte nos mantenía en lo que se da en llamar «buenas relaciones», a la vez que diversas coincidencias en nuestros caracteres actuaban para despertar en mí un sentimiento que quizá sólo nuestra posición impedía convertir en amistad. Me es muy difícil definir, e incluso describir, mis verdaderos sentimientos hacia Wilson. Constituían una mezcla heterogénea y abigarrada: algo de petulante animosidad que no llegaba al odio, algo de estima, aun más de respeto, mucho miedo y un mundo de inquieta curiosidad. Casi resulta superfluo agregar, para el moralista, que Wilson y yo éramos compañeros inseparables.

No hay duda de que lo anómalo de esta relación encaminaba todos mis ataques (que eran muchos, francos o encubiertos) por las vías de la burla o de la broma pesada —que lastiman bajo la apariencia de una diversión— en vez de convertirlos en franca y abierta hostilidad. Pero mis esfuerzos en ese sentido no siempre resultaban fructuosos, por más hábilmente que maquinara mis planes, ya que mi

tocayo tenía en su carácter mucho de esa modesta y tranquila austeridad que, mientras goza de lo afilado de sus propias bromas, no ofrece ningún talón de Aquiles y rechaza toda tentativa de que alguien ría a costa suya. Sólo pude encontrarle un punto vulnerable que, proveniente de una peculiaridad de su persona y originado acaso en una enfermedad constitucional, hubiera sido relegado por cualquier otro antagonista menos exasperado que yo. Mi rival tenía un defecto en los órganos vocales que le impedía alzar la voz más allá *de un susurro apenas perceptible*. Y yo no dejaba de aprovechar las míseras ventajas que aquel defecto me acordaba.

Las represalias de Wilson eran muy variadas, pero una de las formas de su malicia me perturbaba más allá de lo natural. Jamás podré saber cómo su sagacidad llegó a descubrir que una cosa tan insignificante me ofendía; el hecho es que, una vez descubierta, no dejó de insistir en ella. Siempre había yo experimentado aversión hacia mi poco elegante apellido y mi nombre tan común, que era casi plebeyo. Aquellos nombres eran veneno en mi oído, y cuando, el día de mi llegada, un segundo William Wilson ingresó en la academia, lo detesté por llevar ese nombre, y me sentí doblemente disgustado por el hecho de ostentarlo un desconocido que sería causa de una constante repetición, que estaría todo el tiempo en mi presencia y cuyas actividades en la vida ordinaria de la escuela serían con frecuencia confundidas con las mías, por culpa de aquella odiosa coincidencia.

Este sentimiento de ultraje así engendrado se fue acentuando con cada circunstancia que revelaba una semejanza, moral o física, entre mi rival y yo. En aquel tiempo no había descubierto el curioso hecho de que éramos de la misma edad, pero comprobé que teníamos la misma estatura, y que incluso nos parecíamos mucho en las facciones y el aspecto físico. También me amargaba que los alumnos de los cursos superiores estuvieran convencidos de que existía un parentesco entre ambos. En una palabra, nada podía perturbarme más (aunque lo disimulaba cuidadosamente) que cualquier alusión a una semejanza intelectual, personal o familiar entre Wilson y yo. Por cierto, nada me permitía suponer (salvo en lo referente a un parentesco) que estas similitudes fueran comentadas o tan sólo observadas por nuestros condiscípulos. Que él las observaba en todos sus aspectos, y con tanta claridad como yo, me resultaba evidente; pero sólo a su extraordinaria penetración cabía atribuir el descubrimiento de que esas circunstancias le brindaran un campo tan vasto de ataque.

Su réplica, que consistía en perfeccionar una imitación de mi persona, se cumplía tanto en palabras como en acciones, y Wilson desempeñaba admirablemente su papel. Copiar mi modo de vestir no le era difícil; mis actitudes y mi modo de moverme pasaron a ser suyos sin esfuerzo, y a pesar de su defecto constitucional, ni siquiera mi voz escapó a su imitación. Nunca trataba, claro está, de imitar mis acentos más fuertes, pero la tonalidad general de mi voz se repetía exactamente en la suya, *y su extraño susurro llegó a convertirse en el eco mismo de la mía*.

No me aventuraré a describir hasta qué punto este minucioso retrato (pues no cabía considerarlo una caricatura) llegó a exasperarme. Me quedaba el consuelo de ser el único que reparaba en esa imitación y no tener que soportar más que las sonrisas de complicidad y de misterioso sarcasmo de mi tocayo. Satisfecho de haber provocado en mí el penoso efecto que buscaba, parecía divertirse en secreto del agujón que me había clavado, desdeñando sistemáticamente el aplauso general que sus astutas maniobras hubieran obtenido fácilmente. Durante muchos meses constituyó un enigma indescifrable para mí el que mis compañeros no advirtieran sus intenciones, comprobaran su cumplimiento y participaran de su mofa. Quizá la *gradación* de su copia no la hizo tan perceptible; o quizá debía mi seguridad a la maestría de aquel copista que, desdeñando lo literal (que es todo lo que los pobres de entendimiento ven en una pintura), sólo ofrecía el espíritu del original para que yo

pudiera contemplarlo y atormentarme.

He aludido más de una vez al desagradable aire protector que asumía Wilson conmigo, y de sus frecuentes interferencias en los caminos de mi voluntad. Esta interferencia solía adoptar la desagradable forma de un consejo, antes insinuado que ofrecido abiertamente. Yo lo recibía con una repugnancia que los años fueron acentuando. Y, sin embargo, en este día ya tan lejano de aquéllos, séame dado declarar con toda justicia que no recuerdo ocasión alguna en que las sugerencias de mi rival me incitaran a los errores tan frecuentes en esa edad inexperta e inmadura; por lo menos su sentido moral, si no su talento y su sensatez, era mucho más agudo que el mío; y yo habría llegado a ser un hombre mejor y más feliz si hubiera rechazado con menos frecuencia aquellos consejos encerrados en susurros, y que en aquel entonces odiaba y despreciaba amargamente.

Así las cosas, acabé por impacientarme al máximo frente a esa desagradable vigilancia, y lo que consideraba intolerable arrogancia de su parte me fue ofendiendo más y más. He dicho ya que en los primeros años de nuestra vinculación de condiscípulos mis sentimientos hacia Wilson podrían haber derivado fácilmente a la amistad, pero en los últimos meses de mi residencia en la academia, si bien la impertinencia de su comportamiento había disminuido mucho, mis sentimientos se inclinaron, en proporción análoga, al más profundo odio. En cierta ocasión creo que Wilson lo advirtió, y desde entonces me evitó o fingió evitarme.

En esa misma época, si recuerdo bien, tuvimos un violento altercado, durante el cual Wilson perdió la calma en mayor medida que otras veces, actuando y hablando con una franqueza bastante insólita en su carácter. Descubrí en ese momento (o me pareció descubrir) en su acento, en su aire y en su apariencia general algo que empezó por sorprenderme, para llegar a interesarme luego profundamente, ya que traía a mi recuerdo borrosas visiones de la primera infancia; vehementes, confusos y tumultuosos recuerdos de un tiempo en el que la memoria aún no había nacido. Sólo puedo describir la sensación que me oprimía diciendo que me costó rechazar la certidumbre de que había estado vinculado con aquel ser en una época muy lejana, en un momento de un pasado infinitamente remoto. La ilusión, sin embargo, desvaneciose con la misma rapidez con que había surgido, y si la menciono es para precisar el día en que hablé por última vez en el colegio con mi extraño tocayo.

La enorme y vieja casa, con sus incontables subdivisiones, tenía varias grandes habitaciones contiguas, donde dormía la mayor parte de los estudiantes. Como era natural en un edificio tan torpemente concebido, había además cantidad de recintos menores que constituían las sobras de la estructura y que el ingenio económico del doctor Bransby había habilitado como dormitorios, aunque dado su tamaño sólo podían contener a un ocupante. Wilson poseía uno de esos pequeños cuartos.

Una noche, hacia el final de mi quinto año de estudios en la escuela, e inmediatamente después del altercado a que he aludido, me levanté cuando todos se hubieron dormido y, tomando una lámpara, me aventuré por infinitos pasadizos angostos en dirección al dormitorio de mi rival. Durante largo tiempo había estado planeando una de esas perversas bromas pesadas con las cuales fracasara hasta entonces. Me sentía dispuesto a llevarla de inmediato a la práctica, para que mi rival pudiera darse buena cuenta de toda mi malicia. Cuando llegué ante su dormitorio, dejé la lámpara en el suelo, cubriéndola con una pantalla, y entré silenciosamente. Luego de avanzar unos pasos, oí su sereno respirar. Seguro de que estaba durmiendo, volví a tomar la lámpara y me aproximé al lecho. Estaba éste rodeado de espesas cortinas, que en cumplimiento de mi plan aparté lenta y silenciosamente,

hasta que los brillantes rayos cayeron sobre el durmiente, mientras mis ojos se fijaban en el mismo instante en su rostro, Lo miré, y sentí que mi cuerpo se helaba, que un embotamiento me envolvía. Palpitaba mi corazón, temblábanme las rodillas, mientras mi espíritu se sentía presa de un horror sin sentido pero intolerable. Jadeando, bajé la lámpara hasta aproximarla aún más a aquella cara. ¿Eran ésos... ésos, los rasgos de William Wilson? Bien veía que eran los suyos, pero me estremecía como víctima de la calentura al imaginar que no lo eran. Pero, entonces, ¿qué había en ellos para confundirme de esa manera? Lo miré, mientras mi cerebro giraba en multitud de incoherentes pensamientos. No era ése su aspecto... no, *así* no era él en las activas horas de vigilia. ¡El mismo nombre! ¡La misma figura! ¡El mismo día de ingreso a la academia! ¡Y su obstinada e incomprensible imitación de mi actitud, de mi voz, de mis costumbres, de mi aspecto! ¿Entraba verdaderamente dentro de los límites de la posibilidad humana *que esto que ahora veía* fuese meramente el resultado de su continua imitación sarcástica? Espantado y temblando cada vez más, apagué la lámpara, salí en silencio del dormitorio y escapé sin perder un momento de la vieja academia, a la que no habría de volver jamás.

Luego de un lapso de algunos meses que pasé en casa sumido en una total holgazanería, entré en el colegio de Eton. El breve intervalo había bastado para apagar mi recuerdo de los acontecimientos en la escuela del doctor Bransby, o por lo menos para cambiar la naturaleza de los sentimientos que aquellos sucesos me inspiraban. La verdad y la tragedia de aquel drama no existían ya. Ahora me era posible dudar del testimonio de mis sentidos; cada vez que recordaba el episodio me asombraba de los extremos a que puede llegar la credulidad humana, y sonreía al pensar en la extraordinaria imaginación que hereditariamente poseía. Este escepticismo estaba lejos de disminuir con el género de vida que empecé a llevar en Eton. El vórtice de irreflexiva locura en que inmediata y temerariamente me sumergí barrió con todo y no dejó más que la espuma de mis pasadas horas, devorando las impresiones sólidas o serias y dejando en el recuerdo tan sólo las trivialidades de mi existencia anterior.

No quiero, sin embargo, trazar aquí el derrotero de mi miserable libertinaje, que desafiaba las leyes y eludía la vigilancia del colegio. Tres años de locura se sucedieron sin ningún beneficio, arraigando en mí los vicios y aumentando, de un modo insólito, mi desarrollo corporal. Un día, después de una semana de estúpida disipación, invité a algunos de los estudiantes más disolutos a una orgía secreta en mis habitaciones. Nos reunimos estando ya la noche avanzada, pues nuestro libertinaje habría de prolongarse hasta la mañana. Corría libremente el vino y no faltaban otras seducciones todavía más peligrosas, al punto que la gris alborada apuntaba ya en el oriente cuando nuestras deliberantes extravagancias llegaban a su ápice. Excitado hasta la locura por las cartas y la embriaguez me disponía a proponer un brindis especialmente blasfematorio, cuando la puerta de mi aposento se entreabrió con violencia, a tiempo que resonaba ansiosamente la voz de uno de los criados. Insistía en que una persona me reclamaba con toda urgencia en el vestíbulo.

Profundamente excitado por el vino, la inesperada interrupción me alegró en vez de sorprenderme. Salí tambaleándome y en pocos pasos llegué al vestíbulo. No había luz en aquel estrecho lugar, y sólo la pálida claridad del alba alcanzaba a abrirse paso por la ventana semicircular. Al poner el pie en el umbral distinguí la figura de un joven de mi edad, vestido con una bata de casimir blanco, cortada conforme a la nueva moda e igual a la que llevaba yo puesta. La débil luz me permitió distinguir todo eso, pero no las facciones del visitante. Al verme, vino precipitadamente a mi encuentro y, tomándome del brazo con un gesto de petulante impaciencia, murmuró en mi oído

estas palabras:

—¡William Wilson!

Mi embriaguez se disipó instantáneamente.

Había algo en los modales del desconocido y en el temblor nervioso de su dedo levantado, suspenso entre la luz y mis ojos, que me colmó de indescriptible asombro; pero no fue esto lo que me conmovió con más violencia, sino la solemne admonición que contenían aquellas sibilantes palabras dichas en voz baja, y, por sobre todo, el carácter, el sonido, el *tono* de esas pocas, sencillas y familiares sílabas que había *susurrado*, y que me llegaban con mil turbulentos recuerdos de días pasados, golpeando mi alma con el choque de una batería galvánica. Antes de que pudiera recobrar el uso de mis sentidos, el visitante había desaparecido.

Aunque este episodio no dejó de afectar vivamente mi desordenada imaginación, bien pronto se disipó su efecto. Durante algunas semanas me ocupé en hacer toda clase de averiguaciones, o me envolví en una nube de morbosas conjeturas. No intenté negarme a mí mismo la identidad del singular personaje que se inmiscuía de tal manera en mis asuntos o me exacerbaba con sus insinuados consejos. ¿Quién era, qué era ese Wilson? ¿De dónde venía? ¿Qué propósitos abrigaba? Me fue imposible hallar respuesta a estas preguntas; sólo alcancé a averiguar que un súbito accidente acontecido en su familia lo había llevado a marcharse de la academia del doctor Bransby la misma tarde del día en que emprendí la fuga. Pero bastó poco tiempo para que dejara de pensar en todo esto, ya que mi atención estaba completamente absorbida por los proyectos de mi ingreso en Oxford. No tardé en trasladarme allá, y la irreflexiva vanidad de mis padres me proporcionó una pensión anual que me permitiría abandonarme al lujo que tanto ansiaba mi corazón y rivalizar en despilfarro con los más altivos herederos de los más ricos condados de Gran Bretaña.

Estimulado por estas posibilidades de fomentar mis vicios, mi temperamento se manifestó con redoblado ardor, y mancillé las más elementales reglas de decencia con la loca embriaguez de mis licencias. Sería absurdo detenerme en el detalle de mis extravagancias. Baste decir que excedí todos los límites y que, dando nombre a multitud de nuevas locuras, agregué un copioso apéndice al largo catálogo de vicios usuales en aquella Universidad, la más disoluta de Europa.

Apenas podrá creerse, sin embargo, que por más que hubiera mancillado mi condición de gentilhombre, habría de llegar a familiarizarme con las innobles artes del jugador profesional, y que, convertido en adepto de tan despreciable ciencia, la practicaría como un medio para aumentar todavía más mis enormes rentas a expensas de mis camaradas de carácter más débil. No obstante, ésa es la verdad. Lo monstruoso de esta transgresión de todos los sentimientos caballerescos y honorables resultaba la principal, ya que no la única razón de la impunidad con que podía practicarla. ¿Quién, entre mis más depravados camaradas, no hubiera dudado del testimonio de sus sentidos antes de sospechar culpable de semejantes actos al alegre, al franco, al generoso William Wilson, el más noble y liberal compañero de Oxford, cuyas locuras, al decir de sus parásitos, no eran más que locuras de la juventud y la fantasía, cuyos errores sólo eran caprichos inimitables, cuyos vicios más negros no pasaban de ligeras y atrevidas extravagancias?

Llevaba ya dos años entregado con todo éxito a estas actividades cuando llegó a la Universidad un joven noble, un *parvenu* llamado Glendinning, a quien los rumores daban por más rico que Herodes Atico, sin que sus riquezas le hubieran costado más que a éste. Pronto me di cuenta de que era un simple, y, naturalmente, lo consideré sujeto adecuado para ejercer sobre él mis habilidades. Logré hacerlo jugar conmigo varias veces y, procediendo como todos los tahúres, le permití ganar

considerables sumas a fin de envolverlo más efectivamente en mis redes. Por fin, maduros mis planes, me encontré con él (decidido a que esta partida fuera decisiva) en las habitaciones de un camarada llamado Preston, que nos conocía íntimamente a ambos, aunque no abrigaba la más remota sospecha de mis intenciones. Para dar a todo esto un mejor color, me había arreglado para que fuéramos ocho o diez invitados, y me ingenié cuidadosamente a fin de que la invitación a jugar surgiera como por casualidad y que la misma víctima la propusiera. Para abreviar tema tan vil, no omití ninguna de las bajas finezas propias de estos lances, que se repiten de tal manera en todas las ocasiones similares que cabe maravillarse de que todavía existan personas tan tontas como para caer en la trampa.

Era ya muy entrada la noche cuando efectué por fin la maniobra que me dejó frente a Glendinning como único antagonista. El juego era mi favorito, el *écarté*. Interesados por el desarrollo de la partida, los invitados habían abandonado las cartas y se congregaban a nuestro alrededor. El *parvenu*, a quien había inducido con anterioridad a beber abundantemente, cortaba las cartas, barajaba o jugaba con una nerviosidad que su embriaguez sólo podía explicar en parte. Muy pronto se convirtió en deudor de una importante suma, y entonces, luego de beber un gran trago de oporto, hizo lo que yo esperaba fríamente: me propuso doblar las apuestas, que eran ya extravagantemente elevadas. Fingí resistirme, y sólo después que mis reiteradas negativas hubieron provocado en él algunas réplicas coléricas, que dieron a mi aquiescencia un carácter destemplado, acepté la propuesta. Como es natural, el resultado demostró hasta qué punto la presa había caído en mis redes; en menos de una hora su deuda se había cuadruplicado.

Desde hacía un momento, el rostro de Glendinning perdía la rubicundez que el vino le había prestado y me asombró advertir que se cubría de una palidez casi mortal. Si digo que me asombró se debe a que mis averiguaciones anteriores presentaban a mi adversario como inmensamente rico, y, aunque las sumas perdidas eran muy grandes, no podían preocuparlo seriamente y mucho menos perturbarlo en la forma en que lo estaba viendo. La primera idea que se me ocurrió fue que se trataba de los efectos de la bebida; buscando mantener mi reputación a ojos de los testigos presentes —y no por razones altruistas— me disponía a exigir perentoriamente la suspensión de la partida, cuando algunas frases que escuché a mi alrededor, así como una exclamación desesperada que profirió Glendinning, me dieron a entender que acababa de arruinarlo por completo, en circunstancias que lo llevaban a merecer la piedad de todos, y que deberían haberlo protegido hasta de las tentativas de un demonio.

Difícil es decir ahora cuál hubiera sido mi conducta en ese momento. La lamentable condición de mi adversario creaba una atmósfera de penoso embarazo. Hubo un profundo silencio, durante el cual sentí que me ardían las mejillas bajo las miradas de desprecio o de reproche que me lanzaban los menos perversos. Confieso incluso que, al producirse una súbita y extraordinaria interrupción, mi pecho se alivió por un breve instante de la intolerable ansiedad que lo oprimía. Las grandes y pesadas puertas de la estancia se abrieron de golpe y de par en par, con un ímpetu tan vigoroso y arrollador que bastó para apagar todas las bujías. La muriente luz nos permitió, sin embargo, ver entrar a un desconocido, un hombre de mi talla, completamente embozado en una capa. La oscuridad era ahora total, y solamente podíamos *sentir* que aquel hombre estaba entre nosotros. Antes de que nadie pudiera recobrase del profundo asombro que semejante conducta le había producido, oímos la voz del intruso.

—Señores —dijo, con una voz tan baja como clara, con un inolvidable *susurro* que me

estremeció hasta la médula de los huesos—. Señores, no me excusaré por mi conducta, ya que al obrar así no hago más que cumplir con un deber. Sin duda ignoran ustedes quién es la persona que acaba de ganar una gran suma de dinero a Lord Glendinning. He de proponerles, por tanto, una manera tan expeditiva como concluyente de cerciorarse al respecto: bastará con que examinen el forro de su puño izquierdo y los pequeños paquetes que encontrarán en los bolsillos de su bata bordada.

Mientras hablaba, el silencio era tan profundo que se hubiera oído caer una aguja en el suelo. Dichas esas palabras, partió tan bruscamente como había entrado. ¿Puedo describir... describiré mis sensaciones? ¿Debo decir que sentí todos los horrores del condenado? Poco tiempo me quedó para reflexionar. Varias manos me sujetaron rudamente, mientras se traían nuevas luces. Inmediatamente me registraron. En el forro de mi manga encontraron todas las figuras esenciales en el *écarté* y, en los bolsillos de mi bata, varios mazos de barajas idénticos a los que empleábamos en nuestras partidas, salvo que las mías eran lo que técnicamente se denomina *arrondées*; vale decir que las cartas ganadoras tienen las extremidades ligeramente convexas, mientras las cartas de menor valor son levemente convexas a los lados. En esa forma, el incauto que corta, como es normal, a lo largo del mazo, proporcionará invariablemente una carta ganadora a su antagonista, mientras el tahúr, que cortará también tomando el mazo por sus lados mayores, descubrirá una carta inferior.

Todo estallido de indignación ante semejante descubrimiento me hubiera afectado menos que el silencioso desprecio y la sarcástica compostura con que fue recibido.

—Señor Wilson —dijo nuestro anfitrión, inclinándose para levantar del suelo una lujosa capa de preciosas pieles—, esto es de su pertenencia. (Hacía frío y, al salir de mis habitaciones, me había echado la capa sobre mi bata, retirándola luego al llegar a la sala de juego). Supongo que no vale la pena buscar aquí —agregó, mientras observaba los pliegues del abrigo con amarga sonrisa— otras pruebas de su habilidad. Ya hemos tenido bastantes. Descuento que reconocerá la necesidad de abandonar Oxford, y, de todas las maneras, de salir inmediatamente de mi habitación.

Humillado, envilecido hasta el máximo como lo estaba en ese momento, es probable que hubiera respondido a tan amargo lenguaje con un arrebato de violencia, de no hallarse mi atención completamente concentrada en un hecho por completo extraordinario. La capa que me había puesto para acudir a la reunión era de pieles sumamente raras, a un punto tal que no hablaré de su precio. Su corte, además, nacía de mi invención personal, pues en cuestiones tan frívolas era de un refinamiento absurdo. Por eso, cuando Preston me alcanzó la que acababa de levantar del suelo cerca de la puerta del aposento, vi con asombro lindante en el terror que yo tenía mi propia capa colgada del brazo —donde la había dejado inconscientemente—, y que la que me ofrecía era absolutamente igual en todos y cada uno de sus detalles. El extraño personaje que me había desenmascarado estaba envuelto en una capa al entrar, y aparte de mí ningún otro invitado llevaba capa esa noche. Con lo que me quedaba de presencia de ánimo, tomé la que me ofrecía Preston y la puse sobre la mía sin que nadie se diera cuenta. Salí así de las habitaciones, desafiante el rostro, y a la mañana siguiente, antes del alba, empecé un presuroso viaje al continente, perdido en un abismo de espanto y de vergüenza.

Huía en vano. Mi aciago destino me persiguió, exultante, mostrándome que su misterioso dominio no había hecho más que empezar. Apenas hube llegado a París, tuve nuevas pruebas del odioso interés que Wilson mostraba en mis asuntos. Corrieron los años, sin que pudiera hallar alivio. ¡El miserable...! ¡Con qué inoportuna, con qué espectral solicitud se interpuso en Roma entre mí y mis ambiciones! También en Viena... en Berlín... en Moscú. A decir verdad, ¿dónde no tenía yo

amargas razones para maldecirlo de todo corazón? Huí, al fin, de aquella inescrutable tiranía, aterrado como si se tratara de la peste; huí hasta los confines mismos de la tierra. *Y en vano.*

Una y otra vez, en la más secreta intimidad de mi espíritu, me formulé las preguntas: «¿Quién es? ¿De dónde viene? ¿Qué quiere?». Pero las respuestas no llegaban. Minuciosamente estudié las formas, los métodos, los rasgos dominantes de aquella impertinente vigilancia, pero incluso ahí encontré muy poco para fundar una conjetura cualquiera. Cabía advertir, sin embargo, que en las múltiples instancias en que se había cruzado en mi camino en los últimos tiempos, sólo lo había hecho para frustrar planes o malograr actos que, de cumplirse, hubieran culminado en una gran maldad. ¡Pobre justificación, sin embargo, para una autoridad asumida tan imperiosamente! ¡Pobre compensación para los derechos de un libre albedrío tan insultantemente estorbado!

Me había visto obligado a notar asimismo que, en ese largo período (durante el cual continuó con su capricho de mostrarse vestido exactamente como yo, lográndolo con milagrosa habilidad), mi atormentador consiguió que no pudiera ver jamás su rostro las muchas veces que se interpuso en el camino de mi voluntad. Cualquiera que fuese Wilson, *esto*, por lo menos, era el colmo de la afectación y la insensatez. ¿Cómo podía haber supuesto por un instante que en mi amonestador de Eton, en el desenmascarador de Oxford, en aquél que malogró mi ambición en Roma, mi venganza en París, mi apasionado amor en Nápoles, o lo que falsamente llamaba mi avaricia en Egipto, que en él, mi archienemigo y genio maligno, dejaría yo de reconocer al William Wilson de mis días escolares, al tocayo, al compañero, al rival, al odiado y temido rival de la escuela del doctor Bransby? ¡Imposible! Pero apresurémonos a llegar a la última escena del drama.

Hasta aquel momento yo me había sometido por completo a su imperiosa dominación. El sentimiento de reverencia con que habitualmente contemplaba el elevado carácter, el majestuoso saber y la ubicuidad y omnipotencia aparentes de Wilson, sumado al terror que ciertos rasgos de su naturaleza y su arrogancia me inspiraban, habían llegado a convencerme de mi total debilidad y desamparo, sugiriéndome una implícita, aunque amargamente resistida sumisión a su arbitraria voluntad. Pero en los últimos tiempos acabé entregándome por completo a la bebida, y su terrible influencia sobre mi temperamento hereditario me hizo impacientarme más y más frente a aquella vigilancia. Empecé a murmurar, a vacilar, a resistir. ¿Y era sólo la imaginación la que me inducía a creer que a medida que mi firmeza aumentaba, la de mi atormentador sufría una disminución proporcional? Sea como fuere, una ardiente esperanza empezó a aguijonearme y fomentó en mis más secretos pensamientos la firme y desesperada resolución de no tolerar por más tiempo aquella esclavitud.

Era en Roma, durante el carnaval del 18..., en un baile de máscaras que ofrecía en su *palazzo* el duque napolitano Di Broglio. Me había dejado arrastrar más que de costumbre por los excesos de la bebida, y la sofocante atmósfera de los atestados salones me irritaba sobremanera. Luchaba además por abrirme paso entre los invitados, cada vez más malhumorado, pues deseaba ansiosamente encontrar (no diré por qué indigna razón) a la alegre y bellísima esposa del anciano y caduco Di Broglio. Con una confianza por completo desprovista de escrúpulos, me había hecho saber ella cuál sería su disfraz de aquella noche y, al percibirla a la distancia, me esforzaba por llegar a su lado. Pero en ese momento sentí que una mano se posaba ligeramente en mi hombro, y otra vez escuché al oído aquel profundo, inolvidable, maldito *susurro*.

Arrebatado por un incontenible frenesí de rabia, me volví violentamente hacia el que acababa de interrumpirme y lo aferré por el cuello. Tal como lo había imaginado, su disfraz era exactamente

igual al mío: capa española de terciopelo azul y cinturón rojo, del cual pendía una espada. Una máscara de seda negra ocultaba por completo su rostro.

—¡Miserable! —grité con voz enronquecida por la rabia, mientras cada sílaba que pronunciaba parecía atizar mi furia—. ¡Miserable impostor! ¡Maldito villano! ¡No me perseguirás... no, no me perseguirás hasta la muerte! ¡Sígueme, o te atravieso de lado a lado aquí mismo!

Y me lancé fuera de la sala de baile, en dirección a una pequeña antecámara contigua, arrastrándolo conmigo.

Cuando estuvimos allí, lo rechazé con violencia. Trastabilló, mientras yo cerraba la puerta con un juramento y le ordenaba ponerse en guardia. Vaciló apenas un instante; luego, con un ligero suspiro, desenvainó la espada sin decir palabra y se aprestó a defenderse.

El duelo fue breve. Yo me hallaba en un frenesí de excitación y sentía en mi brazo la energía y la fuerza de toda una multitud. En pocos segundos lo fui llevando arrolladoramente hasta acorralarlo contra una pared, y allí, teniéndolo a mi merced, le hundí varias veces la espada en el pecho con brutal ferocidad.

En aquel momento alguien movió el pestillo de la puerta. Me apresuré a evitar una intrusión, volviendo inmediatamente hacia mi moribundo antagonista. ¿Pero qué lenguaje humano puede pintar *esa* estupefacción, ese horror que se posesionaron de mí frente al espectáculo que me esperaba? El breve instante en que había apartado mis ojos parecía haber bastado para producir un cambio material en la disposición de aquel ángulo del aposento. Donde antes no había nada, alzábase ahora un gran espejo (o por lo menos me pareció así en mi confusión). Y cuando avanzaba hacia él, en el colmo del espanto, mi propia imagen, pero cubierta de sangre y pálido el rostro, vino a mi encuentro tambaleándose.

Tal me había parecido, lo repito, pero me equivocaba. Era mi antagonista, era Wilson, quien se erguía ante mí agonizante. Su máscara y su capa yacían en el suelo, donde las había arrojado. No había una sola hebra en sus ropas, ni una línea en las definidas y singulares facciones de su rostro, que no fueran las *mías*, que no coincidieran en la más absoluta identidad.

Era Wilson. Pero ya no hablaba con un susurro, y hubiera podido creer que era yo mismo el que hablaba cuando dijo:

—*Has vencido, y me entrego. Pero también tú estás muerto desde ahora... muerto para el mundo, para el cielo y para la esperanza. ¡En mí existías... y al matarme, ve en esta imagen, que es la tuya, cómo te has asesinado a ti mismo!*

Lev Tolstói

I

Durante un descanso de la vista de la causa de los Melvinsky, los jueces y el fiscal se reunieron en el despacho de Iván Yegorovich Shebek —en el gran edificio del Palacio de Justicia— y la conversación recayó sobre el célebre asunto de Krasovsky. Fiodor Vasilievich se acaloró, demostrando que dicho asunto no incumbía a aquel tribunal. Iván Yegorovich se mantenía firme en su parecer y Piotr Ivanovich, que no intervenía en la conversación, empezó a hojear los periódicos que acababan de traer.

—Señores, ha muerto Iván Ilich —exclamó, de pronto.

—¿Es posible?

—Mire, lea la noticia —repitió Piotr Ivanovich, tendiendo a Fiodor Vasilievich el ejemplar recién impreso, que olía aún a tinta fresca.

Una esquela, rodeada de una orla negra, decía lo siguiente: «Praskovia Fiodorovna Golovina tiene el sentimiento de participar a sus parientes y amigos que su amado esposo, Iván Ilich Golovin, miembro del Palacio de Justicia, falleció el 4 de febrero de 1882. El entierro se verificará el viernes, a la una de la tarde».

Iván Ilich era colega de aquellos señores, y todos lo apreciaban mucho. Hacía varias semanas que estaba enfermo; y decían que su enfermedad era incurable. Su plaza no estaba aún vacante; pero se suponía que, en caso de que muriera, la ocuparía Alexeiev y la de este último sería para Vinokov o Shtabel. Así, pues, al oír la noticia del fallecimiento de Iván Ilich, el primer pensamiento de todos los que estaban reunidos en el despacho fue acerca de la influencia que podría tener aquella muerte sobre sus propios ascensos o los de sus conocidos.

«Probablemente, ocuparé ahora la plaza de Shtabel o la del Vinikov. Hace mucho que me lo han prometido; y este ascenso me supone ochocientos rublos más, sin contar la cancillería», se dijo Fiodor Vasilievich.

«Tendré que solicitar el traslado de mi cuñado de Kaluga —pensó Piotr Ivanovich—. Mi mujer se va a alegrar. Ahora ya no podrá decir que nunca he hecho nada por sus parientes».

—Ya me figuraba yo que no se levantaría —dijo Piotr Ivanovich, en voz alta.

—En suma, ¿qué es lo que ha tenido? Los médicos no han podido precisarlo. O, mejor dicho, cada uno diagnosticó a su manera. Cuando lo vi por última vez creí que se curaría.

—Pues yo no he ido a su casa desde las fiestas. Cada vez iba aplazando mi visita.

—¿Tenía bienes?

—Parece ser que su mujer tiene algo. Pero poca cosa.

—Habrá que ir. Viven tan lejos...

—Lejos de la casa de usted. Todo está lejos de donde usted vive.

—No puede perdonarme que viva al otro lado del río exclamó Piotr Ivanovich, sonriendo a Shebek.

Empezaron a hablar de las grandes distancias de las ciudades; y, al cabo de un rato, fueron a la reunión.

Aparte de las reflexiones sobre posibles nombramientos y cambios en el servicio, que podría traer consigo ese fallecimiento, el hecho mismo de la muerte de un conocido provocó en cuantos recibieron la noticia, según ocurre siempre, un sentimiento de alegría, porque había muerto otro y no ellos.

«Él ha muerto, mientras yo vivo aún», pensó y sintió cada cual. Los amigos de Iván Ilich pensaron, además, a pesar suyo, que tendrían que cumplir una serie de deberes de conveniencia, muy fastidiosos, tales como asistir a los funerales, hacer una visita de pésame a la viuda, etcétera.

Entre los amigos más íntimos de Iván Ilich figuraban Fiodor Vasilievich y Piotr Ivanovich. Éste había sido compañero suyo en la Escuela de Jurisprudencia, y se creía el más obligado.

Mientras comían, comunicó a su mujer que Iván Ilich había muerto; y le habló de la posibilidad de que trasladaran a su hermano.

Sin echarse a descansar siquiera, se puso el frac y fue a casa de la viuda.

Ante la puerta principal de la casa de Iván Ilich había un coche particular y dos de alquiler. Abajo, en la antesala, cerca del perchero, se hallaba, apoyada en la pared, la tapa del ataúd, cubierta de una tela brillante de seda, y adornada de lujosos flecos. Dos señoras enlutadas se quitaban las pellizas. Una de ellas era la hermana de Iván Ilich; y Piotr Ivanovich no conocía a la otra. Schwartz, un amigo de Piotr Ivanovich, bajaba la escalera. Al reparar en el recién llegado, se detuvo y le hizo un guiño, como si dijera: «Es tonto lo que ha hecho Iván Ilich, nosotros no somos así».

El rostro de Schwartz, con sus largas patillas, así como toda su delgada figura, enfundada en el frac, tenían siempre una elegante solemnidad, que estaba en contradicción con su carácter jovial; pero en aquel momento se observaba en él una gracia especial, según creyó Piotr Ivanovich.

Dejando pasar adelante a las damas, subió lentamente la escalera. Schwartz esperó arriba. Piotr Ivanovich comprendió por qué lo hacía. Sin duda quería hablarle para preparar una partida de *whist*. Las damas pasaron a la escalera que conducía a las habitaciones de la viuda; y Schwartz, con sus gruesos labios plegados en una expresión seria y con una mirada jovial, movió las cejas, para indicar a Piotr Ivanovich la habitación mortuoria, situada a la derecha.

Como ocurre siempre, Piotr Ivanovich entró, indeciso y sin saber lo que debía hacer. Lo único que le constaba era que, en estos casos, nunca venía mal persignarse. No estaba seguro si las señales de la cruz debían ir acompañadas de inclinaciones y eligió el término medio: comenzó a persignarse, inclinándose ligeramente. Al mismo tiempo, examinó el aposento, en la medida en que se lo permitían los movimientos de la mano y de la cabeza. En aquel instante salían de la habitación dos jóvenes; uno de ellos era un colegial, probablemente algún sobrino del difunto. Una viejecita permanecía inmóvil; y, junto a ella, una señora que tenía las cejas extrañamente enarcadas, le hablaba en voz baja. El sacristán, un hombre robusto y decidido, que llevaba levita, leía en voz alta, con gran expresión y un tono que excluía todas las contradicciones posibles. El criado Guerasim pasó junto a

Piotr Ivanovich, con andares ligeros, espolvoreando algo por el suelo. Al ver esto, Piotr Ivanovich sintió, en el acto, un ligero olor a cadáver en descomposición. En su última visita a Iván Ilich, Piotr Ivanovich había visto a ese hombre en el despacho del difunto, cumpliendo las obligaciones de enfermero. Iván Ilich le tenía un gran afecto. Piotr Ivanovich siguió persignándose y haciendo ligeras reverencias en la dirección intermedia entre el féretro, el sacristán y los iconos, que se hallaban en una mesa, en uno de los rincones de la estancia. Luego, cuando ese movimiento de la mano le pareció demasiado prolongado, se detuvo y empezó a examinar el cadáver.

Éste se hallaba tendido pesadamente como todos los muertos; sus miembros rígidos desaparecían en el interior del ataúd y tenía la cabeza curvada para siempre, reclinada sobre un cojín. Su frente, amarillenta como la cera, se destacaba como se destaca la de todos los cadáveres; junto a las sienes hundidas se apreciaban pequeñas calvas, y la nariz le sobresalía por encima del labio superior, como haciendo presión sobre él. Había cambiado mucho; estaba considerablemente más delgado que cuando Piotr Ivanovich lo viera por última vez; pero su rostro, como el de todos los muertos, era más hermoso y, sobre todo, más significativo de lo que había sido en vida. Expresaba que había hecho lo que tenía que hacer, y que lo había hecho de una manera justa. Además, esa expresión parecía reprochar o recordar algo a los vivos. Piotr Ivanovich creyó que aquello estaba fuera de lugar o, al menos, que no tenía nada que ver con él. De pronto se sintió a disgusto, se apresuró a persignarse y salió con precipitación, demasiado precipitadamente tal vez, para las reglas de las conveniencias. En la habitación contigua lo esperaba Schwartz. Con las piernas abiertas y las manos cruzadas a la espalda, jugueteaba con la chistera. Con sólo mirar al elegante, atildado y jovial Schwartz, Piotr Ivanovich se sintió aliviado. Comprendió que Schwartz se encontraba por encima de todo aquello y que no se dejaba arrastrar por impresiones desagradables. Su aspecto decía: «El incidente de los funerales por Iván Ilich no puede en modo alguno ser razón suficiente para interrumpir el orden de la sesión; es decir, nada puede impedirnos abrir un nuevo paquete de cartas, mientras el criado encienda unas velas; en general, no hay razón para suponer que esto sea un obstáculo para pasar una velada de un modo agradable». Hasta susurró a Piotr Ivanovich estas palabras, y le propuso que se uniera a la partida que tendría lugar, aquella noche, en casa de Fiodor Vasilievich. Pero, por lo visto, Piotr Ivanovich no estaba predestinado a jugar al *whist* aquella noche. Praskovia Fiodorovna, una mujer de mediana estatura y gruesa que, a pesar de todos sus esfuerzos por conseguir lo contrario, seguía ensanchándose, de hombros para abajo, vestida de luto riguroso, con un velo negro en la cabeza y las cejas tan extrañamente levantadas como las de la señora que estaba en el aposento del difunto, salió de su habitación con otras damas; y, después de acompañarlas hasta la puerta de la cámara mortuoria, dijo:

—Ahora mismo se celebrará el funeral; pasen ustedes.

Schwartz saludó con una indefinida inclinación de cabeza; y se detuvo sin aceptar ni rechazar aquella invitación. Al reconocer a Piotr Ivanovich, Praskovia Fiodorovna suspiró y, acercándose a él, tomó una de sus manos y le dijo:

—Sé que era usted un verdadero amigo de Iván Ilich...

Miró a su interlocutor, esperando de él una acción que correspondiera a estas palabras. Piotr Ivanovich sabía que, si antes era preciso persignarse, ahora tenía que estrechar la mano de la viuda, lanzar un suspiro y decir: «Créame usted...». Y esto fue lo único que hizo. Acto seguido, se dio cuenta de que había obtenido el resultado deseado: se había conmovido y la viuda también.

—Venga usted conmigo; antes que empiece el funeral, tengo que hablarle —dijo Praskovia

Fiodorovna—. Déme el brazo.

Piotr Ivanovich ofreció el brazo a la viuda de Iván Ilich; y se dirigieron a las habitaciones interiores, pasando ante Schwartz, que hizo un guiño denotador de pena.

«¡Nos ha echado a perder la partida de *whist*! Si no acude usted, buscaremos otro compañero. Y cuando quede libre, podremos seguir la partida los cinco», dijo su mirada jovial.

Piotr Ivanovich suspiró; aún más profunda y tristemente; y Praskovia Fiodorovna, agradecida, le estrechó la mano. Al entrar en el salón, tapizado de cretona rosa y discretamente alumbrado, se sentaron junto a una mesa; la viuda en un diván y Piotr Ivanovich en un asiento bajo, cuyos muelles, descompuestos, crujieron con el peso de su cuerpo. Praskovia Fiodorovna hubiera querido ofrecerle otra silla; pero creyó que era inoportuno ocuparse de tales cosas en la situación en que se encontraba, y cambió de parecer. Mientras se sentaban, Piotr Ivanovich recordó cómo Iván Ilich había arreglado aquel salón y se había aconsejado de él respecto de aquella cretona rosa con hojas verdes. Al ir a sentarse en el diván, cuando pasaba ante la mesa (el salón estaba lleno de muebles y de cachivaches), a la viuda se le enganchó un extremo de su velo de encajes en una de las incrustaciones de la mesa. Piotr Ivanovich se incorporó, para desengancharlo; y el asiento, libre de su peso, comenzó a hincharse, empujándolo hacia arriba. La viuda trató de desenganchar con sus propias manos el extremo del velo; y Piotr Ivanovich se sentó de nuevo, aplastando el asiento rebelde. Pero Praskovia Fiodorovna no consiguió su propósito, y Piotr Ivanovich volvió a levantarse; el asiento se agitó de nuevo y hasta emitió un crujido. Cuando todo quedó arreglado, Praskovia Fiodorovna sacó un pañuelo de impecable batista y se echó a llorar. Piotr Ivanovich, que se había calmado con el episodio del velo y la lucha contra el asiento, permanecía sentado, con el entrecejo fruncido. Fue Sokolov, el criado del difunto Iván Ilich, quien rompió esa embarazosa situación.

Había venido a comunicar que el terreno del cementerio que Praskovia Fiodorovna había designado costaría doscientos rublos. La viuda dejó de llorar; y, mirando a Piotr Ivanovich con aire de mártir, le dijo, en francés, que sufría mucho. Piotr Ivanovich hizo una señal muda, que expresaba la absoluta certeza de que no podía ser de otro modo.

—Fume usted, se lo ruego —dijo Praskovia Fiodorovna, con tono generoso, aunque abatido al mismo tiempo; y empezó a discutir con Sokolov respecto del precio del terreno.

Mientras Piotr Ivanovich encendía el cigarrillo, oyó que la viuda se informaba con todo detalle de los distintos precios de los terrenos y que, finalmente, precisaba el que tomaría. Después, dio las órdenes oportunas respecto al coro. Sokolov se marchó.

—Todo lo hago yo misma —dijo Praskovia Fiodorovna a Piotr Ivanovich, apartando unos álbumes. Y dándose cuenta de que la ceniza del cigarrillo de su interlocutor amenazaba la mesa, se apresuró a alargarle el cenicero, mientras añadía—: Encuentro que es afectado asegurar que la pena impide ocuparse de asuntos prácticos. A mí me ocurre lo contrario. Si hay algo que puede, si no consolarme, al menos... distraerme, es precisamente la preocupación por arreglar las cosas de él —volvió a sacar el pañuelo, como si fuera a echarse a llorar; pero pareció dominarse, y continuó en tono tranquilo—: Tengo que decirle algo.

Piotr Ivanovich se inclinó ligeramente, sin permitir que se desplegaran los muelles del asiento, que, acto seguido, empezó a agitarse bajo su cuerpo.

—Sufrió terriblemente los últimos días.

—¿Ha sufrido mucho? —preguntó Piotr Ivanovich.

—¡Terriblemente! En sus últimas horas no cesó de gritar. Los tres días postreros, con sus

consabidas noches, se quejaba constantemente. No comprendo cómo ha podido soportar eso. Sus gritos se oían a través de tres puertas. ¡Oh, cuánto he sufrido!

—Pero ¿estaba consciente? —preguntó Piotr Ivanovich.

—Sí, hasta el último momento —replicó Praskovia Fiodorovna, en un susurro.

Se despidió de nosotros, un cuarto de hora antes de morir, y rogó que se llevaran a Volodia.

De pronto, la idea de los sufrimientos padecidos por un hombre al que conociera siendo un alegre colegial y más tarde, adulto y colega suyo, horrorizó a Piotr Ivanovich, a pesar de la desagradable conciencia de su propia afectación y la de aquella mujer. Se representó aquella frente y aquella nariz que hacía presión sobre el labio superior; y temió por sí mismo.

«Tres días de atroces sufrimientos, y la muerte. Esto puede sucederme a cada instante», pensó; y, por un momento, se sintió horrorizado. Pero inmediatamente, y sin que él mismo pudiera explicar el motivo, acudió en su ayuda el pensamiento habitual de que eso le había ocurrido a Iván Ilich y no a él. Aquello no podía ni debía ocurrirle; pensando en ello, se le estropearía el estado de ánimo, cosa que no estaba bien, según podía uno darse cuenta al contemplar el rostro de Schwartz. Después de haber reflexionado de esta manera, Piotr Ivanovich se tranquilizó y empezó a hacer preguntas, con gran interés, acerca de la muerte de Iván Ilich, como si la muerte fuese una aventura propia de éste, pero no de él.

Después de comentar, con todo detalle, los distintos aspectos de los sufrimientos físicos, realmente atroces, de Iván Ilich (Piotr Ivanovich se enteró de aquellos detalles sólo por la manera en que los sufrimientos del difunto habían obrado sobre los nervios de Praskovia Fiodorovna), la viuda creyó oportuno pasar al asunto.

—¡Oh Piotr Ivanovich! ¡Cuánto sufro, cuánto sufro!, exclamó; y de nuevo se deshizo en lágrimas.

Piotr Ivanovich lanzó un suspiro y esperó a que la viuda se sonara. Cuando Praskovia Fiodorovna lo hizo, dijo:

—Crea usted...

Entonces, Praskovia Fiodorovna reanudó la conversación y explicó, por fin, su asunto. Se trataba de averiguar cómo debía arreglárselas para obtener una cantidad de dinero de la Tesorería del Gobierno, con motivo del fallecimiento de su marido. Hizo como que pedía a Piotr Ivanovich consejos relativos a su pensión de viuda; pero éste comprendió que estaba enterada hasta en los más pequeños detalles de cosas que incluso él ignoraba. Praskovia Fiodorovna sabía perfectamente la cantidad de dinero que podría sacar al Estado; pero lo que deseaba averiguar era si había algún medio de sacar más. Piotr Ivanovich trató de inventarse un medio para hacerlo; pero, después de meditar un rato y de censurar, por conveniencia, la avaricia del Gobierno ruso, dijo que probablemente no podría obtener lo que deseaba. Entonces, la viuda suspiró y, sin duda, empezó a idear la manera de librarse de su visitante. Piotr Ivanovich lo comprendió. Apagó el cigarrillo, se puso en pie; y, tras de estrechar la mano a la dueña de la casa, se retiró a la antesala.

En el comedor estaba el reloj que Iván Ilich había comprado en una almoneda y del que estaba muy satisfecho. Allí se encontró Piotr Ivanovich al sacerdote y a algunos conocidos que venían para asistir al funeral, así como a la hija del difunto, una muchacha muy bella a la que conocía. Iba vestida de negro. Su cintura, muy estrecha, daba la impresión de estar más delgada que antes. Tenía un aire sombrío, decidido y casi irritado. Saludó a Piotr Ivanovich como si éste fuese culpable de algo. Tras de ella se hallaba, con el mismo aire sombrío, un joven muy rico, a quien Piotr Ivanovich conocía también. Era el juez de Instrucción y prometido de la muchacha, según se decía. Piotr Ivanovich los

saludó con expresión triste; y se disponía a entrar en la cámara mortuoria, cuando vio, al pie de la escalera, a un colegial: era el hijo de Iván Ilich y se parecía a él de un modo sorprendente. Era idéntico a Iván Ilich de jovencito, tal y como Piotr Ivanovich lo había conocido, en la Escuela de Jurisprudencia. Sus ojos llorosos tenían la expresión de los muchachos de trece o catorce años, que ya no son inocentes. Al ver a Piotr Ivanovich, hizo una mueca severa y tímida. Haciéndole un movimiento de cabeza, Piotr Ivanovich entró en el cuarto del difunto. Empezó el funeral, con sus cirios, su incienso, las lamentaciones, las lágrimas y los sollozos. Piotr Ivanovich, con el entrecejo fruncido, se miraba a los pies. No levantó ni una sola vez la vista hacia el cadáver; no se dejó llevar por las influencias depresivas hasta el final de la ceremonia; y fue uno de los primeros en salir del cuarto. No había nadie en la antesala. Guerasim, el mozo de comedor, salió presurosamente de la cámara mortuoria; revolvió con sus fuertes manos todas las pellizas, para encontrar la de Piotr Ivanovich, y se la ofreció.

—¿Qué hay, Guerasim? ¿Estás apenado? —exclamó Piotr Ivanovich, por decir algo.

—Ha sido la voluntad de Dios. Todos iremos a parar allí —replicó el criado, dejando al descubierto sus blancos y apretados dientes de campesino. Y como un hombre muy ocupado, abrió la puerta, llamó al cochero y, tras de ayudar a Piotr Ivanovich a instalarse en el coche, volvió apresuradamente, con la expresión de quien trata de recordar lo que le queda por hacer aún.

Piotr Ivanovich sintió un placer especial al respirar aire puro, después de haber estado en una casa donde olía a incienso, a cadáver y a ácido fénico.

—¿Adónde vamos? —preguntó el cochero.

—Aún es temprano. Me pasaré por casa de Fiodor Vasilievich.

Y Piotr Ivanovich fue allí. Encontró a sus amigos al final de la primera partida, de manera que pudo tomar parte en el juego.

II

La historia de Iván Ilich era de las más sencillas y corrientes, y de las más terribles.

Murió a los cuarenta y cinco años, siendo miembro del Palacio de Justicia. Era hijo de un funcionario que había hecho, en diferentes departamentos ministeriales de San Petersburgo, una de aquellas carreras que demuestran claramente que el individuo es incapaz de desempeñar cualquier función importante, pero que, gracias a la larga duración de sus servicios y a su escalafón, no puede ser despedido. Por ese motivo, recibe un puesto ficticio, expresamente inventado, con un sueldo de seis a diez mil rublos, nada ficticios, con el que vive hasta la más avanzada vejez.

Tal había sido el consejero secreto Ilia Efimovich Golovin, miembro inútil de varias inútiles instituciones.

Había tenido tres hijos y una hija. Iván Ilich era el segundo. El mayor seguía la misma carrera que el padre, aunque en un Ministerio distinto; y se acercaba ya a la época de servicio en que se percibe un sueldo por la fuerza de la inercia. El tercer hijo era un fracasado. Había quedado mal en cuantos puestos había ocupado; y en aquella época estaba empleado en la administración de ferrocarriles. Tanto su padre como sus hermanos y, sobre todo, las mujeres de éstos, no sólo evitaban encontrárselo, sino que sólo se acordaban de su existencia en casos de necesidad. La hermana estaba casada con el barón Gref, un funcionario de San Petersburgo, igual que su padre político. Iván Ilich era *le phénix de la famille*, según se decía. No era tan frío ni tan ordenado como su hermano mayor, ni tan alocado como el pequeño. Ocupaba el justo medio entre los dos: era inteligente, vivo, simpático y formal. Había estudiado, junto con su hermano menor, en la Escuela de Jurisprudencia. Su hermano no acabó la carrera; lo echaron antes de llegar al quinto curso. En cambio, Iván Ilich terminó bien sus estudios. En la Escuela fue lo que iba a ser durante toda su vida; un hombre dotado de capacidades, alegre, bondadoso y sociable, aunque, al mismo tiempo, fiel cumplidor de lo que consideraba su deber; y por deber admitía cuanto era considerado como tal por los que ocupaban puestos superiores al suyo. Nunca había sido adulator, ni de muchacho ni de adulto; pero, desde sus años juveniles, se sintió atraído, como las moscas por la luz, hacia las personas que ocupaban puestos superiores en la sociedad. Los imitaba en sus maneras y en sus puntos de vista; y sostenía con ellos relaciones cordiales. Las pasiones de la infancia y de la juventud habían pasado sin dejar huellas en él. Se había entregado a la sensibilidad y a la vanidad y, en los rasgos más elevados, a la liberalidad; pero siempre dentro de ciertos límites, que sin duda le indicaba su buen sentido.

En la Escuela de Jurisprudencia había realizado actos que antes le parecieran villanías y le inspiraban repulsión hacia sí mismo; pero, posteriormente, al ver que hombres de elevada posición cometían actos por el estilo y no se consideraban malos, no los juzgó precisamente buenos, pero los echó en olvido, sin amargarse con tales recuerdos.

Al acabar la carrera recibió de su padre una cantidad de dinero para equiparse. Encargó sus trajes en la casa Sharmer y, entre los dijes de la cadena del reloj, colgó un medallón con la inscripción siguiente: *Respice finem*; se despidió de sus profesores, dio una comida a sus compañeros, en Donon; y, provisto de una maleta nueva con ropa interior, trajes y objetos de tocador, que había adquirido en las mejores tiendas, partió a una provincia, a ocupar el puesto (que le había proporcionado su padre) de encargado de los asuntos particulares del Gobernador.

En cuanto llegó a aquella provincia, supo crearse una situación fácil y agradable, como la que había tenido en la Escuela de Jurisprudencia. Servía, hacía su carrera y, al mismo tiempo, se divertía

de un modo agradable y conveniente.

De cuando en cuando, efectuaba viajes por los distritos, por orden de la superioridad. Se mantenía dignamente, lo mismo ante sus superiores que ante sus subordinados; y cumplía con exactitud y honradez incorruptibles, de las que no podía por menos de sentirse orgulloso, las misiones que se le encomendaban, sobre todo si estaban relacionadas con los sectarios.

A pesar de su juventud y de su tendencia a distracciones ligeras, se mostraba reservado, oficial y hasta severo en lo que se refería a los asuntos privados del servicio. En sociedad, era siempre jovial, ingenioso, lleno de bondad, correcto y *bon enfant*, como solía decir de él su jefe y la mujer de éste, que lo recibían como a un miembro de la familia.

Sostenía íntimas relaciones con una dama de la provincia, que se había impuesto a aquel leguleyo; tenía una amiga modista; se emborrachaba en compañía de los ayudantes militares de paso en la provincia; daba paseos por las calles solitarias de la ciudad; adulaba a su jefe e incluso a la mujer de éste; pero había en todo esto un tal aire de corrección, que hubiera sido imposible calificarlo con malas palabras. Todo estaba de acuerdo con el aforismo francés: *Il faut que jeunesse se passe*^[1]. Llevaba a cabo estas cosas con las manos limpias, con camisas impecables y empleando palabras francesas; y lo principal era que tenían lugar en la alta sociedad y, por consiguiente, con la aprobación de personajes elevados.

Así fue como pasaron los cinco primeros años de servicio de Iván Ilich. Entonces, hubo un cambio. Aparecieron unas instituciones judiciales; y hubo necesidad de buscar hombres nuevos.

Iván Ilich fue uno de ellos.

Se le ofreció una plaza de juez de Instrucción, que aceptó, a pesar de que tenía que ir a otra provincia, abandonar las relaciones ya establecidas y crearse otras nuevas. Sus amigos lo acompañaron a la estación, se retrataron en grupo; y, entre todos, le regalaron una petaca de plata. Iván Ilich partió para hacerse cargo de su nuevo empleo.

En su calidad de juez de Instrucción, Iván Ilich fue igualmente *comme il faut*, correcto; supo distinguir, lo mismo que antes, los deberes del servicio de los de su vida privada; e infundía el mismo respeto a cuantos lo rodeaban. El nuevo puesto le ofrecía más interés y atractivos que el anterior. Le era agradable pasar vestido con su uniforme, confeccionado en la casa Shamer, ante los temblorosos solicitantes que esperaban audiencia y los funcionarios que lo envidiaban, para entrar directamente en el despacho del jefe, y sentarse allí a tomar una taza de té y fumar un cigarrillo; pero había pocas personas que dependieran directamente de su voluntad. Tales eran solamente los comisarios de Policía y los agentes, cuando se los mandaba con alguna misión especial. Le gustaba tratar con cortesía, casi con camaradería, a las personas que dependían de él; le agradaba dar a entender que, aunque podía aplastarlos, les dispensaba un trato amistoso y sencillo. Pero estos casos eran pocos. Ahora, en cambio, siendo juez de Instrucción, Iván Ilich sentía que todos, absolutamente todos — incluso los hombres más importantes y satisfechos de sí mismos — estaban en sus manos; y que le bastaba escribir ciertas palabras en un papel sellado, para que cualquier personaje importante se presentara ante él, en calidad de acusado o de testigo; y, si no le ofrecía un asiento, permaneciera en pie, contestando a sus preguntas. Iván Ilich no abusaba nunca de su poder; al contrario, trataba de dulcificarlo. La conciencia de ese poder y la posibilidad de dulcificarlo constituían, realmente, el principal interés y el atractivo de su nuevo cargo. En sus funciones mismas, precisamente en la instrucción de causas, no tardó en adoptar un sistema de apartar las circunstancias que no tuviesen que ver con su servicio. Incoaba la causa más complicada de tal forma, que sólo se reflejaba en el

papel de un modo externo, quedando exenta de sus opiniones personales; y observaba las formalidades exigidas. Iván Ilich fue uno de los primeros que aplicó de manera práctica los estatutos del año 1864.

Al llegar a la nueva ciudad para ocupar el puesto de juez de Instrucción, Iván Ilich se creó nuevas amistades y nuevas relaciones; y su actitud fue distinta de la de antes. Se mantenía a una respetuosa distancia de las autoridades provinciales, escogiendo sus relaciones entre la mejor sociedad de los magistrados y de los nobles ricos de la población. Adoptó un tono de ligero descontento respecto del Gobierno, de liberalismo moderado y de civismo burgués. Además de todo esto, sin cambiar nada de su elegante indumento, dejó de afeitarse, permitiendo que la barba creciera a su antojo.

Su nueva vida se organizó de un modo muy grato, la sociedad, que murmuraba contra el gobernador, era agradable y amistosa; el sueldo era más elevado que antes y el *whist* añadió un nuevo atractivo a su existencia. Iván Ilich tenía el don de jugar alegremente y de reflexionar con rapidez y habilidad, motivo por el cual casi siempre ganaba.

Después de dos años de servicio en aquella nueva ciudad, se encontró con su futura mujer. Praskovia Fiodorovna Mijel era la muchacha más atractiva, más Inteligente y brillante de la sociedad frecuentada por Iván Ilich. Entre otras distracciones y diversiones, se había creado unas relaciones joviales y ligeras con Praskovia Fiodorovna.

Iván Ilich solía bailar durante la época en que había desempeñado su cargo anterior; pero siendo juez de Instrucción lo hacía sólo en casos excepcionales. Sin embargo, si se presentaba la ocasión, podía demostrar que también en ese aspecto se destacaba. De tarde en tarde, al final de las veladas, bailaba con Praskovia Fiodorovna; y fue precisamente entonces cuando la conquistó. La muchacha se enamoró de él. Iván Ilich no tenía la intención determinada de casarse; pero, cuando Praskovia Fiodorovna se enamoró de él, se hizo la siguiente pregunta: «En realidad, ¿por qué no había de casarme?».

Praskovia Fiodorovna pertenecía a una noble familia y disponía de una pequeña dote. Iván Ilich hubiera podido aspirar a un partido más brillante; pero éste tampoco estaba mal. Él tenía su sueldo y pensaba que la muchacha llevaría un equivalente. Descendía de una buena familia, era agradable, graciosa y una mujer como es debido. Tan injusto sería decir que Iván Ilich quería casarse porque estaba enamorado de su prometida y veía en ella una compañera que compartiría sus ideas acerca de la vida, como afirmar que se casaba porque las personas de su círculo aprobaban aquella elección. Iván Ilich se casaba por dos consideraciones: le era agradable tomar semejante esposa; y al mismo tiempo, cumplía una cosa que las personas de alta posición consideraban razonable.

Iván Ilich se casó. El proceso mismo del matrimonio y la primera época de la vida conyugal, con las caricias, los nuevos muebles, la vajilla y la ropa, hasta el embarazo de su mujer, pasaron muy bien. Así, pues, empezaba a creer que el carácter de su vida, agradable, fácil, alegre, siempre correcto y aprobado por la sociedad, al que consideraba propio de la vida en general, no sólo no sería turbado por el matrimonio, sino que incluso éste lo aumentaría. Pero durante el primer mes del embarazo de su mujer ocurrió algo nuevo, imprevisto, desagradable, penoso, inconveniente y de lo que no había manera de librarse.

Su mujer, sin razón alguna, según creía Iván Ilich, *de gaieté de coeur*, empezó a turbar el encanto y la decencia de su vida. Sin motivo, se mostraba celosa, y exigía de él los más solícitos cuidados, se irritaba por cualquier cosa y le hacía escenas desagradables e inconvenientes.

Al principio, Iván Ilich esperó librarse pronto de esa situación tan desagradable, por medio de

aquel modo fácil y decente de considerar la vida que lo había salvado antes. Trató de hacer como que ignoraba el mal humor de su mujer; y continuó su vida alegre y fácil, invitando a sus amigos a jugar a las cartas y procurando ir al club o a casa de sus compañeros. Pero un día su mujer lo riñó con palabras enérgicas y groseras, cosa que volvió a repetir cada vez que no cumplía con sus exigencias. Por lo visto, había decidido continuar de este modo hasta que la obedeciera, es decir, hasta que optara por quedarse en casa y aburrirse lo mismo que ella. Iván Ilich se horrorizó. Comprendió que la vida conyugal —al menos con su mujer— no correspondía a los encantos y a las conveniencias de la vida, sino que, por el contrario, los destruía a menudo. Era preciso, pues, ponerse en guardia. E Iván Ilich empezó a buscar el medio de hacerlo. El servicio era lo único que imponía a Praskovia Fiodorovna; por tanto, Iván Ilich empezó a luchar con ella para obtener su mundo independiente, tomando como arma el servicio y las obligaciones que se derivaban de él.

Con el nacimiento de su hijo, los intentos de su crianza y sus fracasos, las enfermedades efectivas y las imaginarias, tanto de la madre como del recién nacido (se exigía a Iván Ilich que se interesara por ellas, aunque no era capaz de entender nada), la necesidad de crearse un mundo fuera de su familia se hizo aún más imperiosa.

A medida que aumentaban la irascibilidad y las exigencias de su mujer, Iván Ilich iba transportando el centro de gravedad de su vida a su trabajo. Sentía un interés mucho más vivo por el servicio; y se volvió más ambicioso que antes.

Muy pronto, al año de casado, comprendió que si bien la vida conyugal ofrece algunas comodidades, es en suma un asunto muy complicado y penoso; y que, para cumplir los deberes que impone, es decir, para llevar una vida decente, aprobada por la sociedad, es preciso establecer determinadas relaciones, lo mismo que en el servicio.

E Iván Ilich trató de establecerlas. Exigía de la vida familiar tan sólo las comodidades que ésta podía darle, es decir, una buena comida, un ama de casa, una cama y, sobre todo, las conveniencias exteriores, que se determinan por la opinión pública. En lo demás, buscaba placer y alegría; y si los encontraba, estaba agradecidísimo. Si tropezaba con la resistencia y el mal humor, inmediatamente se iba a su mundo particular, al servicio, en el que se hallaba a gusto.

Iván Ilich era muy apreciado como buen funcionario; y, al cabo de tres años, lo nombraron sustituto del fiscal. Sus nuevas obligaciones, su importancia y la posibilidad de hacer juzgar y meter en la cárcel a quien se le antojara, los discursos públicos y los triunfos que obtenía, todas estas cosas lo atraían más al servicio.

Tuvieron más hijos. Su mujer se volvía cada vez más gruñona y malhumorada; pero las reglas que se había impuesto Iván Ilich para la vida familiar lo hicieron casi insensible a estas cosas.

Después de siete años de servicio en una ciudad, fue nombrado fiscal y trasladado a otra provincia. Tenían poco dinero y a Praskovia Fiodorovna le desagradó la nueva población. El sueldo de Iván Ilich era más elevado; pero también la vida estaba más cara. Además, se les murieron dos hijos y la vida familiar se volvió aún más desagradable.

Praskovia Fiodorovna reprochaba a su esposo todos los infortunios ocurridos en la nueva residencia. Por lo general, el tema de las conversaciones entre los esposos, sobre todo en lo que se refería a la educación de los hijos, consistía en los recuerdos de disputas anteriores; y a cada instante estallaban otras nuevas.

Únicamente quedaban algunos períodos amorosos que volvían a veces; pero duraban poco. Eran como unas islas que abordaban por un corto espacio de tiempo, y luego se lanzaban de nuevo al mar

de una oculta hostilidad, que se expresaba por el distanciamiento mutuo. Ese distanciamiento hubiera podido apenar a Iván Ilich si no considerase que debía ser así; pero en aquella época no sólo tomaba aquella situación como una situación normal, sino hasta como el objeto de su actividad en la familia. Ese objeto consistía en liberarse cada vez más de esos disgustos y darles un carácter inofensivo y conveniente. Conseguía esto permaneciendo cada vez menos tiempo en su casa; y, cuando estaba obligado a quedarse, procuraba asegurar su situación por medio de la presencia de personas extrañas. Lo más importante para él era su cargo. Todo el interés de su vida se concentraba en el mundo del servicio. Y ese interés lo absorbía por completo. La conciencia de su poder, de la posibilidad de hacer perecer al hombre que se le antojara; su importancia, incluso la externa, cuando entraba en el Palacio de Justicia y se encontraba con sus subordinados; los triunfos que obtenía ante sus superiores y, sobre todo, la habilidad con que llevaba los asuntos judiciales y que se reconocía él mismo, todo esto lo alegraba; y, unido a las tertulias con sus compañeros, las comidas y el *whist*, llenaba su vida. Así, pues, su existencia discurría según sus reglas, es decir, de un modo grato y conveniente.

Vivió así por espacio de diecisiete años. Su hija mayor había cumplido ya los dieciséis. Se le murió otro hijo y sólo le quedó uno; era ya un colegial, que constituía uno de los motivos de discordia entre los esposos. Iván Ilich quería que cursara los estudios en la Escuela de Jurisprudencia; pero Praskovia Fiodorovna, por llevarle la contraria, lo había mandado a un gimnasio. La hija estudiaba en casa y se desarrollaba bien. Tampoco era mal estudiante el muchacho.

III

De este modo transcurrieron diecisiete años desde la boda de Iván Ilich. Era ya un antiguo fiscal; había rehusado algunos cargos, esperando uno mejor, cuando, inesperadamente, surgió un acontecimiento desagradable, que turbó su existencia tranquila. Iván Ilich esperaba la plaza de presidente de Tribunal en una ciudad universitaria; pero Goppe le había tomado la delantera, se la arrebató. Iván Ilich se irritó, le hizo recriminaciones y se enfadó con los jefes. Todos se volvieron fríos hacia él y se lo omitió de nuevo en los siguientes nombramientos.

Esto ocurrió en 1880. Fue el año más penoso de toda la vida de Iván Ilich. Por una parte, el sueldo no le alcanzaba para subsistir; y, por otra, notó que todos lo habían olvidado. Consideró esto como la mayor injusticia del mundo. En cambio, a los demás les parecía naturalísimo. Ni siquiera su propio padre se creía en el deber de ayudarlo. Notó que todos lo habían abandonado, considerando que su situación, con tres mil quinientos rublos, era normal y hasta ventajosa. Sólo él sabía que, con la conciencia de las injusticias que habían cometido con él, las continuas recriminaciones de su mujer y las deudas que había contraído (al gastar más de lo que le permitían sus medios), su situación estaba lejos de ser normal.

En el verano de 1880 tomó un permiso; y, con objeto de disminuir los gastos, partió con su mujer a la aldea del hermano de ésta.

En el campo, sin ocupación, sintió por primera vez, no sólo un gran aburrimiento, sino una tristeza insoportable; y resolvió que no podía vivir de este modo y que era imprescindible tomar medidas decisivas.

Después de una noche de insomnio, durante la cual se paseó por la terraza, decidió que iría a San Petersburgo para arreglar sus asuntos, castigar «a los que no sabían apreciarlo», y pedir el traslado a otro ministerio.

Al día siguiente, a pesar de que su mujer y su cuñado trataron de disuadirlo por todos los medios, se marchó a San Petersburgo.

Partió con un objetivo: conseguir un puesto con cinco mil rublos de sueldo. Ya no tenía preferencias por un ministerio determinado, por ninguna tendencia ni por ningún género de actividad. Tan sólo necesitaba una plaza de cinco mil rublos de sueldo, ya fuera en la administración, en algún banco, en los ferrocarriles, en una institución de la emperatriz María o incluso en la aduana. Lo cierto era que necesitaba, de toda precisión, un sueldo de cinco mil rublos y salir de un ministerio en el que no lo sabían apreciar.

El viaje de Iván Ilich fue coronado por un éxito extraordinario e inesperado. En Kursk entró en el vagón de primera clase F. S. Ilin, un conocido suyo; y le contó que, recientemente, el gobernador de aquella ciudad había recibido un telegrama en el que anunciaban que uno de aquellos días tendría lugar su cambio en el ministerio; Iván Semionovich ocuparía la plaza de Piotr Ivanovich.

Aparte de la importancia que tenía para Rusia aquel presunto cambio, era particularmente significativo para Iván Ilich el hecho de que hicieran resaltar la personalidad de Piotr Petrovich, y, probablemente, la de su amigo Zajar Ivanovich, lo que presentaba grandes ventajas para él.

La noticia se confirmó en Moscú. Y al llegar a San Petersburgo, Iván Ilich se encontró con Zajar Ivanovich y obtuvo de él la promesa de una plaza segura en el mismo ministerio en que estaba.

Una semana después, telegrafiaba a su mujer:

«Zajar, plaza Miller. Recibiré nombramiento en el primer informe».

Gracias a aquel cambio de personajes, Iván Ilich ocupó una plaza tal, en su antiguo ministerio, que subió dos puestos en el escalafón y tuvo cinco mil rublos de sueldo y tres mil quinientos de dietas: Iván Ilich olvidó la indignación que había sentido contra sus enemigos y contra todo el ministerio; y se sintió feliz.

Volvió a la aldea, tan alegre y contento como no lo había estado desde hacía mucho tiempo. Praskovia Fiodorovna se alegró también; y hubo entre ellos una reconciliación. Iván Ilich le contó cómo se le había honrado en San Petersburgo, lo avergonzados que se habían sentido sus enemigos, cómo lo habían adulado, lo que le envidiaban su posición y, sobre todo, lo que lo apreciaban todos en San Petersburgo.

Praskovia Fiodorovna escuchó a su marido aparentando creerle, y no lo contradijo en nada; se limitó a hacer proyectos para su nueva vida en la ciudad a la que se iban a trasladar. Iván Ilich vio con alegría que sus planes eran idénticos a los suyos, que estaba de acuerdo con su mujer y que su vida interrumpida volvía a adquirir el carácter alegre y correcto que le era propio.

Estuvo poco tiempo en la aldea. Tenía que tomar posesión de su nuevo cargo el 10 de septiembre; y, aparte de esto, necesitaba tiempo para instalarse en su nuevo domicilio, trasladar las cosas que tenía en la provincia, hacer algunas compras y dar muchas órdenes. En una palabra, tenía que instalarse tal y como lo había dispuesto su mente y casi igual que lo había planeado Praskovia Fiodorovna en su fuero interno.

En aquella época en que todo se iba arreglando con buen éxito, en que Iván Ilich estaba de acuerdo con su mujer en todos los planes y en que casi siempre vivían separados, intimaron más que en los primeros años de su vida conyugal. Iván Ilich tuvo la intención de llevarse a su familia inmediatamente; pero su cuñado y la mujer de éste, que repentinamente se habían vuelto amables y afectuosos con los Golovin, insistieron en que la dejara allí, de manera que partió solo.

Se puso en camino. La buena disposición de ánimo, provocada por el éxito obtenido y por estar de acuerdo con su mujer, no lo abandonaba. Encontró un piso encantador, precisamente tal y como lo habían soñado marido y mujer. Tenía espaciosos salones de estilo antiguo, de altos techos; un despacho amplio y cómodo; habitaciones para su mujer y para su hija; un cuarto de estudio para el muchacho... En una palabra, todo parecía hecho expresamente para ellos. Iván Ilich en persona se ocupó del arreglo de la casa; elegía los papeles para empapelar las habitaciones y las tapicerías; compraba muebles, que buscaba particularmente entre los antiguos, porque creía que tenían un estilo *comme il faut*; y todo se llevaba a cabo, paulatinamente, y se acercaba al ideal que se había formado. Cuando la mitad de las cosas estuvieron dispuestas, la instalación excedió sus esperanzas. Comprendió el carácter *comme il faut*, elegante, nada trivial, que adquiriría el piso cuando estuviera terminado. Al dormirse, se representaba la sala, tal y como iba a quedar. Y contemplando el salón, no concluido aún, veía ya la chimenea, el biombo, la vitrina, las sillas dispuestas en su sitio, los platos en las paredes y los bronceos. Le alegraba la idea de la sorpresa que se llevaría Pasha^[2] y Lisanka, que también eran aficionadas a estas cosas. No era posible que esperasen ver aquello. Había tenido la gran suerte de encontrar y comprar, bastante barato, objetos antiguos que imprimían a la casa un carácter particularmente distinguido. En sus cartas presentaba adrede las cosas mucho peor de lo que eran en realidad, para sorprender a su familia cuando llegara. Todo esto lo entretenía tanto que, a veces, cambiaba los muebles de lugar y colgaba las cortinas con sus propias manos. Una vez, al subir a una escalera para indicar al tapicero cómo quería que colgara una cortina, perdió pie; pero como era un hombre ágil y fuerte, no llegó a caerse; tan sólo se dio un golpe en un costado contra el pomo de la

ventana. La contusión le dolió cierto tiempo; pero los dolores cesaron, al fin. Por aquella época, Iván Ilich se sentía particularmente alegre y en perfecto estado de salud. Escribía a su casa: «Noto que me he rejuvenecido en quince años». Pensaba terminar la instalación en el mes de septiembre; pero ésta se prolongó hasta mediados de octubre. En cambio, todo resultaba encantador y no era sólo él quien opinaba así. Todo el mundo le decía lo mismo.

En realidad, allí había lo que suele haber en las casas de las personas no demasiado acomodadas, pero que quieren parecerlo y que, por ese motivo, se asemejan unos a otros; tapicerías, muebles de ébano, flores, tapices y bronce oscuros y brillantes, todo cuanto cierta clase de personas acumulan y con lo cual se parecen unas a otras. La casa de Iván Ilich era tan parecida a otras, que nada llamaba la atención; sin embargo, veía en ella un encanto especial. Cuando recogió a su familia en la estación y la llevó al piso bien alumbrado, donde un lacayo con corbata blanca abrió la puerta que conducía a la antesala, adornada de flores, y entraron después en la habitación y en el despacho, lanzando gritos de entusiasmo, Iván Ilich se sintió muy feliz; y, mientras les mostraba todas las cosas, disfrutaba de los elogios que hacían, experimentando una alegría inmensa. Aquella misma noche Praskovia Fiodorovna le preguntó, entre otras cosas, cómo se había caído; e Iván Ilich se echó a reír y representó la escena de su caída y el susto del tapicero.

—No en balde hago gimnasia. Otro se habría matado; en cambio, yo apenas si me he dado un golpe. Cuando me toco aquí me duele; pero ya se está pasando, y sólo queda un cardenal.

Empezaron su nueva vida; pero como ocurre siempre, cuando se acostumbraron al nuevo domicilio, notaron que les faltaba una habitación; y aunque vivían bien con el nuevo sueldo les faltaba un poquito, es decir, unos quinientos rublos. Vivieron a gusto, sobre todo durante la primera temporada, cuando aún no habían terminado la instalación y ora tenían que comprar o encargarse algo, ora cambiar de sitio un mueble o arreglar alguna cosa. Aunque había algunos desacuerdos entre los esposos, los dos estaban contentos y, por otra parte, tenían tantas cosas que hacer, que no podían surgir grandes disputas. Cuando terminaron por completo el arreglo del piso, se sintieron ligeramente aburridos, como si les faltase algo; mas, como ya habían trabado nuevos conocimientos y adquirido nuevas costumbres, éstos llenaron su vida.

Iván Ilich pasaba las mañanas en el Palacio de Justicia y volvía a casa para comer. Durante la primera época, solía estar de buen humor, aunque su nueva instalación le hacía sufrir un poco. Cualquier manchita en un mantel o en una tapicería, o algún fleco roto, lo irritaban. Había puesto tanto trabajo en el arreglo de la casa que le dolía el más pequeño desperfecto. Pero, por lo general, su existencia discurría con arreglo a sus creencias: era fácil, agradable y correcta. Se levantaba a las nueve, tomaba café, leía la prensa, se ponía el uniforme y se iba al Palacio de Justicia. Allí le esperaba la noria en torno a la cual daba vueltas; e inmediatamente ponía manos a la obra. Solicitantes, informes de cancillería, audiencias y reuniones públicas y privadas. De esto era preciso saber excluir todo lo que turba la regularidad de los asuntos del servicio: no se debían admitir ningunas relaciones, excepto las oficiales; y el motivo de estas relaciones también debía ser oficial. Si llegaba un hombre cualquiera para enterarse de alguna cosa, Iván Ilich no podía tener ninguna relación con él; pero si veía en su solicitud algo oficial, algo que puede escribirse en un papel sellado, hacía en los límites debidos cuanto le era posible y le dispensaba, además, un trato amistoso y lleno de cortesía. Y en cuanto terminaba la relación oficial, también ponía fin a toda otra. Iván poseía en el más alto grado el don de separar lo oficial de la vida real, sin confundir nunca ambas cosas. Con la práctica y el talento, lo había perfeccionado hasta el punto de que, a veces, se permitía,

como un virtuoso, mezclar en broma lo oficial con lo humano. Hacía esto porque tenía la conciencia de una fuerza interior que, en un momento dado, separaría lo oficial y rechazaría lo humano. Los asuntos de Iván Ilich marchaban, pues, de un modo fácil, agradable, correcto e incluso virtuoso. En los intervalos, fumaba, tomaba té, charlaba un poco de política, un poco de asuntos generales, un poco de los naipes y, más que nada, de nombramientos. Regresaba a su casa cansado; pero con la sensación del virtuoso que ha ejercido perfectamente su parte como primer violín en una orquesta. Mientras tanto, su mujer y su hija salían o recibían alguna visita; su hijo estaba en el gimnasio, preparaba sus deberes con un profesor y estudiaba bien lo que le enseñaban. Todo iba perfectamente. Después de comer, si no había visitas, Iván Ilich leía a veces algún libro del que se hablaba mucho, y por las noches se ocupaba de sus asuntos, es decir, repasaba documentos, estudiaba las leyes y confrontaba las declaraciones con los artículos de la ley. Este trabajo no le resultaba alegre ni aburrido. Sólo le aburría cuando se podía jugar al *whist*; pero si no tenía ocasión de hacerlo, prefería trabajar así a estar en casa solo o acompañado de su mujer. Los placeres de Iván Ilich se cifraban en las comidas que ofrecía a personas importantes, señoras y caballeros; y esa manera de pasar el tiempo en compañía de ellos se asemejaba al pasatiempo de hombres como él, lo mismo que su salón se parecía a todos los salones.

Una vez, hasta organizaron un baile. Iván Ilich se sentía contento y todo iba perfectamente, cuando, de repente, surgió una terrible discusión a causa de las tartas y los bombones. Praskovia Fiodorovna tenía su proyecto respecto de estas cosas, pero Iván Ilich insistió en que se encargaran en una de las mejores pastelerías. Había pedido tal cantidad de tartas que sobraron y la cuenta ascendió a cuarenta y cinco rublos. La discusión había sido muy desagradable. Praskovia Fiodorovna lo había tachado de necio y de amargado. Iván Ilich se había llevado las manos a la cabeza; y, en su acaloramiento, habló del divorcio. Sin embargo, la velada resultó muy alegre. Asistió la mejor sociedad; e Iván Ilich bailó con la princesa Trufonovs, hermana de la célebre princesa que había creado la sociedad llamada: «Llévate mis penas». Las alegrías oficiales eran las del amor propio; las sociales eran las de la vanidad; pero las verdaderas alegrías de Iván Ilich eran las que le proporcionaban el juego de *whist*. Confesaba que, después de cualquier contrariedad en su vida, su mayor alegría, que era como una vela encendida ante todas las demás alegrías, era sentarse a la mesa con buenos jugadores tranquilos, y organizar una partida entre cuatro (entre cinco le resultaba penoso, aunque fingiera que le agradaba mucho), jugar de una manera inteligente y beber un vaso de vino. Iván Ilich se acostaba en una disposición de ánimo particularmente buena después de haber obtenido una pequeña ganancia al *whist* (las grandes le resultaban desagradables).

Así vivían los Golovin. Recibían en su casa a la mejor sociedad, tanto personas importantes como hombres jóvenes.

El punto de vista respecto de las amistades del matrimonio, así como el de la hija, eran exactamente iguales. Sin ponerse de acuerdo, sabían rechazar a los parientes y amigos inoportunos que llegaban a su salón, de paredes adornadas con platos japoneses, deshaciéndose en amabilidades y caricias. En breve, esas personas suspendieron sus visitas; y en casa de los Golovin quedó la mejor sociedad. Los jóvenes hacían la corte a Lisanka; y Petrishev, único heredero de su fortuna y juez de Instrucción, galanteaba a la muchacha de tal modo que Iván Ilich discutió con Praskovia Fiodorovna la conveniencia de organizar algún paseo en *troika* o algún espectáculo para los dos jóvenes. Así transcurría la vida, siempre inmutable; y todo marchaba bien.

IV

Todos gozaban de buena salud, porque no se podía considerar como enfermedad el que Iván Ilich tuviera a veces mal sabor de boca y una desagradable sensación en el lado izquierdo del vientre.

Pero esa sensación desagradable fue en aumento; y sustituyó, no precisamente por un dolor, sino por un peso constante, que provocaba el mal humor de Iván Ilich. Ese mal humor, que iba acrecentándose, estropeaba la vida fácil y digna que se había establecido en la familia. Marido y mujer empezaron a discutir cada vez con más frecuencia; pronto se destruyó el encanto de su vida fácil y agradable; y a duras penas pudieron mantener las apariencias. Las escenas violentas se volvieron más frecuentes. Y, lo mismo que antes, sólo quedaban algunas islas en las que podían vivir sin que se produjeran explosiones.

Praskovia Fiodorovna decía, no sin razón, que su marido tenía un carácter difícil. Con la costumbre de exagerar que le era propia, afirmaba que siempre había sido así, que era preciso tener su bondad para haber podido soportarlo por espacio de veinte años. Bien es verdad que ahora era Iván Ilich quien provocaba las discusiones. Empezaba a rezongar siempre en el momento de sentarse a la mesa y, con frecuencia, precisamente cuando iban a tomar la sopa. Tan pronto notaba que alguna pieza de la vasija estaba desportillada, tan pronto le disgustaba algún plato, tan pronto que su hijo pusiera los codos en la mesa, como el peinado de Lisanka. Y culpaba de todo ello a Praskovia Fiodorovna. Al principio, ésta solía replicar una serie de cosas desagradables; pero, en dos ocasiones, Iván Ilich había llegado a una exasperación tal, que comprendió que se trataba de un estado enfermizo, provocado al ingerir alimento; y se resignó. Ya no la contradecía, limitándose a apresurar la comida. Consideraba que su resignación tenía mucho mérito. Habiendo decidido que su marido tenía muy mal carácter y que la había hecho desgraciada, empezó a compadecerse de sí misma. Y cuanto más se compadecía, más odiaba a su marido. Le hubiera deseado la muerte; pero no podía deseársela porque con él perdería también el sueldo. Eso la irritaba más contra Iván Ilich. Se consideraba desgraciadísima, porque ni siquiera la muerte podía salvarla. Trataba de ocultar su irritación; y eso era, precisamente, lo que aumentaba la de su marido.

Después de una escena en la que Iván Ilich fue particularmente injusto y a raíz de la cual confesó que, en efecto, era muy irascible, pero que eso se debía a una enfermedad, Praskovia Fiodorovna le dijo que debía ponerse en tratamiento; y le aconsejó que consultara a un médico célebre.

Iván Ilich fue, pues, a casa del doctor. Todo ocurrió como esperaba, es decir, como acontece siempre: la espera, el aire de importancia afectada del médico, que Iván Ilich conocía tan bien; la auscultación y las preguntas que exigían de antemano unas respuestas determinadas y evidentemente inútiles, así como la expresión significativa que parecía decir que no tenía uno más que someterse para que todo quedara resuelto, que él tenía el medio de arreglar las cosas, siempre del mismo modo, para cualquier persona que se presentase. Todo era exactamente igual que en el Palacio de Justicia. Lo mismo que él adoptaba cierta actitud ante los acusados, el doctor la adoptaba ante él.

El médico dijo a Iván Ilich que tal y cual cosa indicaban que padecía de tal otra; pero que si los análisis no lo confirmaban, sería menester suponer que padecía otra enfermedad. Y si se hacía esta hipótesis, entonces... A Iván Ilich sólo le interesaba la siguiente cuestión: ¿su enfermedad era grave o no? Pero el médico lo ignoraba. La pregunta de Iván Ilich era muy inoportuna. El médico opinaba que era inútil y que no se debía dilucidar. Era preciso averiguar, en cambio, si se trataba de un riñón flotante, de un catarro intestinal crónico o de una enfermedad del intestino ciego. No se trataba de la

vida de Iván Ilich, sino tan sólo de saber cuál era su padecimiento. Resolvió la cuestión ante Iván Ilich de un modo brillante a favor del intestino ciego, diciendo que un análisis de orina podía dar nuevos indicios y que entonces volverían a practicar un reconocimiento. Todo aquello era exactamente igual que lo que había hecho con gran brillantez miles de veces el propio Iván Ilich ante los acusados. El médico procedió a hacer un resumen con igual brillantez; después de lo cual miró a su paciente por encima de los lentes con expresión triunfante, casi alegre. Iván Ilich dedujo de aquel resumen que estaba bastante grave y que todo aquello le tenía sin cuidado al médico y probablemente también a todos los demás. Ese hecho impresionó dolorosamente a Iván Ilich, provocando en él un profundo sentimiento de compasión hacia sí mismo y de un gran rencor hacia aquel médico, indiferente ante un problema tan grave. Sin embargo, no hizo ningún comentario; se levantó y, poniendo el dinero en la mesa, suspiró diciendo:

—Probablemente, nosotros, los enfermos, les hacemos a ustedes preguntas inoportunas. Pero, dígame: ¿es grave mi enfermedad?

El médico le echó una mirada severa, con un solo ojo, a través de los lentes, como diciendo: «Acusado, si no se limita usted a contestar a las preguntas que se le hacen, me veré obligado a ordenar que lo arrojen de la sala».

—Ya le he dicho lo que considero necesario y conveniente —replicó en voz alta—. El análisis dirá lo demás.

Y el doctor saludó.

Iván Ilich salió, despacio, se instaló tristemente en el trineo y se fue a su casa. Durante todo el trayecto no cesó de sopesar lo que le había dicho el doctor, procurando traducir a un lenguaje corriente sus enrevesadas y confusas palabras científicas y responder con ellas a la pregunta de si estaba mal, muy mal o si aún tenía salvación. Por todo lo que había dicho el doctor, le parecía que se encontraba muy mal. En las calles todo le pareció triste: los cocheros, los transeúntes, las tiendas. Aquel dolor sordo y lento, que no cesaba ni un minuto, adquiría un significado nuevo, más serio, al relacionarlo con las palabras oscuras del doctor. Iván Ilich prestaba atención a su dolor, con un sentimiento nuevo y penoso.

Al regresar a su casa, empezó a contar a su mujer lo que le había dicho el médico. Pero cuando iba por la mitad de su relato, entró su hija, con el sombrero puesto: se disponía a salir con Praskovia Fiodorovna. Hizo un esfuerzo para sentarse a escuchar las palabras aburridas de Iván Ilich; pero no pudo resistirlas hasta el final, ni la madre tampoco.

Bueno, me alegro mucho; ahora debes tener cuidado de tomar las medicinas con toda regularidad, Dame la receta, voy a mandar a Guerasim a la farmacia —dijo; y fue a vestirse.

Iván Ilich había estado sin aliento mientras su mujer estaba en la habitación; y suspiró profundamente al verla salir.

«¿Quién sabe? Tal vez todavía no sea nada...».

Empezó a tomar los medicamentos, cumpliendo la prescripción del médico, que cambió después del análisis de orina. Sin embargo, de ese análisis y de lo que se derivó de él hubo una confusión. No había manera de llegar hasta el doctor, y el resultado fue que no se hacía lo que había mandado. Tal vez había olvidado algo, había mentido o trataba de ocultarle alguna cosa.

No obstante, Iván Ilich seguía cumpliendo las prescripciones del médico; y, durante el primer tiempo, encontró así cierto consuelo.

Desde su visita al doctor, su ocupación principal consistía en cumplir con toda exactitud las

órdenes que le había dado, relativas a la higiene, a las medicinas, a la observación de su dolor y de todas las funciones de su organismo. Las enfermedades y la salud de los seres humanos constituían uno de los mayores intereses de Iván Ilich. Cuando se hablaba delante de él de muertos, enfermos o de personas que se habían curado, sobre todo de una enfermedad que se pareciera a la suya, tratando de ocultar su emoción, escuchaba con todo interés, y hacía preguntas y comparaciones con su propio mal.

El dolor no disminuía; pero Iván Ilich hacía esfuerzos para pensar que se encontraba mejor. Y lograba engañarse, mientras nada lo emocionase. Pero en cuanto surgía una disputa con su mujer, una contrariedad en su trabajo o perdía en el juego, inmediatamente sentía todo el peso de su enfermedad. En otro tiempo, soportaba todos los fracasos, esperando que no tardaría en vencer la mala suerte, que llegaría el buen éxito. Ahora, cualquier contrariedad lo abatía y lo llevaba a la desesperación. Solía decirse: «¡Vaya! En cuanto empezaba a sentirme mejor, en cuanto empezaba a hacerme efecto la medicina, me ha sobrevenido esa maldita desgracia...». Y se enfurecía contra la desgracia o contra las personas que le daban disgustos y lo mataban. Se daba cuenta de que esa misma ira lo llevaba a la tumba; pero no era capaz de dominarse. Al parecer, debía ser evidente que su irritación contra las circunstancias agravaba su enfermedad y que, por tanto, no debía hacer caso de ningún hecho desagradable. Sin embargo, sus razonamientos eran contrarios: decía que la paz le era imprescindible y, al mismo tiempo, prestaba atención a todo lo que la destruía y, cada vez que esto pasaba, se dejaba llevar por la ira. La lectura de los libros de medicina y las consultas que hacía a los médicos agravaban su situación. Empeoraba tan paulatinamente, que podía engañarse al comparar un día con otro; no había casi diferencia. Pero, cuando consultaba a los doctores, le parecía que había empeorado e incluso que esto ocurría muy rápidamente. Sin embargo, no cesaba de acudir a ellos.

Aquel mismo mes consultó a otro médico eminente. Éste le dijo casi lo mismo que el primero, aunque planteó la cuestión de otra manera. Su dictamen no hizo más que aumentar las dudas y el temor de Iván Ilich. Un amigo de un compañero suyo —un buen doctor— diagnosticó su enfermedad de un modo totalmente distinto. A pesar de que opinaba que se curaría, no hizo más que conducirlo a una confusión y a una duda mayores que antes, por medio de sus preguntas y de sus hipótesis. El dictamen del médico homeópata fue diferente; dio a Iván Ilich una medicina, que éste tomaba a escondidas desde hacía una semana. Pero, al no sentir ningún alivio, Iván Ilich perdió la confianza, tanto en las medicinas anteriores como en la nueva; y fue presa de un gran decaimiento. Un día, una señora conocida refirió una cura mediante unos iconos. Iván Ilich se dio cuenta, de pronto, que escuchaba con atención y trataba de comprobar la verosimilitud de aquel hecho. Aquello lo asustó. «¿Es posible que mis facultades mentales se hayan debilitado tanto? —se dijo—. Esto es absurdo. Son tonterías. No debe uno dejarse llevar por las dudas; es preciso elegir un médico y seguir sus prescripciones. Y es lo que voy a hacer. ¡Se acabó! No voy a pensar más; y observaré, con toda exactitud, el tratamiento hasta el verano. Ya veremos, después. Tengo que poner fin a esas vacilaciones...». Era fácil decir esto; pero imposible cumplirlo. El dolor del costado lo atormentaba sin cesar, aumentaba a cada momento y llegó a ser constante; iba perdiendo el apetito y las fuerzas; el mal sabor de boca se hacía más extraño e Iván Ilich tenía la impresión de que le olía mal el aliento. No era posible engañarse. Algo horrible, nuevo y tan importante como jamás le había sucedido, se estaba realizando dentro de su ser. Y él era el único que lo sabía; los que lo rodeaban no lo comprendían o no querían comprenderlo, y pensaban que todo seguía igual que siempre. Eso era lo que más hacía sufrir a Iván Ilich. Su familia, principalmente su mujer y su hija, que se entregaban de

llo a la vida de sociedad, no entendían nada y se irritaban porque Iván Ilich estaba de mal humor y se mostraba exigente, como si fuese culpable de ello. Aunque trataban de ocultarlo, Iván Ilich se daba cuenta de que constituía un obstáculo para ellas; su mujer había adoptado cierta actitud respecto de su enfermedad; y la observaba, independientemente de lo que él dijera e hiciera.

—¿Saben ustedes que Iván Ilich no puede someterse rigurosamente a un tratamiento, como lo haría cualquiera? —decía a sus conocidos—. Hoy toma las gotas, come lo que le han ordenado y se acuesta a su debida hora; pero mañana, si no estoy al tanto, se le olvidará tomar la medicina, comerá esturión, cosa que le está prohibida, y permanecerá jugando al *whist* hasta la una de la madrugada.

—¿Cuándo hago eso? —replicaba Iván Ilich, irritado—. Sólo lo hice una vez, en casa de Piotr Ivanovich.

—Y también ayer, con Shebek.

—Es igual; de todas maneras no hubiera podido dormir a causa del dolor...

—Sea por lo que sea; pero el caso es que así no te vas a curar nunca y a nosotros nos atormentas.

Todo lo que Praskovia Fiodorovna expresaba respecto de la enfermedad de Iván Ilich, tanto a los extraños como a él mismo, significaba que su marido era culpable de estar enfermo y que dicha enfermedad constituía un nuevo disgusto que le ocasionaba. Iván Ilich se daba cuenta de que Praskovia Fiodorovna procedía de este modo involuntariamente; mas eso no le servía de ayuda.

En el Tribunal, Iván Ilich notaba o creía notar esa misma extraña actitud; ora le parecía que lo miraban como a un hombre que no tardaría en dejar su plaza vacante, ora sus compañeros le gastaban bromas respecto de su susceptibilidad, como si aquella cosa terrible, horrorosa, inaudita, que le sucedía y que, sin dejar de minarlo, lo arrastraba irresistiblemente no sabía adonde, fuese el objeto más divertido para sus bromas. Schwartz, sobre todo, era el que más lo irritaba con su carácter jovial, lleno de vida y con su actitud *comme il faut*, que le recordaba que él había sido así diez años atrás.

Llegaban los amigos para jugar a las cartas. Todo iba bien; la partida resultaba alegre. Pero, de pronto, Iván Ilich sentía aquel dolor agudo y aquel mal sabor de boca; y le parecía que había algo salvaje en el regocijo de los demás.

Miraba cómo Mijail Mijailovich, su compañero de juego, golpeaba la mesa con sus manos sanguíneas; y se contenía, por indulgencia y cortesía, de tomar las cartas acercándose a Iván Ilich para que éste tuviera el placer de alcanzarlas sin hacer un esfuerzo y sin tener que alargar la mano. «¡Cómo! ¿Es que se figura que estoy tan débil que no soy capaz de alargar la mano?», se decía Iván Ilich; y, olvidando que tenía los ases, hacía una jugada equivocada, y perdía. Pero lo peor de todo era ver el interés que ponía Mijail Mijailovich por ganar, cuando a él le daba igual. Y era terrible pensar por qué le daba igual.

Todos notaban que Iván Ilich se encontraba mal, y le decían: «Podemos suspender el juego, si está cansado. Descanse un poco». ¿Descansar? No; no estaba cansado en absoluto. Terminaban la partida. Todos se mostraban sombríos y silenciosos. Iván Ilich se daba cuenta de que él era la causa de aquel estado de ánimo; pero no estaba en disposición de disiparlo. Después de cenar, los compañeros se iban; e Iván Ilich se quedaba solo, con la sensación de que su vida estaba envenenada, de que envenenaba la de los demás y de que ese veneno no disminuía, sino que penetraba cada vez más en su ser.

Con esa sensación, acompañada de dolor físico y de terror, era necesario acostarse; y, a menudo, no podía dormir la mayor parte de la noche. A la mañana siguiente había que levantarse de nuevo,

vestirse, ir al Tribunal, hablar, escribir, o quedarse en casa las veinticuatro horas seguidas, de las que cada una constituía sufrimiento. Y era preciso vivir solo en el borde del precipicio, sin que un ser lo entendiera y se apiadase de él.

Así transcurrieron dos meses. Antes de Año Nuevo, llegó el cuñado de Iván Ilich y se detuvo en su casa. Iván Ilich estaba en el Tribunal. Praskovia Fiodorovna había salido de compras. Al entrar en su despacho, Iván Ilich encontró allí a su cuñado, que, con sus propias manos, sacaba las cosas de las maletas. Era un hombre sanguíneo y de complexión robusta. Levantó la cabeza al oír pasos; y, por espacio de un momento, miró en silencio a su pariente. Esa mirada le reveló todo. Su cuñado abrió la boca para proferir una exclamación; pero se contuvo. Eso confirmó las dudas de Iván Ilich.

—¿Qué? ¿He cambiado?

—Sí..., has cambiado.

Después, cuando Iván Ilich intentó varias veces reanudar la conversación acerca de su aspecto, su cuñado guardó silencio. Al llegar Praskovia Fiodorovna, su hermano entró en sus habitaciones. Iván Ilich cerró la puerta con llave y fue a mirarse al espejo, primero de frente y luego de perfil. Tomó una fotografía, en que estaba retratado con su mujer, y la comparó con la imagen que reflejaba el espejo. Se observaba un cambio enorme. Entonces, se remangó hasta los codos, se miró los brazos, volvió a bajar las mangas y se sentó en un sofá, presa de un desánimo más negro que la noche.

«No debo pensar... No debo pensar», se dijo; y, levantándose de un salto, se acercó a la mesa y empezó a leer un asunto judicial. Pero no le fue posible concentrarse. Abrió la puerta y fue a la sala. La puerta del salón estaba cerrada. Se acercó a ella, de puntillas, y escuchó.

—Exageras —decía Praskovia Fiodorovna.

—¿Qué voy a exagerar! ¿No te das cuenta de que es un hombre muerto? Fíjate en sus ojos. No tienen luz. ¿Y qué es lo que tiene?

—Nadie lo sabe. Nikolaiev (era uno de los médicos), ha diagnosticado algo; pero no sé exactamente qué. Leschetitsky (era un doctor inminente) opina lo contrario.

Iván Ilich se retiró de la puerta y entró en su habitación. Después, se tendió y empezó a pensar: «El riñón, el riñón flotante». Recordó lo que le habían dicho los médicos acerca de cómo se le había desprendido y cómo flotaba. Haciendo un esfuerzo de imaginación, procuraba asir ese riñón para detenerlo y afianzarlo. ¡Le parecía que se necesitaba tan poca cosa para eso...! «Iré otra vez a ver a Piotr Ivanovich». (Era aquel compañero suyo que tenía un amigo médico). Llamó al criado, le ordenó que preparara el coche; y se dispuso a partir.

—¿Adónde vas, *Jean*? —le preguntó su mujer, con una expresión particularmente triste y bondadosa, desacostumbrada en ella.

Esto último irritó a Iván Ilich. Miró a su mujer, con aire sombrío.

—Necesito ir a ver a Piotr Ivanovich.

Al llegar a casa de su amigo, ambos fueron a ver al doctor. Éste recibió a Iván Ilich y conversó largo rato con él. Analizando anatómica y fisiológicamente los detalles de lo que, según opinaba el doctor, le ocurría, Iván Ilich comprendió todo.

Había una cosa muy pequeña en el intestino ciego. Aquello podía arreglarse. Era preciso aumentar la energía de un órgano, debilitar la actividad de otro; y se produciría una absorción, con lo que todo se normalizaría. Iván Ilich se retrasó un poco para la cena. Después de cenar, charló un rato alegremente; pero tardó mucho en decidirse a volver a su despacho para trabajar. Finalmente lo hizo, y puso enseguida manos a la obra. Examinó algunos documentos sin que lo abandonara la conciencia de que tenía un asunto importante, íntimo, del que tendría que ocuparse al acabar con el

trabajo. Cuando terminó su trabajo, recordó que aquel asunto íntimo era pensar en el intestino ciego. Pero no se dejó llevar por ese pensamiento; y fue a tomar el té al salón. Había invitados que charlaban, cantaban y tocaban el piano. Entre ellos se encontraba el juez de Instrucción, futuro prometido de Liza. Iván Ilich pasó aquella velada más alegremente que otras, según observó Praskovia Fiodorovna. Sin embargo, no olvidaba ni un momento que había aplazado para después la importante meditación acerca del intestino ciego. A las once, se despidió y se retiró a su habitación. Desde que había caído enfermo dormía solo, en un pequeño cuarto contiguo al despacho. Al llegar allí, se desnudó y tomó una novela de Zola; pero no pudo leer y empezó a pensar. En su Imaginación se realizaba el deseado arreglo del intestino ciego. Se representaba la absorción, la eliminación y el restablecimiento. «Todo esto es así; pero es necesario ayudar a la naturaleza», se dijo. Al acordarse de la medicina, se incorporó; y, después de tomarla, se tendió de espaldas, para prestar atención a su acción favorable y fijarse en cómo le hacía desaparecer el dolor. «Lo que hace falta es tomarla con regularidad y evitar las influencias perniciosas; ya me siento algo mejor, mucho mejor». Se palpó el costado y notó que no le dolía al tocarlo. «No lo siento, verdaderamente estoy mucho mejor». Apagó la vela y se echó de lado. «El intestino ciego realiza la absorción y se está curando». De pronto, sintió el antiguo dolor, que le era tan familiar, aquel dolor sordo, lento, tenaz y serio, y el mismo mal sabor de boca. Se le oprimió el corazón y se confundieron sus ideas. «¡Dios mío! ¡Dios mío! Otra vez, otra vez lo mismo. Esto no cesará nunca». Súbitamente, aquella cuestión se le representó bajo un aspecto distinto. «¡El intestino ciego! ¡El riñón!... No se trata del intestino ciego ni del riñón, sino de la vida y... de la muerte. La vida existe; pero he aquí que se va y que no soy capaz de retenerla. ¿Para qué engañarse a si mismo? ¿Acaso no están convencidos todos, excepto yo, de que me voy a morir y de que la cuestión estriba tan sólo en la cantidad de semanas o días que me quedan de vida? Tal vez, ahora mismo... Aquello era la luz y esto son las tinieblas. Entonces estaba aquí y ahora me voy a allí. Pero... ¿adónde?». Sintió frío y se le cortó la respiración. Ya no oía más que los latidos de su corazón.

«Cuando yo no exista, ¿qué habrá? Nada. ¿Dónde estaré, pues, cuando no exista? ¿Es posible que sea la muerte? No, no quiero». Iván Ilich se levantó, de un salto; y, al buscar a tientas la vela con sus manos temblorosas, la dejó caer al suelo, con la palmatoria; y volvió a echarse, reclinando la cabeza sobre la almohada «¿Para qué? Es igual», se dijo, fijando los ojos en la oscuridad. «La muerte. Sí, la muerte y ninguno de ellos lo sabe, no quiere saberlo ni lo siente. Están tocando (se oía desde lejos una voz que cantaba y repetía un *ritornello*). A ellos les tiene sin cuidado; y, sin embargo, han de morir también. ¡Qué tontos! A mí me ha llegado antes, a ellos les llegará después; pero tendrán lo mismo. A pesar de eso, se divierten. ¡Qué animales!». La ira lo ahogaba. Experimentó una angustia insoportable. «No es posible que todos estén eternamente condenados a este horrible terror». Iván Ilich se levantó.

«Algo no marcha. Es preciso calmarse y reflexionar». E Iván Ilich empezó a pensar. «La enfermedad empezó... Me di un golpe en un costado. Pero seguí bien, tanto aquel día como el siguiente, exceptuando un pequeño dolor que fue en aumento. Después, visité al médico. Me sentía triste y abatido; y volví a consultar a otros. Y cada vez me acercaba más al precipicio. Me iba debilitando. Y ahora me encuentro agotado y sin luz en los ojos. La muerte está aquí y yo pienso en el intestino ciego. Pienso en la manera de curar el intestino, cuando se trata de la muerte. Pero ¿es posible que sea la muerte?». De nuevo lo invadió el terror y sintió ahogo. Al agacharse para buscar las cerillas, apoyó el codo en una silla y se hizo daño. Irritado, se apoyó con más fuerza; y volcó la

silla. Desesperado y sofocándose, se echó de espaldas y esperó que la muerte viniera de un momento a otro.

Entre tanto, empezaron a despedirse los invitados. Praskovia Fiodorovna los acompañaba a la puerta. Al oír que se había caído algo, entró en la habitación de Iván Ilich.

—¿Qué te pasa?

—Nada. La he tirado sin querer.

Praskovia Fiodorovna salió y volvió con una vela. Iván Ilich estaba tendido sobre la cama, respirando rápida y fatigosamente, como un hombre que acaba de recorrer una *versta* a toda velocidad. Fijó la mirada en su esposa.

—¿Qué te pasa, *Jean*?

—Na... da. He de... ja... do caer...

«¿Para qué hablar? No me comprendería», pensó. En efecto, Praskovia Fiodorovna no comprendió nada. Recogió la palmatoria, encendió la vela y salió presurosamente: tenía que acompañar a un invitado a la puerta.

Cuando volvió a la habitación, Iván Ilich seguía echado de espaldas mirando hacia arriba.

—¿Qué te pasa? ¿Estás peor?

—Sí.

Praskovia Fiodorovna movió la cabeza.

—Oye, *Jean*; tal vez sea conveniente que llamemos a Leschetitsky —dijo, después de permanecer sentada un rato a su lado.

Llamar a aquel célebre médico significaba que Praskovia Fiodorovna no reparaba en gastos. Iván Ilich la miró con expresión malévola y dijo:

—No.

Praskovia Fiodorovna permaneció sentada otro ratito; después se acercó a su marido y lo besó en la frente.

Iván Ilich sintió un odio profundo hacia su mujer en el momento en que ésta lo besaba; e hizo un esfuerzo para no rechazarla.

—Buenas noches. Dios quiera que duermas.

—Sí...

VI

Iván Ilich notaba que iba a morir; y se encontraba en un constante estado de desesperación.

En el fondo de su alma sabía que iba a morir; pero, no sólo no se acostumbraba a esa idea, sino que no la comprendía, ni hubiera podido comprenderla de ningún modo.

El ejemplo del silogismo que había aprendido en la lógica de Kiseveter: «Cayo es un hombre; los hombres son mortales. Por tanto, Cayo es mortal», le parecía aplicable solamente a Cayo, pero de ningún modo a sí mismo. Cayo era un hombre como todos, y eso era perfectamente justo; pero él no era Cayo, no era un hombre como todos, sino que siempre había sido completamente distinto de los demás. Era Vania con su papá y su mamá, con Mitia y Volodia, con los juguetes, con el cochero, la niñera y, después, con Katia, con todas sus alegrías, sus penas y sus entusiasmos de la infancia, la adolescencia y la juventud. ¿Acaso existió para Cayo aquel olor del balón de cuero a rayas, que tanto quería Vania? ¿Acaso Cayo besaba la mano de su madre como él? ¿Acaso oía Cayo el rumor que producían los frunces de su vestido de seda? ¿Acaso alborotaba por unos pastelillos en la Escuela de Jurisprudencia? ¿Acaso había estado enamorado como él? ¿Acaso podía presidir una sesión?

«Cayo es realmente mortal; por tanto, es justo que muera; pero yo, Vania, Iván Ilich, con mis sentimientos y mis ideas... es distinto. Es imposible que deba morir. Sería demasiado terrible».

Esto era lo que sentía Iván Ilich.

«Si tuviera que morirme, como Cayo, lo sabría, me lo diría una voz interior; pero no siento nada semejante. Tanto mis amigos como yo habíamos comprendido que no nos ocurriría lo que a Cayo. Sin embargo, ¡he aquí lo que me ocurre! ¡No puede ser! ¡No puede ser! No puede ser, pero es. ¿Cómo ha sucedido? ¿Cómo comprenderlo?», se decía.

No le era posible comprender; y trataba de rechazar esa idea como una idea falsa, errónea y enfermiza, por medio de ideas justas y sanas. No obstante, esa idea volvía, como una realidad, y se detenía ante él.

Trataba de fijar su atención en otros pensamientos, por turno, con la esperanza de que le prestasen apoyo. Luchaba por volver a sus ideas de antes, aquellas ideas que le ocultaban la de la muerte. Pero cosa rara: lo que antes velaba, ocultaba y destruía la conciencia de la muerte no producía ahora el mismo efecto. Durante la última época, Iván Ilich pasaba la mayor parte del tiempo intentando restablecer la marcha de sus antiguos sentimientos, que velaban la idea de la muerte. Se decía: «Me ocuparé del servicio. Sea como sea, he vivido gracias a él». Iba al Tribunal, provocando apartar las dudas que lo asaltaban; entablaba conversación con los compañeros; y, mientras se sentaba, de acuerdo con su antigua costumbre, dirigía una mirada distraída y pensativa a la multitud, apoyaba sus manos adelgazadas en los brazos del sillón de roble, y, al inclinarse hacia su colega, le mostraba la causa y le cuchicheaba algo. Después, levantando la vista e irguiéndose, pronunciaba ciertas palabras; y daba por comenzada la sesión. Pero, súbitamente, en medio de ésta, sin tener en cuenta el desarrollo de la causa, el dolor comenzaba su obra roedora. Iván Ilich escuchaba, y procuraba alejar la idea de la muerte. Pero ésta se erguía ante él y lo miraba. Iván Ilich se quedaba petrificado; se apagaba el brillo de sus ojos y empezaba a preguntarse, de nuevo: «¿Será posible que sólo *ella* sea la *verdad*?». Entonces, tanto sus compañeros como sus subordinados veían, con sorpresa y amargura, que ese juez, tan fino y tan brillante, se embrollaba y cometía errores. Iván Ilich se sobreponía, trataba de volver en sí y conseguía llegar al fin de la causa. Volvía a su casa con la triste conciencia de que los asuntos judiciales no podían ya ocultarle, como antes, lo que deseaba ignorar; no podían librarlo de

ella. Y lo peor del caso era que *ella* no lo atraía para que hiciera algo, sino tan sólo para que la contemplara, para que la mirara directamente a los ojos y padeciera indeciblemente.

Con objeto de escapar de esa situación, Iván Ilich buscaba el consuelo tras de otros velos. Estos surgían y parecían protegerlo un corto espacio de tiempo; pero no tardaban en volverse diáfanos; era como si *ella* pasara a través de todo, como si nada pudiera ocultarla.

Durante los últimos tiempos solía entrar en el salón que él mismo había arreglado —aquel salón en el que había estado a punto de caerse y en cuya instalación había sacrificado su vida, lo recordaba con sarcasmo, ya que le constaba que su enfermedad se debía a ese golpe—, y veía que la mesa barnizada tenía un arañazo. Buscaba el motivo, y se daba cuenta de que era debido al adorno de bronce de un álbum, que se había desprendido en una de las esquinas. Tomaba aquel álbum costoso, compuesto por él mismo, con tanto amor; y, al verlo desgarrado y con las fotografías revueltas, se indignaba de la negligencia de su hija y de sus amigos, ordenaba cuidadosamente los retratos y arreglaba la esquina desprendida.

Luego le venía la idea de cambiar todo aquel *établissement*, junto con el álbum, a otro rincón del salón, al lado de las flores. Llamaba al lacayo. Su hija o su mujer venían a ayudarlo; no se mostraban de acuerdo con él y lo contradecían. Entonces Iván Ilich discutía y se enfadaba. Pero todo aquello estaba bien, porque no se acordaba de *ella*, porque no la veía.

Pero he aquí que, de pronto, su mujer le decía: «Espera, los criados lo harán; te vas a hacer daño»; y entonces *ella* surgía tras el velo, e Iván Ilich la veía. Aún tenía esperanzas de que desapareciera enseguida; pero empezaba a prestar atención a su costado y notaba que allí seguía lo que le producía ese dolor lento, y ya no le era posible olvidar. Mientras tanto, *ella* lo miraba, claramente, a través de las flores. ¿Por qué ocurría todo aquello?

«En efecto, aquí junto a esta cortina, perdía mi vida como en una batalla. Pero ¿es posible? ¡Qué horrible y qué absurdo! ¡Eso no puede ser! ¡Eso no puede ser; pero es!».

Se iba al despacho, se acostaba y se quedaba a solas con *ella*. Estaba solo con *ella* y no había nada que hacer. Tenía que limitarse a mirarla; y le invadía un horror frío.

VII

Al tercer mes de la enfermedad de Iván Ilich —no podría decirse cómo ocurrió esto, porque fue una cosa paulatina e imperceptible— su mujer, sus hijos, los criados, los conocidos y los médicos y, sobre todo, él mismo, sabían que el interés que inspiraba a los demás consistía sólo en saber si dejaría pronto vacante la plaza, si libraría pronto a los vivos del fastidio que causaba su presencia y si él mismo se vería pronto libre de sus sufrimientos.

Cada vez dormía menos; le administraban opio y habían empezado a ponerle inyecciones de morfina. Pero eso no le aliviaba. El embotamiento que experimentaba en sus semiletargos lo había aliviado al principio, por ser una sensación nueva, pero luego se volvió tan atormentador o incluso más que el dolor franco.

Le preparaban platos especiales, por prescripción de los doctores; pero esos manjares le resultaban cada vez más insípidos y más repugnantes.

Se le hacían también preparativos especiales para la defecación, que constituían para él un verdadero tormento, tormento causado por la suciedad, el mal olor, la inconveniencia y porque otro hombre asistía a tal función.

Sin embargo, Iván Ilich halló un consuelo en aquel menester molesto. Era Guerasim quien lo asistía en estos casos. Era un *mujik* joven, lozano, limpio y cebado con manjares ciudadanos. Siempre estaba alegre y de buen humor. Al principio, Iván Ilich se turbaba al ver a aquel hombre, siempre limpio y vestido a la usanza rusa, cumpliendo aquella tarea desagradable. Un día, después de aquella función, sin fuerzas para ponerse los pantalones, se dejó caer en una butaca y miró, horrorizado, sus débiles muslos desnudos, de músculos muy marcados.

Entró Guerasim con sus pasos fuertes y ligeros, calzado con gruesas botas, despidiendo un olor agradable a brea y a aire fresco de invierno. Llevaba la camisa de percal remangada, dejando al descubierto sus brazos jóvenes y robustos, y un delantal de hilo muy limpio. Sin mirar a Iván Ilich y conteniendo la alegría de vivir que se reflejaba en su rostro, para no ofenderlo, se dispuso a cumplir su tarea.

—Guerasim —dijo Iván Ilich, con voz débil.

El criado se estremeció, temiendo haber cometido una torpeza; y con un movimiento rápido volvió hacia Iván Ilich su cara lozana, bondadosa, sencilla y joven, en la que apenas empezaba a apuntar la barba.

—¿Qué desea, señor?

—Me figuro que esto es desagradable para ti. Perdóname, pero no puedo...

—¡En absoluto! —exclamó Guerasim, con un brillo en los ojos y mostrando sus dientes blancos y sanos—. No me molesta nada; está usted enfermo.

Con sus manos diestras y fuertes, cumplió su tarea habitual, saliendo de la habitación con paso ligero. Al cabo de cinco minutos, volvió del mismo modo.

Iván Ilich seguía sentado en el sillón, en la misma actitud de antes.

—Guerasim, por favor, ven aquí. Ayúdame —el criado se acercó—. Ayúdame a incorporarme; me cuesta trabajo hacerlo solo y he despedido a Dimitri.

Guerasim rodeó, hábilmente, con sus vigorosos brazos, el cuerpo de Iván Ilich, lo levantó y, mientras lo sostenía con una mano, le alzó el pantalón con la otra, y quiso depositarlo de nuevo en el sillón. Pero Iván Ilich le rogó que lo acompañase al diván. Sin esfuerzo alguno, y como si no lo

agarrase siquiera, el criado lo trasladó allí, casi en vilo.

—Gracias. Con qué destreza y qué bien... lo haces todo.

El criado sonrió y se dispuso a salir de la habitación; pero Iván Ilich se encontraba tan a gusto con él, que no quiso que se marchara.

—Acércame esa silla, por favor. No, ésa no, la otra. Colócamela debajo de los pies. Me alivia tener los pies en alto.

Guerasim trajo la silla y la dejó en el suelo sin hacer ruido; después, levantó los pies de Iván Ilich y los colocó encima. Éste creyó sentir alivio en el momento en que Guerasim le levantaba los pies.

—Estoy mejor cuando tengo los pies en alto —repitió—. Ponme aquel cojín.

Guerasim obedeció. Había vuelto a colocarlos sobre el cojín. De nuevo el enfermo creyó sentirse mejor, mientras Guerasim le sostenía las piernas. En cuanto se las hubo dejado sobre el cojín, se sintió peor.

—Guerasim, ¿estás ocupado ahora? —preguntó.

—No, señor —replicó el criado, que había aprendido en la ciudad a hablar como es debido.

—¿Qué tienes que hacer aún?

—Ya he terminado mi faena. Sólo me queda partir leña para mañana.

—Entonces, sostenme los pies en alto, ¿quieres?

—¿Por qué no? Desde luego.

Guerasim levantó las piernas de Iván Ilich y éste creyó que en esa posición no sentía en absoluto el dolor.

—¿Cuándo vas a partir leña?

—No se preocupe usted. Tengo tiempo de sobra.

Iván Ilich mandó a Guerasim que se sentara y le sostuviera las piernas, en alto; y empezó a charlar con él. Y, cosa extraña, tuvo la sensación de encontrarse mejor de este modo.

Desde aquel día, Iván Ilich llamaba a veces al criado y le mandaba que le sostuviera los pies sobre sus hombros. Le gustaba hablar con él. Guerasim obedecía de buena gana. Hacía esto con facilidad, sencillez y una bondad tal, que enternecía a Iván Ilich. La salud, la fuerza y la energía vital de los seres humanos ofendían al enfermo; pero la fuerza y la energía vital de Guerasim no sólo no lo afligían, sino que hasta llegaban a apaciguarlo.

La mentira, esa mentira adoptada por todos, de que sólo estaba enfermo, pero que no se moría, que bastaba que estuviese tranquilo y se cuidase para que todo se arreglara, constituía el tormento principal de Iván Ilich. Le constaba que, por más cosas que hicieran, no se obtendría nada, excepto unos sufrimientos aún mayores y la muerte. Lo atormentaba que nadie quisiera reconocer lo que sabían todos e incluso él mismo, que quisieran seguir mintiendo respecto de su terrible situación y lo obligaran a tomar parte en aquella mentira. La mentira, esa mentira que se decía la víspera misma de su muerte, rebajando ese acto solemne y terrible hasta igualarlo con las visitas, las cortinas y el esturión para la comida... hacía sufrir terriblemente a Iván Ilich. Y, cosa rara, muchas veces, cuando veía que trataban de seguir engañándolo, estaba a punto de gritar: «¡Cesen de mentir! Ustedes saben, lo mismo que yo, que me muero. ¡Al menos cesen de mentir!». Pero nunca había tenido el valor de hacerlo. Veía que el terrible y horroroso acto de su muerte estaba rebajado por los que lo rodeaban hasta el grado de que pareciera una circunstancia desagradable, en parte hasta conveniente (se lo trataba como se trata a un hombre que entra en un salón despidiendo un olor desagradable), por la misma «conveniencia» a la que había servido durante toda su vida. Veía que nadie se apiadaría de él,

porque nadie podía comprender siquiera su situación. El único que lo entendía y se compadecía de él era Guerasim. Por eso Iván Ilich se sentía a gusto únicamente en su compañía. Se encontraba bien cuando Guerasim se pasaba la noche entera sosteniéndole las piernas y no consentía en irse a dormir diciendo: «Haga el favor de no preocuparse, Iván Ilich. Ya tendré tiempo de descansar». O también cuando, sin más ni más, empezaba a tutearlo y le decía: «Si no estuvieras enfermo... Pero así ¿cómo no servirte?». El único que no mentía era Guerasim. Por todos los síntomas era evidente que sólo él comprendía lo que pasaba, que no consideraba necesario ocultarlo y sentía compasión por su amo, que estaba agotado y débil. Una vez en que Iván Ilich le insistía que se fuera, llegó a decir sin ambages:

—Todos hemos de morir. ¿Cómo podría dejar de servirle ahora?

Con esas palabras expresó que no le pesaba realizar esa tarea, precisamente porque lo hacía por un hombre moribundo; y que tenía esperanzas de que alguien haría lo mismo por él cuando llegase el momento.

Aparte de aquella mentira, o tal vez a consecuencia de ella, lo más doloroso para Iván Ilich era que nadie se compadeciera de él, tal como hubiera querido. En ciertos momentos, después de haber sufrido prolongados dolores, deseaba —aunque le hubiera avergonzado reconocerlo— que se apiadaran de él, como de un niño enfermo. Deseaba que lo acariciaran, que le dieran besos, que lo mimasen como a un niño. Sabía que era un personaje importante, que tenía la barba entrecana y que, por consiguiente, aquello hubiera sido imposible. Sin embargo, lo deseaba. En el trato que Guerasim le dispensaba, había algo semejante a eso; y, por tanto, era lo único que lo consolaba: Iván Ilich tenía deseos de llorar, le gustaría que lo acariciasen y lo mimasen. Pero he aquí que llegaba Shebek, su colega; y en vez de llorar y de pedir caricias, Iván Ilich adoptaba una expresión seria, grave y reconcentrada; y, por la fuerza de la inercia, expresa su opinión sobre la importancia de una decisión del Tribunal de Casación, que sostiene tenazmente. Aquella mentira en torno suyo y dentro de él mismo envenenó más que nada los últimos días de su vida.

VIII

Era por la mañana. Eso se conocía solamente porque Guerasim se había marchado y había venido el lacayo Piotr, que había apagado las velas, había descorrido las cortinas y empezaba a arreglar la habitación en silencio. Era igual que fuese por la mañana o por la noche, que fuese viernes o domingo; siempre el mismo dolor atormentador, lento, que no cesaba ni un instante; la conciencia de que la vida se iba inevitablemente, pero que aún no se había ido; la aproximación de aquella muerte horrible, odiosa, que era la única realidad existente; y siempre la misma mentira. ¿Qué importaban los días, las semanas, las horas?

—¿Quiere tomar el té?

Iván Ilich pensó: «Ha de hacer las cosas con orden y que los señores tomen el té por la mañana».

Por eso se limitó a decir:

—No.

—¿Quiere trasladarse al diván?

«Necesita arreglar la habitación y yo le molesto. Constituyo la suciedad y el desorden», pensó

Iván Ilich; y replicó:

—No, déjeme.

El criado seguía afanándose en la estancia. Iván Ilich tendió una mano. Piotr se acercó a él servicialmente.

—¿Qué desea?

—El reloj.

Piotr tomó el reloj, que estaba al alcance de la mano de Iván Ilich, y se lo entregó:

—Las ocho y media. ¿Se han levantado ya?

—No. Sólo Vasili Ivanovich —era el hijo de Iván Ilich—; y se ha ido al gimnasio. Praskovia Fiodorovna me ha dado orden de despertarla si la llama usted. ¿La despierto?

—No; no la llames —«No se si tomar un poco de té», pensó—. Tráeme el té.

Piotr se dirigió hacia la puerta. Iván Ilich sintió terror de quedarse solo. «¿Cómo podía retenerlo? ¡Ah, sí! Con la medicina».

—Piotr, dame la medicina.

«Tal vez pueda aliviarme todavía». Tomó una cucharada. «No, no me aliviará. Todo esto no son más que absurdos y engaños», se dijo, en cuanto notó de nuevo aquel conocido y repugnante sabor. «No, no puedo creerlo. Pero ese dolor, ¿por qué tengo ese dolor? Si se calmara, al menos, por un momento». E Iván Ilich gimió. Piotr volvió sobre sus pasos.

—No, vete. Tráeme el té.

El criado salió. Al quedarse solo, Iván Ilich volvió a quejarse, no tanto de dolor como de pena. «Siempre igual, siempre igual; esas noches y esos días sin fin. Si al menos llegara más pronto. ¿El qué? La muerte, las tinieblas. ¡No, no! Todo es preferible a la muerte».

Cuando Piotr entró, trayendo el té en una bandeja, Iván Ilich lo miró, durante un gran rato, con una mirada extraviada, sin comprender quién era ni para qué venía. Piotr se turbó al sentir aquella mirada; y fue entonces cuando Iván Ilich se recobró.

—¡Ah, sí! El té... Muy bien. Déjalo ahí. Ayúdame antes a lavarme y a ponerme una camisa limpia.

Iván Ilich empezó a lavarse. Descansando entre una cosa y otra, se lavó las manos y la cara, se limpió los dientes y, al ir a peinarse, se miró al espejo. Le horrorizó, sobre todo, ver que sus cabellos

estaban pegados a su pálida frente.

Mientras se cambiaba de camisa, no quiso mirarse el cuerpo, porque sabía que lo aterraría aún más. Finalmente, terminó su aseo. Se puso un batín, se cubrió con una manta de viaje y se instaló en una butaca, para tomar el té. Por un momento, se sintió refrescado; pero en cuanto probó el té, volvió a notar el mismo mal sabor de boca y el mismo dolor. Hizo grandes esfuerzos para terminar de tomarlo; y se tendió, estirando las piernas. Despidió a Piotr.

Seguía igual. Tan pronto fulguraba una esperanza como se agitaba el mar de desesperación; y siempre el mismo dolor, siempre la misma tristeza. Al estar solo, sentía una pena terrible; y hubiera deseado llamar a alguien; pero sabía, de antemano, que en presencia de los demás estaría peor. «Si al menos me pusieran morfina y pudiera olvidar... Diré al doctor que me mande algo nuevo. Así es imposible, imposible».

De este modo transcurrieron un par de horas. De pronto, se oyó la campanilla desde la antesala. Tal vez fuese el doctor. En efecto, era él, ese hombre lozano, grueso, alegre y con aquella expresión que parecía decir: «Se ha asustado usted; pero no importa; enseguida lo arreglaré todo». El doctor sabía que, en este caso, su expresión no podía servir de nada. Pero la había adoptado de una vez para siempre, y no podía prescindir de ella, lo mismo que un hombre que se pone el frac desde por la mañana y se va a hacer visitas. Se frotó las manos, con expresión animosa y tranquilizadora.

—Traigo mucho frío. La helada arrecia. Espere que me caliente un poco —dijo, con un tono tal como si al entrar en calor todo se arreglara—. Bueno, ¿qué? ¿Cómo está? ¿Cómo ha pasado la noche?

Iván Ilich notó que el médico tenía ganas de decir: «¿Cómo van los asuntos?»; pero que se daba cuenta de que no se podía hablar de este modo. Lo miró, con expresión interrogadora: «¿Es posible que no llegue el momento en que te avergüences de mentir de este modo?». Pero el médico no quiso entender esa pregunta. Entonces, Iván Ilich dijo:

—Tan horriblemente mal como siempre. El dolor no me abandona, no cede. Si al menos me diese usted algo...

—Ustedes, los enfermos, siempre son así. ¡Vaya, parece que ya he entrado en calor! Ni siquiera la metódica Praskovia Fiodorovna tendría nada que objetar contra mi temperatura. ¡Vaya! Buenos días —exclamó el doctor, estrechando la mano del enfermo.

Iván Ilich sabía perfectamente que todo esto no eran más que cosas absurdas y engaños; pero, cuando el doctor se puso de rodillas y, aplicándole el oído sobre el pecho, tan pronto más alto, tan pronto más bajo, adoptó un aire importantísimo y realizó por encima de él una serie de movimientos gimnásticos, se le sometió lo mismo que se sometía a los discursos de los abogados, aun cuando le constaba que mentían y conocía las razones de sus mentiras.

El doctor estaba aún de rodillas sobre el diván, auscultando al enfermo cuando se dejó oír el rumor del vestido de seda de Praskovia Fiodorovna y el reproche que le dirigía a Piotr por no haberle anunciado su llegada.

Entró en el aposento; besó a su marido e, inmediatamente, empezó a demostrar que hacía mucho rato que estaba levantada y que no había salido a recibir al doctor a causa de una tergiversación.

Iván Ilich la contempló de arriba abajo; y le reprochó mentalmente su blancura, su gordura, la pulcritud de sus manos y de su cuello, el brillo de sus cabellos y el de sus ojos, rebosantes de vida. La odiaba con todas las fuerzas de su alma. El menor contacto suyo provocaba en él un acceso de odio que lo hacía sufrir.

La actitud de Praskovia Fiodorovna hacia Iván Ilich y hacia su enfermedad era la de siempre. Lo mismo que el médico había adoptado cierto modo de tratar a los enfermos, del que no podía prescindir ya, Praskovia Fiodorovna tenía su propia actitud respecto a la enfermedad de su marido; y tampoco podía prescindir de ella. Le reprochaba cariñosamente que no cumpliera las prescripciones del doctor.

—¡Pero si no me obedece! No toma las medicinas a su debido tiempo y, sobre todo, se acuesta en una postura que debe serle perjudicial; pone los pies en alto —exclamó.

Y contó que Iván Ilich obligaba a Guerasim a sostenerle las piernas en alto.

El doctor sonrió, con una expresión afectuosa y despectiva: «¿Qué quiere usted que le hagamos? ¡Estos enfermos se inventan cada cosa! Pero se les puede perdonar».

Cuando terminó el reconocimiento y miró el reloj, Praskovia Fiodorovna comunicó a Iván Ilich que, sin preocuparse de su parecer, había llamado a un médico eminente, para que celebrara una consulta con Mijail Danilovich (así se llamaba el médico de cabecera).

—Te ruego que no te opongas. Lo hago por mí —dijo en tono irónico, dando a entender que lo hacía por él y que, por eso mismo, lo privaba del derecho de negarse.

Iván Ilich guardó silencio; e hizo una mueca. Se daba cuenta de que la mentira que lo rodeaba iba embrollándose, de tal forma, que sería difícil comprender algo.

Praskovia Fiodorovna decía que todo lo que hacía por la enfermedad de Iván Ilich era por ella; y así era, en efecto; pero, como si se tratase de una cosa inverosímil, quería que él entendiera lo contrario. A las nueve y media llegó el célebre médico y de nuevo empezaron las auscultaciones y las discusiones, tanto en presencia de Iván Ilich como en la habitación contigua, acerca del riñón y del intestino ciego, que no funcionaban como debían y a los que no tardarían en atacar los dos médicos para obligarlos a corregirse.

El médico célebre se despidió con un aire grave; pero no desesperanzado. A la tímida pregunta de si había posibilidad de curación, que le hizo Iván Ilich, levantando hacia él sus ojos brillantes a causa del miedo y de la esperanza, el doctor contestó que no podía asegurar nada; pero que había alguna probabilidad. La mirada, llena de esperanza, con que el enfermo acompañó al doctor había sido tan lastimera que Praskovia Fiodorovna vertió unas lágrimas al salir del despacho para entregar los honorarios al célebre doctor.

No duraron mucho las esperanzas que había infundido el doctor a Iván Ilich. De nuevo la misma habitación, las mismas cortinas, los mismos cuadros, el mismo papel de las paredes, los mismos frasquitos y el mismo cuerpo dolorido que lo hacía sufrir. Iván Ilich empezó a quejarse: le pusieron una inyección y, poco después, quedó amodorrado.

Cuando se despertó, empezaba a oscurecer. Le trajeron la cena. Haciendo grandes esfuerzos tomó el caldo; y de nuevo volvió a sentir el mismo dolor tenaz.

A las siete de la tarde, cuando terminó de comer, entró Praskovia Fiodorovna. Venía vestida para una velada, con su pecho voluminoso apretado y huellas de polvos en la cara. Ya por la mañana había dicho a Iván Ilich que irían al teatro. Había llegado Sarah Bernhardt y habían comprado un palco a instancias del propio Iván Ilich. Pero, en aquel momento, no recordaba eso; y el vestido de su mujer lo ofendió. Al recordar que él mismo había insistido en que tomaran el palco, porque se trataba de una distracción estética e instructiva para los hijos, ocultó su sentimiento.

Praskovia Fiodorovna había entrado en la habitación, satisfecha de sí misma; pero como culpable de algo. Se sentó un momento y preguntó a su marido cómo se encontraba. Iván Ilich se dio cuenta de

que lo hacía tan sólo por preguntar; pero no para enterarse de su estado. Después dijo lo que convenía decir en tales casos; que de ninguna manera iría al teatro, pero que el palco estaba tomado ya y que *Hélène*, su hija y Petrishev (el pretendiente de ésta) querían ir, y que no podía dejarlos marchar solos. Ella prefería quedarse con él. ¡Con tal que cumpliera las prescripciones del médico en su ausencia!

—¡Ah, sí! Fiodor Petrovich (el novio) quería entrar a verte. ¿Puede? Y Liza también.

—Que entren.

Liza venía muy peripuesta: su vestido dejaba al descubierto parte de su joven cuerpo, poniéndolo en evidencia. En cambio, a Iván Ilich lo hacía sufrir mucho el suyo. Liza era joven, fuerte, estaba visiblemente enamorada y renegaba de la enfermedad, del sufrimiento y de la muerte que impedían su dicha.

Fiodor Petrovich estaba rizado a lo Capoul, llevaba frac, un cuello blanco en torno a su largo cuello musculoso, un enorme plastrón, y un pantalón negro, estrecho, que moldeaba sus muslos, y sostenía la chistera con una de sus manos, enfundada en guante blanco.

Tras de él se deslizó, imperceptiblemente, el hijo de Iván Ilich, con su uniforme nuevo y los guantes puestos. Tenía grandes ojeras, cuyo motivo sabía Iván Ilich. Siempre le daba pena su hijo. Lo afligía ver su mirada asustada y llena de simpatía. Creía que, exceptuando a Guerasim, el único que lo entendía y compadecía era él.

Todos tomaron asiento y preguntaron al enfermo cómo se encontraba. Después reinó el silencio. Liza preguntó a su madre dónde estaban los gemelos. Y se produjo una discusión entre la madre y la hija. No se sabía quién los había perdido. Aquello resultaba desagradable.

Fiodor Petrovich preguntó a Iván Ilich si había visto trabajar a Sarah Bernhardt. Al principio, éste no comprendió la pregunta; pero luego dijo:

—No. Y usted ¿la ha visto ya?

—Sí, en *Adrienne Lecouvreur*.

Praskovia Fiodorovna opinaba que Sarah Bemhardt trabajaba particularmente bien en una obra determinada. Su hija no se mostró de acuerdo. Se inició una conversación acerca de la elegancia y el realismo de la actuación de la actriz; y fue como siempre en tales casos.

En medio de la conversación, Fiodor Petrovich miró a Iván Ilich y guardó silencio. Los demás lo miraron también, e hicieron lo mismo. El enfermo permanecía con sus ojos brillantes fijos ante sí; sin duda se sentía indignado contra ellos. Era preciso borrar aquella impresión; pero no había manera de hacerlo. Era preciso romper el silencio de algún modo. Nadie se atrevía a romperlo; todos temían que se destruyera aquella mentira convencional y que la realidad se tomara evidente. Liza fue la primera en decidirse. Interrumpió el silencio. Quería disimular el sentimiento que experimentaban todos; pero se traicionó.

—*Si hemos de ir*, ya es hora —dijo, después de consultar el reloj, regalo de su padre.

Y sonrió, imperceptiblemente, mirando al joven Fiodor Piotr, como si se refiriese a algo que sólo ellos dos sabían. Tras de esto, se levantó, produciendo rumor con su vestido.

Todos se pusieron en pie y se despidieron del enfermo.

Al quedarse solo, Iván Ilich creyó que se sentía mejor: había desaparecido la mentira; se la habían llevado, pero el dolor quedaba con él. Siempre el mismo dolor, siempre el mismo miedo; nada lo aminoraba... Cada vez se sentía peor.

De nuevo corrieron los minutos y las horas, unos tras otras. Siempre estaba lo mismo; pero al

fin, ese fin inevitable, que cada vez parecía más horroroso, no llegaba.

—Sí; que venga Guerasim —contestó Iván Ilich a la pregunta de Piotr.

IX

Praskovia Fiodorovna volvió tarde. Aunque entró de puntillas, Iván Ilich la oyó. Abrió los ojos y volvió a cerrarlos, precipitadamente. Praskovia Fiodorovna tuvo la intención de despedir a Guerasim y de quedarse con su marido. Éste abrió los ojos para decirle:

—No; vete.

—¿Sufres mucho?

—Es igual.

—Toma opio.

Iván Ilich accedió y tomó unas gotas. Praskovia Fiodorovna se fue.

Aproximadamente hasta las tres, Iván Ilich permaneció en un sopor que lo atormentaba. Le parecía que lo introducían con su dolor en un saco negro, estrecho y profundo, y que lo empujaban constantemente, sin que llegara al otro extremo. Y aquel proceso, horrible para él, se realizaba con sufrimiento. Iván Ilich tenía miedo; deseaba meterse en el fondo del saco, luchaba y ayudaba al mismo tiempo. De pronto, se desprendió y, al caer, volvió en sí. Como siempre, Guerasim dormitaba tranquilamente sentado a los pies de la cama. Iván Ilich estaba acostado, con sus delgados pies hundidos en unos calcetines, apoyados en los hombros del criado. La misma vela, con su pantalla, y el mismo dolor incesante.

—Vete, Guerasim —susurró Iván Ilich.

—Me quedaré otro ratito.

—No, no; vete.

Iván Ilich quitó los pies de los hombros de Guerasim, se acostó de lado, apoyando la cabeza en una mano y se apiadó de sí mismo. Esperó a que el criado se retirase a la habitación contigua y ya no se contuvo más; se deshizo en lágrimas, lo mismo que una criatura. Lloró a causa de su impotencia, a causa de su terrible soledad, a causa de la crueldad de los humanos, de la de Dios, así como de su ausencia.

«¿Para qué has hecho todo esto? ¿Para qué me has traído a este mundo? ¿Por qué razón me atormentas de este modo tan terrible...?».

No esperaba ninguna respuesta; y lloraba porque no la había. De nuevo sintió el dolor; pero no se movió ni llamó a nadie. Se dijo: «¡Castígame más! Pero ¿por qué? ¿Qué te he hecho?».

Al cabo de un rato se apaciguó y no sólo dejó de llorar, sino hasta de respirar y se tornó todo atención, Era como si escuchase la voz del alma —no esa otra voz que hablaba por medio de sonidos — y la marcha de los pensamientos que se producían en él.

«¿Qué necesitas? —fue el primer concepto que oyó que se podía expresar por medio de palabras —. ¿Qué necesitas? ¿Qué necesitas?», se repitió. «¿Qué? No sufrir. Vivir», contestó.

Y se entregó de nuevo a una atención, tan reconcentrada, que ni siquiera lo distrajo el dolor.

«¿Vivir? ¿Cómo?», preguntó la voz del alma.

«Sí, vivir. Vivir como he vivido antes, vivir bien y agradablemente».

«¿Cómo viviste antes bien y agradablemente?», exclamó la voz. E Iván Ilich empezó a analizar mentalmente los mejores momentos de su vida agradable. Pero cosa rara: todos los mejores momentos de su vida le parecieron completamente distintos de lo que le parecían antaño. Todos, exceptuando los primeros recuerdos de su niñez. En su infancia había algo realmente agradable, con lo que se podría vivir si volviera. Pero el hombre que había experimentado aquella sensación

agradable no existía ya: aquello era como el recuerdo de algún otro.

En cuanto empezaba la época que había dado por resultado a Iván Ilich tal y como era ahora, todas las alegrías de antaño se disipaban ante sus ojos, convirtiéndose en algo insignificante y a menudo en algo vil.

Cuanto más se alejaba de su infancia, cuanto más cerca estaba del presente, tanto más insignificantes y dudosas se le antojaban las alegrías. Aquello empezaba en la Escuela de Jurisprudencia. Allí había habido aún algo verdaderamente bueno: allí había alegría, amistad, esperanzas. En las clases superiores, habían sido ya menos frecuentes esos buenos momentos. Después, durante la época de su primer cargo, habían surgido de nuevo momentos gratos: eran los momentos de su amor hacia una mujer. Luego, todo se confundía en sus recuerdos; y cada vez encontraba menos cosas buenas. Más adelante, aun menos, cada vez menos...

¡Su matrimonio... tan imprevisto, y la desilusión, el mal aliento de su mujer, el sentimentalismo y la afectación! Y aquel trabajo muerto, aquellas preocupaciones pecuniarias por espacio de uno, dos, diez, veinte años... ¡Siempre lo mismo! Y cuanto más avanzaba, tanto más muerto era todo aquello. Era como si descendiera, uniformemente, de una montaña, imaginándose que subía. Así había sido. Según subía a la montaña ante los ojos del mundo, la vida huía de él... ¡Y he aquí que todo estaba consumado, ya podía morir!

¿Qué significaba aquello? No podía ser. No podía ser que la vida fuese tan absurda, tan miserable. Y si, en efecto, era tan miserable y absurda, ¿por qué había que morir y morir sufriendo? Algo no estaba claro.

«¿Tal vez no haya vivido como debía?», se preguntaba, de pronto. «Pero, esto no es posible, porque siempre he hecho lo que debía hacer», se decía; e inmediatamente apartaba la única solución del misterio de la vida y de la muerte, como algo totalmente imposible.

«¿Qué es lo que quieres ahora? ¿Vivir? ¿Cómo? Vivir como vivías en el Tribunal, cuando el ujier anunciaba: “Comienza el proceso”. “Comienza el proceso”, comienza el proceso», repetía Iván Ilich. «Pero si no soy culpable», gritó con ira. «¿Por qué?». Iván Ilich se volvió cara a la pared; y empezó a pensar en una sola cosa: por qué y para qué existía todo ese horror.

Pero, por más que meditó, no halló respuesta. Y cuando le acudía la idea de que no había vivido como es debido, inmediatamente recordaba la regularidad de su existencia; y apartaba esa extraña idea.

Transcurrieron otras dos semanas. Iván Ilich no abandonaba ya el diván. Le gustaba más que estar en la cama. Casi todo el tiempo permanecía vuelto de cara a la pared: sufría asaltado por unos tormentos inexplicables y meditaba sobre aquel problema insoluble. ¿Qué era aquello? ¿Era posible que, en efecto, fuese la muerte? Y una voz interior le respondía: «Sí, así es». ¿Qué objeto tenían esos tormentos? La voz le decía: «Ninguno». Más allá, no había nada, excepto esto.

Desde el principio de su enfermedad, desde su primera visita al médico, la vida de Iván Ilich se había dividido en dos estados de ánimo contrarios, que se sustituían mutuamente; tan pronto era la desesperación y la espera de la muerte, terrible e incomprensible; tan pronto la esperanza y la observación de sus funciones fisiológicas. Ora tenía ante sus ojos un riñón o un intestino, que se habían apartado momentáneamente de sus funciones; ora, la muerte, terrible e incomprensible, de la que no había modo de librarse.

Esos dos estados de ánimo se sustituían mutuamente, desde el mismo principio de su enfermedad; pero cuando más avanzaba ésta, la idea del riñón se tornaba más dudosa y más fantástica y más real la conciencia de la aproximación de la muerte.

Le bastaba recordar lo que había sido tres meses atrás y lo que era en el momento actual; le bastaba recordar cuán uniformemente había descendido de la montaña, para que se destruyese toda posibilidad de esperanzas.

Durante los últimos tiempos de la soledad en que se encontraba, tendido en el sofá, cara a la pared, de aquella soledad en una población de tantos habitantes, en medio de sus numerosos conocidos y de su propia familia —de aquella soledad que no podía ser mayor en ninguna parte, ni en el fondo del mar, ni bajo la tierra—, Iván Ilich vivía solamente por medio de la representación del pasado. Las imágenes del pasado se sucedían. Empezaban siempre por cosas recientes e iban alejándose, hasta llegar a la infancia, donde se detenían. Iván Ilich recordaba la compota de ciruelas pasas que le habían ofrecido aquel mismo día, y sus recuerdos se transportaban a las ciruelas pasas crudas, aquellas ciruelas arrugaditas de su infancia, su sabor tan peculiar y cómo se le hacía la boca agua cuando llegaban al hueso. Junto con ese recuerdo, surgía una serie de otros de la misma época: su *nia-nia*, su hermano, sus juguetes... «No debo pensar en eso... es demasiado doloroso», se decía; y se trasladaba de nuevo al presente, a un botón del respaldo del sofá, a las arrugas del cordobán. «Este cordobán es caro y nada fuerte. Hemos tenido una discusión respecto a él. Pero hubo otro cordobán y otra discusión cuando rompimos la cartera de nuestro padre y nos castigaron y, después, mamá nos trajo pasteles». Sus pensamientos volvían a detenerse en la infancia; y otra vez Iván Ilich sufría y trataba de apartarlos y pensar en otra cosa.

Junto con ese proceso de pensamientos, se elevaba en su alma otro proceso acerca de la manera en que se agravaba y desarrollaba su enfermedad. A medida que retrocedía, había más vida y era mejor. Una cosa se confundía con la otra. «Según van en aumento los sufrimientos, la vida empeora», se decía. Había un punto luminoso allí, en el principio de su existencia; pero luego todo se volvía cada vez más negro y cada vez más rápido. «Es inversamente proporcional a los cuadrados de la distancia de la muerte», pensaba Iván Ilich. La imagen de la piedra que cae, aumentando su velocidad, invadía su alma. La vida es una serie de sufrimientos progresivos; vuela cada vez más rápidamente hacia el final, hacia un dolor más terrible. «Vuelo...». Iván Ilich se estremeció, hizo un movimiento, quiso oponerse. Pero sabía que ya no podía hacerlo; y de nuevo contempló, con sus ojos cansados de

mirar ante sí, pero incapaces de dejar de hacerlo, el respaldo del sofá. Y esperó, esperó esa terrible caída, el choque y la destrucción. «No oponerme», se dijo. «Si al menos, pudiera comprender el porqué. Pero tampoco es posible. Esto podría explicarse si dijera que no he vivido como debía. Pero es imposible reconocer esto», se dijo, recordando la legalidad, la regularidad y la conveniencia de su vida. «No puedo admitir esto», repitió, sonriendo sólo con los labios, como si alguien pudiese ver su sonrisa y ser engañado por ella. «No hay explicación. Sufrimientos..., muerte... ¿Por qué?».

XI

Así transcurrieron dos semanas. En aquel lapso ocurrió el acontecimiento tan deseado por Iván Ilich y por su mujer: Petrishev pidió la mano de Liza. Fue por la noche. Al día siguiente, Praskovia Fiodorovna entró en el cuarto de su marido, pensando cómo anunciaría la petición de Fiodor Petrovich; pero aquella misma noche Iván Ilich se había agravado. Praskovia Fiodorovna lo encontró en el mismo sofá y en la misma postura de siempre. Estaba tendido de espaldas, gimiendo y mirando ante sí, con los ojos fijos en un punto.

Praskovia Fiodorovna empezó a hablarle de los medicamentos. Iván Ilich la miró. Era tal el odio que expresaba esa mirada, que Praskovia Fiodorovna no pudo acabar la frase empezada.

—¡Por amor de Dios, déjame morir tranquilo! —exclamó Iván Ilich.

Praskovia Fiodorovna se disponía a salir de la estancia en el momento en que entraba Liza, para dar los buenos días al enfermo. Éste miró a su hija con la misma expresión que había mirado a su mujer; y, a las preguntas respecto de su salud, respondió, secamente, que no tardaría en librarlas de su presencia. Las dos mujeres guardaron silencio; y, después de permanecer un ratito sentadas, abandonaron la habitación.

—¿Qué culpa tenemos? —exclamó Liza, dirigiéndose a su madre—. ¡Como si lo hubiésemos hecho nosotras! Me da lástima de papá; pero ¿por qué nos atormenta?

El doctor llegó a la hora de costumbre. Iván Ilich contestó a sus preguntas, diciendo «sí», «no», sin dejar de mirarlo con expresión iracunda; y, finalmente, añadió:

—Ya sabe usted que nada me aliviará; así, pues, déjeme.

—Podemos aminorar sus sufrimientos —replicó el doctor.

—Tampoco pueden ustedes hacerlo; déjeme.

El médico entró en el salón para comunicar a Praskovia Fiodorovna que su marido estaba muy grave y que el único medio para aliviar sus dolores, que debían de ser atroces, era el opio.

Opinaba que eran terribles los sufrimientos físicos de Iván Ilich; y tenía razón. Pero los morales —su principal tormento— constituían un martirio mucho más grande.

Aquella noche, mientras había contemplado el bondadoso rostro, de pómulos salientes, de Guerasim, que dormitaba, de pronto se le ocurrió la siguiente idea: «¿Y si, en efecto, mi vida, mi vida consciente no ha sido como debía ser?».

Se le ocurrió que podía ser verdad lo que antes se le presentara como algo totalmente imposible, es decir: que no había vivido como debía. Pensó que los intentos imperceptibles que había hecho para luchar contra lo que los hombres de elevada posición consideran bueno, intentos que acto seguido rechazaba, podían ser los verdaderos, y que todo lo demás no era lo que debía ser. Su carrera, su modo de vivir, su familia y aquellos intereses de la sociedad y del servicio, todo podía haber sido distinto de lo que debía ser. Trató de defender todo aquello ante sí mismo. Súbitamente, se dio cuenta de la inconsistencia de lo que defendía; y ya no quedó nada por defender.

«Si abandono esta vida con la conciencia de que he malgastado todo lo que se me ha dado y de que no se puede remediar, entonces ¿qué queda?», se dijo. Se tendió de espaldas y empezó a analizar toda su vida, desde un nuevo punto de vista. Por la mañana, cuando vio al criado y luego a Praskovia Fiodorovna, a su hija y al doctor, tanto sus gestos como sus palabras le confirmaron la terrible verdad que se le había revelado aquella noche. Se veía reflejado en ellos, veía en ellos su propia vida y le era evidente que todo aquello había sido equivocado, que se trataba de un enorme engaño, que

velaba tanto la vida como la muerte. Esta sensación aumentó, decuplicando sus sufrimientos físicos. Iván Ilich gemía, se agitaba y se arrancaba la ropa. Le parecía que lo ahogaba; y, por ese motivo, sentía odio hacia los suyos.

Le administraron una fuerte dosis de opio que lo sumió en un sopor; pero, a la hora de comer, aquello volvió a empezar.

Iván Ilich rechazaba a todo el mundo y se debatía.

Praskovia Fiodorovna entró en la habitación y le dijo:

—*Jean*, querido, hazlo por mí (¿por mí?). Esto no puede perjudicarte y, a menudo, alivia. No indica nada; a menudo, incluso las personas sanas...

El enfermo abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Qué? ¿Comulgar? ¿Para qué? No es preciso. Aunque...

Praskovia Fiodorovna se echó a llorar.

—Sí, hazlo, querido. Llamaré a nuestro sacerdote. ¡Es tan simpático...!

—Muy bien, perfectamente —pronunció Iván Ilich.

Cuando llegó el sacerdote y confesó a Iván Ilich, éste se dulcificó, creyó sentirse aliviado respecto de sus dudas y, por consiguiente, de sus sufrimientos. Lo invadió una esperanza pasajera. De nuevo empezó a pensar en el intestino ciego y en la posibilidad de que se le curara. Comulgó con lágrimas en los ojos.

Una vez que lo hubieron acostado, después de la comunión, por un momento se encontró bien; y de nuevo renació la esperanza de vivir. Meditó sobre la operación que le habían propuesto. «Vivir, quiero vivir», se decía. Su mujer vino a felicitarlo. Pronunció las palabras de rigor, añadiendo:

—¿Verdad que te encuentras mejor?

Sin mirarla, Iván Ilich murmuró:

—Sí.

El traje de su mujer, su constitución, la expresión de su rostro y el sonido de su voz, todo le expresaba lo mismo. «No es esto. Todo lo que ha constituido y constituye tu vida, es mentira y engaño. Te oculta la vida y la muerte». En cuanto le acudió esta idea, el odio se despertó en él; y a la vez volvieron los terribles sufrimientos físicos y la conciencia de su muerte, próxima e inevitable. Se produjo algo nuevo en él: sintió retortijones y punzadas; y algo le oprimió el pecho.

Era terrible su expresión en el momento en que había dicho «sí». Después de pronunciar esta palabra, se volvió boca abajo, con una rapidez impropia, dada su debilidad, y gritó:

—¡Váyanse, váyanse! ¡Déjenme!

XII

A partir de aquel momento, Iván Ilich empezó a gritar —cosa que duró tres días sin interrupción—; y sus gritos eran tan terribles, que producían espanto, aun oyéndolos a través de dos puertas cerradas. En el momento en que respondía a su mujer, había comprendido que estaba perdido, que no había salvación, que le había llegado el fin, el verdadero fin; y que la duda, que no se había resuelto, quedaría sin resolver.

—¡No quiero! —gritó; y continuó arrastrando la última vocal, con distintas entonaciones.

Durante aquellos tres días, en los que perdió la noción del tiempo, luchó dentro de aquel saco negro al que lo empujaba una fuerza desconocida e invencible. Luchaba como lucha en manos del verdugo un condenado a muerte que sabe que no se ha de salvar. Y se daba cuenta de que, a pesar de los esfuerzos que hacía, se acercaba cada vez más a lo que tanto lo horrorizaba. Comprendía que sus sufrimientos se debían tanto al hecho de introducirse en aquel saco negro como a la imposibilidad de hacerlo. Lo que le impedía entrar allí era la conciencia de que su vida había sido buena. Esa justificación hacía que se enganchara, impidiéndole pasar adelante; y era lo que más lo hacía sufrir.

De repente, una fuerza invisible le dio un empujón en el pecho y en el costado, y le fue aún más difícil respirar. Se hundió en el saco, en cuyo fondo apareció una luz. Le ocurrió lo que solía ocurrirle cuando iba en el tren; se figuraba que iba hacia adelante, cuando en realidad retrocedía; y, de pronto, se enteraba de la verdadera dirección.

«En efecto, todo esto no ha sido lo que debía ser —se dijo—. Aunque no importa, puede hacerse *aquello*. Pero ¿qué es?». Repentinamente, se calmó.

Esto sucedió al final del tercer día, una hora antes de su muerte. Acababa de entrar su hijo, acercándose de puntillas al lecho. El moribundo gritaba, agitando los brazos. Una de sus manos tropezó con la cabeza del muchacho, que la asió; y, llevándosela a los labios, se echó a llorar. En aquel preciso instante era cuando Iván Ilich se hundía en aquella profundidad, veía aquella luz y se le revelaba que su vida no había sido lo que debía ser, pero que aún podía arreglarla. Se preguntó: «¿Qué es aquello?». Y guardó silencio, para prestar atención. Sintió que alguien le besaba la mano. Abrió los ojos y vio a su hijo. Se apiadó de él. Su mujer se acercó. Iván Ilich la miró. Tenía la boca abierta y huellas de lágrimas en una mejilla y en la nariz. Miraba a su marido con expresión desesperada. También se compadeció de ella.

«Los hago sufrir —pensó—. Les da pena de mí; pero estarán mejor cuando muera». Iván Ilich quiso decir esto; pero no tuvo fuerzas. «Por otra parte, ¿para qué decirlo? Debo hacerlo», pensó. Con una mirada llamó la atención de Praskovia Fiodorovna sobre su hijo y pronunció.

—¡Llévatelo...! Me da pena... y de ti también —quiso añadir «perdón»; pero dijo otra palabra; y, sin fuerzas para corregirse, hizo un gesto con la mano, pues le constaba que lo entendería quien debiera entenderlo.

De pronto, le fue evidente que el problema que lo atormentaba, se había resuelto súbitamente. «Me da pena de ellos. Es preciso hacer que no sufran. Liberarlos y liberarme yo mismo de esos sufrimientos. ¡Qué bien y qué sencillo! ¿Y el dolor?», se preguntó. «¿Qué hago con él? ¿Dónde estás, dolor?».

Prestó atención.

«Ah, sí, aquí está. Bueno, que siga. ¿Y la muerte? ¿Dónde está?».

Buscó su antiguo terror a la muerte, sin hallarlo. ¿Dónde estaba? ¿Qué era la muerte? No sentía

terror alguno porque la muerte no existía.

En lugar de la muerte, había luz.

—¡Ah! ¡Es esto! —exclamó, de pronto, en voz alta—. ¡Qué alegría!

Para él todo esto sucedió en un instante. Y su significado ya no podía variar. En cambio, para los presentes, su agonía duró aún dos horas. En su pecho bullía algo y su cuerpo extenuado se estremecía. Luego, los ruidos de su pecho y los estertores se volvieron menos frecuentes.

—Ha terminado —dijo alguien.

Iván Ilich oyó estas palabras y las repitió en el fondo de su alma. «Ha terminado la muerte. Ya no existe».

Aspiró una bocanada de aire, se detuvo a la mitad de la aspiración; se estiró y murió.

26 de marzo de 1886

En *Obras selectas*, Colección Grandes Clásicos, tomo III
México, Aguilar, 1991.
Traducción de Irene y Laura Andresco.

Julio Cortázar

Me encuentro hoy ante ustedes en una situación bastante paradójica. Un cuentista argentino se dispone a cambiar ideas acerca del cuento sin que sus oyentes y sus interlocutores, salvo algunas excepciones, conozcan nada de su obra. El aislamiento cultural que sigue perjudicando a nuestros países, sumado a la injusta incomunicación a que se ve sometida Cuba en la actualidad, han determinado que mis libros, que son ya unos cuantos, no hayan llegado más que por excepción a manos de lectores tan dispuestos y tan entusiastas como ustedes. Lo malo de esto no es tanto que ustedes no hayan tenido oportunidad de juzgar mis cuentos, sino que yo me siento un poco como un fantasma que viene a hablarles sin esa relativa tranquilidad que da siempre el saberse precedido por la labor cumplida a lo largo de los años. Y esto de sentirme como un fantasma debe ser ya perceptible en mí, porque hace unos días una señora argentina me aseguró en el hotel Riviera que yo no era Julio Cortázar, y ante mi estupefacción agregó que el auténtico Julio Cortázar es un señor de cabellos blancos, muy amigo de un pariente suyo, y que no se ha movido nunca de Buenos Aires. Como yo hace doce años que resido en París, comprenderán ustedes que mi calidad espectral se ha intensificado notablemente después de esta revelación. Si de golpe desaparezco en mitad de una frase, no me sorprenderé demasiado; y a lo mejor salimos todos ganando.

Se afirma que el deseo más ardiente de un fantasma es recobrar por lo menos un asomo de corporeidad, algo tangible que lo devuelva por un momento a su vida de carne y hueso. Para lograr un poco de tangibilidad ante ustedes, voy a decir en pocas palabras cuál es la dirección y el sentido de mis cuentos. No lo hago por mero placer informativo, porque ninguna reseña teórica puede sustituir la obra en sí; mis razones son más importantes que ésa. Puesto que voy a ocuparme de algunos aspectos del cuento como género literario, y es posible que algunas de mis ideas sorprendan o choquen a quienes las escuchen, me parece de una elemental honradez definir el tipo de narración que me interesa, señalando mi especial manera de entender el mundo. Casi todos los cuentos que he escrito pertenecen al género llamado fantástico por falta de mejor nombre, y se oponen a ese falso realismo que consiste en creer que todas las cosas pueden describirse y explicarse como lo daba por sentado el optimismo filosófico y científico del siglo XVIII, es decir, dentro de un mundo regido más o menos armoniosamente por un sistema de leyes, de principios, de relaciones de causa a efecto, de psicologías definidas, de geografías bien cartografiadas. En mi caso, la sospecha de otro orden más

secreto y menos comunicable, y el fecundo descubrimiento de Alfred Jarry, para quien el verdadero estudio de la realidad no residía en las leyes sino en las excepciones a esas leyes, han sido algunos de los principios orientadores de mi búsqueda personal de una literatura al margen de todo realismo demasiado ingenuo. Por eso, si en las ideas que siguen encuentran ustedes una predilección por todo lo que en el cuento es excepcional, trátense de los temas o incluso de las formas expresivas, creo que esta presentación de mi propia manera de entender el mundo explicará mi toma de posición y mi enfoque del problema. En último extremo podrá decirse que sólo he hablado del cuento tal y como yo lo practico. Y sin embargo no creo que sea así. Tengo la certidumbre de que existen ciertas constantes, ciertos valores que se aplican a todos los cuentos, fantásticos o realistas, dramáticos o humorísticos. Y pienso que tal vez sea posible mostrar aquí esos elementos invariables que dan a un buen cuento su atmósfera peculiar y su calidad de obra de arte.

La oportunidad de cambiar ideas acerca del cuento me interesa por diversas razones. Vivo en un país —Francia— donde este género tiene poca vigencia, aunque en los últimos años se nota entre escritores y lectores un interés creciente por esa forma de expresión. De todos modos, mientras los críticos siguen acumulando teorías y manteniendo enconadas polémicas acerca de la novela, casi nadie se interesa por la problemática del cuento. Vivir como cuentista en un país donde esta forma expresiva es un producto casi exótico, obliga forzosamente a buscar en otras literaturas el alimento que allí falta. Poco a poco, en sus textos originales o mediante traducciones, uno va acumulando casi rencorosamente una enorme cantidad de cuentos del pasado y del presente, y llega el día en que puede hacer un balance, intentar una aproximación valorativa a ese género de tan difícil definición, tan huidizo en sus múltiples y antagónicos aspectos, y en última instancia tan secreto y replegado en sí mismo, caracol del lenguaje, hermano misterioso de la poesía en otra dimensión del tiempo literario.

Pero además de ese alto en el camino que todo escritor debe hacer en algún momento de su labor, hablar del cuento tiene un interés especial para nosotros, puesto que casi todos los países americanos de lengua española le están dando al cuento una importancia excepcional, que jamás había tenido en otros países latinos como Francia o España. Entre nosotros, como es natural en las literaturas jóvenes, la creación espontánea precede casi siempre al examen crítico, y está bien que así sea. Nadie puede pretender que los cuentos sólo deban escribirse luego de conocer sus leyes. En primer lugar, no hay tales leyes; a lo sumo cabe hablar de puntos de vista, de ciertas constantes que dan una estructura a ese género tan poco encasillable; en segundo lugar, los teóricos y los críticos no tienen por qué ser los cuentistas mismos, y es natural que aquéllos sólo entren en escena cuando exista ya un acervo, un acopio de literatura que permita indagar y esclarecer su desarrollo y sus cualidades. En América, tanto en Cuba como en México o Chile o Argentina, una gran cantidad de cuentistas trabaja desde comienzos del siglo, sin conocerse mucho entre sí, descubriéndose a veces de manera casi postuma. Frente a ese panorama sin coherencia suficiente, en el que pocos conocen a fondo la labor de los demás, creo que es útil hablar del cuento por encima de las particularidades nacionales e internacionales, porque es un género que entre nosotros tiene una importancia y una vitalidad que crecen de día en día. Alguna vez se harán las antologías definitivas —como las hacen los países anglosajones, por ejemplo— y se sabrá hasta dónde hemos sido capaces de llegar. Por el momento no me parece inútil hablar del cuento en abstracto, como género literario. Si nos hacemos una idea convincente de esa forma de expresión literaria, ella podrá contribuir a establecer una escala de valores para esa antología ideal que está por hacerse. Hay demasiada confusión, demasiados malentendidos en este terreno. Mientras los cuentistas siguen adelante en su tarea, ya es tiempo de

hablar de esa tarea en sí misma, al margen de las personas y de las nacionalidades. Es preciso llegar a tener una idea viva de lo que es el cuento, y eso es siempre difícil en la medida en que las ideas tienden a lo abstracto, a desvitalizar su contenido, mientras que a su vez la vida rechaza angustiada ese lazo que quiere echarle la conceptualización para fijarla y categorizarla. Pero si no tenemos una idea viva de lo que es el cuento habremos perdido el tiempo, porque un cuento, en última instancia, se mueve en ese plano del hombre donde la vida y la expresión escrita de esa vida libran una batalla fraternal, si se me permite el término; y el resultado de esa batalla es el cuento mismo, una síntesis viviente a la vez que una vida sintetizada, algo así como un temblor de agua dentro de un cristal, una fugacidad en una permanencia. Sólo con imágenes se puede transmitir esa alquimia secreta que explica la profunda resonancia que un gran cuento tiene en nosotros, y que explica también por qué hay muy pocos cuentos verdaderamente grandes.

Para entender el carácter peculiar del cuento se le suele comparar con la novela, género mucho más popular y sobre el cual abundan las preceptivas. Se señala, por ejemplo, que la novela se desarrolla en el papel, y por lo tanto en el tiempo de lectura, sin otros límites que el agotamiento de la materia novelada; por su parte, el cuento parte de la noción de límite, y en primer término de límite físico, al punto que en Francia, cuando un cuento excede de las veinte páginas, toma ya el nombre de *nouvelle*, género a caballo entre el cuento y la novela propiamente dicha. En ese sentido, la novela y el cuento se dejan comparar analógicamente con el cine y la fotografía, en la medida en que una película es en principio un «orden abierto», novelesco, mientras que una fotografía lograda presupone una ceñida limitación previa, impuesta en parte por el reducido campo que abarca la cámara y por la forma en que el fotógrafo utiliza estéticamente esa limitación. No sé si ustedes han oído hablar de su arte a un fotógrafo profesional; a mí siempre me ha sorprendido el que se exprese tal como podría hacerlo un cuentista en muchos aspectos. Fotógrafos de la calidad de un Cartier-Bresson o de un Brassai definen su arte como una aparente paradoja: la de recortar un fragmento de la realidad, fijándole determinados límites, pero de manera tal que ese recorte actúe como una explosión que abre de par en par una realidad mucho más amplia, como una visión dinámica que trasciende espiritualmente el campo abarcado por la cámara. Mientras en el cine, como en la novela, la captación de esa realidad más amplia y multiforme se logra mediante el desarrollo de elementos parciales, acumulativos, que no excluyen, por supuesto, una síntesis que dé el «clímax» de la obra, en una fotografía o un cuento de gran calidad se procede inversamente, es decir que el fotógrafo o el cuentista se ven precisados a escoger y limitar una imagen o un acaecimiento que sean *significativos*, que no solamente valgan por sí mismos sino que sean capaces de actuar en el espectador o en el lector como una especie de *apertura*, de fermento que proyecta la inteligencia y la sensibilidad hacia algo que va mucho más allá de la anécdota visual o literaria contenidas en la foto o en el cuento. Un escritor argentino, muy amigo del boxeo, me decía que en ese combate que se entabla entre un texto apasionante y su lector, la novela gana siempre por puntos, mientras que el cuento debe ganar por *knock out*. Es cierto, en la medida en que la novela acumula progresivamente sus efectos en el lector, mientras que un buen cuento es incisivo, mordiente, sin cuartel desde las primeras frases. No se entienda esto demasiado literalmente, porque el buen cuentista es un boxeador muy astuto, y muchos de sus golpes iniciales pueden parecer poco eficaces cuando, en realidad, están minando ya las resistencias más sólidas del adversario. Tomen ustedes cualquier gran cuento que prefieran, y analicen su primera página. Me sorprendería que encontraran elementos gratuitos, meramente decorativos. El cuentista sabe que no puede proceder acumulativamente, que no tiene por aliado al

tiempo; su único recurso es trabajar en profundidad, verticalmente, sea hacia arriba o hacia abajo del espacio literario. Y esto, que así expresado parece una metáfora, expresa sin embargo lo esencial del método. El tiempo del cuento y el espacio del cuento tienen que estar como condensados, sometidos a una alta presión espiritual y formal para provocar esa «apertura» a que me refería antes. Basta preguntarse por qué un determinado cuento es malo. No es malo por el tema, porque en literatura no hay temas buenos ni temas malos, hay solamente un buen o un mal tratamiento del tema. Tampoco es malo porque los personajes carezcan de interés, ya que hasta una piedra es interesante cuando de ella se ocupan un Henry James o un Franz Kafka. Un cuento es malo cuando se le escribe sin esa tensión que debe manifestarse desde las primeras palabras o las primeras escenas. Y así podemos adelantar ya que las nociones de significación, de intensidad y de tensión han de permitirnos, como se verá, acercarnos mejor a la estructura misma del cuento.

Decíamos que el cuentista trabaja con un material que calificamos de significativo. El elemento significativo del cuento parecería residir principalmente *en su tema*, en el hecho de escoger un acaecimiento real o fingido que posea esa misteriosa propiedad de irradiar algo más allá de sí mismo, al punto que un vulgar episodio doméstico, como ocurre en tantos admirables relatos de una Katherine Mansfield o de un Sherwood Anderson, se convierta en el resumen implacable de una cierta condición humana, o en el símbolo quemante de un orden social o histórico. Un cuento es significativo cuando quiebra sus propios límites con esa explosión de energía espiritual que ilumina bruscamente algo que va mucho más allá de la pequeña y a veces miserable anécdota que cuenta. Pienso, por ejemplo, en el tema de la mayoría de los admirables relatos de Antón Chéjov. ¿Qué hay allí que no sea tristemente cotidiano, mediocre, muchas veces conformista o inútilmente rebelde? Lo que se cuenta en esos relatos es casi lo que de niños, en las aburridas tertulias que debíamos compartir con los mayores, escuchábamos contar a los abuelos o a las tías; la pequeña, insignificante crónica familiar de ambiciones frustradas, de modestos dramas locales, de angustias a la medida de una sala, de un piano, de un té con dulces. Y sin embargo, los cuentos de Katherine Mansfield, de Chéjov, son significativos, algo estalla en ellos mientras los leemos y nos propone una especie de ruptura de lo cotidiano que va mucho más allá de la anécdota reseñada. Ustedes se han dado ya cuenta de que esa significación misteriosa no reside solamente en el tema del cuento, porque en verdad la mayoría de los malos cuentos que todos hemos leído contienen episodios similares a los que tratan los autores nombrados. La idea de significación no puede tener sentido si no la relacionamos con las de intensidad y de tensión, que ya no se refieren solamente al tema sino al tratamiento literario de ese tema, a la técnica empleada para desarrollar el tema. Y es aquí donde, bruscamente, se produce el deslinde entre el buen y el mal cuentista. Por eso habremos de detenernos con todo el cuidado posible en esta encrucijada, para tratar de entender un poco más esa extraña forma de vida que es un cuento logrado, y ver por qué está vivo mientras otros, que aparentemente se le parecen, no son más que tinta sobre papel, alimento para el olvido.

Miremos la cosa desde el ángulo del cuentista y en este caso, obligadamente, desde mi propia versión del asunto. Un cuentista es un hombre que de pronto, rodeado de la inmensa algarabía del mundo, comprometido en mayor o menor grado con la realidad histórica que lo contiene, escoge un determinado tema y hace con él un cuento. Este escoger un tema no es tan sencillo. A veces el cuentista escoge, y otras veces siente como si el tema se le impusiera irresistiblemente, lo empujara a escribirlo. En mi caso, la gran mayoría de mis cuentos fueron escritos —cómo decirlo— al margen de mi voluntad, por encima o por debajo de mi conciencia razonante, como si yo no fuera más que

un médium por el cual pasaba y se manifestaba una fuerza ajena. Pero esto, que puede depender del temperamento de cada uno, no altera el hecho esencial, y es que en un momento dado *hay tema*, ya sea inventado o escogido voluntariamente, o extrañamente impuesto desde un plano donde nada es definible. Hay tema, repito, y ese tema va a volverse cuento. Antes de que ello ocurra, ¿qué podemos decir del tema en sí? ¿Por qué ese tema y no otro? ¿Qué razones mueven consciente o inconscientemente al cuentista a escoger un determinado tema?

A mí me parece que el tema del que saldrá un buen cuento es siempre *excepcional*, pero no quiero decir con esto que un tema deba ser extraordinario, fuera de lo común, misterioso o insólito. Muy al contrario, puede tratarse de una anécdota perfectamente trivial y cotidiana. Lo excepcional reside en una cualidad parecida a la del imán; un buen tema atrae todo un sistema de relaciones, conexas, coagula en el autor, y más tarde en el lector, una inmensa cantidad de nociones, entrevisiones, sentimientos y hasta ideas que flotaban virtualmente en su memoria o su sensibilidad; un buen tema es como un sol, un astro en torno al cual gira un sistema planetario del que muchas veces no se tenía conciencia hasta que el cuentista, astrónomo de palabras, nos revela su existencia. O bien, para ser más modestos y más actuales a la vez, un buen tema tiene algo de sistema atómico, de núcleo en torno al cual giran los electrones; y todo eso, al fin y al cabo, ¿no es ya como una proposición de vida, una dinámica que nos insta a salir de nosotros mismos y a entrar en un sistema de relaciones más complejo y más hermoso? Muchas veces me he preguntado cuál es la virtud de ciertos cuentos inolvidables. En el momento los leímos junto con muchos otros, que incluso podían ser de los mismos autores. Y he aquí que los años han pasado, y hemos vivido y olvidado tanto; pero esos pequeños, insignificantes cuentos, esos granos de arena en el inmenso mar de la literatura, siguen ahí, latiendo en nosotros. ¿No es verdad que cada uno tiene su colección de cuentos? Yo tengo la mía, y podría dar algunos nombres. Tengo «William Wilson», de Edgar Poe; tengo «Bola de sebo», de Guy de Maupassant. Los pequeños planetas giran y giran: ahí está «Un recuerdo de Navidad», de Truman Capote; «Tlön, Uqbar, Orbis Tertius», de Jorge Luis Borges; «Un sueño realizado», de Juan Carlos Onetti; «La muerte de Iván Ilich», de Tolstoi; «Fifty Grand», de Hemingway; «Los soñadores», de Isak Dinesen; y así podría seguir y seguir... Ya habrán advertido ustedes que no todos esos cuentos son obligadamente de antología. ¿Por qué perduran en la memoria? Piensen en los cuentos que no han podido olvidar y verán que todos ellos tienen la misma característica: son aglutinantes de una realidad infinitamente más vasta que la de su mera anécdota, y por eso han influido en nosotros con una fuerza que no haría sospechar la modestia de su contenido aparente, la brevedad de su texto. Y ese hombre que en un determinado momento elige un tema y hace con él un cuento será un gran cuentista si su elección contiene —a veces sin que él lo sepa conscientemente— esa fabulosa apertura de lo pequeño hacia lo grande, de lo individual y circunscrito a la esencia misma de la condición humana. Todo cuento perdurable es como la semilla donde está durmiendo el árbol gigantesco. Ese árbol crecerá en nosotros, dará su sombra en nuestra memoria.

Sin embargo, hay que aclarar mejor esta noción de temas significativos. Un mismo tema puede ser profundamente significativo para un escritor, y anodino para otro; un mismo tema despertará enormes resonancias en un lector, y dejará indiferente a otro. En suma, puede decirse que no hay temas absolutamente significativos o absolutamente insignificantes. Lo que hay es una alianza misteriosa y compleja entre cierto escritor y cierto tema en un momento dado, así como la misma alianza podrá darse luego entre ciertos cuentos y ciertos lectores. Por eso, cuando decimos que un tema es significativo, como en el caso de los cuentos de Chéjov, esa significación se ve determinada

en cierta medida por algo que está fuera del tema en sí, por algo que está antes y después del tema. Lo que está antes es el escritor, con su carga de valores humanos y literarios, con su voluntad de hacer una obra que tenga un sentido; lo que está después es el tratamiento literario del tema, la forma en que el cuentista, frente a su tema, lo ataca y sitúa verbalmente y estilísticamente, lo estructura en forma de cuento, y lo proyecta en último término hacia algo que excede el cuento mismo. Aquí me parece oportuno mencionar un hecho que me ocurre con frecuencia, y que otros cuentistas amigos conocen tan bien como yo. Es habitual que, en el curso de una conversación, alguien cuente un episodio divertido o conmovedor o extraño, y que dirigiéndose luego al cuentista presente le diga: «Ahí tienes un tema formidable para un cuento; te lo regalo». A mí me han regalado en esa forma montones de temas, y siempre he contestado amablemente: «Muchas gracias», y jamás he escrito un cuento con ninguno de ellos. Sin embargo, cierta vez una amiga me contó distraídamente las aventuras de una criada suya en París. Mientras escuchaba su relato, sentí que eso podía llegar a ser un cuento. Para ella esos episodios no eran más que anécdotas curiosas, para mí, bruscamente, se cargaban de un sentido que iba mucho más allá de su simple y hasta vulgar contenido. Por eso, toda vez que me han preguntado: ¿Cómo distinguir entre un tema insignificante —por más divertido o emocionante que pueda ser— y otro significativo?, he respondido que el escritor es el primero en sufrir ese efecto indefinible pero avasallador de ciertos temas, y que precisamente por eso es un escritor. Así como para Marcel Proust el sabor de una magdalena mojada en el té abría bruscamente un inmenso abanico de recuerdos aparentemente olvidados, de manera análoga el escritor reacciona ante ciertos temas en la misma forma en que su cuento, más tarde, hará reaccionar al lector. Todo cuento está así predeterminado por el aura, por la fascinación irresistible que el tema crea en su creador.

Llegamos así al fin de esta primera etapa del nacimiento de un cuento, y tocamos el umbral de su creación propiamente dicha. He aquí al cuentista, que ha escogido un tema valiéndose de esas sutiles antenas que le permiten reconocer los elementos que luego habrán de convertirse en obra de arte. El cuentista está frente a su tema, frente a ese embrión que ya es vida, pero que no ha adquirido todavía su forma definitiva. Para él ese tema tiene sentido, tiene significación. Pero si todo se redujera a eso, de poco serviría; ahora, como último término del proceso, como juez implacable, está esperando el lector, el eslabón final del proceso creador, el cumplimiento o el fracaso del ciclo. Y es entonces que el cuento tiene que nacer puente, tiene que nacer pasaje, tiene que dar el salto que proyecte la significación inicial, descubierta por el autor, a ese extremo más pasivo y menos vigilante y muchas veces hasta indiferente que llamamos lector. Los cuentistas inexpertos suelen caer en la ilusión de imaginar que les bastará escribir lisa y llanamente un tema que los ha conmovido, para conmover a su turno a los lectores. Incurren en la ingenuidad de aquel que encuentra bellísimo a su hijo, y da por supuesto que los demás lo ven igualmente bello. Con el tiempo, con los fracasos, el cuentista capaz de superar esa primera etapa ingenua, aprende que en literatura no bastan las buenas intenciones. Descubre que para volver a crear en el lector esa conmoción que lo llevó a él a escribir el cuento, es necesario un oficio de escritor, y que ese oficio consiste, entre muchas otras cosas, en lograr ese clima propio de todo gran cuento, que obliga a seguir leyendo, que atrapa la atención, que aísla al lector de todo lo que lo rodea para después, terminado el cuento, volver a conectarlo con su circunstancia de una manera nueva, enriquecida, más honda o más hermosa. Y la única forma en que puede conseguirse ese secuestro momentáneo del lector es mediante un estilo basado en la intensidad y en la tensión, un estilo en el que los elementos formales y expresivos se ajusten, sin la menor

concesión, a la índole del tema, le den su forma visual y auditiva más penetrante y original, lo vuelvan único, inolvidable, lo fijen para siempre en su tiempo y en su ambiente y en su sentido más primordial. Lo que llamo intensidad en un cuento consiste en la eliminación de todas las ideas o situaciones intermedias, de todos los rellenos o fases de transición que la novela permite e incluso exige. Ninguno de ustedes habrá olvidado «El tonel de amontillado», de Edgar Poe. Lo extraordinario de este cuento es la brusca prescindencia de toda descripción de ambiente. A la tercera o cuarta frase estamos en el corazón del drama, asistiendo al cumplimiento implacable de una venganza. «Los asesinos», de Hemingway, es otro ejemplo de intensidad obtenida mediante la eliminación de todo lo que no converja esencialmente al drama. Pero pensemos ahora en los cuentos de Joseph Conrad, de D. H. Lawrence, de Kafka. En ellos, con modalidades típicas de cada uno, la intensidad es de otro orden, y yo prefiero darle el nombre de tensión. Es una intensidad que se ejerce en la manera con que el autor nos va acercando lentamente a lo contado. Todavía estamos muy lejos de saber lo que va a ocurrir en el cuento, y sin embargo no podemos sustraernos a su atmósfera. En el caso de «El tonel de amontillado» y de «Los asesinos», los hechos, despojados de toda preparación, saltan sobre nosotros y nos atrapan; en cambio, en un relato demorado y caudaloso de Henry James —«La lección del maestro», por ejemplo— se siente de inmediato que los hechos en sí carecen de importancia, que todo está en las fuerzas que los desencadenaron, en la malla sutil que los precedió y los acompaña. Pero tanto la intensidad de la acción como la tensión interna del relato son el producto de lo que antes llamé el oficio de escritor, y es aquí donde nos vamos acercando al final de este paseo por el cuento. En mi país, y ahora en Cuba, he podido leer cuentos de los autores más variados: maduros o jóvenes, de la ciudad y del campo, entregados a la literatura por razones estéticas o por imperativos sociales del momento, comprometidos o no comprometidos. Pues bien, y aunque suene a perogrullada, tanto en la Argentina como aquí los buenos cuentos los están escribiendo quienes dominan el oficio en el sentido ya indicado. Un ejemplo argentino aclarará mejor esto. En nuestras provincias centrales y norteñas existe una larga tradición de cuentos orales, que los gauchos se transmiten de noche en torno al fogón, que los padres siguen contando a sus hijos, y que de golpe pasan por la pluma de un escritor regionalista y, en una abrumadora mayoría de casos, se convierten en pésimos cuentos. ¿Qué ha sucedido? Los relatos en sí son sabrosos, traducen y resumen la experiencia, el sentido del humor y el fatalismo del hombre de campo; algunos incluso se elevan a la dimensión trágica o poética. Cuando uno los escucha de boca de un viejo criollo, entre mate y mate, siente como una anulación del tiempo, y piensa que también los aedos griegos contaban así las hazañas de Aquiles para maravilla de pastores y viajeros. Pero en ese momento, cuando debería surgir un Homero que hiciese una *Ilíada* o una *Odisea* de esa suma de tradiciones orales, en mi país surge un señor para quien la cultura de las ciudades es un signo de decadencia, para quien los cuentistas que todos amamos son estetas que escribieron para el mero deleite de clases sociales liquidadas, y ese señor entiende en cambio que para escribir un cuento lo único que hace falta es poner por escrito un relato tradicional, conservando todo lo posible el tono hablado, los giros campesinos, las incorrecciones gramaticales, eso que llaman el color local. No sé si esa manera de escribir cuentos populares se cultiva en Cuba; ojalá que no, porque en mi país no ha dado más que indigestos volúmenes que no interesan ni a los hombres de campo, que prefieren seguir *escuchando* los cuentos entre dos tragos, ni a los lectores de la ciudad, que estarán muy echados a perder pero que se tienen bien leídos a los clásicos del género. En cambio —y me refiero también a la Argentina— hemos tenido a escritores como un Roberto J. Payró, un Ricardo Güiraldes, un Horacio Quiroga y un

Benito Lynch, que, partiendo también de temas muchas veces tradicionales, escuchados de boca de viejos criollos como un Don Segundo Sombra, han sabido potenciar ese material y volverlo obra de arte. Pero Quiroga, Güiraldes y Lynch conocían a fondo el oficio de escritor, es decir que sólo aceptaban temas significativos, enriquecedores, así como Homero debió desechar montones de episodios bélicos y mágicos para no dejar más que aquellos que han llegado hasta nosotros gracias a su enorme fuerza mítica, a su resonancia de arquetipos mentales, de hormonas psíquicas, como llamaba Ortega y Gasset a los mitos. Quiroga, Güiraldes y Lynch eran escritores de dimensión universal, sin prejuicios localistas o étnicos o populistas; por eso, además de escoger cuidadosamente los temas de sus relatos, los sometían a una forma literaria, la única capaz de transmitir al lector todos sus valores, todo su fermento, toda su proyección en profundidad y en altura. Escribían tensamente, mostraban intensamente. No hay otra manera de que un cuento sea eficaz, haga blanco en el lector y se clave en su memoria.

El ejemplo que he dado puede ser de interés para Cuba. Es evidente que las posibilidades que la Revolución ofrece a un cuentista son casi infinitas. La ciudad, el campo, la lucha, el trabajo, los distintos tipos psicológicos, los conflictos de ideología y de carácter; y todo eso como exacerbado por el deseo que se ve en ustedes de actuar, de expresarse, de comunicarse como nunca habían podido hacerlo antes. Pero todo eso, ¿cómo ha de traducirse en grandes cuentos, en cuentos que lleguen al lector con la fuerza y la eficacia necesarias? Es aquí donde me gustaría aplicar concretamente lo que he dicho en un terreno más abstracto. El entusiasmo y la buena voluntad no bastan por sí solos, como tampoco basta el oficio de escritor por sí solo para escribir los cuentos que fijen literariamente (es decir, en la admiración colectiva, en la memoria de un pueblo) la grandeza de esta Revolución en marcha. Aquí, más que en ninguna otra parte, se requiere hoy una fusión total de esas dos fuerzas, la del hombre plenamente comprometido con su realidad nacional y mundial, y la del escritor lúcidamente seguro de su oficio. En ese sentido no hay engaño posible. Por más veterano, por más experto que sea un cuentista, si le falta una motivación entrañable, si sus cuentos no nacen de una profunda vivencia, su obra no irá más allá del mero ejercicio estético. Pero lo contrario será aún peor, porque de nada valen el fervor, la voluntad de comunicar un mensaje, si se carece de los instrumentos expresivos, estilísticos, que hacen posible esa comunicación. En este momento estamos tocando el punto crucial de la cuestión. Yo creo, y lo digo después de haber pesado largamente todos los elementos que entran en juego, que escribir para una revolución, que escribir dentro de una revolución, que escribir revolucionariamente, no significa, como creen muchos, escribir obligadamente acerca de la revolución misma. Jugando un poco con las palabras, Emmanuel Carballo decía aquí hace unos días que en Cuba sería más revolucionario escribir cuentos fantásticos que cuentos sobre temas revolucionarios. Por supuesto la frase es exagerada, pero produce una impaciencia muy reveladora. Por mi parte, creo que el escritor revolucionario es aquél en quien se fusionan indisolublemente la conciencia de su libre compromiso individual y colectivo, con esa otra soberana libertad cultural que confiere el pleno dominio de su oficio. Si ese escritor, responsable y lúcido, decide escribir literatura fantástica, o psicológica, o vuelta hacia el pasado, su acto es un acto de libertad dentro de la revolución, y por eso es también un acto revolucionario aunque sus cuentos no se ocupen de las formas individuales o colectivas que adopta la revolución. Contrariamente al estrecho criterio de muchos que confunden literatura con pedagogía, literatura con enseñanza, literatura con adoctrinamiento ideológico, un escritor revolucionario tiene todo el derecho de dirigirse a un lector mucho más complejo, mucho más exigente en materia espiritual de lo que

imaginan los escritores y los críticos improvisados por las circunstancias y convencidos de que su mundo personal es el único mundo existente, de que las preocupaciones del momento son las únicas preocupaciones válidas. Repitamos, aplicándola a lo que nos rodea en Cuba, la admirable frase de Hamlet a Horacio: «Hay muchas más cosas en el cielo y en la tierra de lo que supone tu filosofía...». Y pensemos que a un escritor no se le juzga solamente por el tema de sus cuentos o sus novelas, sino por su presencia viva en el seno de la colectividad, por el hecho de que el compromiso total de su persona es una garantía indesmentible de la verdad y de la necesidad de su obra, por más ajena que ésta pueda parecer a las circunstancias del momento. Esa obra no es ajena a la revolución porque no sea accesible a todo el mundo. Al contrario, prueba que existe un vasto sector de lectores potenciales que, en un cierto sentido, están mucho más separados que el escritor de las metas finales de la revolución, de esas metas de cultura, de libertad, de pleno goce de la condición humana que los cubanos se han fijado para admiración de todos los que los aman y los comprenden. Cuanto más alto apunten los escritores que han nacido para eso, más altas serán las metas finales del pueblo al que pertenecen. ¡Cuidado con la fácil demagogia de exigir una literatura accesible a todo el mundo! Muchos de los que la apoyan no tienen otra razón para hacerlo que la de su evidente incapacidad para comprender una literatura de mayor alcance. Piden clamorosamente temas populares, sin sospechar que muchas veces el lector, por más sencillo que sea, distinguirá instintivamente entre un cuento popular mal escrito y un cuento más difícil y complejo, pero que lo obligará a salir por un momento de su pequeño mundo circundante y le mostrará otra cosa, sea lo que sea pero otra cosa, algo diferente. No tiene sentido hablar de temas populares a secas. Los cuentos sobre temas populares sólo serán buenos si se ajustan, como cualquier otro cuento, a esa exigente y difícil mecánica interna que hemos tratado de mostrar en la primera parte de esta charla. Hace años tuve la prueba de esta afirmación en la Argentina, en una rueda de hombres de campo a la que asistíamos unos cuantos escritores. Alguien leyó un cuento basado en un episodio de nuestra guerra de independencia, escrito con una deliberada sencillez para ponerlo, como decía su autor, «al nivel del campesino». El relato fue escuchado cortésmente, pero era fácil advertir que no había tocado fondo. Luego uno de nosotros leyó «La pata de mono», el justamente famoso cuento de W. W. Jacobs. El interés, la emoción, el espanto, y finalmente el entusiasmo fueron extraordinarios. Recuerdo que pasamos el resto de la noche hablando de hechicería, de brujos, de venganzas diabólicas. Y estoy seguro de que el cuento de Jacobs sigue vivo en el recuerdo de esos gauchos analfabetos, mientras que el cuento supuestamente popular, fabricado para ellos, con su vocabulario, sus aparentes posibilidades intelectuales y sus intereses patrióticos, ha de estar tan olvidado como el escritor que lo fabricó. Yo he visto la emoción que entre la gente sencilla provoca una representación de *Hamlet*, obra difícil y sutil si las hay, y que sigue siendo tema de estudios eruditos y de infinitas controversias. Es cierto que esa gente no puede comprender muchas cosas que apasionan a los especialistas en teatro isabelino. ¿Pero qué importa? Sólo su emoción importa, su maravilla y su transporte frente a la tragedia del joven príncipe danés. Lo que prueba que Shakespeare escribía verdaderamente para el pueblo, en la medida en que su tema era profundamente significativo para cualquiera —en diferentes planos, sí, pero alcanzando un poco a cada uno— y que el tratamiento teatral de ese tema tenía la intensidad propia de los grandes escritores, y gracias a la cual se quiebran las barreras intelectuales aparentemente más rígidas, y los hombres se reconocen y fraternizan en un plano que está más allá o más acá de la cultura. Por supuesto, sería ingenuo creer que toda gran obra puede ser comprendida y admirada por las gentes sencillas; no es así, y no puede serlo. Pero la admiración que provocan las tragedias griegas o las de

Shakespeare, el interés apasionado que despiertan muchos cuentos y novelas nada sencillos ni accesibles, debería hacer sospechar a los partidarios del mal llamado «arte popular» que su noción del pueblo es parcial, injusta, y en último término peligrosa. No se le hace ningún favor al pueblo si se le propone una literatura que pueda asimilar sin esfuerzo, pasivamente, como quien va al cine a ver películas de cowboys. Lo que hay que hacer es educarlo, y eso es en una primera etapa tarea pedagógica y no literaria. Para mí ha sido una experiencia reconfortable ver cómo en Cuba los escritores que más admiro participan en la revolución dando lo mejor de sí mismos, sin cercenar una parte de sus posibilidades en aras de un supuesto arte popular que no será útil a nadie. Un día Cuba contará con un acervo de cuentos y de novelas que contendrá transmutada al plano estético, eternizada en la dimensión intemporal del arte, su gesta revolucionaria de hoy. Pero esas obras no habrán sido escritas por obligación, por consignas de la hora. Sus temas nacerán cuando sea el momento, cuando el escritor sienta que debe plasmarlos en cuentos o novelas o piezas de teatro o poemas. Sus temas contendrán un mensaje auténtico y hondo, porque no habrán sido escogidos por un imperativo de carácter didáctico o proselitista, sino por una irresistible fuerza que se impondrá al autor, y que éste, apelando a todos los recursos de su arte y de su técnica, sin sacrificar nada a nadie, habrá de transmitir al lector como se transmiten las cosas fundamentales: de sangre a sangre, de mano a mano, de hombre a hombre.

En *Obra crítica* /2. Edición de Jaime Alazraki,
Buenos Aires, Punto de Lectura, 2004.

Estudio de *Cuentos inolvidables según Julio Cortázar*

Soledad Quereilhac

Ambrose Bierce

Nació el 24 de junio de 1842 en Meigs Country, en el estado de Ohio, Estados Unidos. Hijo de un matrimonio de agricultores, décimo en una larga lista de trece hermanos, Bierce encontró en su padre —trabajador haragán pero gran lector— un inusual estímulo para la literatura, en un contexto de pobreza económica.

Luego del traslado familiar a Indiana, Bierce se inicia en el mundo del trabajo con escasos 9 años: es ayudante de imprenta, albañil y camarero. A los 17 años, es enviado al «Kentucky Military Institute», donde realiza el entrenamiento militar que luego pondrá en práctica cuando se aliste en el ejército de la Unión del Norte durante la Guerra de Secesión (1861-1865). Parte de las experiencias vividas en la guerra darán origen a su famoso libro *Cuentos de soldados y civiles* (1891).

Tras los años bélicos, Bierce decide volcar sus energías en su carrera de escritor. Se muda a San Francisco, y comienza a colaborar en periódicos con artículos cínicos y satíricos sobre la sociedad de la época. Allí comienza la fama de Bierce como sagaz y brillante articulista, la que lo acompañará también durante los siete años que resida en Londres. Los ingleses lo rebautizaron «Bitter Bierce» («Bierce, el amargo»), mientras que los norteamericanos reconocieron su parentesco con el ingenio de Mark Twain. Su exitosa labor de periodista junto a las publicaciones de sus libros *Diccionario del diablo*, *¿Pueden pasar estas cosas?* (1892) y *Fábulas fantásticas* (1899), le valieron el reconocimiento como uno de los mejores cuentistas de su tiempo.

Pero hacia final del siglo, su vida sufre duros golpes: se separa de su esposa al descubrir que le era infiel, dos de sus hijos mueren y la tercera se enferma gravemente. Con 71 años, toma la arriesgada decisión de viajar a México en plena revolución, con el objetivo de conocer a Pancho Villa y unirse a sus filas. Lo cierto es que pocas certezas tenemos sobre su destino final, dado que las cartas que enviaba se interrumpen en 1913. Su misterioso rumbo inspiró la novela de Carlos Fuentes, *Gringo viejo*, también llevada al cine. Acaso una de las definiciones de su *Diccionario del diablo* se le aplique perfectamente a Bierce: «Loco: que discrepa de la mayoría; en resumen, extraordinario».

Jorge Luis Borges

Nació en Buenos Aires el 24 de agosto de 1899. En 1914, viajó con su familia a Ginebra, donde cursó el bachillerato. En 1919 residió en España y allí entró en contacto con el movimiento poético ultraísta.

De regreso al país, comenzó a publicar sus primeros libros de poesía y de ensayos (*Fervor de Buenos Aires*, 1923; *Luna de enfrente*, 1925; *Inquisiciones*, 1925; entre otros), inscriptos en lo que se llamó su «criollismo urbano de vanguardia». Los libros de poemas fueron incesantemente corregidos por Borges a lo largo de su vida y a los ensayos jamás los incluyó en sus *Obras completas*. Es en esta década cuando Borges funda con otros escritores la revista vanguardista *Proa*, colabora en *Martín Fierro* y en periódicos como *Crítica*. En la década siguiente, participará en *Sur*, dirigida por Victoria Ocampo. Desde muy joven se desempeñó asimismo como traductor; su íntima relación con la cultura inglesa (su abuela era inglesa y su padre, profesor de ese idioma) no sólo cortó con la tradicional «francofilia» de los letrados argentinos, sino que además muchos críticos afirman que algo de la sintaxis sajona se filtra en su inigualable prosa.

Reconocido ya en los años treinta como uno de los mejores escritores de su generación, Borges se distancia posteriormente del criollismo e inaugura, con *Historia universal de la infamia* (1933), un nuevo rumbo para su narrativa, la que se convertirá, según Beatriz Sarlo, en la más original respuesta a la pregunta sobre «cómo escribir literatura», en diálogo con la tradición universal, «desde una nación culturalmente periférica». Con *El jardín de senderos que se bifurcan* (1941), *Artificios* (1944) y *El Aleph* (1949) Borges construye una «maquinaria narrativa» que ficcionaliza problemas filosóficos, teóricos y lingüísticos, sin perder nunca la distancia agnóstica ni el registro literario. La relación entre lenguaje y conocimiento, junto a los dilemas de la narración y la representación, ocupan el centro de sus ficciones y de sus ensayos.

Borges es considerado hoy, internacionalmente, uno de los mejores escritores del siglo xx. Fue durante dieciocho años Director de la Biblioteca Nacional y en 1980 recibió el Premio Cervantes, mayor galardón en lengua española. Ciego durante buena parte de su vida, murió en Ginebra el 14 de junio de 1986.

Leonora Carrington

Nació un 6 de abril de 1917, en Lancashire, al norte de Inglaterra. Gracias a la fortuna de su padre, un prestigioso industrial, y a los estímulos artísticos de su madre, Leonora tuvo acceso a la mejor educación. Tras pasar años en un convento católico al que aborrecía, Leonora logró ser enviada a Florencia para tomar clases de pintura, donde definió su primera vocación, y años más tarde se mudó a Londres para estudiar en la academia de Ozenfant. Uno de sus primeros contactos con el surrealismo se produce gracias a su madre, cuando le regala un libro ilustrado por el famoso pintor surrealista Max Ernst. Curiosamente, a los pocos meses de recibir el regalo, Leonora conoce a Ernst en Londres, lo reencuentra en una muestra de París y pronto se enamoran perdidamente uno del otro.

Durante la convivencia con Ernst en París, Leonora —ya convertida en una prometedora pintora— conoce a prestigiosos artistas surrealistas, como André Breton, Picasso y Dalí, quienes valoraron el tipo de arte que ella estaba desarrollando. Sin embargo, con la llegada de la Segunda Guerra Mundial y la ocupación nazi en Francia, la vida de Leonora —como la de muchos— dio un viraje radical. Ernst fue enviado a un campo de concentración, mientras que Leonora debió huir a España, donde sufrió un colapso nervioso y fue internada en una clínica psiquiátrica. La tétrica estadía en la clínica y su paso por la locura fue luego narrada en su libro *Memoria de abajo*.

Al poco tiempo, Leonora huyó de la clínica rumbo a Lisboa y se asiló en la embajada mexicana, donde conoció al hombre que se casó con ella para sacarla del país: el diplomático Renato Leduc. Una vez asentada en México, y tras el divorcio de Leduc, Leonora retoma contacto con sus amigos surrealistas exiliados y comienza a desarrollar buena parte de su obra, tanto plástica como literaria (escrita en inglés, francés y castellano), la que se vio enriquecida por el legado de la cultura mexicana. Sus libros fueron traducidos a seis idiomas y sus pinturas exhibidas en ciudades como Nueva York, París, Londres, Munich y Tokio.

Con 89 años de edad, esta «leyenda viva» del surrealismo reside actualmente en México, con esporádicos viajes a Nueva York^[*].

Truman Capote

Truman Capote, cuyo verdadero nombre es Truman Streckfus Persons, nació el 30 de septiembre de 1924, en Nueva Orleans, Estados Unidos. A causa de desencuentros entre sus padres, se crió en Alabama, bajo el cuidado de cuatro parientes ancianos. Algo de esa soledad de la infancia y de la lúdica compañía de los mayores ha ingresado en su relato breve «Un recuerdo navideño».

A los 17 años se trasladó a Nueva York, empezó a publicar sus primeros cuentos en revistas y finalmente ingresó como periodista en *The New Yorker*. La influencia que el periodismo tuvo en su literatura es ciertamente considerable; a su talento como narrador y su preocupación por el rigor formal, les sumó el verismo, la inmediatez y el ritmo de la prosa que lidia con los hechos reales. Capote creía que el periodismo podía constituir una opción válida como forma literaria y es así que tras publicar una polémica novela, *Otras voces, otros ámbitos* (1948) y consolidarse como escritor con *Desayuno en Tiffany's* (1958), se vuelca definitivamente hacia lo que llama la «novela real», género conocido hoy como *non-fiction*. Si bien él no inventa el género, su famosísima novela *A sangre fría* (1965) lleva sus posibilidades a niveles innovadores. El origen de la historia se encuentra en la vida real y en el periodismo: el *New Yorker* envía a Capote a cubrir el asesinato de una familia de Kansas y, fascinado por los acontecimientos, se sumerge en una investigación de seis años, entrevistando a vecinos, familiares y hasta a los propios asesinos encarcelados.

Reconocido por su habilidad para manejar géneros híbridos entre la ficción y la no ficción, y para valerse de las propias experiencias en la construcción de narraciones, Capote también padeció el prejuicio de la sociedad norteamericana debido a su homosexualidad. Desde temprano, la foto de contratapa de su primer libro (1948), que mostraba a Capote en pose seductora, escandalizó a un público pacato y homofóbico. Su adicción a las drogas y al alcohol terminaron de alimentar muchos de estos prejuicios. Murió el 25 de agosto de 1984, en Los Ángeles.

Felisberto Hernández

Nació un 20 de octubre de 1902 en Montevideo, Uruguay. Repartió su actividad artística entre dos grandes pasiones: la vocación por la música y el gusto por la literatura. Desde muy joven, intentó con poco éxito ganarse la vida como pianista. Ofreció conciertos en bares, cafés y teatros de Uruguay y Argentina, mientras escribía sus primeros cuentos y novelas. El aprendizaje musical y sus profesores de piano serán tema de buena parte de su literatura, sobre todo a partir de *Por los tiempos de Clemente Colling* (1942).

Hacia 1940, Felisberto abandona la música y se dedica enteramente a su escritura. A partir de esos años, comenzó a publicar cuentos y novelas en los que la memoria y la recuperación de los recuerdos ocupan el centro de la trama. *El caballo perdido* (1943) y *Tierras de la memoria* (1965-póstumo) son testimonios de su fino trabajo sobre el viaje al pasado. Asimismo, otros textos editados en esa década serían los responsables de la consagración de Felisberto, luego de su muerte, como el creador de una de las variantes más originales del género fantástico latinoamericano. Durante su estadía en París, se publicó en Buenos Aires su libro de cuentos *Nadie encendía las lámparas* (1947), al que le siguieron *Las hortensias* (1949) y, años más tarde, *La casa inundada* (1960). En estos últimos aparece, según Sylvia Saíta, «un fantástico más ligado a lo maravilloso —que algunos críticos han vinculado al surrealismo—, ya que desde su comienzo la narración se instaura en un mundo regido por leyes que difieren de las que rigen en la realidad extratextual». En un prólogo a *La casa inundada*, Cortázar notó que el autor lograba «aliar lo cotidiano con lo excepcional al punto de mostrar que pueden ser la misma cosa».

Con muchos matrimonios y amoríos en su haber, famoso por su declarado anticomunismo (aunque su biógrafo asegura que estuvo casado con una agente de la KGB sin saberlo), Felisberto murió de leucemia el 13 de enero de 1964.

Katherine Mansfield

Katherine Mansfield, seudónimo de Kathleen Beauchamp, nació en 1888 en Wellington, Nueva Zelanda, en el seno de una familia colonial de clase media. Vivó seis años en un pueblo rural y en 1903 se fue a Londres a estudiar en el Queen's College. De regreso a su país, su padre se opuso a su carrera de chelista, por lo cual volvió a Londres a los 18 años y jamás retornó a su patria. Tras un infeliz matrimonio en 1909, que sólo duró un par de días, conoció al socialista y crítico literario John Middleton Murry, con quien se casó en 1918.

Sus cuentos son testimonio de las nuevas formas literarias que habrían de nacer con el siglo xx. La autora crea un tipo de narración basada en sensaciones, imágenes simbólicas, discursos poéticos e instantes de iluminación que súbitamente dan sentido a lo que parecía circunstancial. Sus temas van desde evocaciones de Nueva Zelanda hasta exploraciones de relaciones vividas con una sensibilidad exacerbada, irónica y a la vez sutil. La filiación de su estilo con el del escritor ruso Anton Chéjov fue señalada por numerosos críticos.

Mansfield sólo publicó tres libros de cuentos en vida: *En una pensión alemana* (1911), *Éxtasis* (1920) y *Fiesta en el jardín* (1922). Los demás fueron editados póstumamente por su marido, al igual que sus poemas, diarios y cartas. Sin embargo, la recepción de su obra fue amplia y viajó más allá de Europa. En 1939, encontramos en *Marcha* una nota de Onetti, titulada «Katherine y ellas», en donde el uruguayo asegura que frente a la proliferación de «muchachitas» ilusas que escriben sobre «los ojos verdes de su amado», Mansfield «tuvo mucho de milagro: no fue cursi, no fue erudita, no se complicó con ningún sobrehumano misticismo de misa de once». Con ironía y algo de prejuicio misógino, Onetti celebra su excepcional talento, en una época aún difícil para el acceso de las mujeres a la literatura.

Enferma de tuberculosis, Mansfield murió el 9 de enero de 1923, en Francia, con apenas 34 años.

Juan Carlos Onetti

Nació en Montevideo, Uruguay, el 1° de julio de 1909 y durante gran parte de su vida alternó su residencia entre esta ciudad y Buenos Aires. En la década de 1930, comenzó a publicar sus primeros relatos y artículos críticos en *La Nación*, *Crítica* y *La Prensa*, como el famoso «Avenida de Mayo-Diagonal-Avenida de Mayo» (1933), pionera experimentación literaria sobre la percepción urbana. Escribió su primera novela, *El pozo*, en 1932, pero los manuscritos se extraviaron y recién salió publicada en 1939. En ese mismo año, ingresó como secretario de redacción en el semanario *Marcha* de Montevideo, la más prestigiosa publicación uruguaya del siglo. Quince años más tarde, también colaboraría en el diario *Acción*. En *Marcha* escribió sus famosas columnas bajo la firma «Periquito el Aguador» y allí mismo, aunque en 1972, Onetti sería elegido, mediante una encuesta a escritores y artistas del país, como el mejor escritor uruguayo de los últimos cincuenta años.

Como señala Rodríguez Monegal, sobre Onetti gira el mito del sujeto hosco, silencioso, retirado de círculos literarios y creador no sólo de un admirable mundo novelesco sino también de «la imagen del escritor taciturno para el que dos son ya una multitud y la soledad es suficiente compañía».

En 1950, con la publicación de su novela *La vida breve*, se abre el ciclo de ficciones situadas en la imaginaria ciudad de Santa María, especie de síntesis de varias ciudades posibles. El ciclo —que incluye *El astillero* (1961) y *Juntacadáveres* (1964), entre otras— se cierra en 1979 con *Dejemos hablar al viento*, en la cual se narra el incendio de ese lugar, en consonancia con la represión que trajeron en esos años las dictaduras militares latinoamericanas. La de su país forzó a Onetti a exiliarse en 1975 y a radicarse hasta el final de su vida en Madrid, España, donde murió el 30 de mayo de 1994.

Famoso por ocupar muchas veces el segundo puesto en concursos literarios, finalmente recibió en 1962 el Premio Nacional del Uruguay y en 1980, el Premio Cervantes, al igual que Borges ese mismo año.

Edgar Allan Poe

Edgar Poe, más tarde renombrado Edgar Allan Poe, nació en Boston, Estados Unidos, el 19 de enero de 1809. Huérfano a los 3 años, fue adoptado por los Allan, un rico matrimonio sureño. A pesar de la holgura económica y la educación recibida, la juventud de Poe fue penosa. El señor Allan era autoritario y nunca accedió a reconocerlo legalmente ni cederle su herencia.

Poe se educó en buenos colegios de Estados Unidos e Inglaterra, donde residió entre 1815 y 1820. Tras abruptos finales en la universidad y en la academia militar, fue a vivir a Baltimore con su tía biológica M. Clemm, y con su prima Virginia, quien años más tarde se convertiría en su esposa. Padeciendo extrema pobreza, Poe intenta ganarse la vida con colaboraciones en revistas. Abandona su predilección por la poesía, al entender que los cuentos representaban un género más «vendible». Es así como, desde 1830, empieza a hacerse conocido con sus inigualables cuentos y sus ácidas críticas literarias. Originalmente, todos sus relatos fueron publicados en medios de prensa y ello explica el efectismo y la perfección de sus tramas que capturan al lector con fuerza casi hipnótica, ya se trate de historias fantásticas, extrañas o policiales. El gran admirador y traductor de Poe al francés, Charles Baudelaire, lo definió como el genio «de los nervios», aquel capaz de pintar maravillosamente la «excepción en el orden moral». «El absurdo instalándose en la inteligencia» y «la histeria usurpando el lugar de la voluntad» definen tanto a sus personajes como a su excepcional personalidad.

Sin embargo, su buena fama como escritor se vio opacada por sus raptos de locura y alcoholismo, lo que le ganó la condena de la puritana sociedad de su época. Su extraña enfermedad mental lo llevaba a momentos de desvarío e intoxicación, intercalados con otros de lucidez productiva. En una carta, Poe decía: «Mis enemigos atribuyeron la locura a la bebida, en vez de atribuir la bebida a la locura». En respuesta a las acusaciones de necrológico y enfermizo, decide publicar sus deductivos relatos policiales, como «La carta robada».

Con la muerte de Virginia, en 1847, los fantasmas de persecución y el alcohol se vuelven materia cotidiana. Dos años más tarde, es encontrado inconsciente en una taberna y tras cinco días de agonía, muere el 7 de octubre de 1849. Poe es reconocido en Occidente como el indiscutido «maestro» del cuento moderno.

Lev Tolstói

El conde Lev Nikoláievich Tolstói, conocido en castellano como León Tolstói, nació el 9 de septiembre de 1828 en Yásnaia Polaina, una propiedad agrícola de su aristocrática familia, al sur de Moscú. Huérfano a los 9 años, se crió con parientes en un ambiente religioso y culto, y se educó con tutores franceses y alemanes, figuras frecuentes en la Rusia zarista. En su juventud, fue integrante del ejército ruso y actuó como oficial en la guerra de Crimea, de donde extrajo temas para las obras *Los cosacos* (1863) y *Sebastopol* (1856).

Considerado uno de los mejores escritores de su país, Tolstói vivió toda su vida atravesado por una fuerte tensión espiritual, generada en el cruce entre su encumbrada posición social, fortuna y círculo familiar, y sus convicciones religiosas, definidas por Nabokov como una mezcla de «Nirvana hindú y el Nuevo Testamento, un Jesús sin la Iglesia». Por ello, al terminar de escribir sus dos más famosas novelas, *La guerra y la paz* (1869) y *Ana Karenina* (1877), se impuso dejar de escribir todo aquello que no fueran ensayos de ética. Afortunadamente, no pudo mantener siempre esta promesa, y añadió a su producción obras exquisitas, libres de moralización premeditada, como *La muerte de Iván Ilich* (1886). De hecho, Nabokov sostiene, contra el juicio de sus detractores, que «su arte es tan poderoso que trasciende fácilmente el sermón».

Hacia el final de su vida, tras graves disputas con su esposa, asumió que mientras siguiera viviendo en su próspera hacienda seguiría traicionando su ideal de vida sencilla y piadosa. En consecuencia, Tolstói, ya octogenario, abandonó su hogar y fue rumbo al monasterio al que nunca llegaría, dado que murió en la sala de espera de una estación de ferrocarril, el 20 de noviembre de 1910.

Algunos aspectos sobre la antología personal de Cortázar

Julio Cortázar remarca en su ensayo el poder de significación de los buenos relatos; sus ideas no sólo parten de su actividad como cuentista, sino también de la lectura de otros autores, entre ellos, los nueve que conforman esta antología. Si bien los géneros, estilos y temas de estos cuentos son muy diversos, todos logran crear compleja significación a partir de un fragmento de vida, dotan de funcionalidad a cada uno de sus elementos y poseen un riguroso trabajo formal. Tomando algunos conceptos de Cortázar y siguiendo un recorrido cronológico, intentemos realizar una lectura intensa y crítica de la antología, atendiendo al punto de vista que adoptan los narradores, a los aspectos que focalizan sus descripciones y a las formas en que la ficción redimensiona nuestras ideas previas sobre la realidad.

El relato «William Wilson» (1839) de Edgar Allan Poe es una obra maestra del género extraño, con guiños constantes hacia lo fantástico. Haciendo uso de la ambigüedad que permite la primera persona (recurso habitual en Poe), el relato se mueve constantemente en el límite difuso que separa la enfermiza alucinación de la realidad. El epígrafe opera como significativa clave de lectura: si la «conciencia» aparece como sinónimo de «espectro», esto significa que aquélla (de naturaleza abstracta, propia e interna) es vista como duplicada en una imagen espectral, ajena, corporeizada en un ser acosador como son los fantasmas. Si a ello le sumamos la doble significación que adoptan las iniciales del protagonista pronunciadas en inglés («double *u*», «double *you*», es decir, «doble *tú*»), sabremos que estamos ante un relato que trabaja con la figura del doble, articulado en este caso en clave moral. El doble de William Wilson parece ser, según Otto Rank, «un admonitor benéfico», que llega siempre para censurar los excesos del narrador. Wilson exterioriza de sí la culpa y el control sobre sus actos, y estos retornan bajo la forma especular de un doble castrador. La irresolución final (¿se ha herido a sí mismo?, ¿existe «otro» Wilson?, ¿o es sólo una máscara alucinatoria que encuentra en todos lados?), instala al relato en la característica vacilación del género. La forma de este texto, y no sólo su tema, es la responsable de su efecto perturbador.

Por su parte, el título del relato de León Tolstoi, «La muerte de Iván Ilich» (1886), permite, a pesar de su aparente llaneza, una doble lectura: ¿cuál es la muerte del personaje?, ¿aquella que acontece como producto de su enfermedad biológica o aquélla experimentada «en vida», es decir, la

muerte de su alma, que sólo nace en sus últimas horas cuando encuentra la divinidad? La tercera persona omnisciente que nos guía por la «vida» de Iván narra un transcurso chato, materialista y superficial de los acontecimientos. Iván está «muerto», porque carece de riqueza espiritual. En sus últimas horas, descubre que su vida no ha significado nada para él ni para el mundo. Recordemos que el narrador nos dice: «La vida de Iván Ilich había sido de las más sencillas y corrientes, y por lo tanto de las más terribles». En frases como éstas detectamos la intervención de un punto de vista subjetivo pero a la vez subrepticio, levemente irónico, corroedor del perfil de cada uno de los personajes que frecuenta. Lo mismo sucede con la repetición de los adjetivos «agradable» y «decoroso», que Iván emplea mecánicamente como una muletilla; o con la mención de los abogados rusos, quienes sólo ven en la muerte de Iván la oportunidad de ocupar su cargo. Este relato muestra dos elementos que definen la poética de Tolstoi: por un lado, su maestría en el trazado realista de situaciones y buceos de conciencia; por otro lado, su búsqueda de un mensaje moralizador. Si bien ambos elementos están entrelazados en este relato, conservan una fuerza independiente.

Otro ejemplo de maestría narrativa en el buceo por conciencias desesperadas lo ofrece el norteamericano Ambrose Bierce, con «El puente sobre el río Búho», incluido en su famoso libro *Tales of soldiers and civilians* (1891), aunque sus elecciones estéticas se alejan de lo visto en el relato anterior. La estructura de este cuento es sinuosa y, a la vez, perfecta en su efecto. En términos temporales, apenas unos pocos segundos median entre el comienzo y el final; sin embargo, Bierce logra abrir una amplia brecha en el tiempo y construye una voz narradora que sigue en detalle el largo viaje ilusorio del condenado Peyton Farquhar instantes antes de morir ahorcado. Una fugaz ocurrencia de Peyton («Si lograra libertar mis manos llegaría a desprenderme del nudo corredizo y saltar al río») da pie a la concreción alucinada de su fuga, impregnada de la intensidad con que se viven los últimos segundos de vida. La percepción exacerbada de los colores o del ruido del agua se asemeja a la de la alucinación, donde es el sujeto quien pauta —a través de su inconsciente— el ritmo del tiempo, el foco y las causalidades. Con todo, la ambigüedad de esta estructura narrativa invita, asimismo, a creer que esta fuga pudo haber sido real. Este efecto ambivalente, producto también del simbiótico entramado entre una minuciosa descripción realista, el manejo de la elipsis y el seguimiento de una proyección subjetiva, somete al lector a revivir literariamente la violencia abrupta que acarrea, a veces, el pasaje entre lo imaginado y lo real. El recorrido de esta experiencia alucinada se complementa con el *flash-back* del apartado II, donde conocemos la causa de la sentencia y su contexto histórico: la Guerra de Secesión Norteamericana.

Lejos de las historias sobre guerras, pero muy cerca de las sutiles rispideces de las relaciones humanas, el relato «Éxtasis» (1920), escrito por Katherine Mansfield, nos presenta el estado de dicha súbita y algo tontuela de Bertha Young, una mujer «moderna» de la Inglaterra de los años veinte. Siguiendo de cerca el curso de sus pensamientos y emociones, muchas veces gracias al uso del estilo indirecto libre, el sutil e irónico narrador en tercera persona logra, simultáneamente, crear una distancia crítica frente a la protagonista. La aparición espontánea de su dicha trae adosada, también, la sugerencia de que Bertha no es una buena observadora de su entorno ni está demasiado conectada con la realidad. Su felicidad es tan plena como abstracta y solipcista; sin embargo, no hay ninguna marca de condena moral ni intervención abrupta por parte del narrador, sino delicada insinuación sugerente. Prueba de ello es la fijación en ciertos elementos con implicancias simbólicas —el peral, los gatos persiguiéndose, las uvas combinando con la alfombra— que iluminan la trama de manera indirecta: si «su precioso peral» es un «símbolo de su propia vida» y si al final, tras descubrir a Harry besando

apasionadamente a la señorita Fulton, el peral permanece «tan hermoso como siempre y tan repleto de flores e igual de *quieto*», sabremos que esa quietud, esa belleza estática y decorativa, remite a Bertha. La proyección espejada de su dicha hacia Fulton se disuelve en el aire; en su lugar, cobra fuerza la imagen del solitario y bello peral, frente al cual se escurren los sigilosos gatos.

De la mano de «Conejos blancos» (1941), escrito por Leonora Carrington, volvemos a adentrarnos en el mundo de lo fantástico, aunque influido ahora por la estética del surrealismo, movimiento artístico que influyó también la literatura de Cortázar. Escrito mientras Carrington residía provisoriamente en Nueva York, el relato presenta una visión sombría de los edificios de esa ciudad. Los elementos que componen la escena terrorífica del relato se van superponiendo como en un cuadro surrealista de pesadilla: el color «negro rojizo» de las fachadas, la irrupción del cuervo en el balcón, las moscas revoloteando la carne muerta y la piel con brillo de estrellas de la vecina, anuncian el encuentro con lo monstruoso dentro de la casa: un centenar de conejos «carnívoros» — casi carroñeros en su preferencia por la carne putrefacta— y un curioso matrimonio de leprosos que, antes que por su enfermedad, resultan aterradores por ser quienes devoran, semanalmente, a los bestiales conejos. El campo semántico de la putrefacción y de la muerte domina al relato, conjugado con las referencias a un salvajismo siniestro: el feroz devorarse de la carne por la carne, en un contexto ajeno a lo natural y cercano a la perversión. Asimismo, los cuerpos en viva descomposición de los cónyuges y su rara relación con los conejos (reemplazo de esos niños que, misteriosamente, ya no están) arman la imagen de una pareja que ya no puede engendrar vida, sino sólo devorarla. Esta vivencia en clave onírica está narrada desde el punto de vista de una joven que parece vivir en el mundo real aquello que, en las pesadillas, suele aparecer como símbolos de nuestros más íntimos temores.

Publicado el mismo año que el relato anterior, «Tlön, Uqbar, Orbis Tertuis», de Jorge Luis Borges, presenta otros usos de lo fantástico, reproduciendo un juego espejado de mundos imaginarios que terminan mezclándose con el mundo real. El relato abre con una frase reproducida por un Bioy Casares-personaje: «Los espejos y la cópula son abominables, porque multiplican el número de los hombres». Este caos multiplicador parece presentarse, bajo la pluma de Borges, parcialmente conjurado por una imaginaria voluntad de orden. Antes que narrar la historia de uno o varios mundos, con la extensión novelística que ello demandaría, lo que hace Borges es dar forma narrativa y ficcional a un dilema intelectual o, mejor dicho, a la potencialidad de una idea, incluyendo sus paradojas y razonamientos asociados. En una enciclopedia (otro «espejo» del mundo), el narrador encuentra un país dudosamente situado en Asia, Uqbar, jamás reseñado por otra enciclopedia; ese país posee, en su tradición, una región imaginaria, Tlön, con cuyo idioma una secta crea posteriormente Orbis Tertuis. En esta escalada de invenciones, se pierde de vista la existencia de una realidad «primera», e incluso se borran las fronteras entre lo real y lo imaginario, cuando objetos de la fantástica Tlön comienzan a aparecer en la Argentina. El extremo idealismo y psicologismo de Tlön parece triunfar en la lógica fantástica del relato, al punto tal de que las palabras engendran «cosas» y decantan su idea en la vida material.

Un nuevo y diferente tratamiento de lo fantástico aparece, por su parte, en «Un sueño realizado», de Juan Carlos Onetti, publicado en *La Nación* en 1941. En este caso, Onetti construye una historia combinando los recursos de la representación teatral con la lógica de lo onírico. El clima de extrañamiento comienza con la forma en que el narrador percibe el aspecto de la mujer: parecía una «jovencita de otro siglo que hubiera quedado dormida y despertara ahora un poco despeinada, apenas

envejecida pero a punto de alcanzar su edad en cualquier momento». Su descripción remite a la forma en que se perciben los personajes irreales de los sueños. Pero el narrador no asistirá a su propio sueño, sino a la puesta en escena del sueño aparentemente sin sentido de la mujer. Tildándola de loca al principio, el narrador comprenderá tardíamente que esa obra, *Un sueño realizado*, no es otra cosa que la materialización de su muerte, la precipitación de esa edad «de otro siglo» sobre la mujer. La ficción anticipatoria del sueño se plasma en otra ficción, la teatral, hasta que la cadena de ficciones se fusiona con la realidad. La insistencia en Hamlet arma un claro intertexto: si en esa obra se jugaba con «el teatro dentro del teatro» y con el poder que tiene la ficción para precipitar hechos de la realidad, el cuento de Onetti trabaja con una hipótesis fantástica sobre la correspondencia entre el deseo onírico, la representación y la muerte.

Lejos de las atmósferas anteriores, en «Un recuerdo navideño» (1956), Truman Capote construye una trama desde la evocación y las reminiscencias de la infancia. La invitación inicial al lector («*Imaginen una mañana de finales de noviembre*») muestra su voluntad de que éste se sume a la evocación y participe íntimamente del escenario recreado, como si los hechos transcurrieran en presente. Si bien el narrador escribe esta historia cuando ya no es un niño, la transmite evocando su mirada infantil, es decir, la forma en que él veía al mundo, a su amiga y a sí mismo en aquella época. Al escribir «ella sigue siendo pequeña» plasma en un registro infantil y tierno otra verdad, más cruda y realista: la posible locura o senilidad de la mujer septuagenaria. Asimismo, la escasez de dinero y el maltrato de los parientes («nos hacen llorar frecuentemente») son representados con las palabras inocentes de un niño de siete años, en las que se apela al juego y a las compensaciones imaginarias. La tristeza de la separación, impuesta por los «Enterados», se condensa en la imagen de la «amputación» de cordel a un barrilete. Vemos entonces que a partir de pequeñas «aventuras» cotidianas, se presenta un mundo que participa de lo infantil en más de un sentido: junto a la lógica del juego, aparece una mirada tan inocente como lúcida que organiza la experiencia. Fiel a su poética, Capote recurre a algunos elementos biográficos y los inserta en un sólido relato, en el cual conviven la tristeza y la dulzura.

Finalmente, en «La casa inundada» (1960) de Felisberto Hernández, volvemos a asistir a un mundo cercano al de la estética surrealista, aunque con climas menos violentos que los de Carrington. Una casa completamente inundada adrede por su misteriosa y a la vez adorable dueña aparece como un dato más de la realidad objetiva. Nadie toma el hecho con asombro; los personajes transitan por ese orden de cosas con una actitud que es, y a la vez no es, familiar y probable, tal como sucede en los sueños. Las imágenes y metáforas que Felisberto inserta en su prosa pueblan la casa de elementos suprarreales y estetizadores de la experiencia: el narrador levanta «los remos como si fueran manos aburridas de contar las mismas gotas» o imagina que la oscuridad de la noche está «casi toda hecha de árboles». La relación que la señora Margarita tiene con el agua (portadora y comunicadora de sus recuerdos) se vincula con su amor al marido muerto —o, quizás, habitante de las aguas «religiosas» de la fuente y de la casa—. El carácter sobrenatural y místico que adquiere el agua en este relato está al servicio de una formidable estetización de la vivencia del recuerdo y de la recuperación del pasado. La belleza que irradia la fornida señora Margarita al narrar sus experiencias con el agua conduce al narrador hacia el enamoramiento primero, y luego, hacia la escritura del relato.

[1] Haslam ha publicado también *A General History of Labyrinths*. <<

[2] RUSSELL (*The Analysis of Mind*, 1921, página 159) supone que el planeta ha sido creado hace pocos minutos, provisto de una humanidad que «recuerda» un pasado ilusorio. <<

[3] Siglo, de acuerdo con el sistema duodecimal, significa un periodo de ciento cuarenta y cuatro años. <<

[4] En el día de hoy, una de las iglesias de Tlön sostiene platónicamente que tal dolor, que tal matiz verdoso del amarillo, que tal temperatura, que tal sonido, son la única realidad. Todos los hombres, en el vertiginoso instante del coito, son el mismo hombre. Todos los hombres que repiten una línea de Shakespeare, son William Shakespeare. <<

[5] Buckley era librepensador, fatalista y defensor de la esclavitud. <<

[6] Queda, naturalmente, el problema de la *materia* de algunos objetos. <<

[1] «A. M.», abreviatura de *ante meridiem*, significa «por la mañana» y se pronuncia «ei-em», y de ahí, por homofonía, el eslogan propuesto, ya que *amen* se pronuncia «ei-men». (N. del T.) <<

[*] Aldous Huxley sirvió de modelo, al estilo Mansfield, para el personaje de Eddie Warren. (N. del T.) <<

[1] Hay que vivir la juventud. <<

[2] Diminutivo de Praskovia. <<

[*] Falleció a los 94 años en la Ciudad de México el 25 de mayo del 2011. (N. del E. D.) <<